

MANUSCRITO ENCONTRADO EN ZARAGOZA

Jan Potocki

PREFACIO DE ROGER CAILOIS

Cuando emprendí una antología mundial de lo fantástico busqué en las diversas literaturas aquellos relatos que tenía la intención de reunir en un mismo volumen. Lo concebía como el museo del espanto universal. Para Polonia me procuré la selección publicada por Julien Tuwim en 1952 y, como ignoro el polaco, se la pasé a un amigo rogándole que le echara una ojeada y después me resumiera de viva voz aquellos cuentos que, desde su punto de vista, convinieran mejor a mi propósito. Uno de esos cuentos era la *Historia del comendador de Toralva*, *D*ejan Potocki. Me pareció un plagio desvergonzado de un relato muy conocido de Washington Irving: *El gran prior de Menorca*. Bien pronto tuve que cambiar de opinión porque el relato de Irving se publicó en 1855 y el conde Potocki murió cuarenta años antes, en 1815.

En el relato que precede a *El gran prior de Menorca*, Washington Irving explica que al principio oyó contar al caballero... la historia que vendrá a continuación, pero que, habiendo perdido las notas que tomó mientras aquél hablaba, encontró más adelante un relato análogo en memorias francesas publicadas bajo la autoridad del gran aventurero Cagliostro. En el campo, durante un día de nieve –continúa–, se entretuvo en traducirlo aproximativamente al inglés «para un grupo de jóvenes reunidos en torno al árbol de Navidad».

Por otro lado, una noticia de la selección de Tuwim me informó que la *Historia del comendador de Toralva* era un episodio de una obra escrita en francés por Potocki e intitulada *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Consta de una serie de cuentos repartidos en «jornadas», a la manera de los antiguos *decamerones* y *heptamerones*, y vinculados entre sí por una intriga bastante laxa. La obra completa abarca, pues, una advertencia, sesenta y seis de esas «jornadas» y una conclusión. De la primera parte, publicada en dos secuencias, se tiraron muy pocos ejemplares, sin indicación de lugar ni de fecha (en realidad, fue impresa en San Petersburgo, en 1804 y 1805: t. I, 158 páginas; t. II, 48 páginas) y corresponde a las Jornadas 1 a 13; su texto se interrumpe abruptamente en medio de una frase, sin duda a causa de un viaje del autor. Este hizo publicar la segunda parte en París, en 1813, por Gide hijo, de la calle Colbert n.º 2, junto a la calle Vivienne, y por H. Nicolle, de la calle de Seine n.º 12; comprende cuatro delgados volúmenes de formato in-12, bajo el título de *Avadoro, Historia española*, por M. L. C. J. P., es decir, *M. Le Comte fan Potocki*, y refiere, ligadas unas a las otras, las aventuras que le ocurren al jefe de una tribu de gitanos y las que a éste le cuentan. En lo esencial continúa el texto de San Petersburgo, del cual, por otra parte, reproduce las dos últimas jornadas. En efecto, como en ellas aparecía ya el jefe de la tribu, la nueva novela comienza con su entrada en escena, o sea por la Jornada 12. A continuación reproduce total o parcialmente las Jornadas 15 a 18, 20, 26 a 29, 47 a 56.

Publicadas al año siguiente en tres volúmenes, en el mismo formato y también por Gide hijo, ahora establecido en la calle Saint-Marc n.º 20, *Las diez jornadas de la vida de Alfonso van Worden* reproducen el texto impreso en San Petersburgo, con excepción de

algunas enmiendas sobre las cuales volveré: faltan en la obra, sin embargo, las jornadas 12 y 13, que acababan de ser reimpresas en *Avadoro*, y la jornada 11 que se omitió, sin duda, porque sólo contiene dos historias conocidas, una de ellas tomada a Filostrato, la otra a Plinio el joven. En cambio, la otra termina con un episodio hasta entonces inédito, la *Historia de Rebeca*, que corresponde a la jornada 14 del texto integral. Este episodio se halla ahora ligado por una corta transición a la jornada 11. En realidad, continúa el texto de San Petersburgo, en el lugar mismo en que aquél se interrumpe.

La Biblioteca Nacional posee los tres volúmenes de *Van Worden*, los cuatro volúmenes de *Avadoro* y el primer volumen del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* editado en San Petersburgo, si es que puede llamarse volumen a lo que parece más bien un juego de pruebas. Encuadernado en marroquí rojo, lleva en el canto la indicación: *Primer decamerón*; la anotación es 4.0 Y 2 3059; el título está escrito con tinta, en la guarda: *[Historia de] Alfonso van Worden [o] [tomada de un] manuscrito encontrado en Zaragoza*. Abajo, con lápiz, figura el nombre del autor: Potocki Jean. A un lado, un sello rojo con la mención: donación n.º 2693. El texto impreso es de 156 páginas. Las dos últimas están recopiladas con tinta. En el texto abundan las correcciones a lápiz, casi todas estrictamente tipográficas; unas cuantas proponen verdaderas mejoras estilísticas.

En la guarda está pegado un fragmento de prueba de imprenta, en el cual se descifra la siguiente nota manuscrita (las palabras entre corchetes han sido tachadas en el original):

Puede suponerse que [el conde P.] [es Nodier q] que [el] es Nodier quien Klaproth quiso designar, en 1829, como la persona [en cuyas manos] encargada de rever, antes de que se imprimiera, el Manuscrito encontrado en Zaragoza y en cuyas manos ha quedado la copia del manuscrito. Y [no es acaso Nodier que con el consen...] es probable que [como detentor] teniendo en sus manos [un man...] el trabajo del conde Potocki, haya pensado en aprovecharlo de la mejor manera posible, literaria y financieramente hablando. Pero no es menos asombroso que se haya creído en el deber de guardar silencio cuando el escandaloso proceso que se le hizo al conde de Worchamps, quien [dos palabras tachadas: ilegibles] creyó posible publicar en el... el diar. La Presse en 1841-1842, al principio con el título de El valle funesto, después con el de la Hist. de don Benito de Almusenar, pretendidos extractos de las Memorias inéditas de Cagliostro: éstos no eran sino la reproducción de Avadoro y de las Jornadas de la vida de Alfonso van Worden. [Era este] Ese Valle funesto era un robo manifiesto.' Nodier que no m. hasta 1844 [que] habría podido instruir a la justicia a ese respecto y no dijo una palabra. [Hay cuatro palabras tachadas, ilegibles.]

El n.º 2693 corresponde a una donación hecha el 6 de agosto de 1889 por la señora Bourgeois, cuyo apellido de soltera es Barbier. En este caso, es harto probable que el acusador de Nodier sea Ant.-Alex Barbier, autor del *Diccionario de los anónimos*, el cual atribuye precisamente a Potocki *Avadoro* y *Van Worden*. Pronunciarse sobre estas insinuaciones corresponderá a los biógrafos de Nodier. De todos modos, esas pocas líneas tienen la ventaja de permitirnos comprender el plagio de Washington Irving y el que éste haya podido ampararse en la autoridad, muy problemática, por lo demás, del famoso

Cagliostro. En el diario *La Presse*, en 1841-1842, aquél encontró la reproducción que hizo Courchamps del relato de Potocki y que incluyó en su selección *Wolfert's Roost* de 1855. Quizá nunca supo, al proceder así, que había plagiado a un gran señor polaco muerto muchos años antes. Es lícito perdonar a Irving por una traducción que presenta como tal, aunque deje suponer a sus lectores que se ha valido de un artificio literario que tiene por objeto acreditar una ficción. La indulgencia se impone tanto más cuanto que él mismo ha sido víctima de un plagio idéntico. En efecto, uno de sus *Cuentos del viajero* (1824), *Aventura de un estudiante alemán*, fue traducido y adaptado de igual manera por Petrus Borel, en 1843, con el título de *Gottfried Wolfgang*. Para colmo, también en este caso, el plagio ha sido confesado a medias, disimulado a medias, por una ingeniosa y equívoca presentación.

Aquí terminan las vicisitudes del original francés. En 1847, Edmund Chojecki, basándose en un manuscrito autógrafo en la actualidad perdido, dio de la obra entera, en Lipsk-Leipzig, una versión polaca en seis volúmenes bajo el título de *Rekopis Znaleziony w Saragossie*. Su traducción fue reeditada varias veces (en 1857, 1863, 1917 y 1950). Por último, una edición crítica, debida a Leszek Kukulski, apareció en Varsovia en 1956. Casi de inmediato se descubrió en los archivos de la familia Potocki, en Krzeszowice, cerca de Cracovia, dos importantes fragmentos del texto primitivo francés: a) una copia intitulada *Cuarto decamerón*, revisada y corregida por el autor y que incluye las Jornadas 31 a 40; b) un borrador de las Jornadas 40 a 44 y fragmentos de las jornadas 19, 22, 23, 24, 25, 29, 33, 39 y 45.

El señor Kukulski, a cuya gentileza debo estas últimas precisiones, se esfuerza actualmente en reconstituir el texto francés integral del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. Ha utilizado las cinco fuentes precitadas: 1) los dos volúmenes de San Petersburgo para las jornadas 1 a 12 y para una parte de la jornada 13; 2) *Alfonso van Worden* (1814) para la Jornada 14 y para la advertencia general que no aparece en la edición de San Petersburgo; 3) *Avadoro* (1813) para las Jornadas 15 a 18, 20, 26 a 29, 47 a 56; 4) la copia corregida de los archivos Potocki para las Jornadas 31 a 40; 5) el borrador de los mismos archivos para las Jornadas 19, 22 a 25, 29 y 41 a 45. Para el resto de la obra, es decir, para un poco menos de su quinta parte, habrá que retraducir al francés la versión polaca que hizo Edmund Chojecki en 1847. Le deseo un éxito rápido y completo. Los historiadores de la literatura francesa deben, en efecto, poder apreciar en su conjunto, sin tardanza, una obra cuyos fragmentos accesibles prueban desde ahora su importancia y calidad. Entretanto, tomo la iniciativa de reeditar la parte principal de las páginas publicadas en francés en vida del autor, reconocidas y ordenadas por él. Como el ejemplar de la Biblioteca Nacional sólo incluye la primera parte del texto impreso en San Petersburgo, he debido pedir copia del que se conserva en la Biblioteca de Leningrado. Lleva la anotación 6.11.224, y se compone de dos series de pliegos encuadernados juntos. En el lomo de la encuadernación, una sola palabra en dos líneas: *Potockiana*. Adentro, en el dorso de la cubierta, está pegada una faja de papel con la siguiente indicación manuscrita:

El conde Jean Potocki ha hecho imprimir estos pliegos en San Petersburgo en 1805, poco antes de su partida a Mongolia (en una embajada a China de la cual forma parte), sin darles título ni ponerles fin, reservándose el derecho de continuarlos o no más adelante, cuando su imaginación, a

la cual ha dado rienda suelta en esta obra, lo invite a ello.

La primera serie de los pliegos termina en la página 158, al pie de la cual se lee: *Fin del primer decamerón, y abajo: Copiado en 100 ejemplares*. El texto de la segunda parte termina bruscamente en medio de una frase, al final de la página 48. La frase debía continuar en la página 49, en la cual comenzaba el pliego decimotercero, que sin duda no fue nunca impreso, ni tampoco los siguientes. He reproducido escrupulosamente ese texto, y lo completo con la especie de conclusión provisional que da fin a las *Diez jornadas*. Por lo contrario, sólo reimprimo extractos de *Avadoro*.

Para no publicar por entero lo que el autor mismo ha dado a publicidad, tengo dos razones principales. En primer lugar, el texto de *Avadoro* es fragmentario y poco seguro. Más vale esperar a que el señor Kukulski haya podido procurarse una versión menos discutible, basándose en los manuscritos de Krzeszowice y ayudándose con la traducción de Chojecki. En segundo lugar, deseo destacar sobre todo el aporte de la obra de Potocki a la literatura fantástica. Ahora bien, es en las primeras jornadas del *Manuscrito encontrado en Zaragoza* donde lo sobrenatural desempeña precisamente un papel de gran importancia. De ahí mi decisión.

La obra ha permanecido desconocida en Francia. Y como estaba escrita en francés, parece no haber alcanzado sino muy lentamente un mejor destino en la patria del autor, aunque éste perteneciera a una de las más ilustres familias de Polonia. Sus compatriotas, a lo menos, consideraron siempre a Potocki como a uno de los fundadores de la arqueología eslava. El personaje, por lo demás, merecería ser estudiado a fondo.' Nace en 1761; adquiere primero en Polonia, después en Ginebra y Lausana, una sólida educación. Muy joven aún, visita Italia, Sicilia, Malta, Túnez, Constantinopla, Egipto. En 1788 nos da cuenta de su recorrido en un libro publicado en París con el título de *Viaje a Turquía y a Egipto hecho en el año 1784*,² que reeditará en su imprenta privada en 1789. Entretanto, de vuelta a su país, se hace de golpe célebre subiendo en globo con François Blanchard. En 1789, después de querellarse con los Estados de Polonia a propósito de la libertad de prensa, instala en su casa una imprenta libre (*Wolny Drukarnia*) en la que edita los dos volúmenes de su *Ensayo sobre la historia universal e indagaciones sobre Sarmacia*. En 1791 viaja por Inglaterra, España y Marruecos. Participa en la campaña de 1792 como capitán ingeniero. En adelante se consagra a la prehistoria y a la arqueología. En 1795 publica en Hamburgo el *Viaje por algunas partes de la Baja Sajonia para la busca de antigüedades eslavas o vendas, hecho en 1794 por el conde Jean Potocki*. En Viena, en 1796, nos da una *Memoria sobre un nuevo periplo del Ponto Euxino, así como sobre la más antigua historia de los pueblos del Taunus, del Cáucaso y de Escitia*. Ese mismo año, en Brunswick, edita en cuatro volúmenes los *Fragmentos históricos y geográficos sobre Escitia, Sarmacia y los eslavos*. Arqueólogo y etnólogo ilustre, consejero privado del zar Alejandro Primero, viaja al Cáucaso en 1798. En 1802 hace editar en San Petersburgo, en la Academia Nacional de Ciencias, una *Historia primitiva de los pueblos de Rusia, con una exposición completa de todas las nociones locales, nacionales y tradicionales necesarias para comprender el cuarto Libro de Heródoto*; después, en 1805, una *Cronología de los dos primeros libros de Manetón*. Al mismo tiempo, hace tirar discretamente las cien copias del *Manuscrito encontrado en Zaragoza*. El zar lo designa jefe

de la misión científica adjunta a la embajada del conde Golovkin. Esta no logra llegar a Pekín, a donde se dirigía, y es reenviada desdeñosamente al campamento del virrey de Mongolia. Decepcionado, Potocki vuelve a San Petersburgo, donde publica, en 1810, los *Principios de cronología para los tiempos anteriores a las olimpiadas*; después un *Atlas arqueológico de la Rusia europea*; por último, en 1811, una *Descripción de la nueva máquina para batir moneda*. En 1812 se retira a sus tierras. Deprimido, neurasténico, se suicida el 2 de diciembre de 1815.

Ignoro si atribuía mucha importancia a la única obra novelesca que escribió. Sin embargo, la publicación en sus tres cuartas partes clandestina de San Petersburgo en 1804-1805, la publicación semiconfesada de París en 1813-1814, me persuaden de que no la consideraba un mero entretenimiento.

En 1892 una selección de sus obras doctas fue publicada en París, en dos volúmenes, al cuidado y con notas de Klaproth, «Miembro de las sociedades asiáticas de París, Londres y

Bombay», el mismo a quien se nombra en la nota manuscrita agregada al juego de pruebas de la Biblioteca Nacional. Esta publicación contiene una bibliografía de los trabajos eruditos de Potocki. Klaproth menciona al final el *Manuscrito encontrado en Zaragoza, Avadoro y Alfonso van Worden*, haciendo sobre ellos la siguiente apreciación:

«Además de sus obras doctas, el conde Jean Potocki ha escrito una novela muy interesante, de la cual sólo algunas partes han sido publicadas; su tema son las aventuras de un gentilhomme español descendiente de la casa de Gomélez, y por consecuencia de extracción morisca. El autor describe perfectamente en esta obra las costumbres de los españoles, de los musulmanes y de los sicilianos, y los caracteres están trazados en ella con gran verdad; en suma, es uno de los libros más atractivos que se hayan escrito. Por desgracia, sólo existen de él algunas copias manuscritas. La que fue enviada a París, para ser allí publicada, ha quedado en manos de la persona encargada de reverla antes de la impresión. Esperemos que una de las cinco copias, que hay en Rusia y en Polonia, saldrá a luz tarde o temprano porque, a semejanza de *Don Quijote* y de *Gil Blas*, es un libro que no envejecerá jamás.»

Aquí no habremos de ocuparnos de los descubrimientos del viajero y del arqueólogo, sino de aquella curiosa y casi secreta parte de su obra que prolonga las hechicerías de Cazotte y anuncia los espectros de Hoffmann. Por muchos de sus rasgos, el *Manuscrito encontrado en Zaragoza* pertenece aún al siglo XVIII: las escenas galantes, la afición al ocultismo, la inmoralidad sonriente e inteligente, el estilo, en fin, de una elegante sequedad, fácil, sobrio y preciso, sin resalto ni excesos. Por otros de sus caracteres, anticipa el romanticismo: nos da un pregusto de los estremecimientos inéditos que una nueva sensibilidad pedirá bien pronto a la fascinación de lo horrible y de lo macabro. Esta obra marca, pues, una etapa decisiva en la evolución del género. Su originalidad, sin embargo, le confiere títulos más notables aún. Para ello me atengo casi exclusivamente a los relatos publicados en San Petersburgo durante los años 1804 y 1805. ¿Cómo no sentir la extremada singularidad de una estructura novelesca fundada en la repetición de una misma peripecia? Porque siempre se cuenta la misma historia en los diferentes relatos encajados unos en los otros que se hacen mutuamente los personajes del nuevo *Decamerón*,

a medida que sus aventuras les permiten conocerse. La misma situación se reproduce y multiplica sin cesar, como si espejos maléficos la reflejaran incansablemente. La historia, muy variada en la anécdota, relata siempre los encuentros y los amores de un viajero con dos hermanas que lo arrastran al lecho común, a veces solo, a veces en compañía de la propia madre de las muchachas. Después sobrevienen las apariciones, los esqueletos, los castigos sobrenaturales. El carácter hartamente singular de estos episodios sucesivos está muy edulcorado en la edición de 1814, pero surge con gran nitidez en la versión confidencial de San Petersburgo. Se trata, por lo demás, de relatos perfectamente discretos, como sabían escribirse en el siglo XVIII: los gestos más turbios están velados, pero no disimulados. Las dos muchachas son musulmanas, lo que permite atribuir a la costumbre del harén el que les parezca tan natural compartir al mismo hombre, a la vez que gozan entre sí. Su naturaleza verdadera se revela poco a poco y entonces aparece lo que son, es decir, criaturas demoníacas, súcubos o entidades astrológicas ligadas a la constelación de Géminis.

El autor ha variado el tema con admirable ingeniosidad. La obsesión producida en los personajes mismos, después en el lector, por la repetición de aventuras análogas distribuidas en el tiempo y en el espacio, es un efecto literario de una eficacia tanto más sostenida cuanto que agrega la angustia de una duplicación infinita a la que se deduce normalmente de una súbita intervención de lo sobrenatural en la existencia hasta entonces opaca de un héroe intercambiable.

El idéntico regreso de un mismo acontecer en el irreversible tiempo humano representa por sí solo un recurso empleado con frecuencia en la literatura fantástica. Pero no se han empleado, que yo sepa, combinaciones tan osadas, deliberadas y sistemáticas de los dos polos de lo Inadmisible –la irrupción de lo insólito absoluto y la repetición de lo único por antonomasia– para llegar al colmo del espanto: el prodigio implacable, cíclico, que se encarniza con la estabilidad del mundo utilizando sus propias armas, y que bien pronto no es ya un milagro escandaloso sino la amenaza de una ley imposible de la cual conviene temer en adelante sus efectos recurrentes, a la vez inconcebibles y monótonos. Lo que no puede ocurrir se produce; lo que sólo puede ocurrir una vez, se repite. Ambos se conciertan e inauguran una especie terrible de regularidad.

Si hubiera seguido el principio de que para establecer un texto debemos elegir la última edición publicada en vida del autor, habría escogido en este caso *las Diez jornadas de la vida de Alfonso van Worden* (1814). Sin embargo, muy serios motivos me disuadieron de ello. El texto de San Petersburgo es superior desde todo punto de vista: es más correcto y más completo. Muchos descuidos desacreditan la edición parisiense, en la cual, por otra parte, los intermedios sensuales, tan característicos de la obra, desaparecen casi completamente. Por eso he reproducido la edición de 1804-1805, completada por la *Historia de Rebeca*, que termina el texto publicado por Gide hijo, en 1814. De tal manera creo procurar, en su versión integral y auténtica, toda la primera parte de la obra.

Esta parte corresponde, como ya tuve ocasión de indicarlo, a la inspiración más fantástica del conjunto. *Avadoro* es más picaresco que sobrenatural, y la *Historia de Giulio Romati y de la princesa de Monte Salerno* sólo figura allí por un artificio de distribución, si no de compaginación. Este relato se emparenta por el tema y la atmósfera al ciclo de las

hermanas diabólicas, y estaba perfectamente en su sitio en la versión primitiva de San Petersburgo, que después, por necesidades de puro éxito, se repartió en dos obras presentadas como distintas. El equívoco constantemente mantenido entre la princesa y su dama de honor, gracias al cual nunca podemos saber si se trata de una o dos personas, las espléndidas criadas que esta criatura, a la vez simple y duple, acoge en sus lechos simétricos, nos fuerzan a ver en la aventura una variante de los episodios precedentes en que los principales papeles estaban reservados a Emina y a Zebedea, primas del héroe.

Llevado por el mismo espíritu he creído que debía extraer de *Avadoro* la *Historia del terrible peregrino Hervás*, incluye la *Historia del comendador de Toralva* y es el único relato fantástico de *Avadoro* (junto con el de la princesa de Monte Salerno); por añadidura, las dos hermanas que acogen tan amablemente al héroe son avatares evidentes de los mismos súcubos; también señalaremos que en esta ocasión se definen más nítidamente las relaciones escabrosas de las dos muchachas, «más inspiradas por la emulación que por los celos», de su madre «más sabia pero no menos apasionada» y de un héroe colmado y condenado a la vez, a quien comparten en un mismo lecho voluptuosidades concertadas.

No hay ningún elemento sobrenatural en la *Historia de Leonor y de la duquesa de Ávila*, por su asunto, sin embargo, pertenece sin lugar a dudas a la serie precedente. Una mujer se inventa una hermana de la cual se disfraza y con la cual casa a su pretendiente, de modo que éste la conoce bajo dos apariencias entre las cuales se extravía su pasión. Hay aquí como un desquite inesperado de los episodios habituales en que las dos hermanas son una y otra bien reales y tienen dos cuerpos bien distintos. Esta vez, dos encarnaciones alternadas de una personalidad única terminan por confundirse para la dicha de un amante dividido hasta entonces. Me ha parecido que la serie de variantes en que Potocki ha multiplicado obstinadamente una situación análoga habría quedado in completa si no hubiera incluido esta última e inversa posibilidad. Además, por los disfraces que saca a relucir, por lo «sobrenatural explicado» de que se vale, ofrece una fiel ilustración de la atmósfera de *Avadoro*, donde, como ya dije, lo fantástico cede su lugar a lo pintoresco y el espanto a la malicia.

El texto. Diré por último algunas palabras acerca del texto escogido. La *Advertencia* no figura en la edición de San Petersburgo. Lo extraigo de la edición parisiense de 1814. Para lo esencial, reproduzco el texto impreso en San Petersburgo en 1804-1805. No he tenido en cuenta las correcciones manuscritas del ejemplar de la Biblioteca Nacional, con excepción de aquellos errores manifiestos, tipográficos o de otra índole. He señalado estos últimos con una nota al pie de página. He mantenido, en lo esencial, la grafía de 1804, salvo haber modernizado la ortografía y la puntuación cada vez que una simple enmienda automática bastaba para ello.

He conservado, desde luego, la distribución de los relatos entre las Jornadas como aparece en la versión de 1804. Difiere ligeramente de la de 1814. En su casi totalidad, el texto presentado puede considerarse auténtico y definitivo. Hay que exceptuar, por desgracia, aquellas partes tomadas de las ediciones parisienses: son la *Historia de Rebeca* y los relatos extraídos de *Avadoro*.

La *Historia de Rebeca* ocupa el final del tomo III de las *Diez jornadas* (págs. 72 a 122).

Los relatos de *Avadoro* ocupan en la edición parisiense de 1813 las páginas siguientes:

Historia del terrible peregrino Hervás (seguida de la del *Comendador de Toralva*): tomo III, desde la página 207 hasta el fin; tomo IV, desde la página 3 hasta la página 120 (salvo algunas líneas en las páginas 69-70 que marcan un corte en el relato). *Historia de Leonor y de la duquesa de Ávila*: tomo IV, desde la página 165 hasta el fin.

El texto de 1813 se ha reproducido sin ninguna modificación, aunque su autoridad no sea absoluta pues ha podido sufrir por parte del editor la misma clase de retoques que sufrieron, al año siguiente, las *Diez jornadas*. No deja de ser por ello el único texto actualmente disponible en el original francés. Me creo en el deber de darlo a la espera de uno mejor, a los fines de presentar desde ahora una imagen más completa de lo fantástico en Potocki. Habrá de perdonárseme, supongo, esta anticipación: me parece que el interés de la obra la merece ampliamente.

Sólo me queda agradecer muy calurosamente al señor St. Wedkiewicz, director del Centro Polaco de Investigaciones Científicas de París, que tuvo la gentileza de escribir de mi parte al señor Lescek Kukulski, y al mismo señor Kukulski, que me ha instruido muy amablemente acerca del presente estado de sus trabajos que se proponen la reconstitución integral del texto original francés de Potocki.

También expreso mi muy viva gratitud a la señora Tatiana Beliaeva, encargada de la Biblioteca de la Unesco en París, y al señor Barasenkov, director de la *Gosudarstvennaja Publicnaja Biblioteca imeni Saltukova-Scedrina* de Leningrado. Gracias a su comprensión he podido conocer el juego completo de los cuadernos impresos en 1804-1805 en San Petersburgo. Sin ese texto la presente edición habría resultado aproximativa hasta en la parte que hoy propone al público.

En 1814, las *Diez jornadas*, última publicación del autor que habría de morir al año siguiente, terminaban con el anhelo de que el lector conociera las nuevas aventuras del héroe. Hoy formulo el mismo deseo para la próxima y primera publicación completa de una obra que ha permanecido, a causa de una rara conjura de azares excepcionales, inédita en sus tres cuartas partes y casi totalmente desconocida en la lengua en que fue escrita. Ya es hora de que esta obra, después de esperar un siglo y medio, encuentre en la literatura francesa, así como en la literatura fantástica europea, el lugar envidiable que le corresponde ocupar.

ROGER CAILLOIS.

NOTA DEL TRADUCTOR

He modernizado, o corregido, la ortografía de algunos nombres propios españoles e italianos; he corregido, asimismo, la ortografía y a veces la redacción de algunas palabras o frases que en el texto original aparecen escritas directamente en español o en dialectos italianos.

J. B.

ADVERTENCIA

Cuando era oficial en el ejército francés, participé en el sitio de Zaragoza. Algunos días después que se tomara la ciudad, como avanzara hasta un lugar un poco retirado, observé una casita bastante bien construida. Creí, al principio, que aún no había sido visitada por ningún francés. Tuve la curiosidad de entrar. Llamé a la puerta, pero vi que no estaba cerrada. Empujé la puerta, entré, di voces, busqué: no encontré a nadie. Me pareció que habían sacado de la casa todo aquello que tuviera algún valor; en las mesas y en los muebles sólo quedaban objetos sin importancia. Advertí de pronto, amontonados en el suelo, en un rincón, varios cuadernos. Se me ocurrió mirarlos: era un manuscrito en español, lengua que conozco poco, pero no tan poco, sin embargo, para no comprender que aquel libro podía divertirme: trataba de bandidos, de aparecidos, de cabalistas, y nada más adecuado que la lectura de una novela extravagante para distraerme de las fatigas de la campaña. Persuadido de que el libro no volvería ya a su legítimo propietario, no vacilé en quedarme con él.

Más adelante nos obligaron a salir de Zaragoza. Alejado, por desgracia, del cuerpo principal del ejército, fui apresado con mi destacamento por los españoles; creí que estaba perdido. Cuando llegamos al lugar a donde nos condujeron, los españoles empezaron a despojarnos de nuestros bienes. Sólo pedí conservar un objeto que no podía serles útil: el libro que había encontrado. Al principio opusieron alguna dificultad. Por último consultaron al capitán, quien, después de echar una mirada al libro, se llegó a mí y me dio las gracias por haber conservado intacta una obra a la cual asignaba gran valor porque narraba la historia de uno de sus antepasados. Me llevó con él, y durante la temporada un poco larga que pasé en su casa, donde me trataron amablemente, le rogué que me tradujera aquella obra al francés. La escribí bajo su dictado.

PRIMERA PARTE

JORNADA PRIMERA

El conde de Olavídez no había establecido aún colonias de extranjeros en Sierra Morena; esta elevada cadena que separa Andalucía de la Mancha no estaba entonces habitada sino por contrabandistas, por bandidos, y por algunos gitanos que tenían fama de comer a los viajeros que habían asesinado. De allí el refrán español: *Devoran a los hombres las gitanas de Sierra Morena*. Y eso no es todo. Al viajero que se aventuraba en aquella salvaje comarca también lo asaltaban, se decía, infinidad de terrores muy capaces de helar la sangre en las venas del más esforzado. Oía voces plañideras mezclarse al ruido de los torrentes y a los silbidos de la tempestad; destellos engañosos lo extraviaban, manos invisibles lo empujaban hacia abismos sin fondo.

A decir verdad, no faltaban algunas ventas o posadas dispersas en aquella ruta desastrosa, pero los aparecidos, más diablos que los venteros mismos, los habían forzado a cederles el lugar y a retirarse a comarcas donde no les fuera turbado el reposo sino por los reproches de su conciencia, fantasmas estos con los cuales los venteros suelen entrar en componendas; el del mesón de Andújar invocaba al apóstol Santiago de Compostela para atestiguar la verdad de sus relatos maravillosos; agregaba, por último, que los arqueros de la Santa Hermandad se habían negado a responsabilizarse de ninguna expedición por Sierra Morena, y que los viajeros tomaban la ruta de Jaén o la de Extremadura.

Le respondí que esa opción podía convenir a viajeros ordinarios, pero que habiéndome el rey, don Felipe Quinto, concedido la gracia de honrarme con una comisión de capitán en las guardias valonas, las leyes sagradas del honor me prescribían presentarme en Madrid por el camino más corto, sin preguntarme si era el más peligroso.

—Mi joven señor —replicó el huésped—, vuestra merced me permitirá observarle que si el rey lo ha honrado con una compañía en las guardias, y antes de que a vuestra merced le apunte la barba en el mentón, honra que los años no le han concedido todavía, será bueno que dé muestras de prudencia. Pues bien, yo digo que cuando los demonios se apoderan de una comarca...

Hubiera dicho más, pero salí disparado y sólo me detuve cuando creí estar fuera del alcance de sus advertencias; entonces, al volverme, aún lo vi gesticular y mostrarme la ruta de Extremadura. López, mi escudero, y Mosquito, mi zagal, me miraban con un aire lastimoso que quería decir más o menos lo mismo. No me di por enterado y proseguí adelante, internándome en los matorrales donde después han levantado una colonia llamada La Carlota.

En el lugar mismo donde hoy está la posta, había entonces un paraje que los arrieros llamaban Los Alcornos, o Encinas Verdes, porque dos hermosos árboles de esta especie sombreaban un abundante manantial contenido por un abrevadero de mármol. Era la única fuente y la única umbría que se encontraba desde Andújar hasta Venta

Quemada. Este albergue grande, espacioso, construido en medio del desierto, había sido un antiguo castillo de los moros que el marqués de Peña Quemada hizo reparar, y de allí le venía el nombre de Venta Quemada. El marqués lo había alquilado a un vecino de Murcia, que estableció en él la posada más considerable que hubiera en la ruta. Los viajeros partían, pues, por la mañana de Andújar, comían en Los Alcornosques las provisiones que trajeran consigo, y pasaban la noche en Venta Quemada; a menudo se quedaban durante el día siguiente, preparándose allí a pasar las montañas y haciendo nuevas provisiones; tal era, asimismo, el plan de mi viaje.

Pero como nos acercáramos a Encinas Verdes, y yo le dijera a López que allí había resuelto apearnos para nuestra frugal comida, advertí que Mosquito no estaba con nosotros, ni tampoco la mula cargada con las provisiones. López dijo que el muchacho se había quedado a la zaga, arreglando las albardas de su caballería. Lo esperamos, luego seguimos adelante, luego nos detuvimos para esperarlo aún, luego dimos voces, luego volvimos sobre nuestros pasos para buscarlo. Vanamente. Mosquito había desaparecido llevándose con él nuestras más caras esperanzas, es decir nuestra comida. Yo era el único en ayunas, porque López no había dejado de roer un queso del Toboso, del cual tuvo la precaución de munirse, pero no por ello estaba más alegre y refunfuñaba entre dientes que «bien lo dijo el mesonero de Andújar y que con toda seguridad los demonios habían arrebatado al infeliz Mosquito».

Cuando llegamos a Los Alcornosques encontré sobre el abrevadero una canasta cubierta de hojas de viña; parecía haber estado llena de frutas y haber sido olvidada por algún viajero. La hurgué con ansiedad y tuve el placer de hallar en ella cuatro hermosos higos y una naranja. Le ofrecí dos higos a López, pero los rechazó diciendo que podía aguardar hasta la noche; comí pues todas las frutas, después de lo cual quise apagar mi sed en el manantial vecino. López me lo impidió, alegando que el agua me caería mal después de la fruta, y que tenía para ofrecerme un resto de vino de Alicante. Acepté su ofrecimiento, pero apenas llegó el vino a mi estómago sentí que se me apretaba el corazón. Cielo y tierra giraron sobre mi cabeza y me habría desmayado qué duda cabe, si López no se hubiera dado prisa en socorrerme; me hizo volver del desfallecimiento y me dijo que no debía preocuparme: era motivado por el cansancio y la inanición. En efecto, no sólo me sentí restablecido, sino también en un estado de impetuosidad y agitación extraordinarias. La campiña me pareció esmaltada de los colores más vivos; los objetos resplandecían ante mis *ojos* como los astros en las noches de verano, y me latían las arterias en las sienes y en el cuello.

López, al ver que mi molestia no había tenido consecuencias, no pudo menos que comenzar de nuevo con sus quejas:

—¡Ay!, por qué no habré hecho caso a Fray Jerónimo de la Trinidad, monje, predicador, confesor y oráculo de nuestra familia. Es cuñado del yerno de la cuñada del suegro de mi suegra, y siendo de tal modo el pariente más cercano que tenemos, nada se hace en nuestra casa sin consultarlo. No he querido seguir sus consejos y estoy por ello justamente castigado. Bien me dijo que los oficiales en las guardias valonas eran heréticos, que se los reconocía fácilmente por sus cabellos rubios, sus *ojos* azules y sus mejillas bermejas, contrariamente a los viejos cristianos que tienen la color de Nuestra Señora de

Atocha, pintada por San Lucas.

Detuve ese torrente de impertinencias ordenándole que me diera mi fusil y cuidara de los caballos, mientras yo subía a algún peñasco de los alrededores para intentar descubrir a Mosquito, o a lo menos sus huellas. Ante mi proposición, López se deshizo en lágrimas y, echándose a mis pies, me conjuró en nombre de todos los santos a que no lo dejara solo en lugar tan peligroso. Le ofrecí permanecer junto a los caballos, mientras él buscaba al muchacho, pero esta sugerencia le pareció más aterradora aún. Entonces le hice razonamientos tan sensatos para ir en pos de Mosquito que me dejó partir. Después sacó un rosario del bolsillo y se puso a rezar junto al abrevadero.

Las cumbres que pensaba alcanzar estaban más lejos de lo que me parecieron; demoré casi una hora en subir a ellas y, cuando llegué, no vi más que la llanura desierta y salvaje: ni el menor rastro de hombres, de animales o de casas, ninguna ruta fuera del gran camino que habíamos seguido, y nadie que pasara por él. Por todos lados me rodeaba un gran silencio. Lo interrumpí con mis gritos, que los ecos repitieron a lo lejos. Por último retomé el camino del abrevadero, y allí encontré mi caballo atado a un árbol, pero López... López había desaparecido.

Me quedaba la siguiente alternativa: volver a Andújar, o continuar mi viaje. Lo primero no se me pasó por la cabeza. Subí al caballo, le di de espuelas y al cabo de dos horas, galopando a toda prisa, llegué a las orillas del Guadalquivir, que no es allí el río tranquilo y soberbio cuyo majestuoso curso rodea los muros de Sevilla. Al salir de las montañas, el Guadalquivir es un torrente sin riberas ni fondo, siem pre bramando contra los peñascos que contienen sus esfuerzos.

El valle de Los Hermanos comienza donde el Guadalquivir se derrama sobre la llanura; –lo llamaban así porque tres hermanos, unidos, más que por los lazos de sangre, por la afición al bandolerismo–; hicieron del lugar, durante muchos años, el teatro de sus hazañas. De los tres hermanos, dos cayeron en poder de las autoridades, y sus cuerpos se veían colgados de una horca a la entrada del valle, pero el mayor, llamado Soto, logró escapar de las prisiones de Córdoba y se refugió, según decían, en la cadena de Las Alpujarras.

Cosas muy extrañas contaban de los dos hermanos que fueron colgados; no se hablaba de ellos como de aparecidos, pero se pretendía que sus cuerpos, animados por vaya a saberse qué demonios, abandonaban la horca durante la noche para angustiar a los vivos. De tal modo se dio el hecho por cierto que un teólogo de Salamanca probó en una disertación que los dos ahorcados, a cada cual más extraordinario, eran vampiros de una rara especie, cosa que los más incrédulos no vacilaban en afirmar. También corría el rumor de que los dos hombres eran inocentes y que habiendo sido injustamente condenados se vengaban de ello, con el permiso del cielo, en los viajeros y otros viandantes. Como de esa historia me hablaban a menudo en Córdoba, tuve la curiosidad de acercarme a la horca. El espectáculo era tanto más repulsivo cuanto que los horribles cadáveres, agitados por el viento, se balanceaban de manera fantástica, mientras buitres atroces los tironeaban para arrancarles jirones de carne; apartando los ojos con espanto, me hundí en el camino de las montañas.

Hay que convenir en que el valle de Los Hermanos parecía muy apropiado para

favorecer las empresas de los bandidos y servirles de refugio. Rocas desprendidas de lo alto de los montes, árboles derribados por la tormenta, interceptaban el camino, y en muchos lugares era menester atravesar el lecho del torrente, o pasar delante de cavernas profundas cuyo aspecto malhadado inspiraba desconfianza.

Al salir de este valle y entrar en otro, descubrí desde lejos la venta que debía albergarme, y no auguré de ella nada bueno. Observé que no tenía ventanas ni celosías; no humeaban las chimeneas; no había gente en los alrededores, y los aullidos de los perros no anunciaban mi llegada. Deduje que sería una de aquellas ventas abandonadas por sus dueños, como había dicho el mesonero de Andújar.

Cuanto más me acercaba, más profundo me parecía el silencio. En la puerta de la venta, vi un cepillo para echar limosnas, acompañado por la siguiente inscripción: «Señores viajeros, sed caritativos y rogad por el alma de González de Murcia, que en otros tiempos fue mesonero de Venta Quemada. Después seguid vuestro camino y en ningún instante, bajo ningún pretexto, se os ocurra pasar aquí la noche».

Inmediatamente resolví desafiar los peligros con los cuales me amenazaba la inscripción. No tenía el convencimiento de que en la venta no hubiera aparecidos, pero desde niño me enseñaron, como se verá más adelante, a poner el honor por encima de todo, y lo hacía consistir en no dar jamás señales de miedo.

Como el sol se ponía, quise aprovechar la luz menguante para recorrer de punta a punta la morada. Más que luchar con las potencias infernales que se habían posesionado de ella, esperaba encontrar algunas viandas, pues las frutas de Los Alcornoces habían podido suspender, pero no satisfacer, mi necesidad imperiosa de comida. Atravesé muchos aposentos y salas. La mayoría estaban revestidos de mosaicos hasta la altura de un hombre, y en los techos había esos bellos artesones en los cuales resplandece la magnificencia de los moros. Visité las cocinas, los graneros, los sótanos; estos últimos estaban cavados en la roca, y algunos comunicaban con rutas subterráneas que parecían penetrar muy adentro en la montaña; pero no encontré de comer en ninguna parte. Por último, como era ya de noche, busqué mi caballo, atado en el patio, lo llevé a un establo donde había visto un poco de heno, y fui a un aposento a tenderme en un jergón, el único que hubieran dejado en todo el albergue. También hubiese querido una candela, pero el hambre que me atormentaba tenía su lado bueno, pues me impedía dormir.

Sin embargo, mientras más oscura se hacía la noche, más sombrías eran mis reflexiones. Ya pensaba en la desaparición de mis dos servidores, ya en los medios de procurarme comida. Quizá los bandidos, irrumpiendo de algún matorral o de alguna trampa subterránea, habían atacado sucesivamente a López y a Mosquito cuando estaban solos, e hicieron una excepción conmigo en razón de mis armas, que no les prometían una victoria tan fácil. Más que todo me preocupaba el hambre, pero había visto en la montaña algunas cabras; debía de guardarlas algún pastor, y a éste no le faltaría un poco de pan para comer con la leche. Por añadidura, yo contaba con mi fusil. Sea como fuere, estaba resuelto a todo menos a volver sobre mis pasos y a exponerme a los sarcasmos del mesonero de Andújar. Antes bien, había decidido firmemente continuar mi ruta.

Agotadas estas reflexiones, no podía menos de rumiar viejas historias de monederos falsos y otras de la misma especie con las que habían acunado mi infancia. Pensaba

también en la inscripción sobre el cepillo de las limosnas. Aunque no creía que el demonio hubiese estrangulado al mesonero, nada comprendía de su trágico fin.

Pasaban las horas en un silencio profundo cuando el son inesperado de una campana me estremeció de sorpresa. Tocó doce veces, y es fama que los aparecidos no tienen poder sino después de medianoche hasta el primer canto del gallo. Digo que me sorprendí, y no me faltaban motivos para ello, pues la campana no había dado las otras horas; me pareció lúgubre su tañido. Un instante después se abrió la puerta del aposento, y vi entrar a una persona completamente oscura pero en modo alguno pavorosa, pues era una hermosa negra, semidesnuda, que llevaba una antorcha en cada mano.

La negra se llegó a mí, hizo una profunda reverencia y me dijo en un muy buen español:

—Señor caballero, unas damas extranjeras que pasan la noche en este albergue os ruegan compartir su cena. Tened la bondad de seguirme.

Seguí a la negra de corredor en corredor hasta una sala bien iluminada en medio de la cual había una mesa con tres cubiertos, vajilla de porcelana japonesa y jarras de cristal de roca. En el fondo de la sala pude ver un lecho magnífico. Muchas negras parecían atareadas en servir, pero se alinearon con respeto no bien entraron dos damas cuya tez de azucenas y rosas contrastaba perfectamente con el ébano de sus criadas. Las dos damas, tomadas de la mano, vestían de una manera extravagante, o que a lo menos me pareció tal, pero que es frecuente en muchos pueblos de Berbería, como después lo he comprobado durante mis viajes. Su vestido no consistía sino en una camisa y un justillo. La camisa era de tela hasta la cintura, y más abajo de una gasa de Mequínez, especie de género que sería del todo transparente si anchas cintas de seda, mezcladas a la trama del tejido, no lo hicieran apto para velar en cantos que ganan en adivinarse. El justillo, ricamente bordado de perlas y guarnecido de broches de diamantes, les cubría escasamente los senos; no tenía mangas; las de la camisa, también de gasa, estaban recogidas y anudadas detrás del cuello. Brazaletes adornaban sus brazos desnudos, tanto en las muñecas como encima de los codos. Aunque las damas fueran diablesas, sus pies no estaban hendidos ni provistos de garras; desnudos, en pequeñas babuchas bordadas, llevaban en el tobillo una ajorca de gruesos brillantes.

Las desconocidas avanzaron hacia mí con semblante despejado y afable. Eran dos bellezas perfectas; una de ellas, alta, esbelta, deslumbrante; la otra, enternecedora y tímida; una, majestuosa, con un busto de nobles proporciones y una cara de facciones admirables; la otra, menuda, con los labios un poco prominentes y los ojos entrecerrados por los cuales asomaba el brillo de sus pupilas ocultas bajo larguísimas pestañas. La mayor me dirigió la palabra en castellano y me dijo:

—Señor caballero, os agradecemos la bondad que habéis tenido de aceptar esta modesta colación. Creo que debéis necesitarla.

Dijo esta última frase con expresión tan maliciosa que la sospeché muy capaz de haber hecho robar la mula cargada con nuestras provisiones, pero tan bien las reemplazaba que no pude guardarle rencor.

Nos sentamos a la mesa, y la misma dama, alcanzándome una fuente de porcelana del Japón, me dijo:

—Señor caballero, encontraréis aquí una *olla podrida* donde se mezclan toda clase de carnes, exceptuando una sola, porque somos fieles, quiero decir musulmanas.

—Bella desconocida —le respondí—, me parece que bien lo habéis dicho. Sois fieles, sin duda, y vuestra religión es el amor. Pero dignaos satisfacer mi curiosidad antes que mi apetito: decidme quiénes sois.

—No dejéis de comer por ello, señor caballero —replicó la bella morisca—. No guardaremos con vos el incógnito. Me llamo Emina, y ésta es mi hermana Zebedea. Aunque establecidas en Túnez, nuestra familia es oriunda de Granada, y algunos de nuestros parientes viven en España, donde profesan en secreto la ley de sus padres. Hace ocho días abandonamos Túnez; desembarcamos cerca de Málaga en una playa desierta; después hemos pasado por las montañas, entre Soja y Antequera; después hemos venido a este lugar solitario para cambiarnos de ropa y tomar todas las medidas necesarias para vivir seguras. Podéis ver, señor caballero, que nuestro viaje es un secreto importante que confiamos a vuestra lealtad.

Aseguré a las bellas que no debían temer de mi parte ninguna indiscreción y me puse a comer con un poco de voracidad, sin duda, pero también con esa graciosa cortedad que un joven demuestra necesariamente cuando es el único de su sexo en una sociedad de mujeres.

Se apaciguó mi hambre y comencé lo que en España llaman los *dulces*; Emina lo advirtió, y entonces ordenó a las negras que me mostraran cómo se baila en sus comarcas. Ninguna orden pudo serles más agradable, y obedecieron con una vivacidad que rayaba en la licencia. Hasta creo que hubiese sido difícil que terminaran de bailar, pero yo les pregunté a sus hermosas señoras si ellas también solían hacerlo. Por toda respuesta se pusieron de pie y pidieron castañuelas. ¿Cómo dar una idea de su danza? Hacía pensar en el bolero de Murcia y en el fandango de los Algarbes, y quienes han estado en aquellas provincias podrán imaginarla, pero nunca podrán imaginar el encanto que añadían a sus pasos las gracias naturales de las dos africanas, realzadas por sus diáfanas vestiduras.

Durante algún tiempo las contemplé guardando una especie de sangre fría, pero sus movimientos acelerados por una cadencia más viva, el ruido perturbador de la música morisca, mi vitalidad exaltada por la súbita comida, en mí, fuera de mí, todo se concertaba para hacerme perder la razón. No sabía ya si estaba con dos mujeres o con dos súcubos insidiosos. No me atrevía a ver, no quería mirar. Me cubrí los ojos con la mano y me sentí desfallecer.

Las dos hermanas se me acercaron y cada una me tomó una mano. Emina me preguntó si me sentía mal. La tranquilicé. Zebedea me preguntó por un relicario que llevaba yo colgado del pecho. ¿Guardaba en él el retrato de mi amada?

—Es —le respondí— una alhaja que me dio mi madre y que le prometí llevar siempre conmigo; contiene un trozo de la verdadera cruz.

Zebedea retrocedió, palideciendo.

—Os turbáis —le dije—; sin embargo, la cruz sólo puede espantar al espíritu de las tinieblas.

Emina respondió por su hermana.

—Señor caballero —me dijo—, sabéis que somos musulmanas, y no debería

sorprenderos la tristeza que mi hermana os ha demostrado. Yo la comparto. Lamentamos encontrar un cristiano en vos, que sois nuestro pariente más próximo. Mis palabras os asombran, pero ¿no era vuestra madre una Gomález? Somos de la misma familia, que no es más que una rama de la de los Abencerrajes; pero sentémonos en este sofá y os diré otras cosas aún.

Las negras se retiraron. Emina me ofreció un extremo del sofá y se puso a mi lado, sentándose sobre las piernas cruzadas. Zebedeá, sentándose del otro lado, se apoyó sobre mi almohadón, y los tres estábamos tan cerca que nuestros alientos se mezclaban. Emina pareció reflexionar; después, mirándome con el más vivo interés, me tomó la mano y me dijo:

—Querido Alfonso, es inútil ocultarlo: no fue el azar quien nos trajo aquí. Os esperábamos; si el temor os hubiera hecho tomar otro camino, habríais perdido para siempre nuestra estima.

—Me halagáis, Emina —le respondí—, y no sé en qué podría interesaros mi valor.

—Nos interesáis mucho —replicó la bella mora—, pero quizá os halagaría menos saber que por poco sois el primer hombre que hemos visto. Lo que digo os asombra, y parecéis ponerlo en duda. Os había prometido contaros la historia de nuestros antepasados, pero quizá sea mejor que comience por la nuestra.

HISTORIA DE EMINA Y DE SU HERMANA ZEBEDEA

—Somos hijas de Gasir Gomález, tío materno del rey de Túnez que se halla actualmente en el poder. No hemos tenido hermanos, ni hemos conocido a nuestro padre, de modo que, encerradas entre las paredes del serrallo, ignorábamos por completo al otro sexo. Sin embargo, como ambas nacimos con una extrema propensión a la ternura, nos amamos una a la otra con gran pasión. Llorábamos desde que querían separarnos, aunque fuese por pocos instantes. Si reprendían a una, la otra se deshacía en lágrimas. Pasábamos los días jugando a la misma mesa, y dormíamos en la misma cama.

Un sentimiento tan vivo parecía crecer con nosotras, y adquirió nuevas fuerzas por una circunstancia que paso a contar. Yo tenía entonces dieciséis años, y mi hermana catorce. Desde hacía mucho habíamos observado algunos libros que mi madre nos escondía cuidadosamente. Al principio no les prestamos atención, hartos aburridos de los libros en que nos enseñaban a leer. Pero la curiosidad nos vino con la edad. Aprovechamos el instante en que el armario prohibido estaba abierto, y sacamos a toda prisa un librito que resultó ser *Los amores de Medgenún y de Leila*, traducido del persa por Ben-Omrí. Esta obra divina, que pinta ardorosamente todas las delicias del amor, inflamó nuestros sentidos. No podíamos comprenderla bien, porque no habíamos visto a personas de vuestro sexo, pero repetíamos sus expresiones. Hablábamos el lenguaje de los amantes; por último, quisimos amarnos a su manera. Yo adopté el papel de Medgenún, mi hermana el de Leila. Ante todo, le declaré mi pasión mediante el arreglo de algunas flores, suerte de clave misteriosa muy en uso en toda Asia. Después hice hablar a mis miradas, me prosterné ante ella, besé la huella de sus pasos, conjuré a los céfiros para que le llevaran

mis tiernas quejas, y con el fuego de mis suspiros creí encender su aliento.

Zebedea, fiel a las lecciones de su autor, me concedió una cita. Me arrodillé, besé sus manos, bañé sus pies con mis lágrimas; mi amada me opuso al principio una suave resistencia, después me permitió que le robara algunos favores; al final, terminó por abandonarse a mi ardiente impaciencia. Nuestras almas, en verdad, parecían confundirse en una sola, y todavía ignoro lo que podría hacernos más dichosas de lo que lo éramos entonces.

No sé por cuánto tiempo nos divertimos en representar esas apasionadas escenas, pero al fin las reemplazamos por sentimientos más apacibles. Nos aficionamos al estudio de la ciencia, sobre todo al conocimiento de las plantas, que estudiamos en los escritos del célebre Averroes.

Mi madre, según la cual nada era bastante para armarse contra el tedio de los serrallos, miró nuestras ocupaciones con placer. Hizo venir de la Meca a una santa llamada Hazereta, o la santa por antonomasia. Hazereta nos enseñó la ley del profeta; nos daba sus lecciones en ese lenguaje tan puro y armonioso que se habla en la tribu de los Koreisch. No nos cansábamos de escucharla, y sabíamos de memoria casi todo el Corán. Después mi madre nos instruyó ella misma en la historia de nuestra casa y puso en nuestras manos un gran número de memorias, algunas en árabe, otras en español. ¡Ah, querido Alfonso, hasta qué punto vuestra ley nos pareció odiosa! ¡Hasta qué punto odiamos a vuestros tenaces sacerdotes! Por el contrario, ¡cuánto interés prestamos a tantos ilustres infortunados, cuya sangre corría por nuestras venas!

Ya nos inflamábamos por Said Gomélez, que padeció martirio en las prisiones de la Inquisición, ya por su sobrino Leis, que llevó durante mucho tiempo en las montañas una vida salvaje y poco diferente de la que llevan los animales feroces. Caracteres semejantes nos hicieron amar a los hombres; hubiésemos querido verlos, y a menudo subíamos a nuestra terraza para divisar a las gentes que se embarcaban en el lago de la goleta, o a aquellos que iban a los baños de Hamán. Si bien no habíamos olvidado del todo las lecciones del amoroso Medgenún, al menos ya no las repetíamos juntas. Hasta llegó a parecerme que mi ternura por mi hermana no tenía el carácter de una pasión, pero un nuevo incidente me probó lo contrario.

Un día mi madre condujo a casa a una princesa de Tafiote, mujer de cierta edad; la recibimos con gran cortesía. Cuando se fue, mi madre me dijo que había pedido mi mano para su hijo, y que mi hermana casaría con un Gomélez. Esta noticia cayó sobre nosotras como el rayo; al principio nos turbó hasta hacernos perder el uso de la palabra. Después, la desdicha de vivir la una sin la otra adquirió tal fuerza a nuestros ojos que nos abandonamos a la más atroz desesperación. Nos mesamos los cabellos, llenamos el serrallo con nuestros gritos. En fin, las demostraciones de nuestro dolor llegaron a la extravagancia. Mi madre, asustada, prometió no contrariar nuestras inclinaciones; nos aseguró que nos permitiría quedar solteras, o casarnos con el mismo hombre. Sus promesas nos calmaron un poco.

Algún tiempo después vino a decirnos que había hablado al jefe de nuestra familia, y que éste había permitido que tuviésemos el mismo marido, a condición de que fuese de la sangre de los Gomélez.

Al principio no respondimos, pero la idea de compartir un marido nos placía cada vez más. Nunca habíamos visto a un hombre, ni joven ni viejo, sino de lejos, pero así como las mujeres jóvenes nos parecían más agradables que las viejas, queríamos que nuestro esposo fuera joven. Esperábamos también que nos explicara algunos pasajes del libro de Ben-Omrí, cuyo sentido no habíamos comprendido bien.

Al llegar aquí, Zebedea interrumpió a su hermana y, estrechándome en sus brazos, me dijo:

—Querido Alfonso, ¡lástima que no seáis musulmán! Cuál no sería mi felicidad si al veros en los brazos de Emina pudiera aumentar vuestras delicias, unirme a vuestros transportes, pues en fin, querido Alfonso, en nuestra casa, como en la del profeta, el hijo de una hija tiene los mismos derechos que la rama masculina. Quizá sólo dependiera de vos ser el jefe de nuestra casa, que está próxima a extinguirse. Para ello sólo os bastará abrir vuestros *ojos* a las santas verdades de nuestra ley.

A tal punto sus palabras me parecieron una insinuación de Satán, que me figuré ver cuernos asomando en la bonita frente de Zebedea. Balbuceé algunas frases sobre la religión. Las dos hermanas retrocedieron un poco. Emina, tomando un continente más severo, continuó en estos términos:

—Señor Alfonso, os he hablado demasiado de mi hermana y de mí. Tal no era mi intención. Me he sentado a vuestro lado para contaros la historia de los Gómez, de quienes descendéis por las mujeres. He aquí lo que tenía que deciros.

HISTORIA DEL CASTILLO DE CASAR GOMÉLEZ

—El primer autor de nuestra raza fue Masú ben Taher, hermano de Yusuf ben-Taher, que entró en España a la cabeza de los árabes y dio su nombre a la montaña de Gebal-Taher, que vosotros pronunciáis Gibraltar. Masú, que mucho había contribuido al éxito de los árabes, obtuvo del califa de Bagdad el gobierno de Granada, donde permaneció hasta la muerte de su hermano. Habríase quedado más tiempo aún, porque era igualmente querido por los musulmanes y por los mozárabes, como llamáis vosotros a los cristianos que han permanecido bajo la dominación de los árabes, pero sus enemigos de Bagdad lo malquistaron con el califa. Cuando supo que se había resuelto su pérdida, tomó el partido de alejarse. Reunió pues a los suyos y se retiró a Las Alpujarras, que son, como sabéis, una continuación de las montañas de Sierra Morena, y esta cadena separa al reino de Granada del de Valencia.

Los visigodos, a los cuales conquistamos España, no habían penetrado en Las Alpujarras. Casi todos sus valles estaban desiertos. En sólo tres de ellos habitaban los descendientes de un antiguo pueblo español. Se los llamaba los turdules: no reconocían ni a Mahoma, ni a vuestro profeta nazareno; sus opiniones religiosas y sus leyes estaban contenidas en canciones que se enseñaban de padres a hijos; tuvieron leyes que se habían perdido.

Más que por la fuerza, Masú sometió a los turdules por la persuasión: aprendió su lengua y les enseñó la ley musulmana. Sucesivos matrimonios confundieron la sangre de

ambos pueblos: a esa mezcla y al aire de las montañas debemos nuestra tez sonrosada, que distingue a los hijos de los Gomélez. Entre los moros suelen verse mujeres muy blancas, pero son siempre pálidas.

Masú tomó el título de jeque e hizo construir un gran castillo que llamó Casar Gomélez. Antes juez que soberano de su tribu, era accesible en todo momento y hacía de ello su deber, pero el último viernes de cada luna se despedía de su familia, se encerraba en un subterráneo del castillo y permanecía en él hasta el viernes siguiente. Sus desapariciones dieron motivo a diferentes conjeturas: algunos decían que nuestro jeque celebraba entrevistas con el duodécimo Imán, que debe aparecer sobre la faz de la tierra al final de los siglos. Otros creían que el Anticristo estaba encadenado en nuestro subterráneo. Otros pensaban que los siete durmientes reposaban allí con su perro *Caleb*. Masú no hizo caso de esos rumores; continuó gobernando su pequeño pueblo en tanto sus fuerzas se lo permitieron. Por último, eligió al hombre más prudente de la tribu, lo nombró su sucesor, le dio la llave del subterráneo y se retiró a una ermita, en la que continuó viviendo muchos años aún.

El nuevo jeque gobernó como lo había hecho su predecesor y como él desapareció todos los últimos viernes de cada luna. Todo subsistía como entonces hasta que Córdoba tuvo sus califas particulares, independientes de los de Bagdad. Fue cuando los montañeses de Las Alpujarras, que habían tomado parte en esta revolución, empezaron a establecerse en las llanuras, donde se los conoció con el nombre de Abencerrajes, en tanto que conservaron el nombre de Gomélez aquellos que permanecieron unidos al jeque de Casar Gomélez.

Sin embargo, los Abencerrajes compraron las más hermosas tierras del reino de Granada y las más hermosas casas de la ciudad. Su lujo llamó la atención de la gente y se supuso que el subterráneo del jeque encerraba un tesoro inmenso, pero nada podía saberse a punto fijo porque los mismos Abencerrajes ignoraban la fuente de sus riquezas.

Por último, esos hermosos reinos, como atrajeran sobre ellos las venganzas celestes, fueron librados a los infieles. Se tomó Granada, y ocho días después, a la cabeza de tres mil hombres, llegó a Las Alpujarras el célebre Gonzálvez de Córdoba. Hatén Gomélez era entonces nuestro jeque; se adelantó a Gonzálvez y le ofreció las llaves del castillo; el español le pidió las del subterráneo. También nuestro jeque se las dio sin oponer dificultades. Gonzálvez quiso bajar él mismo, y sólo encontró una tumba y libros. Entonces hizo burla de todas las historias que le habían á contado y se apresuró en volver a Valladolid, donde lo aguardaban el amor y la galantería.

Después la paz reinó en nuestras montañas hasta que Carlos subió al trono. Por entonces nuestro jeque era Sefí Gomélez. Este hombre, por motivos que nunca se conocieron bien, hizo saber al nuevo emperador que le revelaría un secreto importante si quería enviar a Las Alpujarras a algún señor que le mereciera confianza. No pasaron quince días antes que don Ruiz de Toledo se presentara a los Gomélez de parte de su majestad, pero se encontró con que el jeque había sido asesinado la víspera de su llegada. Don Ruiz persiguió a algunos individuos, se cansó bien pronto de ello y volvió a la corte.

Entretanto, los secretos de los jeques habían quedado en poder del asesino de Sefí. Este hombre, que se llamaba Bilaj Gomélez, reunió a los ancianos de la tribu y les

demostró la necesidad de tomar nuevas precauciones para guardar un secreto de tanta importancia. Se decidió instruir a varios miembros de la familia de los Gómez, pero cada uno de ellos sólo sería iniciado en una parte del misterio, y sólo después de haber dado tantas pruebas de valor, prudencia y fidelidad.

Aquí Zebedea interrumpió a su hermana:

—Querida Emina, ¿no creéis que Alfonso hubiera resistido a todas las pruebas? ¡Ah, quién podría dudarlo! Querido Alfonso, ¡lástima que no seáis musulmán! Quizá inmensos tesoros estarían en vuestro poder.

También sus palabras me hicieron pensar en el espíritu de las tinieblas que, no habiendo podido inducirme en tentación por la voluptuosidad, trataba de hacerme sucumbir por la codicia. Pero las dos hermanas se llegaron a mí, y me pareció que tocaba cuerpos, y no espíritus. Después de algunos momentos de silencio, Emina volvió a tomar el hilo de su historia.

—Querido Alfonso —me dijo—, hartos conocéis las persecuciones que hemos sobrellevado bajo el reino de Felipe, hijo de Carlos. Robaban a los niños y los hacían educar bajo la ley cristiana. A ellos se les daba los bienes de sus padres que habían continuado fieles. Fue entonces cuando un Gómez fue recibido en el Teket de los derviches de santo Domingo y obtuvo el cargo de gran Inquisidor.

Oímos el canto del gallo, y Emina dejó de hablar. Un hombre supersticioso habría esperado que las dos bellas desaparecieran por el hueco de la chimenea. No, continuaron a mi lado, pero parecieron soñadoras y preocupadas.

Emina fue la primera en romper el silencio.

—Amable Alfonso —me dijo—, va a despuntar el día, y las horas que tenemos para pasarlas juntas son demasiado preciosas. No vale la pena emplearlas en contar historias. No podemos ser vuestras esposas, a menos que abracéis nuestra ley. Pero si os fuera permitido vernos en sueños, ¿consentiríais en ello?

A todo consentí.

—No es bastante —replicó Emina con aire de gran dignidad—, no es bastante, querido Alfonso; aún es menester que os comprometáis por las leyes sagradas del honor a no traicionar jamás nuestros nombres, nuestra existencia y todo lo que sabéis de nosotras. ¿Osaréis comprometeros a ello solemnemente?

Prometí todo lo que quisieron.

—Es bastante —dijo Emina—; hermana mía, traed la copa consagrada por Masú, nuestro primer jeque.

Mientras Zebedea fue a buscar el vaso encantado, Emina se prosternó y recitó plegarias en lengua árabe. Reapareció Zebedea, con una copa que me pareció tallada en una sola esmeralda, y mojó en ella los labios. Emina hizo otro tanto y me ordenó beber, de un solo trago, el resto del licor.

Obedecí.

Emina me dio las gracias por mi docilidad y me besó con gran ternura. Después Zebedea apretó su boca contra la mía y pareció no poder despegarla. Por último, ambas me abandonaron diciéndome que las volvería a ver y que me aconsejaban que me durmiera lo antes posible.

Tantos aconteceres extravagantes, tantos relatos maravillosos y sentimientos insospechados hubieran debido, qué duda cabe, hacerme reflexionar toda la noche, pero debo convenir en que los sueños que me habían prometido me interesaron mucho más. Me apresuré a desnudarme y meterme en el lecho, que habían preparado para mí. Una vez acostado, observé con placer que mi lecho era muy ancho, y que los sueños no requieren tanto espacio. Pero no bien hice esta reflexión una necesidad irresistible de dormir pesó sobre mis párpados y todas las mentiras de la noche se apoderaron inmediatamente de mis sentidos extraviados por fantásticas ilusiones; mi pensamiento, arrastrado por las alas del deseo, me transportaba a mi pesar a los serrallos de África y se apoderaba de los encantos encerrados entre sus muros para componer con ellos mis quiméricos goces. Me sentía soñar y tenía, sin embargo, conciencia de no estrechar sombras. Me perdía en la vaguedad de las más locas ilusiones pero me encontraba siempre junto a mis primas. Me adormecía sobre el seno de las bellas, me despertaba entre sus brazos. Ignoro cuántas veces creí pasar por tan dulces alternativas.

JORNADA SEGUNDA

Por fin me desperté de verdad. El sol quemaba mis párpados: los alcé con trabajo. Vi el cielo. Vi que estaba al aire libre. Pero el sueño pesaba aún sobre mis ojos. No dormía ya, pero todavía no estaba despierto. Imágenes de suplicios se sucedían las unas a las otras. Quedé espantado. Haciendo un esfuerzo logré incorporarme.

¿Cómo encontrar palabras para expresar el horror que se apoderó de mí? Estaba acostado bajo la horca de Los Hermanos, y los cadáveres de los dos hermanos de Soto no colgaban de la horca, sino que yacían a mi lado. Al parecer, había pasado la noche con ellos. Descansaba sobre pedazos de cuerdas, trozos de hierro, restos de esqueletos humanos, y sobre los espantosos andrajos que la podredumbre había separado de ellos.

Creí no estar del todo despierto y debatirme en una pesadilla. Volví a cerrar los ojos y traté de recordar dónde había pasado la víspera... Entonces sentí unas garras hundiéndose en mis flancos. Un buitre, posado sobre mí, estaba devorando a uno de mis compañeros de lecho. El dolor que me causó la impresión de sus uñas terminó de despertarme. Pude ver las ropas que me había quitado y me apresuré a vestirme. Después quise salir del recinto del cadalso pero encontré la puerta clavada y en vano traté de romperla. Tuve pues que trepar por esas tristes murallas. Lo conseguí. Apoyándome en una de las columnas del patíbulo, observé la comarca que me rodeaba. Me orienté fácilmente. Estaba a la entrada del valle de Los Hermanos y no lejos de las orillas del Guadalquivir.

Como continuara observando vi cerca del río a dos viajeros; uno preparaba el almuerzo y el otro tenía de las riendas a los caballos. Ver seres humanos me causó tal alborozo que no pude menos de gritarles: « ¡Hola, hola! ». Los viajeros, al observar las señales que les hacía desde lo alto del cadalso, parecieron por un instante indecisos, pero después montaron de golpe a sus caballos y tomaron a todo galope el camino de Los Alcornoces. En vano les grité que se detuvieran; mientras más gritaba, más espoleaban sus cabalgaduras. Cuando los hube perdido de vista, pensé en dejar mi puesto. Salté a tierra y me lastimé un pie.

Llegué cojeando a las orillas del Guadalquivir, donde encontré el almuerzo que los dos viajeros habían abandonado; nada podía ser más oportuno, pues me sentía extenuado. No faltaba el chocolate ardiente aún, el esponjado empapado en vino de Alicante, el pan y los huevos. Empecé por reparar mis fuerzas, después de lo cual me puse a reflexionar sobre lo que me había sucedido durante la noche. Conservaba de todo ello un recuerdo confuso, pero no había olvidado que me comprometí a guardar el secreto y estaba firmemente resuelto a cumplir la palabra empeñada. Este punto una vez decidido, sólo me quedaba por ver cómo saldría del paso, es decir qué camino debía tomar, y me pareció que las leyes del honor me obligaban más que nunca a pasar por Sierra Morena.

Sorprenderá verme tan ocupado de mi gloria y tan poco de los acontecimientos de la víspera, pero esta manera de pensar también era efecto de la educación que había recibido, lo cual podrá comprobarse más adelante, cuando prosiga mi relato. Por el momento,

vuelvo al de mi viaje.

Tenía gran curiosidad por saber qué habían hecho los diablos con el caballo que dejé en Venta Quemada, y como estaba por lo demás en mi camino, resolví pasar por ella. Tuve que recorrer a pie todo el valle de Los Hermanos y el de la venta, lo que no dejó de fatigarme y de hacerme anhelar más que nunca encontrar mi caballo. Di con él, en efecto; estaba en el mismo establo donde lo había dejado y parecía lleno de bríos, bien cuidado y recién almohazado. Ignoraba quién pudo haberse ocupado de él, pero había visto tantas cosas extraordinarias que un prodigio más no me llamó la atención. Me habría puesto en seguida en camino si no hubiese tenido la curiosidad de recorrer nuevamente la posada. Encontré el aposento donde me había acostado; sin embargo, a pesar de mis esfuerzos, no pude dar, con aquel en donde había visto a las bellas africanas. Cansado pues de seguir buscando, monté a caballo y continué mi ruta.

Cuando me desperté bajo la horca de Los Hermanos, el sol estaba en su punto más alto. Después tardé dos horas largas en llegar a la venta. Aún hice un par de leguas, y entonces fue menester que pensara en un techo. Sin embargo, como no viera ninguno continué mi marcha. Por fin divisé una capilla gótica, con una cabaña que parecía ser la morada de un ermitaño. Estaba alejada del camino real, pero como yo empezaba a tener hambre no vacilé en hacer ese rodeo para procurarme sustento. Cuando llegué, até mi caballo a un árbol. Después llamé a la puerta de la ermita y vi salir a un religioso de aspecto venerable. Luego de abrazarme con ternura paterna, me dijo:

—Entrad, hijo mío; daos prisa. No paséis la noche afuera, temed al tentador. El señor ha retirado su mano del cielo.

Agradecí al ermitaño la bondad que me demostraba y le dije que sentía una extremada necesidad de comer.

Me respondió:

—¡Pensad en vuestra alma, hijo mío! Pasad a la capilla, prosternaos ante la cruz. Yo pensaré en las necesidades de vuestro cuerpo. Pero haréis una comida frugal, tal como puede esperarse de un ermitaño.

Pasé a la capilla y recé fervorosamente, pues no era un incrédulo y por entonces hasta ignoraba que los hubiera. Todo eso era también efecto de mi educación.

El ermitaño vino a buscarme al cabo de un cuarto de hora y me condujo a la cabaña, donde encontré una comida modesta y sabrosa. Estaba compuesta de excelentes aceitunas, cardos conservados en vinagre, cebollas dulces en salsa y bizcocho en vez de pan. Había también una botellita de vino. El ermitaño me dijo que él nunca bebía vino, pero que lo tenía para el sacrificio de la misa. Entonces, al igual que el ermitaño, me abstuve de beberlo, pero hice honor al resto de la cena. Mientras yo comía, entró en la cabaña un ser más pavoroso que todo lo que había visto hasta entonces. Era un hombre al parecer joven, pero de una horrible flacura. Tenía el pelo erizado, le habían saltado un ojo, del cual manaba sangre, y la lengua, que colgaba de la boca, dejaba caer una espuma babosa. Llevaba un traje negro en buen estado, pero era su única ropa; no llevaba medias ni camisa.

El atroz personaje no habló una palabra y fue a acurrucarse en un rincón, donde permaneció inmóvil como una estatua, con su único ojo fijo en un crucifijo que tenía en la

mano. Cuando hube acabado de cenar, le pregunté al ermitaño quién era ese hombre. El ermitaño me respondió:

—Hijo mío, ese hombre es un poseso al que exorcizo, y su terrible historia bien nos prueba el fatal poder que el ángel de las tinieblas usurpa en esta desventurada comarca; su relato puede ser útil a vuestra salvación, y voy a ordenarle que os lo haga.

Entonces, volviéndose hacia el poseso, le dijo:

—Pacheco, Pacheco, en nombre de tu redentor, te ordeno contar tu historia.

Pacheco lanzó un horrible alarido y comenzó en estos términos.

HISTORIA DEL ENDEMONIADO PACHECO

—He nacido en Córdoba, donde mi padre vivía más que holgadamente. Mi madre murió allí hace tres años. Al principio, mi padre pareció lamentarla mucho, pero al cabo de unos meses, habiendo tenido ocasión de hacer un viaje a Sevilla, se enamoró de una joven viuda llamada Camila de Tormes. Esta mujer no gozaba de una reputación demasiado buena, y muchos amigos de mi padre intentaron disuadirlo de que la tratara; pero a despecho de los consejos que le dieron, el matrimonio se celebró dos años después de la muerte de mi madre. La boda tuvo lugar en Sevilla, y mi padre, algunos días después, volvió a Córdoba en compañía de Camila, su nueva esposa, y de una hermana de Camila llamada Inesilla.

Mi nueva madrastra respondió perfectamente a la mala opinión que se tenía de ella, y no bien entró en nuestra casa pretendió seducirme. No lo consiguió. Me enamoré, sin embargo, pero de su hermana Inesilla. Mi pasión llegó a ser tan impetuosa que me arrojé a los pies de mi padre y le pedí la mano de su cuñada.

Mi padre, bondadosamente, me obligó a levantarme. Después me dijo:

—Hijo mío, os prohíbo pensar en ese matrimonio, y os lo prohíbo por tres razones. Primero: sería ridículo que llegarais a ser en cierto modo el cuñado de vuestro padre. Segundo: los santos cánones de la Iglesia no aprueban esta clase de matrimonios. Tercero: no quiero que os caséis con Inesilla.

Habiéndome hecho conocer sus tres razones, me volvió la espalda y se fue.

Me retiré a mi aposento, donde me abandoné a la desesperación. Mi madrastra, a quien mi padre informó inmediatamente de lo sucedido, vino a buscarme y me dijo que hacía mal en afligirme; que si no podía ser el marido de Inesilla, podía ser su *cortejo*, es decir, su amante, de lo cual ella se ocuparía; pero a la vez me declaró el amor que sentía por mí, y el sacrificio que llevaba a cabo al cederme a su hermana. Escuché atentamente este discurso que halagaba mi pasión, pero Inesilla era tan modesta que me parecía imposible que pudieran comprometerla a ceder a mis sentimientos.

Durante ese tiempo mi padre resolvió hacer un viaje a Madrid, con la intención de obtener el cargo de corregidor de Córdoba, y llevó con él a su mujer y a su cuñada. Su ausencia duraría dos meses, pero el tiempo me pareció muy largo porque estaba alejado de Inesilla.

Pasados escasamente los dos meses, recibí una carta de mi padre en la cual me

ordenaba que fuera a su encuentro y lo esperara en Venta Quemada, a la entrada de Sierra Morena. Yo no habría accedido fácilmente a pasar por Sierra Morena algunas semanas antes, pero acababan de colgar a los dos hermanos de Soto. Su banda estaba dispersa, y los caminos se consideraban bastante seguros.

Partí pues a Córdoba hacia las diez de la mañana a iba a pasar la noche en Andújar, en un albergue cuyo huésped es de los más charlatanes que existan en Andalucía. Ordené una copiosa cena, comí de ella y guardé el resto para mi viaje.

Al día siguiente comí en Los Alcornoces lo que había reservado la víspera, y llegué por la tarde a Venta Quemada. No encontré a mi padre, pero como en su carta me ordenaba que lo aguardase, decidí quedarme de buena gana por cuanto me hallé en un albergue espacioso y cómodo. El huésped era entonces un tal González de Murcia, hombre bastante bueno aunque charlatán, que no dejó de prometerme una cena digna de un Grande de España. En tanto que se ocupaba de prepararla, fui a pasearme por las orillas del Guadalquivir, y cuando volví encontré que la cena, en efecto, no era mala.

Cuando acabé de comer, le dije a González que me preparase la cama. Entonces, turbándose, respondió con algunas insensateces. Por fin me confesó que el albergue estaba rondado por aparecidos, y que él y su familia pasaban las noches en una alquería, a la orilla del río; si yo también quería pasar la noche, haría una cama junto a la suya.

Esta proposición me pareció fuera de lugar; le dije que fuera a acostarse donde le viniera en gana, y que me enviase a mis servidores. González me obedeció y se fue meneando la cabeza y encogiéndose de hombros.

Llegaron mis servidores un momento después; también ellos habían oído hablar de los aparecidos y quisieron convencerme de que pasara la noche en la alquería. Recibí un poco brutalmente sus consejos y les ordené que me preparasen una cama en el aposento donde había comido. Me obedecieron a regañadientes y, cuando la cama estuvo hecha, todavía me exhortaron a dormir en la alquería. Seriamente impacientado por sus adjuraciones, me permití algunas palabras que los pusieron en fuga y, como no estaba acostumbrado a que mis servidores me desnudaran, prescindí fácilmente de ellos para acostarme: sin embargo, habían sido más atentos de lo que merecía la manera con que los traté. Dejaron junto a la cama un candelero encendido, una vela de repuesto, dos pistolas y algunos volúmenes cuya lectura podía mantenerme despierto, pero la verdad es que yo había perdido el sueño.

Pasé un par de horas, ya leyendo, ya dándome vueltas en la cama. Por fin oí el sonido de un reloj o de un campanario que dio las doce. Me sorprendió porque no había oído dar las otras horas. Bien pronto se abrió la puerta y vi entrar a mi madrastra: estaba en camisa de dormir y llevaba una palmatoria en la mano. Se llegó a mí, de puntillas, y con el dedo sobre los labios como para imponerme silencio. Después posó su palmatoria en una mesita, sentóse sobre mi cama, me tomó una de las manos y me habló así:

—Mi querido Pacheco, he aquí el momento en que puedo procuraros los placeres que os prometí. Hace una hora que hemos llegado a esta posada. Vuestro padre ha ido a pasar la noche en la alquería, pero yo, como he sabido que estabais aquí he obtenido que me permita pasar la noche en el albergue con mi hermana mesilla. Ella os espera y está dispuesta a no negaros sus favores; pero quiero informaros de las condiciones que he

impuesto a vuestra dicha. Amáis a mesilla, y ella os ama. De nosotros, dos no deben ser felices a expensas de un tercero. Exijo que esta noche ocupemos una sola cama. Venid.

Mi madrastra no me dio tiempo de responder; me tomó de la mano y me condujo, de corredor en corredor, hasta que llegamos a una puerta junto a la cual se puso a mirar por el *ojo* de la cerradura.

Cuando hubo mirado lo suficiente, me dijo:

—Todo va bien. Mirad vos mismo.

Ocupé su lugar y vi en efecto a la encantadora mesilla en su cama. Pero ¡qué lejos estaba de su acostumbrada modestia! La expresión de sus *ojos*, su turbada respiración, su tez coloreada, su actitud, todo demostraba en ella que aguardaba a un amante.

Después de haberme dejado mirar, Camila me dijo:

—Querido Pacheco, permaneced junto a esta puerta; cuando sea el momento, os vendré a advertir.

Una vez que entró en el aposento, yo volví a mirar por el *ojo* de la cerradura y vi mil cosas que me cuesta contar. Ante todo, Camila se quitó la camisa de dormir; después, metiéndose en la cama de su hermana, le dijo:

—Pobre mesilla, ¿de verdad quieres tomar un amante? ¡Pobrecita, no sabes el daño que te hará! Primero, se te echará encima; después te hollará, te aplastará, te desgarrará.

Cuando Camila creyó haber adoctrinado suficientemente a su discípula, vino a abrirme la puerta, me condujo hasta la cama y se acostó con nosotros.

¿Qué os diré de esa noche fatal? Agoté las delicias y los crímenes. Durante muchas horas combatí el sueño y la naturaleza para prolongar mis infernales goces. Por último me dormí y me desperté al día siguiente bajo la horca de los hermanos de Soto y acostado entre sus infames cadáveres.

Aquí el ermitaño interrumpió al endemoniado y me dijo:

—Pues bien, hijo mío, ¿qué os parece? Creo que no sería poco vuestro espanto si os vierais acostado entre dos ahorcados.

Le respondí:

—Me ofendéis, padre mío. Un gentilhomme no debe tener nunca miedo, y menos cuando le cabe el honor de ser capitán en las guardias valonas.

—Pero, hijo mío —replicó el ermitaño—, ¿habéis oído jamás que semejante aventura le haya sucedido a un ser humano?

Vacilé un instante, después de lo cual respondí:

—Padre mío, si esta aventura le ha ocurrido al señor Pacheco, bien puede ocurrirle a otros; de ello seré mejor juez si tenéis a bien ordenarle que continúe su historia.

El ermitaño se volvió hacia el poseso, y le dijo:

—¡Pacheco, Pacheco, en nombre de tu redentor te ordeno que continúes tu historia!

Pacheco lanzó un horrible quejido y continuó en estos términos:

—Estaba medio muerto cuando abandoné el cadalso. Me arrastraba sin saber a dónde. Por fin encontré a unos viajeros que me tuvieron piedad y me llevaron a Venta Quemada. Encontré al huésped y a mis servidores muy preocupados por mí. Les pregunté si mi padre había pasado la noche en la alquería. Me contestaron que nadie había venido.

No resistí quedarme más tiempo en la venta y volví a tomar el camino de Andújar.

Llegué cuando el sol se había puesto. El albergue estaba lleno y me pusieron una cama en la cocina, donde me acosté. En vano quise dormir: no podía alejar de mi espíritu los horrores de la noche anterior.

Había dejado una candela encendida sobre el hogar de la cocina. De golpe se apagó y sentí un escalofrío mortal que me helaba la sangre en las venas.

Tiraron de mi manta, después oí una vocecita que decía:

—Soy Camila, tu madrastra. Tengo frío, corazón. Hazme lugar bajo tu manta.

Después otra voz:

—Soy Inesilla. Déjame entrar en tu cama. Tengo frío, tengo frío.

Después sentí una mano helada que me tiraba del mentón. Juntando todas mis fuerzas dije en voz alta:

—¡Satán, retírate!

Entonces las vocecitas me dijeron:

—¿Por qué nos echas? ¿No eres acaso nuestro maridito? Tenemos frío. Haremos un poco de fuego.

En efecto, muy pronto vi una llama en el atrio de la cocina. Como la llama se aclarara, no vi a Inesilla y a Camila, sino a los dos hermanos de Soto colgados de la chimenea.

Esta visión me puso fuera de mí. Salí de la cama, salté por la ventana y me eché a correr por los campos. Por un momento pude jactarme de haber escapado a tantos horrores, pero al volverme vi que me seguían los dos ahorcados. Entonces corrí más aún y vi que los ahorcados habían quedado atrás. Pero no duró mucho mi alegría. Los detestables seres se abalanzaron por los aires y en un instante los tuve sobre mí. Seguí corriendo. Por último las fuerzas me abandonaron.

Entonces sentí que uno de los ahorcados me apresaba por el tobillo izquierdo. Quise librarme de él, pero el otro ahorcado me cortó el camino. Se presentó ante mí, con ojos aterrorizadores y sacando una lengua roja como el hierro que se retira del fuego. Pedí gracia. Vanamente. Con una mano me aferró de la garganta y con la otra me arrancó el ojo que me falta. En el lugar del ojo hizo entrar su lengua abrasadora. Me lamió el cerebro y me hizo rugir de dolor.

Entonces el otro ahorcado, que me había apresado por la pierna izquierda, empezó a torturarme. Primero me cosquilleó la planta del pie que aferraba con la otra mano; después le arrancó la piel, separó todos los nervios, los dejó al desnudo y quiso tocar en ellos como en un instrumento de música, pero como no emitiera yo un sonido que le causara placer, hundió su espuela en mi pantorrilla, tiró de los tendones y los torció como se hace para acordar un arpa. Por último se puso a tocar en mi pierna de la cual había hecho un salterio. Escuché su risa diabólica. A los atroces bramidos que me arrancaba el dolor, hacían coro los alaridos del infierno. Pero cuando llegué a oír el crujir de dientes de los condenados, me pareció que despedazaban cada una de mis fibras. Por fin perdí el conocimiento.

Al día siguiente unos pastores me hallaron en el campo y me trajeron a esta ermita. Aquí he confesado mis pecados y he encontrado al pie de la cruz algún alivio a mis dolores.

El endemoniado lanzó un horrible quejido y calló. Entonces el ermitaño tomó la

palabra y me dijo:

—Hijo mío, habéis visto el poder de Satán: debéis rogar a Dios y llorar. Pero se hace tarde. Es hora de separarnos. No os propongo que os acostéis en mi celda porque podrían incomodaros los gritos que lanza Pacheco durante la noche. Idos a acostar a la capilla. Allí estaréis bajo la protección de la cruz que triunfa de los demonios.

Le respondí que me acostaría donde él quisiera. Llevamos a la capilla un catre de tijera. Me acosté y el ermitaño me deseó buenas noches.

Al encontrarme solo, me volvió al espíritu el relato de Pacheco. Había entre su aventura y la mía una gran semejanza, y estaba reflexionando sobre ello cuando oí dar las doce. No sabía si era el campanario de la ermita o si era cosa de los aparecidos. Entonces llamaron levemente a la puerta. Me levanté y dije en alta voz:

— ¿Quién es?

Una vocecita me respondió:

—Tenemos frío, ábrenos. Somos vuestras mujercitas.

—Ya lo creo, malditos ahorcados –les contesté–. Volved a vuestro cadalso y dejadme dormir.

Entonces la vocecita me dijo:

—Os burláis de nosotras porque estáis en una capilla. Pero salid un poco afuera.

—Voy al instante –respondí.

Fui a buscar mi espada y quise salir, pero encontré la puerta cerrada. Se lo dije a los aparecidos, que no respondieron. Entonces me fui a acostar y dormí hasta la mañana.

JORNADA TERCERA

Me despertó el ermitaño, que pareció muy contento de verme sano y salvo. Me abrazó, me bañó las mejillas con sus lágrimas, y me dijo:

—Hijo mío, cosas extrañas han sucedido esta noche. ¿Es verdad que dormisteis en Venta Quemada? ¿Se apoderaron de vos los demonios? Todavía hay remedio para ello. Arrodillaos ante el altar. Confesad vuestros pecados. Haced penitencia.

El ermitaño abundó en exhortaciones parecidas. Después calló para esperar mi respuesta.

Entonces le dije:

—Padre mío, me he confesado al salir de Cádiz. Desde entonces no creo haber cometido ningún pecado mortal, a no ser, tal vez, soñando. Es verdad que pasé la noche en Venta Quemada. Pero si allí he visto algo extraño, tengo buenas razones para callar.

Esta respuesta pareció sorprender al ermitaño. Me acusó de estar poseído por el demonio del orgullo y quiso persuadirme de que una confesión general me era necesaria; pero al comprobar lo invencible de mi obstinación, abandonó un poco su acento apostólico y me dijo, adoptando un tono más natural:

—Hijo mío, vuestro valor me sorprende. Decidme quién eres. ¿Qué educación habéis recibido? ¿Creéis o no en los aparecidos? No os neguéis a satisfacer mi curiosidad.

Le respondí:

—Padre mío, el deseo que demostráis de conocerme mejor no puede sino honrarme y lo agradezco como se merece. Permitidme que me levante. Iré a buscaros a la ermita, donde os informaré de todo lo que queráis saber sobre mí.

El ermitaño me abrazó una vez más y se retiró.

Cuando me hube vestido fui a su encuentro. Calentaba leche de cabra, que me ofreció con azúcar y pan; él comió algunas raíces cocidas en agua.

Una vez que acabamos nuestro almuerzo, el ermitaño se volvió hacia el endemoniado y le dijo:

—¡Pacheco, Pacheco! En nombre de tu redentor, te ordeno que conduzcas mis cabras a la montaña.

Pacheco lanzó un horrible aullido y se retiró. Entonces yo comencé mi relato, que conté en estos términos:

HISTORIA DE ALFONSO VAN WORDEN

—Soy oriundo de una familia muy antigua, pero que ha tenido poco brillo y menos bienes aún. Nuestro patrimonio no ha consistido sino en un feudo noble, llamado Worden, dependiente del círculo de Borgoña, y situado en medio de las Ardenas.

Como mi padre tenía un hermano mayor, debió contentarse con una muy magra legítima, que bastaba sin embargo para mantenerlo honradamente en el ejército. Combatió

durante toda la guerra de Sucesión y, cuando se hizo la paz, el rey Felipe V lo nombró teniente coronel en las guardias valonas.

Reinaba entonces en el ejército español un pundonor llevado hasta la más excesiva delicadeza y mi padre exageraba aún este exceso, cosa de que no puedo culparlo, pues el honor es, ciertamente, el alma y la vida de un militar. No se concertaba en Madrid un solo duelo cuyo ceremonial no ajustara mi padre, y desde que él decía que las reparaciones eran suficientes, todos se daban por satisfechos. Si alguien por azar no se mostraba contento, tenía que habérselas con mi padre, quien no dejaba de sostener sus decisiones con la punta de la espada. Por añadidura, mi padre llevaba en un libro la historia circunstanciada de cada duelo, lo que le daba en verdad una gran ventaja para poder pronunciarse con justicia en todos los casos difíciles.

Ocupado casi únicamente en su tribunal de sangre, mi padre se había mostrado poco sensible a los encantos del amor, pero al fin su corazón fue conmovido por los atractivos de una señorita, todavía joven, llamada Urraca de Goméz, hija del oidor de Granada y por cuyas venas corría la sangre de los antiguos reyes del país. Amigos comunes acercaron bien pronto a las partes interesadas, y el matrimonio fue concertado.

Mi padre juzgó conveniente convidar a su boda a todos aquellos con los cuales se había batido y que, claro está, no habían muerto en el duelo. Ciento veintidós se sentaron a su mesa. Sólo faltaron trece, ausentes de Madrid, y treinta y tres con los cuales se había batido en el ejército, pero de los cuales no tenía noticias. Mi madre me ha dicho a menudo que esta fiesta resultó singularmente alegre y que se había visto reinar en ella la mayor cordialidad, cosa que no me cuesta creer porque mi padre tenía, en el fondo, un excelente corazón y era muy querido por todo el mundo.

Por su lado, mi padre estaba muy apegado a España y nunca la hubiera abandonado. Sin embargo, dos meses después de su matrimonio recibió una carta firmada por el magistrado de la ciudad de Bouillon. Le anunciaba que su hermano había muerto sin hijos y que el feudo le tocaba por herencia. Esta noticia causó a mi padre gran turbación; tan abstraído quedó, me ha contado mi madre, que era imposible arrancarle una palabra. Por fin abrió su crónica de los duelos, escogió los doce hombres de Madrid que más se habían batido, los convidó a visitarlo y les hizo el siguiente discurso:

—Mis queridos hermanos de armas, sabéis cuántas veces he puesto vuestras conciencias en paz, en aquellos casos en que vuestro honor me parecía comprometido. Hoy me veo obligado a remitirme a vuestras luces, pues temo que la discreción me falte, o más bien temo que la oscurezca un sentimiento de parcialidad. He aquí la carta que me escriben los magistrados de Bouillon, cuyo testimonio es respetable aunque no sean nobles. Decidme si el honor me obliga a habitar el castillo de mis padres, o si debo continuar sirviendo al rey don Felipe, que me ha colmado de beneficios, y que acaba de ascenderme al rango de brigadier general. Dejo la carta sobre la mesa y me retiro. Volveré dentro de media hora para saber qué habéis decidido.

Mi padre salió, en efecto, después de haber hablado así. Al cabo de media hora volvió para saber qué habían resuelto sus amigos. Cinco eran partidarios de que permaneciera en el servicio y siete de que fuera a vivir a las Ardenas. Mi padre, sin murmurar, se sometió al voto de la mayoría.

Mi madre hubiese querido quedarse en España, pero estaba tan apegada a su esposo que éste no pudo siquiera advertir la repugnancia que ella sentía en expatriarse. Después sólo se ocuparon de los preparativos del viaje y de las personas que habían de participar en él para representar a España en las Ardenas. Aunque yo no había nacido todavía, mi padre, que nunca dudó de que viniese a este mundo, pensó que ya era tiempo de darme un maestro de armas. Para ello puso los ojos en García Fierro, el mejor preboste de esgrima que hubiera en Madrid. Este joven, cansado de recibir diarias estocadas en la plaza de la Cebada, no vaciló en venir. Mi madre, por su parte, no queriendo partir sin un capellán, lo eligió a don Iñigo Vélez, teólogo graduado en Cuenca. Debía instruirme en la religión católica y en la lengua castellana. Todas esas disposiciones para mi educación se tomaron un año y medio antes de mi nacimiento.

Cuando mi padre estuvo pronto a partir, fue a despedirse del rey, y, de acuerdo con el uso de la corte, puso una rodilla en tierra para besarle la mano, pero se le apretó tanto el corazón que cayó desfallecido y tuvieron que transportarlo a su casa. Al día siguiente fue a despedirse de don Fernando de Lara, entonces primer ministro. Este señor lo recibió con gran comedimiento y le hizo saber que el rey le acordaba una pensión de doce mil reales, con el grado de brigadier, lo que equivale a mariscal de campo. Mi padre hubiera dado parte de su sangre por la satisfacción de echarse una vez más a los pies de su señor, pero, como se había despedido ya, se contentó con expresar en una carta los sentimientos que colmaban su corazón.

Por último abandonó Madrid derramando muchas lágrimas.

Mi padre eligió la ruta de Cataluña para ver una vez más las comarcas donde había combatido y despedirse de algunos de sus antiguos camaradas que tenían autoridad en la frontera. Después entró en Francia por Perpiñán.

Su viaje hasta Lyon no fue turbado por ningún acontecimiento enojoso, pero al salir de esta ciudad se le adelantó una silla de posta que, siendo más liviana, llegó primero al relevo. Mi padre, que llegó un momento después, vio que ataban los caballos a la silla. En seguida cogió su espada y, llegándose al viajero, le pidió permiso para hablarle unos instantes en privado. El viajero, que era un coronel francés, al ver que mi padre llevaba el uniforme de brigadier, trajo también su espada para rendirle honores. Entraron en el albergue que estaba frente a la posta y pidieron un aposento. Cuando estuvieron solos, mi padre dijo al viajero:

—Señor caballero, vuestra silla se ha adelantado a mi carroza para llegar a la posta antes que yo. Hay en vuestro proceder, que en sí mismo no es un insulto, algo poco amable de lo cual debo pedir os cuentas.

El coronel, muy sorprendido, hizo recaer toda la culpa en sus postillones, asegurándole que no había querido ofenderlo.

—Señor caballero –replicó mi padre–, no pretendo tampoco hacer de este asunto un caso serio, y me contentaré con la primera herida.

Al decir estas palabras, sacó su espada.

—Esperad un instante –dijo el francés–. Me parece que no son mis postillones los que se han adelantado a los vuestros, sino los vuestros quienes, yendo más lentamente, quedaron atrás.

Mi padre, después de haber reflexionado un poco, dijo al coronel:

—Señor caballero, creo que tenéis razón. Si me hubierais hecho este razonamiento antes de que yo sacara la espada, pienso que no nos hubiéramos batido, pero comprenderéis que al punto en que han llegado las cosas hace falta un poco de sangre.

El coronel, que sin duda encontró bastante bueno este último razonamiento, sacó también su espada. No fue largo el combate. Mi padre, sintiéndose herido, bajó inmediatamente la punta de su espada y pidió excusas al coronel por el trabajo que le había causado; éste respondió ofreciendo sus servicios, dio la dirección donde mi padre podría encontrarlo en París, subió a su silla y partió.

Mi padre juzgó al principio muy leve su herida, pero tenía tantas ya que una nueva debía por fuerza incidir en alguna antigua cicatriz. En efecto, la espada del coronel había reabierto una vieja herida de mosquete cuya bala permanecía incrustada en el cuerpo de mi padre. El plomo hizo nuevos esfuerzos por buscar una salida, la encontró después de una curación que duró dos meses, y por fin mis padres y su comitiva pudieron continuar su camino.

En cuanto mi padre llegó a París fue a saludar al coronel, que se llamaba marqués de Urfé. Era uno de los personajes más importantes de la corte. Recibió a mi padre con extremada cortesía y se ofreció a presentarlo al ministro, así como a introducirlo en las mejores casas. Mi padre se lo agradeció, pero le rogó que le presentara solamente al duque de Tavennes, que era entonces decano de los mariscales, porque quería que lo informara de todo lo concerniente al tribunal de honor, de cuya justicia se había hecho siempre la más alta idea, y del cual había oído hablar a menudo como de una institución muy sabia, y que bien hubiese querido introducir en el reino. El mariscal recibió a mi padre con gran cortesía y lo recomendó al caballero de Bélièvre, primer exento de los señores mariscales y fiscal de aquel tribunal.

Como el caballero viniera a menudo a la casa de mi padre, tuvo oportunidad de conocer su crónica de duelos. Esta obra le pareció única en su género y pidió permiso para comunicarla a los señores mariscales, que compartieron la opinión del primer exento y pidieron permiso a mi padre para sacar una copia y guardarla en el archivo del tribunal. Mi padre accedió con indecible alegría: ninguna proposición podía halagarlo más.

Semejantes testimonios de estima hicieron muy agradable la temporada parisiense de mi padre, pero mi madre pensaba de muy otra manera. No sólo se había impuesto no aprender francés, sino también no escuchar cuando hablaban esta lengua. Su confesor, Iñigo Vélez, no cesaba de hacer amargas bromas sobre las libertades de la iglesia galicana, y García Fierro terminaba todas sus conversaciones afirmando que los franceses eran gabachos.

Por fin abandonaron París y al cabo de cuatro días llegaron a Bouillon. Allí mi padre se hizo reconocer por el magistrado y tomó posesión de su feudo.

El techo de mis padres, privado de la presencia de sus dueños, lo estaba también de buena parte de sus tejas, de modo que en todos los aposentos llovía tanto como en el patio, con la diferencia de que el solado del patio secaba rápidamente, mientras que en los aposentos el agua formaba charcos que no secaban jamás. Esta inundación doméstica no desagradó a mi padre porque le recordaba el sitio de Lérida, donde pasó tres semanas con

las piernas en el agua.

Sin embargo, su primer cuidado fue poner en seco el lecho de su esposa. Había en la sala de recibo una chimenea flamenca, junto a la cual quince personas podían calentarse a su guisa, y cuya campana formaba como un techo sostenido por dos columnas a cada lado. Taparon el tubo de la chimenea y, bajo su campana, se pudo colocar el lecho de mi madre, con su mesa de noche y una silla, y como el atrio de la chimenea estaba a un pie por encima del piso, todo ello formaba una especie de isla bastante inabordable.

Mi padre se estableció en el otro extremo de la sala, sobre dos mesas unidas por tablas, y de su lecho al de mi madre se levantó una escollera, fortificada en el medio por una especie de represa construida con cofres y cajas. La obra se terminó el mismo día de nuestra llegada al castillo, y yo vine al mundo nueve meses después, exactamente.

Mientras se trabajaba con gran actividad en las reparaciones más necesarias, mi padre recibió una carta que lo colmó de alegría. Estaba firmada por el mariscal de Tavennes, quien le pedía su parecer acerca de un lance de honor que por entonces ocupaba al tribunal. Este auténtico favor pareció a mi padre de tal consecuencia que quiso celebrarlo dando una fiesta a toda la vecindad. Pero como no había vecinos, la fiesta se limitó a un fandango que bailaron el maestro de armas y la señora Frasca, camarera de mi padre.

Mi padre, al responder a la carta del mariscal, le pidió que tuviera a bien, en adelante, comunicarle los extractos de todos los procesos llevados ante el tribunal. El favor le fue concedido, y en los primeros días de cada mes recibía un pliego que bastaba para alimentar las conversaciones familiares junto a la gran chimenea, en las tardes de invierno, o bien, durante el verano, en dos bancos colocados a la entrada del castillo.

Durante todo el embarazo de mi madre, mi padre le hablaba siempre del hijo que tendría, y del padrino que pensaba darme. Mi madre se inclinaba por el mariscal de Tavennes, o por el marqués de Urfé. Mi padre convenía en que sería mucho honor para nosotros, pero temió que esos dos señores no creyeran hacerle demasiado honor y entonces, llevado por un justo sentimiento de delicadeza, decidió que lo fuera el caballero de Bélièvre, quien, por su parte, aceptó dando muestras de estima y gratitud.

Por fin vine al mundo. A los tres años, ya manejaba un espadín, y a los seis podía tirar a la pistola sin pestañear... Tendría unos siete años cuando recibimos la visita de mi padrino. Este caballero se había casado en Tournai, donde ejercía el cargo de oficial de la condestabla y fiscal de lances de honor, cargos éstos cuya institución se remonta a la época de los juicios por campeones y que después han caído bajo la jurisdicción del tribunal de los mariscales de Francia.

La señora de Bélièvre era muy delicada de salud, y su marido la llevaba a tomar las aguas de Spa. Ambos me cobraron extremado afecto y, como no tenían hijos, rogaron a mi padre que les confiase mi educación, la cual no podía ser atendida con esmero en comarca tan solitaria como era la del castillo de Worden. Mi padre consintió en ello, determinado sobre todo por el cargo de fiscal de lances de honor que ejercía mi padrino, lo cual le hacía pensar que viviendo yo en la casa de Bélièvre, no dejaría de estar imbuido desde temprano de todos los principios que en el futuro habrían de guiar mi conducta.

Al principio se trató de hacerme acompañar por García Fierro, porque mi padre

consideraba que la más noble manera de batirse era a la espada: con el puñal en la mano izquierda. Género de esgrima completamente desconocido en Francia. Pero como mi padre había tomado la costumbre de tirar a la espada con Fierro todas las mañanas, junto a la muralla, y este ejercicio se había hecho necesario a su salud, no creyó oportuno privarse de él.

También se trató de enviar conmigo al teólogo Iñigo Vélez, pero era natural que mi madre, que sólo hablaba en español, no pudiera prescindir de un confesor que sabía esta lengua. De modo que no tuve junto a mí a los dos hombres que antes de mi nacimiento estaban destinados a educarme. Sin embargo, me dieron un lacayo español para que practicara la lengua española.

Partí para Spa con mi padrino, donde nos quedamos dos meses; de allí hicimos un viaje a Holanda y llegamos a Tournai al final del otoño. El caballero de Bélièvre respondió perfectamente a la confianza que mi padre había depositado en él, y durante seis años no descuidó nada de lo que pudiera contribuir a hacer de mí en el futuro un excelente oficial. Al cabo de este tiempo, murió la señora de Bélièvre; su marido dejó Flandes para establecerse en París, y yo fui llamado a la casa paterna.

Después de un viaje que la avanzada estación hizo bastante enojoso, llegué al castillo unas dos horas después de haberse puesto el sol, y encontré a todos sus habitantes reunidos junto a la gran chimenea. Mi padre, aunque encantado de verme, no se abandonó a demostraciones que hubiesen podido comprometer lo que vosotros, españoles, llamáis *gravedad*. Mi madre me bañó con sus lágrimas. El teólogo Iñigo me dio su bendición y el espadachín Fierro me presentó un florete. Hicimos un asalto, y me comporté de modo muy superior al que podía esperarse de mis años. Mi padre, demasiado entendido para no advertirlo, reemplazó su *gravedad* por la más viva ternura. Nos sentamos a cenar en medio de una gran alegría.

Después de cenar volvimos a reunirnos junto a la chimenea. Entonces mi padre dijo al teólogo:

—Reverendo don Iñigo, me daríais gran placer si fueseis a buscar vuestro grueso volumen que contiene tantas historias maravillosas, y nos leyeseis una de ellas.

El teólogo subió a su aposento y volvió con un infolio encuadernado en pergamino blanco, al cual el tiempo había comunicado un tono amarillento. Lo abrió al azar y leyó lo siguiente:

HISTORIA DE TRIVULZIO DE RÁVENA

Había una vez, en una ciudad de Italia llamada Rávena, un joven llamado Trivulzio. Era hermoso, rico, y tenía de sí mismo la más alta opinión. Las muchachas de Rávena se asomaban a la ventana para verlo pasar, pero ninguna le gustaba, o en todo caso no demostraba el pequeño placer que podía causarle una u otra por temor a hacerles demasiado honor. Pero todo ese orgullo no pudo resistir a los encantos de la joven y hermosa Nina dei Gieraci. Trivulzio dignó declararle su amor. Nina respondió que el señor Trivulzio la honraba mucho, pero que desde la infancia amaba a su primo Tebaldo

dei Gieraci, y que con toda seguridad no amaría nunca sino a él.

Ante esta respuesta inesperada, Trivulzio salió dando muestras del más extremado furor.

Un domingo, ocho días después, como todos los ciudadanos de Rávena se encaminaron a la iglesia metropolitana de San Pedro, Trivulzio distinguió en la multitud a Tebaldo que daba el brazo a su prima. Se embozó en la capa y los siguió. Cuando entraron en la iglesia, donde no está permitido embozarse, los dos amantes hubiesen podido distinguir fácilmente a Trivulzio, que los había seguido, pero sólo estaban ocupados en su recíproco amor y no pensaban en la misa, lo cual es gran pecado.

Mientras tanto, Trivulzio se había sentado en un banco detrás de la pareja. Como podía escuchar las palabras que se decían, su rabia iba en aumento. Entonces un sacerdote subió al púlpito y dijo:

—Hermanos míos, estoy aquí para correr las amonestaciones de Tebaldo y de Nina dei Gieraci. ¿Es que alguien se opone a su matrimonio?

—¡Yo me opongo! —exclamó Trivulzio, y al mismo tiempo asestó veinte puñaladas a los dos amantes. Quisieron detenerlo, pero asestó varias puñaladas más, salió de la iglesia, después de la ciudad, y alcanzó el estado de Venecia.

Trivulzio era orgulloso, maleado por la fortuna, pero de alma sensible. Sus remordimientos vengaron a sus víctimas, y arrastró de ciudad en ciudad una existencia deplorable. Al cabo de unos años, sus padres consiguieron hacerlo perdonar por la justicia, y volvió a Rávena, pero ya no era el mismo Trivulzio, radiante de felicidad y orgulloso de sus ventajas. Tan cambiado estaba que su nodriza no lo reconoció.

Desde el primer día de su llegada, Trivulzio preguntó dónde estaba la tumba de Nina. Le dijeron que estaba enterrada con su primo frente a la plaza, en la iglesia de San Pedro, allí mismo donde fueron asesinados. Trivulzio entró temblando y, cuando estuvo junto a la tumba, la abrazó y derramó un torrente de lágrimas.

Sea cual fuere el dolor del desgraciado asesino, éste sintió en aquel momento que las lágrimas lo habían aliviado. Por eso dio su bolsa al sacristán y obtuvo de él permiso para entrar en la iglesia cuantas veces quisiera. De modo que acabó por ir todas las tardes, y el sacristán se acostumbró tanto a verlo que no le prestaba atención.

Una tarde, Trivulzio, que no había dormido la noche antes, se adormeció junto a la tumba, y al despertar encontró que habían cerrado la iglesia. Tomó fácilmente el partido de pasar en ella la noche, porque le gustaba prolongar su tristeza y alimentar su melancolía. Oía sucesivamente dar las horas, y hubiese querido que llegara la hora de su muerte.

Por fin dieron las doce. Entonces se abrió la puerta de la sacristía y Trivulzio vio entrar al sacristán con una linterna en una mano y una escoba en la otra. Pero ese sacristán no era sino un esqueleto. Tenía un poco de piel sobre la cara, y los ojos muy hundidos, pero la sobrepelliz que se le pegaba a los huesos hacía patente que estaba desprovisto de carne.

El atroz sacristán posó su linterna sobre el altar mayor y encendió los cirios como para vísperas. Después se puso a barrer la iglesia y a sacudir el polvo de los bancos. Pasó varias veces junto a Trivulzio, pero no pareció verlo.

Por fin fue hasta la puerta de la sacristía e hizo sonar la campanilla que hay siempre allí. Entonces las tumbas se abrieron y de ellas salieron los muertos envueltos en sus mortajas, y cantaron las letanías en tono harto melancólico.

Después que así hubieron salmodiado durante algún tiempo, un muerto, revestido de una sobrepelliz y de una estola, subió al púlpito y dijo:

—Hermanos míos, estoy aquí para correr las amonestaciones de Tebaldo y de Nina dei Gieraci. Condenado Trivulzio, ¿te opones a su matrimonio?

Aquí mi padre interrumpió al teólogo y, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Alfonso, hijo mío, ¿habrías tenido miedo en el lugar de Trivulzio?

—Querido padre —le respondí—, me parece que habría tenido mucho miedo.

Entonces mi padre se puso de pie, furioso, saltó sobre su espada y con ella quiso atravesarme. Se interpusieron entre nosotros y lograron apaciguarlo un poco. Sin embargo, cuando hubo vuelto a sentarse, me lanzó una mirada terrible y me dijo:

—Hijo indigno de mí, tu cobardía deshonra de alguna manera el regimiento de las guardias valonas donde tenía la intención de hacerte entrar.

Después de estos duros reproches, que estuvieron a punto de hacerme morir de vergüenza, se hizo un gran silencio. García fue el primero en romperlo y, dirigiéndose a mi padre, le dijo:

—Monseñor, si me atreviera a dar mi opinión a su excelencia, diría que es menester probar a vuestro señor hijo que no hay aparecidos, ni espectros, ni muertos que canten letanías, y que no puede haberlos. De esta manera, no tendría seguramente miedo.

—Señor Fierro —respondió mi padre con un poco de acritud—, olvidáis que he tenido el honor de mostraros ayer una historia de aparecidos escrita de puño y letra de mi bisabuelo.

—Monseñor —replicó García—, no estoy dando un desmentido al bisabuelo de vuestra excelencia.

—¿Qué entendéis —dijo mi padre— por no dar un desmentido? ¿Sabéis que esta expresión supone la posibilidad de un desmentido dado por vos a mi bisabuelo?

—Monseñor —dijo entonces García—, bien sé que soy harto poca cosa para que vuestro bisabuelo quisiera obtener alguna satisfacción de mí.

Entonces mi padre, tomando un aire aún más terrible, dijo:

—Fierro, que el cielo os preserve de dar excusas, porque ellas supondrían una ofensa.

—En fin —dijo García—, sólo me queda someterme al castigo que plazca a vuestra excelencia. Sólo que, por la honra de mi profesión, quisiera que esta pena me fuera administrada por nuestro capellán, para que yo pudiera considerarla como penitencia eclesiástica.

—No me parece mala idea —dijo entonces mi padre, en tono más tranquilo—. Recuerdo haber escrito en otra época un pequeño tratado sobre las satisfacciones admisibles en los casos en que un duelo no puede realizarse. Dejadme reflexionar sobre ello.

Mi padre pareció ensimismarse en su propósito, pero de reflexión en reflexión terminó por adormecerse en su sillón. Mi madre dormía ya, así como el teólogo, y García no tardó en seguir su ejemplo. Entonces creí mi deber retirarme, y es así como transcurrió

el primer día de mi regreso a la casa paterna.

Al día siguiente tiré a la espada con García. Fui a cazar. Cenamos, y cuando nos hubimos levantado de la mesa mi padre volvió a rogar al teólogo que buscara su grueso volumen. El reverendo obedeció, lo abrió al azar y leyó lo que paso a contar.

HISTORIA DE LANDOLFO DE FERRARA

En una ciudad de Italia llamada Ferrara, había un joven llamado Landolfo. Era un libertino sin religión, que causaba espanto a todas las almas piadosas de la comarca. A este perverso le apasionaba el trato de las cortesanas y había tenido relaciones con todas las de la ciudad, pero ninguna le placía tanto como Bianca de Rossi, cuya impureza era mayor aún que la de todas las demás.

No sólo era Bianca una libertina interesada, depravada; quería también que sus amantes hiciesen por ella acciones que los deshonraran, y exigió de Landolfo que la condujera todas las noches a la casa donde él vivía, con su madre y su hermana, y que cenaran los cuatro juntos.

Landolfo se lo propuso inmediatamente a su madre, como lo más decoroso del mundo. La buena mujer se deshizo en lágrimas y rogó a Landolfo que mirase por la reputación de su hermana. Landolfo hizo oídos sordos a sus ruegos y sólo prometió mantener el hecho lo más secreto posible. Después fue a casa de Bianca y la condujo a donde ella deseaba.

La madre y la hermana de Landolfo recibieron a la cortesana mejor de lo que ésta se merecía. Pero entonces, al comprobar cuán bondadosas eran, Bianca redobló su insolencia; durante la cena mantuvo una conversación inconveniente; la hermana de Landolfo recibió lecciones de las que habría prescindido de buena gana, y la cortesana llevó el cinismo hasta significarle, tanto a ella como a su madre, que harían bien en irse de la casa porque quería quedarse a solas con Landolfo.

Al día siguiente, la cortesana contó lo sucedido por toda la ciudad, y durante cierto tiempo las gentes no hablaron de otra cosa. A tal punto que los rumores llegaron muy pronto a Eduardo Zampi, hermano de la madre de Landolfo. Eduardo era un hombre a quien no se ofendía impunemente. Como se sintió ultrajado en la persona de su hermana, ese mismo día hizo asesinar a la infame Bianca. Cuando Landolfo fue a buscar a su querida, la encontró apuñalada y nadando en sangre. Muy pronto supo que su tío era el culpable. Corrió a casa de éste para castigarlo, pero lo halló rodeado de todos los valientes de la ciudad, que se burlaron de su resentimiento.

Landolfo, no sabiendo sobre quién ejercer su furia, corrió a casa de su madre con la intención de agobiarla a ultrajes. La pobre mujer, acompañada de su hija, estaba por sentarse a la mesa. Cuando vio entrar a su hijo, le preguntó si Bianca vendría a cenar.

—¡Ojalá pudiera venir —dijo Landolfo— para llevarte al infierno con tu hermano y toda la familia de los Zampi!

La pobre mujer cayó de rodillas y dijo:

—¡Oh, Dios mío, perdonadle sus blasfemias!

En ese momento la puerta se abrió con estrépito y entró un espectro desencajado, cosido a puñaladas, y que conservaba aún un atroz parecido con Bianca.

La madre y la hermana de Landolfo empezaron a rezar, y Dios les concedió la gracia de sobrellevar ese espectáculo sin expirar de horror.

El fantasma avanzó a pasos lentos y se sentó a la mesa. Landolfo, con un valor que sólo el demonio podía inspirarle, se atrevió a ofrecerle un plato de comida. El fantasma abrió una boca tan grande que su rostro pareció partirse en dos, y de ella sacó una lengua rojiza. En seguida extendió una mano quemada, tomó un pedazo de comida, lo tragó, e inmediatamente se oyó caer el pedazo bajo la mesa. Así comió todo lo que había en el plato, y los pedazos que tragaba fueron cayendo bajo la mesa. Cuando el plato quedó vacío, el fantasma, deteniendo sus ojos atroces en Landolfo, le dijo:

—Landolfo, cuando como aquí, aquí duermo. Vámonos a la cama.

Entonces, interrumpiendo al capellán, mi padre volvióse hacia mí.

—Alfonso, hijo mío —me dijo—, ¿te habrías asustado en el lugar de Landolfo?

—Querido padre —le respondí—, os aseguro que no habría tenido el menor susto.

Mi padre pareció satisfecho de mi respuesta y estuvo muy alegre durante todo el resto de la velada.

Así pasaban nuestros días sin que nada alterase su uniformidad, excepto que, cuando llegaba el buen tiempo, en vez de agruparnos al calor de la chimenea, íbamos a sentarnos en los bancos que estaban junto a la puerta. En tan dulce calma transcurrieron seis años, y hoy me parece que fueron seis semanas.

Cumplí diecisiete años, y mi padre pensó en hacerme entrar en el regimiento de las guardias valonas. Con tal propósito escribió a aquellos de sus antiguos camaradas que mejor podían interceder por mí. Estos dignos y respetables militares utilizaron su crédito en mi favor y me obtuvieron una plaza de capitán. Cuando supo la noticia, mi padre quedó tan enajenado de placer que se temió por sus días. Pero se restableció al poco tiempo, y entonces sólo pensó en los preparativos de mi viaje. Quería que hiciera el viaje por mar de manera que pudiese entrar en España por Cádiz y allí me presentara a don Enrique de Sa, comandante de la provincia, y uno de los que más había contribuido a obtener mi plaza de capitán.

Cuando estuvo atada la silla de posta en el patio del castillo, mi padre me condujo a su aposento y, después de haber cerrado la puerta, me dijo:

—Querido Alfonso, voy a confiaros un secreto que me ha legado mi padre, y que confiaréis a vuestro hijo cuando lo creáis digno.

Como no dudaba de que se trataría de algún tesoro escondido, le respondí que nunca había considerado el oro sino como un medio de socorrer a los desventurados.

Mi padre me respondió:

—No, querido Alfonso, no se trata de oro, ni de plata. Quiero enseñaros una estocada secreta con la cual, parando en oposición y marcando la flanconada, podéis estar seguro de desarmar a vuestro enemigo.

Entonces, cogiendo los floretes, me enseñó la estocada secreta, me dio su bendición y me condujo a mi silla. Besé la mano de mi madre y partí.

Fui en posta hasta Flessingue, donde me embarqué para Cádiz. Don Enrique de Sa

me recibió como si fuera su propio hijo; se ocupó de mi equipaje y me recomendó a dos servidores, uno de los cuales se llamaba López y el otro Mosquito. De Cádiz fui a Sevilla, y de Sevilla a Córdoba; después he venido a Andújar, donde tomé el camino de Sierra Morena. He tenido la desgracia de verme separado de mis servidores cerca del abrevadero de Los Alcornoces. Sin embargo, llegué el mismo día a Venta Quemada y, ayer por la noche, a vuestra ermita.

—Hijo querido —me dijo el ermitaño—, vuestra historia me ha interesado vivamente y os agradezco mucho que me la hayáis contado. Bien comprendo ahora, por la manera en que os han educado, que el temor es un sentimiento que debe seros desconocido. Pero, puesto que habéis dormido en Venta Quemada, mucho me temo que estéis expuesto a las obsesiones de los dos ahorcados, y corráis la triste suerte del endemoniado Pacheco.

—Padre mío —respondí al anacoreta—, mucho he reflexionado esta noche sobre el relato del señor Pacheco. Aunque tenga el demonio en el cuerpo, no por ello es menos gentilhombre y, a ese título, lo creo incapaz de faltar a la verdad. Pero Iñigo Vélez, capellán de nuestro castillo, me dijo que si bien hubo posesos en los primeros siglos de la Iglesia, ya no los hay en el día de hoy, y su testimonio me parece tanto más respetable cuanto que mi padre me ha ordenado creer a Iñigo en todas aquellas materias que conciernen a nuestra religión.

—Pero —dijo el ermitaño— ¿acaso no habéis visto el atroz semblante del poseso? ¿Acaso no habéis visto que los demonios lo han dejado tuerto?

Le respondí:

—Padre mío, el señor Pacheco puede haber perdido el ojo de otra manera. Debo agregar que en todas estas cosas me atengo a quienes saben más que yo. Me basta con no temer a los aparecidos, ni a los vampiros. Sin embargo, si queréis darme alguna santa reliquia para preservarme de sus hazañas, os prometo llevarla siempre con fe y veneración.

El ermitaño pareció sonreír un poco de mi candor. Después me dijo:

—Veo, hijo mío, que aún tenéis fe, pero me temo que no persistáis en ella. Los Gomélez, de quienes descendéis por la rama materna, son todos ellos nuevos cristianos. Y hasta algunos, según me han dicho, son musulmanes en el fondo de su corazón. Si os ofrecieran una inmensa fortuna por cambiar de religión, ¿la aceptaríais?

—De ningún modo —le respondí—. Me parece que renunciar a nuestra religión, o abandonar nuestra bandera, son dos actos igualmente deshonorosos.

El ermitaño pareció sonreír todavía. Después me dijo:

—Veo con tristeza que vuestras virtudes reposan en un pundonor exagerado, y os advierto que ya no encontraréis un Madrid tan belicoso como en tiempos de vuestro padre. Las virtudes han de basarse en principios más firmes. Pero no quisiera deteneros más, porque aún tenéis una pesada jornada antes de llegar a la Venta del Peñón, o mesón del acantilado. Su huésped ha permanecido en él, a despecho de los bandidos, porque cuenta con la protección de una banda de gitanos que acampan en los alrededores. Pasado mañana llegaréis a la Venta de Cardeñas, y ya estaréis fuera de Sierra Morena. He puesto algunas provisiones en las alforjas de vuestra montura.

Habiendo dicho estas cosas, el ermitaño me abrazó tiernamente, pero no me dio

ninguna reliquia para preservarme de los demonios. No quise referirme nuevamente a ello, y monté a caballo.

En el camino me puse a reflexionar sobre las máximas que acababa de oír, no concibiendo para las virtudes una base más sólida que el pundonor, el cual, a mi juicio, las abarcaba todas. Proseguía entregado a estas reflexiones cuando un caballero, saliendo súbitamente de atrás de un peñasco, me cortó el camino y dijo:

—¿Os llamáis Alfonso?

Le respondí que sí.

—Entonces —dijo el caballero— os arresto en nombre del rey y de la Santa Inquisición. Entregadme vuestra espada.

Obedecí sin replicar. Entonces el caballero tocó un silbato, y de todos lados aparecieron gentes armadas que cayeron sobre mí. Me ataron las manos a la espalda y tomamos un atajo en las montañas que al cabo de una hora nos condujo a un castillo feudal. Bajó el puente levadizo y entramos. Como estábamos aún bajo el torreón, abrieron una puertecita lateral y me arrojaron a un calabozo, sin molestarse siquiera en deshacer las cuerdas que me tenían agarrotado.

El calabozo estaba en la más absoluta oscuridad; no teniendo yo las manos libres para extenderlas ante mí, me era imposible caminar sin darme de narices contra las murallas. Me senté pues en el sitio donde estaba y, como es fácil suponer, me puse a reflexionar sobre lo que pudo haber motivado mi encarcelamiento. Mi primera y única idea fue que la Inquisición se había apoderado de mis hermosas primas y que las negras habían contado lo que sucedió en Venta Quemada. En caso de que me interrogaran acerca de las bellas africanas, sólo podía optar entre traicionarlas, y faltar a mi palabra de honor, o negar que las conociera, lo que me habría embarcado en una serie de vergonzosas mentiras. Después de examinar semejante alternativa, me decidí por el más absoluto silencio y tomé la firme resolución de no responder con una sola palabra a todos los interrogatorios.

Una vez disipada esta duda en mi espíritu, medité en los acontecimientos de los dos días anteriores. Tenía la seguridad de que mis primas eran mujeres de carne y hueso. Me lo advertía no sé qué sentimiento, más fuerte que todo lo que me habían dicho sobre el poder de los demonios. Sólo estaba profundamente indignado por la mala pasada que me habían jugado, al hacerme despertar debajo de la horca.

Entretanto, transcurrían las horas. Empecé a tener hambre; como había oído decir que a veces no falta en los calabozos un pedazo de pan y un cántaro de agua, busqué algo semejante con las piernas y los pies. En efecto, bien pronto tropecé con un cuerpo extraño que resultó ser la mitad de un pan. Me acosté al lado del pan y quise asirlo con los dientes, pero falto de resistencia donde apoyarlo, el pan se me escapaba y resbalaba; al fin lo empujé contra el muro; entonces pude comer, porque el pan estaba partido por la mitad; de haber estado entero, no hubiese podido morderlo. Encontré también un cántaro, pero me fue imposible beber; apenas humedecía mi garganta el agua se derramaba. Continué buscando: encontré paja en un rincón, y me acosté sobre ella. Tenía las manos artísticamente anudadas, es decir con fuerza, pero sin que las cuerdas me entraran en las carnes. De modo que no me costó trabajo adormecerme.

JORNADA CUARTA

Me parece que había dormido varias horas cuando vinieron a despertarme. Vi entrar a un monje de Santo Domingo, seguido por varios hombres de muy mala catadura. Algunos llevaban hachones; otros, instrumentos desconocidos para mí y que imaginé debían servir para torturas. Recordé mis resoluciones y me afirmé en ellas. Pensaba en mi padre. Nunca fue torturado, pero ¿acaso no había sufrido mil operaciones dolorosas entre las manos de los cirujanos? Yo no ignoraba que las había sobrellevado sin proferir una sola queja. Resolví imitarlo, no decir una palabra y, si fuera posible, no dejar escapar un suspiro. El inquisidor pidió un sillón, se instaló en él junto a mí, adoptó un aire dulce y campechano y me hizo, poco más o menos, el siguiente discurso:

—Niño querido, agradece que el cielo te haya conducido a este calabozo. Pero dime, ¿por qué estás en él? ¿Qué pecados has cometido? Confiésate, derrama tus lágrimas en mi seno. ¿No me respondes? ¡Ay, niño mío, haces mal! Nuestro método es no interrogar. Dejamos al culpable el cuidado de acusarse a sí mismo. Esta confesión, aunque un poco forzada, no deja de tener algún mérito, sobre todo cuando el culpable denuncia a sus cómplices. ¿No respondes? Tanto peor para ti. Vamos, habrá que ponerte sobre la pista. ¿Conoces a dos princesas de Túnez? ¿O, mejor dicho, a dos brujas infames, vampiros execrables y demonios encarnados? Nada dices. Haced entrar a esas dos infantas de la corte de Lucifer.

Entonces trajeron a mis dos primas, que estaban, como yo, con las manos atadas a la espalda. Después el inquisidor continuó en estos términos:

—Pues bien, hijo mío, ¿no las reconoces? ¿Sigues callado? Hijo querido, no te asustes de lo que voy a decirte. Te haremos sufrir un poco. ¿Ves esas dos tablas? Allí te haremos poner las piernas, y las apretaremos con una cuerda. Después pondremos entre tus piernas estas cuñas que puedes observar y las clavaremos a golpes de martillo. Al principio, se te hincharán los pies. En seguida, te saldrá sangre del dedo gordo de cada pie, y se te caerán las uñas de los demás dedos. Después se te reventarán las plantas de los pies, y saldrá de ellas grasa mezclada con las carnes aplastadas. Eso te hará sufrir mucho. ¿Nada dices? Y sin embargo, hacemos la pregunta ordinaria. ¡Ah, hijo mío, habrás de desmayarte! Mira estos frascos, llenos de diversos licores, que te harán recuperar el sentido. Entonces, cuando vuelvas a tus cabales, te quitaremos estas cuñas y te pondremos estas otras, que son mucho más gruesas. Al primer golpe, se te romperán las rodillas y los tobillos. Al segundo, se te rajarán las piernas en toda su longitud. De ellas saldrá médula y goteará sobre esta paja, mezclada con tu sangre. ¿No quieres hablar?... Vamos, que le aprieten los pies.

Los verdugos me tomaron por las piernas y las ataron entre las maderas.

—¿No quieres hablar?... Colocadle las cuñas... ¿No quieres hablar?... Levantad los martillos.

En ese instante oímos una descarga de armas de fuego. Emina exclamó:

—¡Oh Mahoma, estamos salvados! ¡Soto ha venido en nuestro auxilio!

Soto entró con su banda, echó a los verdugos y ató al inquisidor a una argolla que había en la muralla del subterráneo. Después, llegándose a las moriscas y a mí, deshizo los nudos de las cuerdas que nos tenían agarrotados. El primer uso que ellas hicieron de la libertad de sus brazos fue echarse en los míos. Nos separaron. Soto me dijo que montara a caballo y tomase la delantera, asegurándome que él me seguiría muy pronto con las dos damas.

Cuatro caballeros formaban la vanguardia a la cual me uní. Al despuntar el día, llegamos a un lugar desierto donde encontramos un relevo. Después seguimos por las cumbres y crestas de las montañas nevadas.

Hacia las cuatro llegamos a unas grutas de piedra donde debíamos pasar la noche, pero yo me felicité de haber llegado en pleno día porque la vista era admirable, y sobre todo a mí, que no conocía sino las Ardenas y la Zelanda, debía parecerme tal. Tenía a mis pies esa hermosa vega de Granada, que los granadinos llaman *Nuestra Vigilia*. La veía íntegramente, con sus seis ciudades y sus cuarenta aldeas. Veía el curso tortuoso del Genil, los torrentes que se precipitaban desde lo alto de Las Alpujarras, los bosquecillos, las frescas umbrías, los edificios, los jardines y un inmenso número de quintas o alquerías. Encantado de que mis ojos pudieran abarcar tal cantidad de bellas cosas a la vez, me abandoné a la contemplación. Sentí que me convertía en un amante de la naturaleza. Olvidé a mis primas; éstas llegaron muy pronto en literas conducidas por caballos. No bien bajaron, se echaron a descansar sobre cojines en el suelo de la gruta. Al cabo de un momento les dije:

—Señoras mías, no me quejo de la noche que pasé en Venta Quemada, pero os confieso que acabó de una manera que me ha disgustado infinitamente.

Emina me respondió:

—Alfonso mío, no me acuséis sino de la parte hermosa de vuestros sueños. Pero ¿de qué os quejáis? ¿Acaso no habéis tenido ocasión de dar pruebas de un valor sobrehumano?

—¿Es que alguien –le respondí– pondría en duda mi valor? Si lo hallara, no vacilaría en batirme con el embozo terciado.

Emina me respondió:

—No sé qué entendéis por batiros con el embozo terciado, pero *hay* cosas que no puedo deciros. Las hay que ni yo misma las sé. Me limito a obedecer las órdenes del jefe de mi familia, sucesor del jeque Masú, y que conoce el secreto del Casar Gomélez. Todo lo que puedo deciros es que sois nuestro pariente más cercano. El oidor de Granada, padre de vuestra madre, tenía un hijo que fue considerado digno de ser iniciado. Abrazó la religión musulmana y esposó las cuatro hijas del rey de Túnez, que estaba entonces en el poder. Sólo la menor tuvo hijos, y es nuestra madre. Poco tiempo después del nacimiento de Zebedea, mi madre y sus otras tres mujeres murieron de una peste que, por entonces, desolaba la costa de Berbería... Pero dejemos de lado estas cosas que quizá algún día llegaréis a saber. Hablemos de vos, querido primo, del reconocimiento que os debemos y de nuestra admiración por vuestras virtudes. ¡Con qué indiferencia habéis mirado los preparativos del suplicio! ¡Qué sagrado respeto por la palabra empeñada! Sí, Alfonso, superáis a todos los héroes de nuestra raza y nos hemos convertido en vuestra propiedad.

Zebedea, que dejaba de buena gana que hablase su hermana cuando la conversación era seria, readquiría plenamente sus derechos cuando ésta tomaba un cariz sentimental. Es el caso de que fui halagado, acariciado, y quedé contento de mí mismo y de los demás. Después llegaron las negras. Nos dieron de cenar, y Soto nos sirvió él mismo con el más profundo respeto. A continuación las negras armaron para mis primas una cama bastante buena en una especie de gruta. Fui a acostarme en otra, y todos gozamos de un reposo del cual teníamos necesidad.

JORNADA QUINTA

Al día siguiente, temprano, la caravana se puso en marcha. Bajamos las montañas y dimos la vuelta a dos hondonadas o, mejor dicho, a dos precipicios que parecían tocar las entrañas de la tierra. Cortaban la cadena de montañas en tantas direcciones diferentes que era imposible orientarse en ellas ni saber por qué lado andábamos.

Marchamos así durante seis horas hasta llegar a las ruinas de una ciudad abandonada y desierta. Allí Soto nos hizo apearnos y me llevó al borde de un pozo.

—Señor Alfonso —me dijo—, os ruego que miréis en ese pozo y me digáis qué pensáis de él.

Le contesté que al mirar veía agua y que pensaba que era un pozo.

—Pues bien —dijo Soto—, os equivocáis, porque es la entrada de mi palacio.

Habiendo hablado así, metió la cabeza en el pozo y gritó de cierta manera. Entonces vi que de un costado del pozo salieron dos planchas que se unieron a unos pies por encima del agua. Después un hombre armado salió por la misma abertura, y después otro. Treparon por el pozo y, cuando estuvieron afuera, Soto me dijo:

—Señor Alfonso, tengo el honor de presentaros a mis dos hermanos, Cicio y Momo. Quizá recordéis sus cuerpos debajo de cierto cadalso, pero no por ello gozan de una salud menos buena y os serán siempre devotos pues están, así como yo, al servicio y a la paga del gran jeque de los Gomélez.

Le respondí que estaba encantado de conocer a los hermanos de un hombre que me había prestado tan importante servicio.

Hubo que resolverse a bajar al pozo. Trajeron una escala de cuerdas, y las dos hermanas descendieron con más facilidad de lo que yo hubiese previsto. Luego que llegamos a las planchas, encontramos una puertecita lateral, por donde sólo podíamos pasar agachándonos mucho. Pero en seguida encontramos una hermosa escalera, tallada en la roca, e iluminada por lámparas. Bajamos más de doscientos peldaños. Por fin entramos en una residencia subterránea compuesta por muchas salas y aposentos. El suelo y las paredes estaban tapizados de corcho para protegerlos de la humedad. Después, en Cintra, cerca de Lisboa, he visto un convento, tallado en la roca, cuyas celdas estaban tapizadas de igual manera y al cual, por ese motivo, se lo llamaba el convento de corcho. Agregaré que varias chimeneas bien dispuestas, y en las que ardía un buen fuego, mantenían una temperatura agradable en el subterráneo de Soto. Los caballos que servían a su caballería estaban dispersos en los alrededores. Sin embargo, en caso de necesidad, se podía también retirarlos del seno de la tierra por una abertura que daba a un valle vecino, y había una máquina especial para izarlos, pero se la usaba rara vez.

—Todas estas maravillas —me dijo Emina— son obra de los Gomélez. Cavaron este peñasco en los tiempos en que eran los amos de la comarca, es decir, acabaron de cavarlo, porque los idólatras, que a su llegada habitaban Las Alpujarras, habían ya adelantado en mucho el trabajo. Los sabios pretenden que en este lugar estaban las minas de oro de la Bética, y las antiguas profecías anuncian que toda la comarca deberá volver un día al

poder de los Goméz. ¿Qué decís de ello, Alfonso? Sería un espléndido patrimonio.

El discurso de Emina me pareció inoportuno. Se lo di a entender; luego, cambiando de conversación, le pregunté cuáles eran sus proyectos para el futuro.

Emina me respondió que después de lo sucedido, no podrían quedarse más en España, pero que deseaban descansar un poco hasta que hubiesen acabado los preparativos de su próximo viaje.

Nos dieron una cena muy abundante, sobre todo en venado y frutas secas... Los tres hermanos nos servían con la mayor obsequiosidad. Les hice observar a mis primas que era imposible encontrar ahorcados más honestos. Emina convino en ello y, dirigiéndose a Soto, le dijo:

—Vos y vuestros hermanos debéis de haber tenido aventuras muy extrañas; si nos las contarais, nos daríais gran placer.

Soto, después de hacerse de rogar un poco, sentóse junto a nosotros y empezó en los siguientes términos:

HISTORIA DE SOTO

He nacido en la ciudad de Benevento, capital del ducado de ese nombre. Mi padre, que se llamaba Soto como yo, era maestro armero, y muy hábil en su profesión. Pero como había otros dos armeros en la ciudad, y que aun gozaban de mayor reputación, sus ganancias apenas le bastaban para mantener a su mujer y a sus tres hijos, a saber mis dos hermanos y yo.

Tres años después que mi padre se hubo casado, una hermana menor de mi madre esposó a un vendedor de aceite, llamado Lunardo, que por regalo de bodas le dio unos pendientes de oro, con una cadena también de oro para que se pudiese alrededor del cuello. Mi madre, al volver de la boda, pareció hundirse en una negra melancolía. Su marido quiso saber por qué; ella se negó a decírselo durante mucho tiempo; al fin le confesó que moría de envidia por tener unos pendientes y un collar como los de su hermana. Mi padre nada respondió. Tenía un hermoso fusil de caza, con dos pistolas y un cuchillo, también de caza, que hacían juego. El fusil tiraba cuatro tiros sin necesidad de ser vuelto a cargar. Había costado a mi padre el trabajo de cuatro años, y estimaba su valor en trescientas onzas de oro de Nápoles. Fue a casa de un armador, y vendió el juego por ochenta onzas. Después compró unas alhajas iguales a las que deseaba su mujer, y se las regaló.

Mi madre se las mostró ese mismo día a la mujer de Lunardo, y sus pendientes parecieron un poco más lujosos que los de su hermana, lo cual le causó extremado placer.

Pero al cabo de ocho días la mujer de Lunardo fue a ver a mi madre para devolverle la visita. Llevaba los cabellos trenzados en forma de caracol y sujetos por una aguja de oro cuya cabeza era una rosa de filigrana enriquecida por un pequeño rubí. Esta rosa de oro hundió su cruel espina en el corazón de mi madre. Volvió a caer en su melancolía anterior y no salió de ella hasta que mi padre le hubo prometido una aguja parecida a la de su hermana. Sin embargo, como mi padre no tenía dinero ni medios de procurárselo, y una

aguja semejante costaba cuarenta y cinco onzas, muy pronto se puso tan melancólico como mi madre lo había estado algunos días antes. Entre tanto, mi padre recibió la visita de uno de sus paisanos, llamado Grillo Monaldi, que vino a verlo para hacer limpiar sus pistolas. Monaldi, advirtiéndole la tristeza de mi padre, le preguntó por su causa, y mi padre no se la ocultó. Después de un momento de reflexión, Monaldi le habló en estos términos:

—Señor Soto, os debo más de lo que creéis. El otro día, por azar, encontraron mi puñal en el cuerpo de un hombre asesinado en el camino de Nápoles. La justicia ha mostrado ese puñal a todos los armeros, y vos habéis atestiguado generosamente que no lo conocíais. Sin embargo, habíais forjado esa arma y me la habíais vendido. Si hubierais dicho la verdad, me habríais causado alguna molestia. He aquí las cuarenta y cinco onzas de que habéis menester, con el agregado de que mi bolsa os estará siempre abierta.

Mi padre aceptó con gratitud, fue a comprar una aguja de oro, enriquecida por un rubí, y se la regaló a mi madre, quien ese mismo día se adornó con ella y fue a lucirse ante los ojos de su orgullosa hermana.

De vuelta a su casa, mi madre no dudaba de que vería muy pronto a la señora Lunardo adornada con alguna nueva alhaja. Pero eran muy otros los proyectos de su hermana. Quería ir a la iglesia seguida de un lacayo a jornal, vestido de librea, y se lo propuso a su marido. Lunardo, que era muy avaro, había consentido en comprar un pedazo de oro que, en el fondo, le parecía tan seguro en la cabeza de su mujer como en su propio cofre. Pero no fue lo mismo cuando le propusieron dar a un gandul una onza de oro para estarse media hora detrás del banco de su mujer. Sin embargo, tan violentas y frecuentes fueron las persecuciones de la señora Lunardo que al fin se determinó a seguirla él mismo con librea de lacayo. La señora Lunardo encontró que su marido era tan bueno como cualquier otro para desempeñar ese papel, y desde el domingo siguiente quiso aparecer en la parroquia seguida por lacayo de tan nueva especie. Los vecinos rieron un poco ante la farsa, pero mi tía atribuyó sus bromas a la envidia que los devoraba.

Cuando llegó a la iglesia, oyó la rechifla de los mendigos:

—¡Mirad a Lunardo que hace de criado de su mujer!

Sin embargo, como los pordioseros no llevaran su audacia más allá de cierto punto, la señora Lunardo entró libremente en la iglesia, donde le rindieron toda suerte de homenajes. Le ofrecieron agua bendita y la hicieron sentar en un banco, en tanto que mi madre permanecía de pie y confundida con las mujeres de la clase más miserable del pueblo.

De vuelta a su casa, mi madre tomó un traje azul de mi padre y se puso a adornarle las mangas con los restos de una bandolera amarilla que había pertenecido a la cartuchera de un miguelete. Sorprendido, mi padre le preguntó qué hacía. Mi madre le contó toda la historia de su hermana, y cómo su marido tuvo la complacencia de seguirla con librea de lacayo. Mi padre le aseguró que él no tendría jamás una complacencia semejante. Pero al domingo siguiente le dio una onza de oro a un lacayo a jornal, que siguió a mi madre a la iglesia, donde ésta desempeñó un papel todavía más brillante que el de la señora Lunardo el domingo anterior.

Ese mismo día, inmediatamente después de misa, Monaldi vino a ver a mi padre y le hizo el siguiente discurso:

—Mi querido Soto, estoy informado de la rivalidad en materia de extravagancias que existe entre vuestra mujer y su hermana. Si no ponéis coto a ello, seréis desgraciado toda la vida. Podéis tomar dos partidos: uno, corregir a vuestra mujer; el otro, abrazar una profesión que os permita satisfacer su afición al derroche. Si tomáis el primer partido, os ofrezco una varilla de avellano, que he utilizado con mi difunta mujer mientras ésta vivió. Hay otras varillas de avellano que, tomadas por los extremos, se hacen girar en la mano y sirven para descubrir fuentes de agua y aun tesoros. Esta varilla no tiene virtudes semejantes. Pero si la tomáis por un extremo y la aplicáis por el otro sobre los hombros de vuestra mujer, os aseguro que la corregiréis fácilmente de sus caprichos. Por el contrario, si tomáis el partido de satisfacer todas sus fantasías, os ofrezco la amistad de los hombres más valerosos de Italia. Se reúnen de buena gana en Benevento, porque es una ciudad fronteriza. Pienso que me entendéis. Reflexionad pues sobre ello.

Después de haber hablado de esta suerte, Monaldi dejó su varita de avellano sobre la mesa del taller de mi padre, y se fue.

Durante ese tiempo, mi madre había ido después de misa a mostrar su lacayo a jornal al Corso y a casa de algunas de sus amigas. Por fin volvió, triunfante, pero fue recibida por mi padre de manera muy distinta de la que ella esperaba. Con la mano izquierda la cogió del brazo izquierdo, y con la derecha empezó a poner en práctica los consejos de Monaldi. Su mujer se desmayó. Mi padre maldijo la varilla, pidió perdón, lo obtuvo y la paz se hizo entre ellos.

Algunos días después mi padre fue a buscar a Monaldi para decirle que la varilla de avellano no había surtido buen efecto y que lo relacionara con los hombres valerosos de que le hablara.

Monaldi respondió:

—Señor Soto, es bastante sorprendente que no teniendo ánimo para infligir el menor castigo a vuestra mujer, lo tengáis para aguardar a las personas en un rincón del bosque. Sin embargo, todo es posible, y el corazón humano encierra peores contradicciones. Bien quiero presentaros a mis amigos, pero es menester que antes hayáis cometido por lo menos un asesinato. Todas las tardes, cuando hayáis cerrado vuestro taller, colgaos una espada, poneos un puñal en el cinto, y paseaos con aire un poco altivo bajo los soportales de la Madona. Tal vez alguien quiera emplearos. Adiós. Pueda el cielo bendecir vuestras empresas.

Mi padre hizo lo que Monaldi le había aconsejado y muy pronto advirtió que diversos caballeros de su temple y los esbirros lo saludaban con aire de complicidad. Al cabo de quince días de caminar todas las tardes bajo los soportales, un hombre bien vestido lo abordó y le dijo:

—Señor Soto, aquí hay cien onzas para vos. Dentro de media hora veréis pasar a dos jóvenes con plumas blancas en el sombrero. Os acercaréis a uno de ellos y de manera confidencial le diréis en voz baja: «¿Cuál de vosotros es el marqués Feltri?». Uno de ellos os dirá: «Yo». Entonces le asestaréis una puñalada en el corazón. El otro joven, que es un cobarde, habrá de huir. Entonces ultimaréis a Feltri. Una vez acabado vuestro cometido, no vayáis a refugiaros en la iglesia. Volved tranquilamente a vuestra casa, y yo os seguiré de cerca.

Mi padre siguió puntualmente las instrucciones que le dieron y, cuando estuvo de vuelta en su casa, vio llegar al desconocido cuyo rencor había satisfecho. Este le dijo:

—Señor Soto, os agradezco mucho lo que habéis hecho por mí. He aquí otra bolsa de cien onzas, que os ruego que aceptéis, y he aquí también otra con la misma cantidad que presentaréis al primer empleado de la justicia que se aparezca por vuestra casa.

Después de hablar de tal manera, el desconocido se retiró.

Poco después, el jefe de los esbirros se presentó en casa de mi padre, quien le dio las cien onzas destinadas a la justicia, y aquél lo invitó a su vez a una cena de amigos que se haría en su casa. Fueron a una residencia adosada a la prisión pública, donde encontraron por convidados al *bargello* y al confesor de los presos. Mi padre estaba un poco conmovido, como suele estarse de ordinario después del primer asesinato. Advirtiéndolo su turbación, el eclesiástico le dijo:

—Señor Soto, reprimid vuestra tristeza. Las misas de la catedral están a doce reales cada una. Se dice que el marqués Feltri ha sido asesinado. Haced aplicar una veintena de misas por el descanso de su alma, y por añadidura os concederán la absolución general.

Después de lo cual no se habló más de lo sucedido, y la cena fue bastante alegre.

Al día siguiente Monaldi fue a visitar a mi padre y lo cumplimentó por su actuación. Mi padre quiso entregarle las cuarenta y cinco onzas que había recibido en pago, pero Monaldi le dijo:

—Soto, ofendéis mi delicadeza. Si volvéis a hablarme de ese dinero, creeré que me reprocháis no haber hecho bastante para ayudaros. Habéis adquirido mi amistad, y mi bolsa está a vuestro servicio. No os ocultaré que yo mismo soy el jefe de la banda a que aludí. Está compuesta por hombres de honor y de una celosa probidad. Si queréis formar parte de ella, decid que vais a Brescia a comprar cañones para fusiles, y reuníos con nosotros en Capua. Parad en la *Croce d'oro* y no os preocupéis por lo demás.

Mi padre partió al cabo de tres días e hizo una campaña tan honorable como lucrativa.

Aunque el clima de Benevento sea benigno, mi padre, que aún no estaba aguerrido en su profesión, no quiso trabajar durante el mal tiempo. Pasó los cuarteles de invierno en el seno de su familia, y su esposa tuvo un lacayo el domingo, broches de oro en su justillo negro, y un prendedor de oro en forma de garfio del cual colgaban sus llaves.

Hacia la primavera, sucedió que mi padre fue llamado en la calle por un servidor desconocido, quien le dijo que lo siguiera hasta la puerta de la ciudad.

Allí encontró a un señor entrado en años y cuatro hombres a caballo. El señor le dijo:

—Señor Soto, he aquí una bolsa con veinte cequíes. Os ruego que me sigáis hasta un castillo vecino, y que permitáis que os venden los ojos.

Mi padre consintió en todo, y después de un largo trecho y de muchos rodeos llegaron al castillo del viejo señor. Lo hicieron subir y le quitaron la venda. Entonces vio a una mujer enmascarada, atada a un sillón y con una mordaza. El viejo señor le dijo:

—Señor Soto, aquí hay veinte cequíes más. Tened la bondad de apuñalar a mi mujer.

Pero mi padre respondió:

—Señor, os habéis equivocado respecto a mí. Espero a las gentes en una esquina o las ataco en el bosque, como conviene a un hombre de honor, pero no hago el oficio de

verdugo.

Después de haber hablado de esta guisa, mi padre echó las dos bolsas a los pies del vindicativo esposo. Éste no insistió más, hizo vendar los ojos de mi padre y ordenó a sus servidores que lo condujeran a las puertas de la ciudad. Acción tan noble y generosa honró mucho a mi padre, pero poco después realizó otra que fue más elogiada aún.

Había en Benevento dos señores muy apreciados. Uno se llamaba el conde Montalto; el otro, el marqués Serra. El conde Montalto hizo llamar a mi padre y le prometió quinientos cequíes por asesinar a Serra. Mi padre aceptó, mas pidió cierto tiempo, porque sabía que el marqués estaba muy alerta.

Dos días después, el marqués Serra hizo llamar a mi padre a un lugar retirado, y le dijo:

—Soto, he aquí una bolsa con quinientos cequíes. Os pertenece, pero dadme vuestra palabra de honor de apuñalar a Montalto.

Mi padre cogió la bolsa y le dijo:

—Señor marqués, os doy mi palabra de honor de matar a Montalto, pero debo confesaros que también le he dado palabra de haceros perecer. El marqués dijo riendo:

—Espero que no lo haréis.

Mi padre respondió muy seriamente:

—Excusadme, señor marqués, pero lo he prometido y lo haré.

El marqués retrocedió y sacó su espada, pero mi padre sacó una pistola del cinto y le hizo saltar los sesos. En seguida fue a casa de Montalto y le anunció que su enemigo había muerto. El conde lo abrazó y le dio los quinientos cequíes prometidos. Entonces mi padre, un poco turbado, le confesó que el marqués, antes de morir, le había dado quinientos cequíes para asesinar al conde Montalto. El conde le dijo que estaba encantado de haberse anticipado a su enemigo.

—Señor conde —replicó mi padre—, de nada os servirá, porque he dado mi palabra.

Al mismo tiempo, le asestó una puñalada. El conde, al caer, lanzó un grito que atrajo la atención de sus servidores. Mi padre se libró de ellos a puñaladas y huyó a las montañas, donde encontró a la banda de Monaldi. Todos los valientes que la componían no tuvieron palabras suficientes para elogiar una tan sagrada lealtad a la palabra empeñada. Os aseguro que este rasgo todavía está, por así decirlo, en boca de todos, y que durante mucho tiempo se hablará de él en Benevento.

Habiendo llegado Soto a este punto de su relato, uno de sus hermanos vino a pedirle órdenes concernientes a nuestra partida. Soto nos dejó, pues, pidiéndonos permiso para retomar al día siguiente el hilo de su historia. Pero lo que nos había contado me dio mucho que pensar. No había cesado de alabar el honor, la delicadeza, la celosa probidad de individuos que hubieran merecido la horca. El abuso de esas palabras, de las que se servía tan confiadamente, confundía todas mis ideas.

Emina, advirtiéndome mi silencio, me preguntó en qué pensaba. Le respondí que la historia de Soto me recordaba lo que había oído decir, dos días antes, a cierto ermitaño, o sea que la virtud tiene bases más firmes que el honor. Emina me respondió:

—Querido Alfonso, respetad a ese ermitaño, y creed lo que os dice. Volveréis a encontrarlo más de una vez en el curso de vuestra vida.

Después las dos hermanas se levantaron y se retiraron con sus negras al interior del departamento, es decir a la parte del subterráneo que les estaba destinada. Volvieron para cenar, y acabada la cena nos fuimos a dormir.

Pero cuando se hizo el silencio en la caverna, vi entrar a Emina que llevaba, como Psique, una lámpara en una mano y con la otra conducía a su hermanita, más bella que el mismo amor. Sentáronse las dos al borde de mi cama. Después Emina me dijo:

—Querido Alfonso, os dije que os pertenecíamos. Que el gran jeque nos perdone si nos anticipamos un poco a su autorización.

—Hermosa Emina —le respondí—, perdonadme vos misma. Si es ésta una nueva prueba a que sometéis mi virtud, temo que no salga bien parada de ella.

—Han hecho lo necesario para que pueda resistir —dijo la bella africana, y pasando mi mano por su cadera me hizo palpar un cinturón que no era en modo alguno el de Venus, aunque su arte se debiera al genio del esposo de esta diosa. El cinturón estaba cerrado por un candado cuya llave no estaba en poder de mis primas, o a lo menos ellas me lo aseguraron.

Así, a cubierto el centro de toda gazmoñería, no pretendieron disputarme los aledaños. Zebedeá recordó el papel de querida que había estudiado en otros tiempos con su hermana. Ésta veía en mis brazos al objeto de sus antiguos amores y entregaba sus sentidos a tan dulce contemplar. La menor, flexible, vivaz, ardiente, me devoraba con el tacto y me penetraba con sus caricias. También llenamos otros momentos con no sé qué, con proyectos sobre los cuales no nos explicábamos, con todo ese dulce parloteo de los jóvenes que oscilan entre el recuerdo reciente y la esperanza de una próxima dicha.

Por fin el sueño pesó sobre los hermosos párpados de mis primas, y se retiraron a su departamento. Cuando me encontré solo, pensé que me sería muy desagradable despertarme otra vez bajo la horca. No hice más que reír de esta idea, aunque rondó mi pensamiento hasta el momento en que me dormí.

JORNADA SEXTA

Fui despertado por Soto, quien me dijo que yo había dormido mucho tiempo y que la comida estaba lista. Me vestí a prisa y fui al encuentro de mis primas, que me aguardaban en el comedor. Sus ojos me acariciaban aún, y parecían más ocupadas de la noche anterior que de la comida que les servían. Cuando hubieron levantado la mesa, Soto sentóse entre nosotros y volvió a tomar en los siguientes términos el hilo de su relato:

CONTINUACIÓN DEL RELATO DE SOTO

Cuando mi padre fue a reunirse con la banda de Monaldi, yo podría tener seis años, y recuerdo que me llevaron a la cárcel con mi madre y mis dos hermanos.

El jefe de los esbirros se ocupó muy especialmente de nosotros durante nuestra detención, cuyo término abrevió. Mi madre, al salir de la cárcel, fue muy bien recibida por las vecinas y por todo el barrio, porque en el mediodía de Italia los bandidos son los héroes del pueblo, así como los contrabandistas lo son en España. No nos escatimaron una parte de la estima universal, y yo, en particular, fui mirado como el príncipe de los pilluelos de mi calle.

Hacia esa época, Monaldi fue muerto en un asalto, y mi padre, que tomó el mando de la banda, quiso iniciarse con una hazaña estrepitosa. Fue a apostarse en el camino de Salerno para esperar una remesa de dinero que enviaba el virrey de Sicilia. Triunfó en su empresa pero fue herido en los riñones por un tiro de mosquete que lo volvió incapaz de continuar trabajando. El momento en que se despidió de la banda fue extraordinariamente conmovedor. Hasta se dijo que muchos bandidos lloraron, lo que me costaría creer si yo mismo no hubiese llorado una vez en mi vida, y fue después de apuñalar a mi querida, como lo explicaré a su debido momento.

La banda no tardó en disolverse; algunos de nuestros valientes fueron a hacerse ahorcar en Toscana; otros a unirse a Testalunga, que empezaba a adquirir cierta reputación en Sicilia. Mi padre mismo cruzó el estrecho y fue a Mesina, donde pidió asilo a los Agustinos del Monte. Puso su modesto peculio en manos de los monjes, hizo penitencia pública y se estableció bajo el portal de la iglesia, donde llevaba una vida muy apacible, pues tenía libertad de pasearse por los jardines y los patios del convento. Los monjes le daban sopa, y él mandaba buscar un par de platos de un figón vecino. Por añadidura, el *frater* del convento le curaba las heridas.

Supongo que por entonces mi padre nos enviaba fuertes remesas de dinero, porque la abundancia reinaba en nuestra casa. Mi madre participaba en los placeres del carnaval y para Navidad hacía un pesebre, o *presepio*, representado por muñequitos, animales de azúcar y otras niñerías de esta especie que están muy de moda en todo el reino de Nápoles y son un objeto de lujo para el burgués. Mi tía Lunardo tenía también su *presepio*, pero no podía compararse con el de mi madre.

En la medida en que recuerdo a mi madre, me parece que era buena, y a menudo la hemos visto llorar por los peligros a los cuales se exponía su marido, pero unos pocos triunfos obtenidos sobre su hermana o sus vecinas secaban muy pronto sus lágrimas. La satisfacción que le dio su hermoso pesebre fue el último placer que le he visto gustar. No sé cómo contrajo una pleuresía, de resultas de la cual murió a los pocos días.

Ignoro qué habría sido de nosotros a su muerte si el *bargello* no nos hubiese llevado a su casa. Allí pasamos algunos días, después de los cuales nos confió a un arriero que nos hizo atravesar toda Calabria y al cabo de dos semanas llegar a Mesina. Mi padre ya estaba informado de la muerte de su esposa. Nos recibió con gran ternura, nos puso un jergón junto al suyo, y nos presentó a los monjes, que nos sumaron a las filas de sus monaguillos. Ayudábamos a misa, despabilábamos los cirios, encendíamos las lámparas y, acabada nuestra tarea, éramos unos pilletes tan redomados como lo habíamos sido en Benevento. Una vez que comíamos la sopa de los monjes, mi padre nos daba un real a cada uno, con el cual nos comprábamos castañas y rosquetes, nos íbamos a jugar al puerto y no volvíamos hasta la noche. Éramos, en fin, dichosos pilluelos, hasta que un acontecimiento, que hoy mismo no puedo recordar sin un acceso de rabia, decidió para siempre mi destino.

Un domingo, como fuera a cantarse vísperas, volví al portal de la iglesia con un paquete de castañas que había comprado para mis hermanos y para mí, y estaba separando las castañas del paquete en tres porciones cuando se detuvo un soberbio coche, llevado por seis caballos y precedido por otros dos del mismo color que corrían en libertad, suerte de lujo que sólo he visto en Sicilia. Se abrió la portezuela y vi salir del coche a un caballero que dio el brazo a una dama; después salió un abate, y por último un niño de mi edad, de rostro encantador y magníficamente vestido a la húngara, como era frecuente que se vistiera por entonces a los niños. Su capita de terciopelo azul, bordada en oro y guarnecida de cibelinas, le llegaba hasta la mitad de las piernas, y por detrás cubría parte de sus botas, que eran de marroquí amarillo. Su gorra, también guarnecida de cibelinas, era de terciopelo azul y estaba coronada por una borla de perlas que le caía sobre un hombro. En el cinturón tenía cordones y borlas de oro, y su pequeño sable estaba guarnecido de pedrerías. Por último, llevaba en la mano un libro de oraciones engarzado en oro.

Quedé tan maravillado de ver ropas tan hermosas en un muchacho de mi edad, que no sabiendo demasiado lo que hacía me llegué hasta él y le ofrecí dos castañas que tenía en la mano, pero el indigno bribón, en vez de responder a esa amistosa cortesía de mi parte, me pegó en la nariz con el libro de oraciones, poniendo en ello toda la fuerza de su brazo. Quedé con el ojo izquierdo casi negro, y como una abrazadera del libro me entrara en la nariz, la desgarró de tal modo que en un segundo estuve cubierto de sangre. Entonces me pareció oír al señorito lanzar gritos atroces, pero yo había, por así decirlo, perdido el conocimiento. Cuando volví en mí, me encontré junto a la fuente del jardín, rodeado por mi padre y mis hermanos, que me lavaban la sangre y trataban de parar la hemorragia.

Entre tanto, como estuviera aún cubierto de sangre, vimos volver al señorito, seguido de su abate, del caballero y de dos lacayos, uno de los cuales llevaba un paquete de vergajos. El caballero explicó en pocas palabras que la señora princesa de Roccafiorita exigía que yo fuera azotado hasta que me saliera sangre en reparación del susto que le

había dado, así como al *Principino*, y acto seguido los lacayos pusieron la sentencia en ejecución. Mi padre, que temía perder su asilo, al principio no se atrevió a protestar, pero después, al ver que me lastimaban implacablemente, ya no pudo contenerse. Dirigiéndose al caballero, y con todo el acento de la furia sofocada, le dijo:

—Haced que acaben de una vez, o recordad que he asesinado a muchos que valían por diez de vuestra especie.

El caballero, considerando que esas palabras encerraban un profundo sentido, ordenó que pusieran fin a mi suplicio; sin embargo, como yo estuviera aún echado sobre el vientre, el *Principino* se acercó y me dio un puntapié en la cara, diciéndome:

—*Managgia la tua faccia de banditu.*

Este último insulto colmó mi rabia. A partir de aquel momento puedo decir que dejé de ser un niño, o a lo menos que dejé de gustar las dulces alegrías de la infancia, y mucho tiempo después no podía conservar la sangre fría al ver a un hombre ricamente vestido.

Es menester que la venganza sea el pecado original de mi país, porque, aunque yo no tuviese entonces más que ocho años, sólo pensaba noche y día en castigar al *Principino*. Me despertaba sobresaltado, soñando que lo tenía cogido por el pelo y lo molía a golpes, y durante el día pensaba en lastimarlo desde lejos; pues sospechaba que no me dejarían acercarme a él. Además, quería huir una vez que le pegase. Por último, decidí arrojarle una piedra, suerte de ejercicio que me era familiar, y herirlo en el rostro; sin embargo, para adiestrarme, elegí un blanco contra el cual me ensayaba todo el día.

Una vez mi padre me preguntó qué estaba haciendo. Le respondí que mi intención era romperle la cara al *Principino*, luego huir y hacerme bandido. Mi padre pareció no creer en lo que yo le decía, pero sonrió de una manera que confirmó mi proyecto.

Llegó por fin el domingo, que debía ser el día de la venganza. Apareció la carroza, descendieron sus ocupantes. Yo estaba muy emocionado, pero traté de calmarme. Mi pequeño enemigo me distinguió en la multitud y me sacó la lengua. Le arrojé la piedra y lo vi caer para atrás.

En seguida eché a correr y no me detuve hasta llegar al otro extremo de la ciudad. Allí encontré a un pequeño deshollinador amigo que me preguntó a dónde iba. Le conté lo sucedido, y me presentó a su patrón. Éste me recibió con placer, pues le faltaban muchachos para un trabajo tan áspero y no sabía dónde hallarlos. Me dijo que nadie me reconocería una vez que tuviese la cara tiznada de hollín, y que trepar por las chimeneas podía ser una ciencia muy útil. En eso no me engañó. A menudo he debido la vida al talento que adquirí entonces.

El polvo de las chimeneas y el olor del hollín me incomodaron al principio, pero muy pronto me acostumbré a ellos, porque estaba en la edad en que uno se hace a todo. Después de ejercer mi profesión durante seis meses me ocurrió la aventura que voy a relatar.

Estaba yo sobre un techo, con el oído atento para saber por qué tubo saldría la voz del patrón. Me pareció oírlo gritar en la chimenea más próxima a mí. Descendí por ella, pero encontré que, bajo el techo, el tubo se bifurcaba. Allí hubiera debido llamar; como buen aturdido no lo hice, y me decidí por una de las dos aberturas. Me dejé resbalar, me encontré en un hermoso salón, y lo primero que vi fue al *Principino* en camisa, jugando al

volante.

El muy tonto, aunque sin duda habría visto a otros deshollinadores, me tomó por el diablo. Se hincó de rodillas, suplicándome que no lo raptara y prometiéndome ser juicioso. Sus ruegos me habrían conmovido, pero tenía en la mano mi escobilla de deshollinador, y la tentación de usarla fue muy grande; además, aunque estaba bien vengado del golpe que me pegó el *Principino* con el libro de oraciones, y en parte también por los vergajazos, aún pesaba sobre mi corazón el puntapié que me dio en la cara, al tiempo que me decía:

—*Managgia la tua faccia de banditu.*

En fin, un napolitano, llegado el momento de vengarse, prefiere pecar por exceso que por falta.

Arranqué de mi escobilla un puñado de vergajos. Después desgarré la camisa del *Principino*; una vez que su espalda quedó al desnudo, también la desgarré, o a lo menos la dejé bastante mal parada. Lo más extraño del caso es que el miedo le impedía gritar. Cuando creí suficiente el castigo, me limpié el tizne de la cara y le dije:

—*Ciuccio, maledetto, io non zuno lu diavolu, io zuno lu piciolu banditu delli Augustine.*

Entonces el *Principino* recuperó el uso de la voz y pidió socorro a gritos, pero yo, sin esperar que acudieran, subí por donde había bajado.

Cuando estuve en el techo, oí la voz del patrón que me llamaba, pero no juzgué conveniente responder.

Corriendo de techo en techo llegué a un establo, ante el cual había un carro con heno. Me lancé del techo al carro y del carro al suelo. Después llegué corriendo al portal de los Agustinos, donde conté a mi padre lo que acababa de ocurrirme. Mi padre me escuchó con mucho interés; después me dijo:

—*Soto, Soto! Già vegio che tu sarai banditu.*

En seguida, volviéndose hacia un hombre que estaba a su lado, agregó:

—*Padron Lettereo, prendetelo chiutosto vui.*

Lettereo es un nombre de pila característico de Messina. Proviene de una carta (*lettera*) que la Virgen escribió a los habitantes de esta ciudad y que fechó «el año 1452 del nacimiento de mi hijo». Los mesineses tienen tanta devoción por esta carta como los napolitanos por la sangre de San Genaro. Os cuento este detalle porque un año y medio después, ante la *Madonna della lettera*, recé una plegaria que imaginé fuese la última de mi vida.

Padron Lettereo era capitán de un pingue, armado en apariencia para la pesca de coral, en realidad para el contrabando y la piratería, según se presentara la ocasión. Lo cual ocurría pocas veces porque el barco no portaba cañones y era menester sorprender a los navíos en playas desiertas.

Todo ello se sabía en Mesina, pero *Lettereo* hacía contrabando por cuenta de los principales mercaderes de la ciudad. Los empleados de la aduana tenían su parte en el negocio y, por lo demás, el patrón pasaba por ser muy aficionado a la *coltellata*, lo cual imponía respeto a quienes hubiesen podido causarle molestias. Agregaré que la traza de *Lettereo* era en verdad imponente. Su altura y el ancho de sus espaldas hubieran bastado para llamar la atención, pero su aspecto todo era tan hosco que las personas de carácter apocado no lo veían sin un movimiento de espanto. Su rostro, ya de por sí muy trigueño,

estaba oscurecido por la pólvora de un cañonazo que le había dejado muchas cicatrices, y diversos y extraños dibujos adornaban su piel morena. Casi todos los marineros del Mediterráneo tienen la costumbre de hacerse tatuar, en los brazos y en el pecho, cifras, perfiles de galeras, cruces y otros ornamentos parecidos. Pero Lettereo había exagerado esta costumbre. En una mejilla llevaba grabado un crucifijo; en la otra, una madona. De ambas imágenes sólo se veía la parte de arriba, porque la inferior estaba oculta por una espesa barba que la navaja no tocaba jamás y que únicamente las tijeras contenían dentro de ciertos límites. Completad el cuadro con aros de oro en las orejas, un gorro rojo, una chaqueta sin mangas, pantalones de marinero, brazos y pies desnudos, bolsillos llenos de oro, y tendréis la estampa aproximada del patrón.

Se pretende que en su juventud había conquistado a mujeres de alta alcurnia; todavía entonces era el mimado de las mujeres de su condición, y el terror de los maridos.

Os diré, para acabar de haceros conocer a Lettereo, que había sido el íntimo amigo de un hombre de verdadero mérito, conocido por el nombre de Pepo, de quien mucho se ha hablado después. Ambos fueron corsarios de Malta. Pepo, más adelante, entró al servicio del rey, mientras Lettereo, a quien el honor le importaba menos que el dinero, había tomado el partido de enriquecerse por todos los medios y se había convertido, a la vez, en enemigo irreconciliable de su antiguo camarada.

Mi padre, que en su asilo no hacía otra cosa que curarse la herida, de la cual no esperaba ya sanar, entraba de buena gana en conversación con héroes de su misma calaña. Esto lo había vinculado a Lettereo y, al recomendarme a él, esperaba que no habría de rechazarme. No se equivocó. Más aún, Lettereo quedó muy conmovido por estas muestras de confianza. Prometió a mi padre que mi noviciado sería menos riguroso de lo que suele ser el de un grumete de barco, asegurándole que yo, puesto que había sido deshollinador, aprendería en menos de dos días a trepar en las maniobras.

Yo estaba muy contento. Mi nuevo oficio me parecía más noble que el de rascar chimeneas. Abracé a mi padre y a mis hermanos y tomé alegremente con Lettereo el camino de su barco. Cuando estuvimos a bordo, Lettereo reunió a la tripulación, compuesta por veinte hombres cuyos rostros armonizaban con el suyo. Me presentó a estos hombres, haciéndoles el siguiente discurso:

—*Anime managie, quista criatura é lu filiu de Sotu; se uno de vui li mette la mano sopra, io li mangio l'anima.*

Esta recomendación hizo su debido efecto. Hasta quisieron que comiese en la mesa común, pero como vi a dos grumetes de mi edad que servían a los marineros y comían sus restos, obré como ellos. Me dejaron proceder así, y me tomaron más estima. Pero cuando me vieron subir a la entena, cada cual se apresuró en manifestarme su aprecio. La entena, en las velas latinas, hace las veces de verga, pero es mucho menos peligroso sostenerse en las vergas, porque están casi siempre en posición horizontal.

Largamos velas y al tercer día llegamos al estrecho de San Bonifacio, que separa Cerdeña de Córcega. Allí encontramos más de sesenta embarcaciones ocupadas en la pesca de coral. También nosotros nos pusimos a pescar, o más bien a hacer que pescábamos. En lo que a mí respecta, saqué mucho provecho de ello porque a los cuatro días nadaba y me sumergía como el más audaz de mis camaradas.

Al cabo de ocho días nuestra flotilla fue dispersada por el gregal, nombre que se da, en el Mediterráneo, a la ráfaga del nordeste. Cada barco se fue como pudo. Nosotros llegamos a un ancladero conocido con el nombre de rada de San Pedro. Es una playa desierta, en la costa de Cerdeña. Allí encontramos una polacra veneciana que parecía haber sufrido mucho con la tempestad. Nuestro patrón hizo de inmediato proyectos respecto a ese navío y echó el ancla junto a él. Después hizo bajar una parte de la tripulación a la sentina para que se creyera que había poca gente en el barco. Precaución casi superflua, porque las embarcaciones latinas tienen siempre más tripulación que las otras.

Lettereo, que no cesaba de observar la tripulación veneciana, vio que sólo estaba compuesta por el capitán, el contraestre, seis marineros y un grumete. Observó, además, que la vela de la cofa estaba desgarrada y que la bajaban para componerla, porque los navíos cargueros no tienen velas de repuesto. Luego de estas observaciones, puso en la chalupa ocho fusiles y otros tantos sables, los cubrió con una tela alquitranada y resolvió esperar el momento favorable.

Cuando se restableció el buen tiempo, los marineros subieron a la gavia para desplegar la vela, pero como no supieran arreglárselas bien, el contraestre y el capitán también subieron. Entonces Lettereo echó la chalupa al mar, se dejó caer en ella con siete marineros y abordó por atrás a la polacra. El capitán, que estaba montado en la verga, les gritó:

— *Alla larga, ladrone, alla larga!*

Pero Lettereo lo apuntó con un fusil, amenazando con matar al primero que descendiera. El capitán, que parecía un hombre decidido, se echó sobre los obenques para bajar. Lettereo le tiró al vuelo. El capitán cayó al mar y no volvió a aparecer. Los marineros pidieron gracia. Lettereo dejó cuatro hombres para vigilarlos y con los otros tres recorrió el interior del navío. En la cabina del capitán encontró un barril de aquellos que se usan para guardar aceitunas, pero como pesaba mucho y estaba cuidadosamente precintado, pensó que debía guardar otra clase de mercaderías. Lo abrió, y quedó agradablemente sorprendido al encontrar en él varios sacos de oro. No pidió más y ordenó la retirada. El destacamento volvió a bordo y largamos velas. Como pasáramos por la popa del barco veneciano, le gritamos en broma:

— *Viva San Marco!*

Cinco días después llegamos a Livornia. Inmediatamente el capitán fue a ver al cónsul de Nápoles, acompañado por dos de sus hombres, y declaró que habiéndose peleado su tripulación con la de una polacra veneciana, el capitán veneciano había tenido la mala suerte de ser empujado por un marinero, de resultas de lo cual había caído al mar. Parte del contenido del barril de aceitunas fue empleado en dar mayor verosimilitud a este relato.

Lettereo, que tenía una decidida afición a la piratería, hubiera sin duda intentado otras empresas de este género, pero en Livornia le propusieron un nuevo comercio que mereció su preferencia. Un judío llamado Nathan Levi, habiendo observado que el Papa y el rey de Nápoles ganaban mucho con sus monedas de cobre, quiso participar de esta ganancia. Hizo pues fabricar monedas parecidas en una ciudad de Inglaterra llamada

Birmingham. Cuando tuvo cierta cantidad, estableció a uno de sus agentes en Florida, aldea de pescadores situada en la frontera de los dos estados, y Lettereo se encargó de transportar y desembarcar la mercadería.

El provecho fue considerable y durante más de un año, no hicimos más que ir y venir, siempre cargados con nuestras monedas romanas y napolitanas. Quizá hubiéramos continuado durante mucho tiempo con nuestros viajes, pero Lettereo, que tenía genio para especular, propuso al judío que fabricase monedas de oro y de plata. Éste siguió su consejo y estableció en Livornia una pequeña fábrica de cequíes y de escudos. Nuestro provecho excitó los celos de las potencias. Un día que Lettereo estaba en Livornia, pronto a echar las velas, le dijeron que el capitán Pepo tenía orden del rey de perseguirlo, pero que no podría echarse a la mar antes de fin de mes. Ese falso aviso no era sino un ardid del mismo Pepo, que ya estaba en alta mar desde hacía cuatro días. Lettereo cayó en la trampa. Como el viento era favorable, creyó poder hacer un viaje aún, y alzó velas.

Al día siguiente, al despuntar la aurora, nos encontramos en medio de la escuadrilla de Pepo, compuesta por dos galeones y dos escampavías. Como estábamos rodeados, no había medio de escapar. Lettereo estaba decidido a jugarse el todo por el todo. Alzó las velas y enfiló hacia la nave mayor. Pepo estaba en el puente y daba órdenes para el abordaje. Lettereo le apuntó con un fusil y le rompió un brazo. Todo ello fue cuestión de segundos.

Muy pronto los cuatro navíos dirigieron sus proas contra nosotros, y escuchamos de todos lados: *Mayna. Mayna ladro managie, can senza fede*. Lettereo se puso a babor, de modo que nuestra banda rozaba la superficie del agua. Después, dirigiéndose a la tripulación, nos dijo:

—*Anime managie, io in galera no ci vado. Pregate per me a la santissima madonna della lettera.*

Todos nos hincamos de rodillas. Lettereo se puso unas balas de cañón en el bolsillo. Creíamos que quería echarse al mar. Pero eran muy otros los proyectos del astuto pirata. Amarrado a sotavento había un grueso tonel, lleno de cobre. Lettereo se armó de un hacha y cortó la amarra. Inmediatamente, el tonel rodó por la otra banda, y como nosotros estábamos ya muy inclinados, naufragamos por completo. Al principio, los que estábamos de rodillas caímos sobre las velas cuando el navío se hundió, éstas, a causa de su elasticidad, nos echaron felizmente a varias toesas del otro lado.

Pepo nos izó a todos, con excepción del capitán, un marinero y un grumete. A medida que nos sacaba del ala, nos agarrotaba y nos echaba en la nave mayor. Cuatro días después abordamos Mesina. Pepo había hecho advertir a la justicia que iba a entregarle a algunos individuos dignos de su atención. Nuestro desembarco no careció de cierta pompa. Era precisamente la hora del Corso, cuando toda la nobleza se pasea por la avenida de la Marina. Nosotros marchábamos gravemente, precedidos y seguidos por esbirros.

El Principino estaba entre los espectadores. No bien aparecí, me reconoció y gritó:

—*Ecco lu piciolu banditu delli Augustini.*

Al mismo tiempo me saltó a los ojos, me cogió por el pelo y me arañó la cara. Como yo tenía las manos atadas a la espalda, no podía defenderme. Sin embargo, acordándome

de una jugada que vi hacer en Livornia a marineros ingleses, hice un movimiento y le di un cabezazo en la boca del estómago. El *Principino* cayó para atrás. Después, levantándose furioso, sacó del bolsillo un cuchillito y quiso herirme. Lo evité, tirándole una zancadilla y haciéndolo caer violentamente. En la caída, se hirió con el cuchillo que tenía en la mano. Entretanto llegó la princesa, que quiso hacerme pegar por sus servidores, pero los esbirros se opusieron a ello y nos condujeron a la cárcel.

El proceso de nuestra tripulación duró poco tiempo; casi todos fueron condenados a recibir la estrapada y pasar el resto de su vida en galeras. Digo casi todos porque el grumete que se salvó y yo fuimos soltados por ser menores de edad. Cuando me pusieron en libertad, fui al convento de los agustinos. No encontré a mi padre. El hermano portero me dijo que había muerto y que mis dos hermanos eran grumetes en un navío español. Pedí hablar con el hermano capellán. Me hicieron pasar al locutorio y conté mi pequeña historia, sin olvidar el cabezazo al *Principino* y la zancadilla que le tiré. Su reverencia me escuchó bondadosamente. Después me dijo:

—Hijo mío, vuestro padre, al morir, ha dejado al convento una suma considerable. Es un bien mal adquirido al cual no tenéis ningún derecho. Está en las manos de Dios y debe emplearse en mantener a sus servidores. Sin embargo, hemos osado sustraer de él algunos escudos que dimos al capitán español que se ha encargado de vuestros hermanos. En cuanto a vos, no podremos daros asilo en el convento por respeto a la señora princesa de Roccafiorito, nuestra ilustre bienhechora. Pero iréis, hijo mío, a la granja que tenemos al pie del Etna, donde pasaréis dulcemente los años de vuestra infancia.

Después de hablar así, el capellán llamó a un hermano laico y le dio órdenes relativas a mi suerte.

Al día siguiente partí con el hermano laico. Llegamos a la granja, donde me instalé. De tiempo en tiempo me enviaban a la ciudad para comisiones que tenían relación con la economía del convento. Durante esos cortos viajes hice todo lo posible para evitar al *Principino*. Una vez, sin embargo, mientras yo compraba castañas en la calle, me reconoció y me hizo fustigar rudamente por sus lacayos. Algún tiempo después me introduje disfrazado en su casa y allí, sin duda, me hubiera sido fácil asesinarlo, cosa que no hice y de lo cual me arrepiento todos los días. Pero entonces no estaba aún familiarizado con procedimientos de esa especie, y me contenté con maltratarlo. Durante los primeros años de mi juventud no pasaron seis meses, ni siquiera cuatro, sin que nos encontráramos con el maldito *Principino*, quien, frecuentemente, tenía sobre mí la ventaja del número. Por fin llegué a los quince años, y era un niño por la edad y la razón, pero casi un hombre por la fuerza y el coraje, lo cual no debe sorprender si se considera que el aire de mar y en seguida el de las montañas habían fortificado mi temperamento.

Tenía pues quince años cuando vi por primera vez al valiente y digno Testalunga, el más honesto y virtuoso bandido que haya habido en Sicilia. Mañana, si me lo permitís, os hablaré de este hombre, cuya memoria vivirá eternamente en mi corazón. Por el momento, me veo obligado a dejaros, porque el gobierno de mi caverna exige atentos cuidados a los cuales no puedo sustraerme.

Soto nos dejó, y cada uno de nosotros hizo sobre su relato reflexiones parecidas a su propio carácter. Confesé no poder negar una suerte de estima a hombres tan valientes

como los que acababa de pintarnos. Emina sostuvo que el valor sólo merece nuestra estima cuando se emplea para hacer respetar la virtud. Zebedea dijo que un pequeño bandido de dieciséis años era muy capaz de inspirar amor.

Cenamos, y después cada cual se acostó. Las dos hermanas volvieron a mi departamento a sorprenderme. Emina me dijo:

—Alfonso mío, ¿serías capaz de sacrificar algo por nosotras? Se trata de vuestro interés, antes que del nuestro.

—Hermosa prima —le respondí—, todos esos preámbulos no son necesarios. Decidme derechamente lo que deseáis.

—Querido Alfonso —replicó Emina—, estamos molestas, heladas, por la alhaja que lleváis al cuello, y que decís que es un trozo de la verdadera cruz.

—¡Oh —respondí en seguida—, no me pidáis esta alhaja! He prometido a mi madre llevarla siempre conmigo y cumplo mis promesas. No es a vosotras a quienes corresponde dudar de ello.

Mis primas no respondieron, parecieron enojarse un poco, después se suavizaron, y la noche transcurrió más o menos como la anterior. Es decir, que los cinturones permanecieron en su sitio.

JORNADA SÉPTIMA

A la mañana siguiente me desperté más temprano que la víspera. Fui a ver a mis primas. Emina leía el Corán, Zebedea ensayaba collares de perlas y chales. Interrumpí esas graves ocupaciones con dulces caricias, que eran tanto muestras de amistad como de amor. Después comimos. Terminada la comida, Soto volvió a tomar el hilo de su historia en los términos siguientes:

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE SOTO

—Había prometido hablaros de Testalunga. Cumpliré mi palabra. Mi amigo era un apacible habitante de Val Castera, pequeño burgo al pie del monte Etna. Tenía una mujer encantadora. El joven príncipe de Val Castera, al visitar un día sus dominios, vio a esta mujer, que había venido a complimentarlo junto con las otras mujeres de los notables de la localidad. El presuntuoso joven, en vez de ser sensible al homenaje que sus vasallos le ofrecían por intermedio de la belleza, sólo pareció preocuparse de los encantos de la señora de Testalunga. Le explicó directamente el efecto que causaba a sus sentidos y le metió la mano en el justillo. En ese instante el marido se encontraba detrás de su mujer. Sacó un cuchillo del bolsillo y lo hundió en el corazón del joven príncipe. Creo que en su lugar cualquier hombre de honor habría hecho otro tanto.

Después de asestar la cuchillada, Testalunga se retiró a una iglesia, donde permaneció hasta la noche, pero considerando que debía tomar algunas medidas para el porvenir, resolvió unirse a un grupo de bandidos que desde hacía algún tiempo se había refugiado en las cumbres del Etna. Allí fue, y los bandidos lo reconocieron como jefe.

El Etna había vomitado por entonces una prodigiosa cantidad de lava, y fue en medio de torrentes inflamados donde Testalunga fortificó su banda, en aquellos refugios cuyos caminos sólo él conocía. Cuando de esa manera hubo proveído a su seguridad, el valiente jefe se dirigió al virrey y le pidió que lo perdonara y perdonase a sus compañeros. El gobierno no le concedió la gracia por temor, supongo, de comprometer su autoridad. Entonces Testalunga entró en tratos con los principales granjeros de las tierras vecinas. Les dijo:

—Robemos en común. Yo vendré, os pediré, y vosotros me daréis lo que queráis, y por ello no estaréis menos a cubierto ante vuestros amos.

Era siempre robar, pero Testalunga compartía el botín con sus compañeros y no guardaba para sí más que lo absolutamente necesario. Por el contrario, cuando atravesaba una aldea, pagaba todo al doble de su valor, de modo que muy pronto se convirtió en el ídolo del pueblo de las Dos Sicilias.

Os he dicho que muchos bandidos de la banda de mi padre fueron a reunirse con Testalunga, quien, durante algunos años, se mantuvo en el mediodía del Etna para hacer sus recorridos en el Val di Noto y en el Val di Mazara. Pero en la época en que os hablo, es

decir cuando cumplí quince años, la banda volvió al Val Demoni, y un buen día los vimos aparecer en la granja de los monjes.

Todo lo que podáis imaginar de diestro y brillante sería poco tratándose de los hombres de Testalunga: uniformes de migueletes, pelo envuelto en una redecilla de seda, y al cinto pistolas y puñales; una larga espada y un fusil, tal era poco más o menos su uniforme de guerra. Durante tres días comieron nuestras gallinas y bebieron nuestro vino. Al cuarto, uno de ellos vino a anunciarles que un destacamento de dragones de Siracusa avanzaba con la intención de rodearlos. La noticia los hizo reír de buena gana. Se emboscaron en un atajo, atacaron al destacamento y lo dispersaron. Con relación a los dragones, su proporción era de uno contra diez, pero cada bandido abundaba en armas, y todas de la mejor calidad.

Después de la victoria, los bandidos volvieron a la granja, y yo, que los había visto combatir desde lejos, me eché a los pies del jefe para conjurarle que me dejara unirme a ellos. Testalunga preguntó quién era. Respondí que era el hijo del bandido Soto. Al oír ese querido nombre, todos aquellos que habían servido bajo las órdenes de mi padre lanzaron un grito de alegría. Después uno de ellos, tomándome en brazos, me sentó sobre la mesa y dijo:

—Camaradas míos, el oficial de Testalunga ha sido muerto en combate, y no encontramos con quién reemplazarlo. Que el pequeño Soto sea nuestro oficial. ¿Acaso no se dan regimientos a los hijos de los duques y los príncipes? Hagamos por el hijo del valiente Soto lo que se hace por ellos. Yo respondo de que será digno de este honor.

El orador mereció grandes aplausos, y fui proclamado por unanimidad.

Al principio mi grado no era más que una broma, y cada bandido estallaba de risa al llamarme *signor tenente*. Pero tuvieron que cambiar de tono. No sólo era yo siempre el primero en el ataque y el último en cubrir la retirada, sino que ninguno de ellos sabía tanto como yo cuando se trataba de espiar los movimientos del enemigo o de asegurar el descanso de la banda. Ya escalaba las cumbres de los peñascos para divisar una extensión mayor y hacer desde allí las señales convenidas, ya pasaba días enteros en medio del campo enemigo, bajando sólo de un árbol para trepar a otro. Hasta me sucedió, con frecuencia, pasar las noches en los más altos castaños del Etna. Y, cuando no podía resistir el sueño, me ataba a las ramas con una correa. Todo ello no era difícil para mí, puesto que había sido grumete y deshollinador.

Tantas fueron mis hazañas que la seguridad común me fue confiada enteramente. Testalunga me quería como a su hijo, pero yo, si me atrevo a decirlo, adquirí un renombre que sobrepasaba casi el suyo, y las proezas del pequeño Soto se convirtieron en el tema de todas las conversaciones de Sicilia. La gloria no me volvió insensible a las dulces distracciones que me inspiraba mi juventud. Ya os he dicho que, entre nosotros, los bandidos eran los héroes del pueblo, y bien pensaréis que las paisanas del Etna no me disputaban su corazón, pero el mío estaba destinado a rendirse a más delicados encantos, y el amor le reservaba una conquista más halagadora.

Era oficial desde hacía dos años y tenía diecisiete cumplidos cuando nuestra banda fue obligada a volver hacia el sur porque una nueva erupción del volcán había destruido nuestros refugios ordinarios.

Al cabo de cuatro días llegamos a un castillo llamado Roccafiorita, feudo y solar principal del *Principino*, mi enemigo.

Ya no pensaba en las injurias que había recibido de él, pero el nombre del lugar me devolvió intacto mi rencor. Esto no debe sorprenderos: en nuestros climas, los corazones son implacables. Si el *Principino* hubiera estado en su castillo, creo que habría entrado en él a sangre y fuego. Me contenté con hacer todos los estragos posibles, y mis camaradas, que conocían mis motivos, me secundaron a más y mejor. Los servidores del castillo, que al principio quisieron oponerse, no resistieron al buen vino de su amo, que hicimos correr a mares. Fueron de los nuestros. En suma, convertimos a Roccafiorita en la isla de Jauja.

Esta vida duró cinco días. Al sexto, nuestros espías me advirtieron que íbamos a ser atacados por todo el regimiento de Siracusa, y que después el *Principino* llegaría con su madre y varias señoras de Mesina. Yo hice retirar a mi banda, pero tuve la curiosidad de permanecer e instalarme en la copa de una encina muy tupida que estaba en el extremo del jardín. Sin embargo, había tenido la precaución de cavar un agujero en la muralla del jardín para facilitar mi evasión.

Por último vi llegar al regimiento, que acampó delante de la puerta del castillo, después de haberlo rodeado con sus postas. Llegó también una fila de literas, en las cuales estaban las damas, y en la última estaba el *Principino* mismo, acostado sobre una pila de almohadones. Descendió con dificultad, sostenido por dos escuderos, y cuando supo que ninguno de nosotros había quedado en el castillo, entró con las damas y algunos hidalgos de su séquito.

Al pie de mi árbol había un fresco arroyo, una mesa de mármol y bancos. Era la parte más adornada del jardín. Supuse que los invitados no demorarían en llegarse hasta allí, y decidí esperarlos para verlos de cerca. En efecto, al cabo de media hora apareció una muchacha de mi edad. Los ángeles no eran más hermosos que ella, y la impresión que me causó fue tan intensa y súbita que tal vez habría caído de lo alto, del árbol si no hubiese tenido la precaución de atarme a él con el cinturón, cosa que hacía en ocasiones para descansar con más seguridad.

La muchacha tenía los ojos bajos y una expresión ; de profunda melancolía. Sentóse en un banco, se apoyó en la mesa de mármol y derramó muchas lágrimas. Sin saber yo demasiado lo que hacía, me dejé resbalar por el tronco del árbol y me coloqué de manera de verla y no ser visto. Entonces apareció el *Principino*, llevando un ramo de flores en la mano. ; Hacía cerca de tres años que no tenía yo el disgusto de verlo. Estaba más robusto. Su rostro, aunque hermoso, era insípido.

Cuando la muchacha lo vio, su rostro expresó el desprecio de una manera que me llenó el corazón de gratitud. El *Principino* la abordó, sin embargo, irradiando contento de sí mismo, y le dijo:

—Querida prometida, he aquí el ramo que os daré si me aseguráis no hablarme nunca más de ese pequeño harapiento de Soto.

La señorita respondió:

—Señor príncipe, me parece que hacéis mal en poner condiciones a vuestros favores. Por lo demás, aunque yo no os hablara del encantador Soto, toda vuestra casa seguiría ocupándose de él. Vuestra misma nodriza os ha dicho que nunca había visto a un

muchacho de tan buen parecer, y sin embargo vos estabais allí.

El *Principino*, harto amoscado, replicó:

—Señorita Silvia, acordaos que sois mi prometida.

Silvia no respondió y se deshizo en lágrimas.

Entonces, furioso, el *Principino* exclamó:

—Despreciable criatura, puesto que estás enamorada de un bandido, he aquí lo que te mereces.

Y al mismo tiempo le dio una cachetada. Entonces la señorita exclamó:

—¡Soto, que no puedas castigar a este cobarde!

No había terminado ella sus palabras, cuando aparecí y le dije al príncipe:

—Debes reconocerme. Soy bandido y podría asesinarle. Pero respeto a la señorita que ha dignado llamarme en su auxilio, y accedo a batirme como vosotros, los nobles.

Llevaba yo dos puñales y cuatro pistolas. Separé tres y tres, coloqué a diez pasos un grupo de armas y el otro, y dejé al *Principino* que escogiera. Pero el infeliz había caído desvanecido en un banco.

Entonces Silvia tomó la palabra y me dijo:

—¡Bravo, Soto! Mañana debía casarme con el príncipe, o entrar al convento. No haré ni una cosa, ni otra. Quiero ser tuya para toda la vida.

Y se echó en mis brazos.

Pensaréis bien que no me hice de rogar. Sin embargo, había que impedir que el príncipe turbase nuestro retiro. Cogí un puñal y, sirviéndome de una piedra a modo de martillo, le clavé la mano al banco sobre el cual estaba sentado. Lanzó un grito y volvió a caer desvanecido. Nosotros salimos por el agujero que yo había hecho en el muro del jardín, y después llegamos hasta la cumbre de los montes.

Mis camaradas tenían todos queridas; les encantó que también yo tuviese una, y sus hermosas juraron obedecer ciegamente a la mía.

Había pasado cuatro meses con Silvia, cuando me fue forzoso abandonarla para reconocer los cambios que la última erupción había hecho en el norte. En este viaje encontré encantos a la naturaleza que antes me pasaron inadvertidos. Observé prados, grutas, umbrías, en lugares en que antes sólo había visto emboscadas o puestos de defensa. Por fin Silvia había enternecido mi corazón de bandido. Pero éste no tardó en recuperar su ferocidad.

Vuelvo a mi viaje al norte de la montaña. Me expreso así porque los sicilianos, cuando hablan del Etna, dicen siempre *Il monte*, o el monte por antonomasia. Dirigí al principio mi marcha hacia lo que nosotros llamamos la torre del filósofo, pero no pude llegar a ella. Un abismo, abierto en los flancos del volcán, había vomitado un torrente de lava que, dividiéndose un poco arriba de la torre y uniéndose mil metros debajo, formaba una isla por completo inabordable.

Comprendí en seguida la importancia de esta posición y, por añadidura, en la torre misma teníamos un depósito de castañas que yo no quería perder. A fuerza de buscar, encontré un camino subterráneo por donde había pasado otras veces y que me condujo hasta el pie o, más bien, a la torre misma. Inmediatamente resolví alojar en esta isla a toda nuestra población femenina. Hice construir chozas de hojas. Adorné una de ellas tanto

como pude. Después volví al sur, y traje desde allí a toda la colonia, que se mostró encantada de su nuevo asilo.

Ahora, cuando rememoro el tiempo que pasé en ese lugar dichoso, vuelvo a verlo como aislado en medio de las crueles agitaciones que han asaltado mi vida. Estábamos separados de los hombres por torrentes de llamas. Las del amor abrasaban nuestros sentidos. Allí todo obedecía a mis órdenes y todo estaba sometido a mi querida Silvia. Por último, para llevar mi felicidad al colmo, mis dos hermanos vinieron a encontrarme. A los dos les habían ocurrido aventuras interesantes y me atrevo a asegurar que, si alguna vez queréis oírlas de sus labios, tendréis más satisfacción que escuchando mi relato.

Hay pocos hombres que en su vida no puedan contar días hermosos, pero no sé si hay hombre alguno que en ella pueda contar hermosos años. Mi felicidad no alcanzó a durar un año entero. Los valientes de la banda eran muy honestos entre sí. Ninguno hubiera osado fijar los ojos en la querida de un camarada, y menos aún en la mía. Los celos estaban pues desterrados de nuestra isla, o mejor sería decir que por cierto tiempo lo estuvieron, porque esta pasión furiosa encuentra demasiado fácilmente el camino de aquellos lugares que habita el amor.

Un joven bandido llamado Antonino se enamoró de Silvia, y siendo muy fuerte su pasión, no pudo ocultarla. Yo mismo lo advertí, pero al verlo tan triste, juzgué que mi querida no respondía a sus requerimientos, y permanecí tranquilo. Sólo que hubiese querido curar de su amor a Antonino, a quien apreciaba a causa de su valentía. Por el contrario, y a causa de su cobardía, yo detestaba a otro bandido llamado Moro, y si Testalunga me hubiese creído, lo habría echado tiempo ha.

Moro supo conquistar la confianza del joven Antonino, y le prometió beneficiar su amor. También supo hacerse escuchar por Silvia y persuadirla de que yo tenía una querida en una aldea vecina. Silvia temió explicarse conmigo. Atribuí su humor contrito a una mudanza de sus sentimientos. A la vez, e instruido por Moro, Antonino redobló sus asiduidades con Silvia, y tomó un aire satisfecho que me hizo pensar que ella lo hacía dichoso.

No era yo diestro para desentrañar esa suerte de intrigas. Apuñalé a Silvia y a Antonino. Éste, que no murió de inmediato, me descubrió la traición de Moro. Llevando el puñal ensangrentado aún, fui a buscar al malvado. Temeroso, Moro cayó de rodillas y me confesó que el príncipe de Roccafiorita le había pagado para hacerme perecer, así como a Silvia, y que sólo se había unido a nuestra banda con el fin de cumplir ese designio. Lo apuñalé. Después fui a Mesina, valiéndome de un disfraz me introduje en casa del príncipe, y lo envié al otro mundo a reunirse con su confidente y con mis otras dos víctimas. Así terminó mi felicidad, y aun mi gloria. Mi valentía pasó a convertirse en una absoluta indiferencia por la vida, y como por la seguridad de mis camaradas tenía la misma indiferencia muy pronto perdí su confianza. Puedo aseguraros que, desde entonces, soy un bandido muy mediocre.

Poco después Testalunga murió de una pleuresía, y toda su banda se dispersó. Mis hermanos, que conocían bien España, me persuadieron de ir. Me puse a la cabeza de doce hombres. En la bahía de Taormina me mantuve escondido tres días. Al cuarto, nos apoderamos de un bergantín, en el cual llegamos a las costas de Andalucía.

Aunque haya en España muchas cadenas de montañas que podían ofrecernos retiros ventajosos, he dado preferencia a Sierra Morena, y no tengo motivos de arrepentirme. Asalté dos caravanas que llevaban reales, e hice otros robos de importancia.

Mis éxitos despertaron inquietud en la corte. El gobernador de Cádiz recibió orden de apresarnos, vivos o muertos, y movilizó varios regimientos. Por otro lado, el gran jeque de los Goméz me propuso entrar a su servicio y me ofreció un retiro en esta caverna. Acepté sin vacilar.

La audiencia de Granada no quiso perder su crédito. Viendo que no podía encontrarnos, capturó a dos pastores del valle y los hizo colgar con el nombre de los dos hermanos de Soto.

Conozco a esos dos hombres y sé que han cometido muchos crímenes. Se dice, sin embargo, que están irritados por haber sido colgados en nuestro lugar y que, por la noche, se libran de la horca para cometer mil desmanes. No he sido testigo de ello y no sé qué decir. Pero es verdad que muchas noches, bajo el claro de luna, me ha sucedido pasar junto a la horca, y no estaban los dos ahorcados; por la mañana, cuando he vuelto a pasar, estaban de nuevo allí.

He aquí, mis queridos amos, el relato que me habéis pedido. Creo que mis dos hermanos, cuya vida no ha sido tan salvaje como la mía, tendrían cosas más interesantes que decir, pero me temo que les falte el tiempo para ello porque deben ayudarme a preparar nuestro viaje, y he recibido la orden de partir mañana por la mañana.

Soto se retiró, y la hermosa Emina dijo con acento dolorido:

—A este hombre no le falta razón. El tiempo de la dicha ocupa muy poco espacio en la vida humana. Hemos pasado aquí tres días que quizá no volvamos nunca a repetir.

La cena no fue alegre, y me di prisa en desearles buenas noches a mis primas. Esperaba verlas de nuevo en mi aposento y entonces disipar su melancolía con mayor felicidad.

Aparecieron más temprano que de costumbre y, para colmo de mi placer, llevaban sus cinturones en la mano. No era un emblema difícil de comprender. Sin embargo, Emina se tomó la molestia de explicármelo:

—Querido Alfonso, no habéis puesto límites a vuestra devoción por nosotras; no queremos nosotras ponerlos a vuestra gratitud. Quizá pronto estaremos separados para siempre. Con ese motivo, otras mujeres se mostrarían severas, pero nosotras queremos vivir en vuestro recuerdo, y si las mujeres que veréis en Madrid nos vencerán por el encanto de su espíritu y por un exterior más amable, no tendrán al menos la ventaja de pareceros más tiernas o más apasionadas. Sin embargo, mi querido Alfonso, es menester que renovéis el juramento que hicisteis de no traicionarnos, y que una vez más nos prometáis no creer todo lo malo que os dirán de nosotras.

No pude menos de reír un poco ante la última cláusula, mas prometí lo que quisieron y fui recompensado por las más dulces caricias. Después Emina me dijo:

—Mi querido Alfonso, esa reliquia que lleváis colgada al cuello nos perturba. ¿No podríais quitárosla un instante?

Me negué, pero Zebedeá tenía unas tijeras en la mano. Las pasó por detrás de mi cuello y cortó la cinta. Emina se apoderó de la reliquia y la arrojó en una grieta del

peñasco.

—La recogeréis mañana —me dijo—. Entretanto, poneos al cuello esta trenza tejida con mis cabellos y los de mi hermana; el talismán que cuelga de ella preserva también de la inconstancia, si es que algo puede preservar de la inconstancia a los amantes.

Después Emina sacó un alfiler de oro que retenía sus cabellos y se sirvió de él para cerrar cuidadosamente las cortinas de mi lecho.

Haré como ella, y echaré una cortina sobre el resto de la escena. Bastará saber que mis encantadoras amigas se convirtieron en mis esposas. Hay sin duda casos en que la violencia no puede esparcir la sangre inocente sin cometer un crimen. Pero hay otros en que tanta crueldad beneficia a la inocencia haciéndola aparecer en todo su esplendor. Tal fue lo que nos sucedió, y llegué a la conclusión de que mis primas no habían desempeñado un papel muy real en mis sueños de Venta Quemada.

Poco a poco nuestros ardores se calmaron y estábamos bastante tranquilos cuando un campanario fatal dio las doce. No pude menos de estremecerme un poco, y dije a mis primas que temía que nos amenazara algún acaecer siniestro.

—Lo temo tanto como vos —dijo Emina—, y el peligro está próximo. Pero escuchad bien lo que os digo: no creáis el mal que os dirán de nosotras. No creáis a vuestros mismos ojos.

En ese instante las cortinas de mi lecho se abrieron con estrépito, y vi a un hombre de estatura majestuosa, vestido a la morisca. Tenía el Corán en una mano, y un sable en la otra. Mis primas se echaron a sus pies, diciendo:

—¡Poderoso jeque de los Gómez, perdónanos!

El jeque respondió con voz terrible:

—¿Dónde están vuestros cinturones?

Luego, volviéndose hacia mí, me dijo:

—Infausto nazareno, has deshonrado la sangre de los Gómez. Debes hacerte mahometano o morir.

Oí un atroz quejido, y vi al endemoniado Pacheco que me hacía señas desde el fondo del aposento. Mis primas lo vieron también. Se levantaron enfurecidas, se llegaron hasta Pacheco y lo arrojaron del aposento.

—Infausto nazareno —prosiguió el jeque de los Gómez—, apura de un trago el brebaje contenido en esta copa, o perecerás de una vergonzosa muerte, y tu cuerpo, colgado entre los cuerpos de los hermanos de Soto, será presa de los buitres y juguete de los espíritus de las tinieblas, que se habrán de servir de él en sus infernales metamorfosis.

Me pareció que en una ocasión semejante la honra me obligaba al suicidio. Exclamé con dolor:

—¡Oh padre mío, en mi lugar habríais procedido como yo!

Después tomé la copa y la vacié de un trago. Sentí un atroz malestar y perdí el conocimiento.

JORNADA OCTAVA

Puesto que tengo el honor de contaros mi historia, comprenderéis que no he muerto del veneno que había creído tomar. Me limité a caer desfallecido, e ignoro por cuánto tiempo. Sólo recuerdo que me desperté bajo la horca de Los Hermanos y, por esta vez, me desperté con una suerte de placer, porque a lo menos tenía la satisfacción de ver que no estaba muerto. Tampoco me desperté entre los dos ahorcados: estaba a su izquierda, y vi que a su derecha había otro hombre que tomé, asimismo, por un ahorcado, pues parecía sin vida y tenía una cuerda al cuello. Sin embargo, comprobé por su respiración que estaba dormido, y lo desperté. El desconocido, al ver dónde estaba, se echó a reír y dijo:

—Hay que convenir en que está uno expuesto a enojosas confusiones en el estudio de la cábala. Los malos espíritus suelen tomar tantas formas diferentes que no sabe uno cuál es cuál. Pero —agregó—, ¿por qué tengo una cuerda al cuello? Creí tener una trenza.

Después, como me viera, dijo:

—Ah, sois muy joven para ser un cabalista. ¡Pero también tenéis una cuerda al cuello!

Efectivamente, tenía una. Recordé que Emina me había colgado al cuello una trenza tejida con sus cabellos y los de su hermana, y no sabía qué pensar.

El cabalista me observó algunos instantes. Después dijo:

—No, no sois de los nuestros. Os llamáis Alfonso, y vuestra madre era una Gomélez; sois capitán en las guardias valonas, valiente, pero todavía un poco simple. Bueno, vamos. Hay que salir de aquí. Después veremos qué habrá que hacer.

La puerta del cadalso estaba abierta. Salimos, y vi de nuevo el valle maldito de Los Hermanos. El cabalista me preguntó a dónde quería ir. Le contesté que estaba decidido a seguir el camino de Madrid.

—Bueno —me dijo—, yo también voy para ese lado, pero empecemos por comer algo.

Sacó del bolsillo una taza de oro, un pote que contenía una suerte de opiato y una redoma de cristal con un líquido amarillento. Puso en la taza una cucharada de opiato, echó en ella algunas gotas de licor y me dijo que apurara la mixtura. No me lo hice repetir, porque me sentía desfallecer. El elixir era maravilloso. Me sentí hasta tal punto restaurado que no vacilé en emprender la marcha a pie, lo cual, antes de gustar el brebaje, me hubiese parecido difícil.

El sol estaba alto ya cuando divisamos la malhadada Venta Quemada. El cabalista se detuvo y me dijo:

—He aquí una fonda donde por la noche me han jugado una mala pasada. Pero es menester que entremos. He dejado en ella algunas provisiones que nos servirán.

Entramos en la desastrosa venta y en el comedor encontramos una mesa servida. Había un pastel de perdiz y dos botellas de vino. El cabalista parecía tener buen apetito y su ejemplo me alentó. De otro modo no sé si me hubiese atrevido a comer. Todo lo que había visto en los últimos días trastornaba por completo mi ánimo. No sabía ya lo que hacía, y por momentos llegaba a dudar de mi propia existencia.

Cuando acabamos de comer, recorrimos los aposentos y llegamos a aquel donde me

acosté el día de mi partida de Andújar. Reconocí mi jergón y, sentándome en él, reflexioné sobre todo lo que me había ocurrido desde entonces y, especialmente, en lo acaecido en la caverna. Recordé que Emina me había advertido de no creer en lo malo que me dirían de ellas.

Estaba ocupado en estas reflexiones cuando el cabalista me hizo observar algo brillante que había entre los tablones mal unidos del piso. Miré de cerca y vi que era la reliquia que las dos hermanas habían quitado de mi cuello. Sabía que lo habían echado en una grieta del peñasco de la caverna, y ahora la encontraba en una hendidura del piso. Imaginé que no había salido en verdad de la maldita venta, y que el ermitaño, el inquisidor y los hermanos de Soto eran otros tantos fantasmas producidos por fascinaciones mágicas. Sin embargo, con ayuda de mi espada, retiré la reliquia y volví a colgármela al cuello.

El cabalista se echó a reír y me dijo:

—Veo que eso os pertenece, señor caballero. Si os acostasteis aquí, no me sorprende que os despertarais debajo de la horca. No importa, debemos ponernos en camino; esta tarde llegaremos a la ermita.

Reemprendimos la marcha, y ni siquiera estábamos a medio camino cuando encontramos al ermitaño, que parecía andar con dificultad. No bien nos divisó, exclamó desde lejos:

—¡Ah, mi joven amigo! Os buscaba, volved a mi ermita. Arrancad vuestra alma de las garras de Satán, pero empezad por sostenerme. He hecho por vos crueles esfuerzos.

Nos sentamos a descansar, y luego continuamos nuestro camino. El anciano pudo acompañarnos apoyándose, ya en uno, ya en el otro. Por fin llegamos a la ermita.

Lo primero que vi fue a Pacheco, extendido en medio del cuarto. Parecía agonizante, o a lo menos le desgarraba el pecho un estertor atroz, pronóstico de una muerte cercana. Quise hablarle, pero no me reconoció. El ermitaño se mojó los dedos en agua bendita y roció con ella al endemoniado, diciéndole:

—¡Pacheco, Pacheco, en nombre de tu redentor te ordeno que nos cuentes qué te ha sucedido esta noche!

Pacheco se estremeció, hizo oír un largo quejido, y empezó en estos términos:

RELATO DE PACHECO

—Padre mío, estabais en la capilla, donde cantabais las letanías, cuando oí llamadas a la puerta y balidos que se parecían exactamente a los de nuestra querida cabra. Creí pues que era ella y pensé que había olvidado ordeñarla y que el pobre animal me lo recordaba. Lo creí tanto más fácilmente cuanto que lo mismo me había ocurrido algunos días ha. Salí pues de vuestra cabaña y vi, en efecto, a la cabra blanca que me mostraba sus ubres hinchadas. Quise apresarla para hacerle ese servicio, pero se me escapó de las manos y, siempre deteniéndose y escapándoseme siempre, me condujo al borde del precipicio que está cerca de vuestra ermita.

Cuando llegamos allí, la cabra blanca se transformó en un chivo negro. Esta

metamorfosis me causó gran temor y quise huir hacia el lado de vuestra vivienda, pero el chivo negro me cerró el camino y después, alzándose en las patas de atrás y mirándome con ojos inflamados, me inspiró tal espanto que se me heló la sangre en las venas.

Entonces el chivo maldito empezó a darme topetazos, empujándome al precipicio. Cuando estuve al borde, se detuvo para gozar con mis mortales angustias. Por fin, me hizo caer al vacío. Creí hacerme polvo, pero el chivo llegó al fondo del precipicio antes que yo y me recibió en el lomo, de modo que no me hice mal.

Nuevos espantos no tardaron en asaltarme porque, desde que ese maldito chivo me sintió sobre su lomo, se puso a galopar de extraña manera. De un brinco saltaba de montaña a montaña, franqueando los más profundos valles como si no fueran más que fosos. Por último se sacudió y yo caí no sé bien cómo al fondo de una caverna. Allí vi al joven caballero que pasó la noche en nuestra ermita. Estaba en su lecho y junto a él había dos mujeres muy hermosas, vestidas a la morisca. Esas dos mujeres, después de prodigarle algunas caricias, le quitaron del cuello una reliquia y, desde ese momento, perdieron a mis ojos su belleza y reconocí en ellas a los dos ahorcados del valle de Los Hermanos. Pero el joven caballero, tomándolas siempre por dos personas encantadoras, se dirigía a ellas con las palabras más tiernas. Entonces uno de los ahorcados se quitó la cuerda que llevaba al cuello y la colgó del cuello del caballero, que le demostró su gratitud con nuevas caricias. Por último corrieron las cortinas del lecho y no sé qué hicieron entonces, pero pienso que debió de ser algún atroz pecado.

Quise gritar, pero no pude proferir ningún sonido. Esto duró algún tiempo. Por fin un reloj dio las doce, e inmediatamente vi entrar a un demonio con cuernos de fuego y una gran cola inflamada llevada por algunos diablillos que lo seguían.

Ese demonio tenía un libro en una mano y una horquilla en la otra. Amenazó al caballero con matarlo si no abrazaba la religión de Mahoma. Entonces, al ver el peligro que corría el alma de un cristiano, hice un esfuerzo y creo que conseguí hacerme oír. Pero al mismo tiempo los dos ahorcados saltaron sobre mí y me arrastraron fuera de la caverna, donde encontré al chivo negro. Uno de los ahorcados subió a caballo sobre el chivo y el otro sobre mi cuello, forzándome a galopar por montes y vallados.

El ahorcado que llevaba al cuello me taloneaba los flancos. Pero considerando que yo no andaba suficientemente a prisa, mientras corríamos recogió dos escorpiones, se los puso en los pies a manera de espuelas y empezó a desgarrarme los flancos con la más extraña barbarie. Por último llegamos a la puerta de la ermita, donde me dejaron. Esta mañana, padre mío, me habéis encontrado sin conocimiento. Me creí salvado cuando me vi en vuestros brazos, pero el veneno de los escorpiones ha penetrado en mi sangre y me desgarras las entrañas. Sé que no sobreviviré.

Aquí el endemoniado lanzó un atroz quejido y calló.

Entonces el ermitaño tomó la palabra y me dijo:

—Hijo mío, lo habéis oído. ¿Es posible que hayáis estado en conjunción carnal con dos demonios? Venid, confesad vuestra culpa. La clemencia divina es ilimitada. ¿No respondéis? ¿Os habréis endurecido en el pecado?

Después de reflexionar algunos instantes, le respondí:

—Padre mío, ese gentilhomme endemoniado ha visto cosas que no he visto yo. Uno

de nosotros tiene los ojos fascinados, y quizá los dos hayamos visto mal. Pero he aquí a un gentilhombre cabalista que también ha pasado la noche en Venta Quemada. Si él quisiera contarnos su aventura, quizá nos diera nuevas luces sobre la naturaleza de los acaecimientos que nos ocupan desde hace algunos días.

—Señor Alfonso —respondió el cabalista—, las personas que, como yo, se ocupan de ciencias ocultas no pueden decirlo todo. Intentaré sin embargo contentar vuestra curiosidad, en la medida en que esté en mi poder, pero no será esta noche. Si os place, comamos y acostémonos; mañana, nuestro ánimo estará más tranquilo.

El anacoreta nos sirvió una cena frugal, después de la cual cada uno no pensó sino en acostarse. El cabalista pretendía tener razones para pasar la noche junto al endemoniado y yo fui, como la otra vez, enviado a la capilla. Todavía estaba mi catre de tijera. Me acosté en él. El ermitaño me deseó buenas noches y me advirtió que, para mayor seguridad, cerraría la puerta al irse.

Cuando me vi solo, pensé en el relato de Pacheco. Era cierto que yo lo había visto en la caverna. Era también cierto que había visto a mis primas precipitarse sobre él y arrastrarlo fuera del aposento; pero Emina me había advertido que no pensara mal de ella o de su hermana. Por último, los demonios que se habían apoderado de Pacheco podían también turbar sus sentidos y asaltarlo con toda suerte de visiones. Estaba buscando motivos para justificarme y amar a mis primas, cuando un reloj dio las doce.

En seguida oí golpes a la puerta y balidos de una cabra. Cogí mi espada, fui hasta la puerta y dije en alta voz:

—Si eres el diablo, trata de abrir esta puerta, porque el ermitaño la ha cerrado.

La cabra calló.

Me fui a acostar y dormí hasta el día siguiente.

JORNADA NOVENA

El ermitaño vino a despertarme, sentóse sobre mi catre y me dijo:

—Hijo mío, nuevas obsesiones han asaltado esta noche mi desgraciada ermita. Los solitarios de la Tebaida no han estado más expuestos que nosotros a la malicia de Satán. No sé tampoco qué pensar del hombre que ha venido con vos y que se dice cabalista. Se ha propuesto curar a Pacheco y le ha hecho en verdad mucho bien, pero para ello no se ha servido de los exorcismos prescritos por el ritual de nuestra santa Iglesia. Venid a mi cabaña, almorzaremos, y después le pediremos que nos cuente su historia, como ayer por la noche nos lo prometió.

Me levanté y seguí al ermitaño. Encontré, en efecto, que el estado de Pacheco era más llevadero, y su rostro menos odioso. Estaba siempre tuerto, pero la lengua no le colgaba ya. Tampoco echaba espuma por la boca, y su único ojo no parecía tan huraño. Felicité al cabalista, quien me respondió que no era aquello sino una débil muestra de su sabiduría. Después el ermitaño trajo el almuerzo, que consistía en leche bien caliente y castañas.

Mientras almorzábamos, vimos entrar a un hombre seco y desencajado, con algo en el rostro que inspiraba miedo, sin que pudiera saberse a ciencia cierta qué producía el espanto que causaba... El desconocido se hincó de rodillas ante mí y se quitó el sombrero. Entonces vi que tenía la frente vendada. Me presentó su sombrero como si pidiera limosna. Yo eché en él una moneda de oro. El extraordinario mendigo me dio las gracias y agregó:

—Señor Alfonso, no se habrá perdido vuestro óbolo. Os advierto que una carta importante os espera en Puerto Lápice. No entréis en Castilla sin haberla leído.

Después de darme este aviso, el desconocido se hincó de rodillas ante el ermitaño, quien le llenó el sombrero de castañas. Después se hincó de rodillas ante el cabalista, pero incorporándose en seguida, le dijo:

—No quiero nada de ti. Si dices en este lugar quién soy, te arrepentirás de ello.

Después salió de la cabaña.

Cuando el mendigo hubo desaparecido, el cabalista se echó a reír y nos dijo:

—Para que veáis cuán poco caso hago de las amenazas de este hombre, os diré ante todo quién es: es el judío errante, del cual quizá hayáis oído hablar. Desde hace mil setecientos años, no se ha sentado, ni acostado, ni ha reposado, ni dormido. Mientras camina, comerá vuestras castañas, y de aquí a mañana por la mañana habrá hecho sesenta leguas. De ordinario, recorre en todo sentido los vastos desiertos de Africa. Se alimenta de frutas silvestres, y los animales feroces no pueden hacerle daño a causa del signo sagrado de Thau que lleva impreso en la frente y que tapa con la venda que habéis podido ver. No aparece por lo común en nuestras comarcas, a menos que lo fueren a ello las operaciones de algún cabalista. Por lo demás, os aseguro que no soy yo quien lo ha hecho venir, porque lo aborrezco. Sin embargo, admito que está informado de muchas cosas, y no os aconsejo, señor Alfonso, que descuidéis el aviso que acaba de daros.

—Señor cabalista —le respondí—, el judío me ha dicho que hay en Puerto Lápice una

carta para mí. Espero llegar allí pasado mañana, y no dejaré de pedirla.

—No hace falta esperar tanto tiempo —replicó el cabalista—. Sería menester que yo tuviera muy poco crédito en el mundo de los genios para no poderos conseguir esa carta un poco antes.

Entonces se volvió del lado derecho y pronunció algunas palabras en tono imperativo. Al cabo de cinco minutos cayó sobre la mesa una gruesa carta dirigida a mí. La abrí y leí lo que sigue:

Señor Alfonso:

De parte de nuestro rey Fernando IV os hago llegar la orden de no entrar todavía en Castilla.

No atribuyáis este rigor sino a la desgracia que habéis tenido de disgustar al santo tribunal encargado de conservar la pureza de la fe en las Españas. Que no disminuya vuestro celo en el servicio del rey. Acompaña esta carta una licencia de tres meses. Pasad ese tiempo en las fronteras de Castilla y Andalucía, sin haceros ver demasiado en ninguna de esas dos provincias.

Hemos tenido el cuidado de tranquilizar a vuestro respetable padre, haciéndole ver vuestra situación desde un punto de vista que no lo aflija demasiado.

Vuestro afectísimo

SANCHO de TORRES PEÑAS

Ministro de Guerra

La carta estaba acompañada de una licencia por tres meses, documento en perfecto estado y revestido de todas las firmas y sellos correspondientes.

Felicitamos al cabalista por la celeridad de sus correos. Después le rogamos que cumpliera su promesa de contarnos qué le había ocurrido la noche pasada en Venta Quemada. Nos respondió como la víspera que habría muchas cosas en su relato que no podríamos comprender, pero, después de haber reflexionado un instante, empezó en los siguientes términos:

HISTORIA DEL CABALISTA

—Me llaman, en España, don Pedro de Uzeda, y con ese nombre poseo un hermoso castillo a una legua de aquí. Pero mi verdadero nombre es Rabí Sadok ben Mamún, y soy judío. Esta confesión es peligrosa de hacer en España, pero, aparte de que confío en vuestra probidad, os advierto que no será muy sencillo causarme daño. La influencia de los astros en mi destino comenzó a manifestarse desde el instante de mi nacimiento, y mi padre, que me hizo el horóscopo, quedó colmado de alegría cuando vio que yo había venido al mundo precisamente a la entrada del sol en el signo de Virgo. Había, en verdad, empleado todo su arte para que ocurriera así, pero no esperaba un triunfo tan certero. No necesito deciros que mi padre, Mamún, era el primer astrólogo de su tiempo. Pero la ciencia de las constelaciones era una de las menores que poseía, pues había llevado su conocimiento de la cábala hasta un punto de perfección que sobrepujaba el de cualquier rabino anterior a él.

Cuatro años después que yo viniera al mundo, mi padre tuvo una hija que nació bajo el signo de Géminis. A pesar de esta diferencia, nuestra educación fue la misma. No había cumplido yo doce años y mi hermana ocho, y ya sabíamos el hebreo, el caldeo, el sirio-caldeo, el samaritano, el copto, el abisinio y muchas otras lenguas muertas o moribundas. Podíamos, además, sin el auxilio de un lápiz, combinar todas las letras de una palabra de todas las maneras indicadas por las reglas de la Cábala.

Así nos prepararon a uno y a otro, y cuando cumplí trece años, para no desmentir en nada el recato del signo bajo el cual nací, sólo me dieron de comer animales vírgenes, teniendo a la vez el cuidado de que fueran siempre machos y de que mi hermana sólo se alimentara de hembras.

Cuando cumplí dieciséis años, mi padre comenzó a iniciarnos en los misterios de la Cábala. Primero nos puso en las manos el *Sepher Zohar* o libro luminoso, llamado así porque nada en él se comprende, de tal modo su claridad deslumbra los ojos del entendimiento. Después estudiamos el *Sepher Dzaniuth*, o libro oculto, cuyo pasaje más claro puede pasar por un enigma. Por último emprendimos el *Hadra Roba* y el *Kadra Sutha*, es decir el gran y el pequeño Sanhedrín. Son los diálogos en los cuales Rabí Simeón, hijo de Johai, autor de dos obras más, rebajando su estilo al de la conversación, finge instruir a sus amigos sobre las cosas más sencillas, y les revela sin embargo los más asombrosos misterios, o más bien todas aquellas revelaciones que nos vienen directamente del profeta Elías, el cual abandonó furtivamente su carro de fuego y asistió a esta asamblea con el nombre de Rabí Abba. Quizá vosotros os imaginéis haber adquirido alguna idea de todos esos divinos escritos por la traducción latina que se ha impreso con el original caldeo en el año 1684, en una pequeña ciudad de Alemania llamada Francfort, pero nosotros nos reímos de la presunción de aquellos que imaginan que, para leer, basta el órgano material de la vista. Eso podría bastar, en efecto, para ciertas lenguas modernas, pero en hebreo cada letra es un número, cada palabra una sabia combinación, cada frase una fórmula que causa espanto y que, bien pronunciada, con todas las aspiraciones y todos los acentos convenientes, podría hundir los montes y secar los ríos. Harto sabéis que Adonai creó el mundo por la palabra y que luego se hizo palabra él mismo. La palabra hirió el aire y el espíritu, actuó sobre los sentidos y sobre el alma. Aunque profanos, podéis fácilmente deducir que ella debe ser el verdadero intermediario entre la materia y la inteligencia de todos los órdenes. Lo que ahora puedo deciros es que todos los días no sólo adquirimos nuevos conocimientos, sino también un poder nuevo, y que, si no nos atrevemos a usarlo, a lo menos tenemos el placer de sentir crecer nuestras propias fuerzas y de tener la convicción interior de que aquél nos asiste. Pero nuestras dichas cabalísticas fueron muy pronto interrumpidas por el más funesto de los acaeceres.

Todos los días observábamos, mi hermana y yo, que nuestro padre perdía fuerzas. Parecía un espíritu puro que hubiese revestido la forma humana con el único objeto de ser perceptible a los sentidos groseros de los seres sublunares. Un día, por último, nos hizo llamar a su gabinete. Tan venerable y divino era su semblante que mi hermana y yo, cediendo a un movimiento involuntario, caímos de rodillas. Sin hacernos levantar, nuestro padre nos mostró un reloj de arena y dijo:

—Antes de que haya caído toda esta arena, yo no estaré más. No perdáis ninguna de

mis palabras. Primero, hijo mío, me dirijo a vos; os he destinado esposas celestes, hijas de Salomón y de la reina de Saba. Su nacimiento no las destinaba a ser sino simples mortales. Pero Salomón había revelado a la reina el gran nombre de aquel que es. La reina lo profirió en el instante mismo del parto. Los genios del gran oriente acudieron y recibieron a las dos mellizas antes de que hubiesen tocado esta morada impura que se llama tierra. Las llevaron a la esfera de las hijas de Elohim, donde recibieron el don de la inmortalidad con el poder de comunicarlo a aquel que eligieran por esposo común. Son estas dos esposas inefables las que vuestro padre ha tenido en vista en su *Shir Hashirim*, o Cantar de los cantares. Estudiad ese divino epitalamio de nueve en nueve versículos. A vos, hija mía, os destino un himeneo todavía más hermoso. Los dos Thamim, aquellos que los griegos han conocido con el nombre de Dióscuros, los fenicios con el de Kabires; en una palabra, los gemelos celestes. Serán vuestros esposos... ¿Qué digo? Vuestro corazón sensible... me temo que a un mortal... La arena corre. Muero.

Después de estas palabras, mi padre se desvaneció, y no encontramos en el lugar en que había estado sino un puñado de cenizas brillantes y ligeras. Recogí esos preciosos restos, los encerré en una urna y los coloqué en el tabernáculo interior de nuestra casa, bajo las alas de los querubines.

Podéis imaginar que la esperanza de gozar de la inmortalidad y de poseer dos esposas celestes me infundió nuevo ardor para estudiar las ciencias cabalísticas, pero pasaron años antes de que osara elevarme a tal altura, y me contenté con someter a mis conjuraciones a algunos genios del decimotercero orden. Sin embargo, atreviéndome poco a poco, ensayé el año pasado un trabajo sobre los primeros versículos del *Shir Hashirim*. Apenas había compuesto una línea cuando oí un ruido espantoso, y mi castillo pareció desplomarse sobre sus cimientos. Lo cual no me asustó; antes bien, deduje que mi operación estaba bien hecha. Pasé a la segunda línea; cuando la hube terminado, una lámpara que había sobre la mesa saltó hasta el piso, y dando algunos brincos fue a posarse ante el gran espejo que hay en el fondo de mi aposento. Miré en el espejo y vi la punta de dos bonitos pies femeninos; después vi otros dos piécitos. Halagado, me atreví a suponer que esos pies encantadores pertenecían a las celestes hijas de Salomón, pero no creí que debiera llevar más lejos mis operaciones.

Reanudélas a la noche siguiente, y vi los cuatro pies hasta el tobillo. Una noche después, vi las piernas hasta la rodilla, pero el sol salió del signo de Virgo y tuve que interrumpir.

Cuando el sol hubo entrado en el signo de Géminis, mi hermana hizo operaciones semejantes a las mías y tuvo una visión no menos extraordinaria, que no os contaré por la razón de que nada tiene que ver con mi historia.

Este año me preparaba a recomenzar cuando supe que un famoso adepto debía pasar por Córdoba. Una discusión que tuve a su respecto con mi hermana me decidió a ir a su encuentro. Salí un poco tarde y ese día sólo llegué a Venta Quemada. El mesón estaba abandonado por temor a los aparecidos, pero como a mí no me amedrentan resolví instalarme en el comedor y ordené al pequeño Nemrael que me trajera la cena. Nemrael es un geniecillo de naturaleza muy abyecta que suelo emplear en comisiones semejantes, y es él quien fue a buscar vuestra carta a Puerto Lápice. También fue a Andújar, donde pasaba

la noche un prior de los benedictinos, se apoderó sin escrúpulos de su cena y me la trajo. Consistía en ese pastel de perdiz que comimos a la mañana siguiente. Aquella noche yo estaba fatigado y apenas lo probé. Despaché a Nemrael a casa de mí hermana, y me fui a dormir.

En medio de la noche me despertó un reloj que dio las doce. Después de ese prelude, esperaba ver a algún aparecido y hasta me preparaba a echarlo, porque en general son incómodos y enojosos. Me encontraba en esa disposición de ánimo cuando se iluminó una mesa que había en medio del aposento y apareció un pequeño rabino color azul cerúleo, que se agitaba ante un pupitre como hacen los rabinos cuando rezan. No tenía más de un pie de altura, y no sólo su hábito era azul, sino también su rostro, su barba, su pupitre y su libro. Reconocí en seguida que no era un aparecido, sino un genio del vigesimoséptimo orden. Ni sabía su nombre, ni lo conocía para nada. Sin embargo, utilicé una fórmula que tiene algún poder sobre todos los espíritus en general. Entonces el pequeño rabino color azul cerúleo se volvió a mí lado y me dijo:

—Has empezado tus operaciones al revés, y por eso las hijas de Salomón se mostraron a ti enseñándote primero los pies. Comienza por los últimos versículos, y busca primero el nombre de dos beldades celestes.

Después de hablar así, el pequeño rabino desapareció. Lo que me había dicho estaba en contra de todas las reglas de la Cábala. Sin embargo, tuve la debilidad de seguir su consejo. Me puse a estudiar el último versículo del *Shir Hashirim* y buscando los nombres de dos inmortales, encontré los de Emína y Zebedeá. Aunque quedé muy sorprendido, comencé las evocaciones. Entonces la tierra se agitó bajo mis pies de una manera espantosa; creí que los cielos se desplomaban sobre mi cabeza, y caí sin conocimiento.

Cuando volví en mí, me encontré en una morada deslumbrante de luz, y en brazos de seres más hermosos que los ángeles. Uno de ellos me dijo:

—Hijo de Adán, recupera el ánimo. Estás en la morada de quienes no han muerto. A nosotros nos gobierna el patriarca Henoch, que ha marchado ante Elohim, y que ha sido alzado a los cielos. El profeta Elías es nuestro gran sacerdote, y su carro estará siempre a tu servicio cuando quieras pasearte por algún planeta. Nosotros somos los Egrégores, nacidos del comercio de los hijos de Elohim con las hijas de los hombres. Verás también entre nosotros algunos Nefelim, pero en escaso número. Ven, te presentaremos a nuestro soberano.

Lo seguí y llegué al pie del trono que ocupaba Henoch; nunca pude sostener el fuego que salía de sus ojos, y no me atreví a levantar los míos más arriba de su barba, que se parecía bastante a esa pálida luz que vemos alrededor de la luna en las noches húmedas. Temí que mi oído no pudiera soportar el sonido de su voz, pero su voz era más suave que la de los órganos celestes. A pesar de todo, la suavizó aún para decirme:

—Hijo de Adán, te traeremos a tus esposas.

En seguida vi aparecer al profeta Elías, llevando de la mano a dos beldades cuyos atractivos no podrían concebir los mortales. Eran sus encantos tan delicados que transparentaban sus almas, y uno percibía distintamente el fuego de las pasiones cuando resbalaba por sus venas y se mezclaba a su sangre. Detrás de ellas, dos Nefelim llevaban un trípode de un metal tan superior al oro como éste es más precioso que el plomo.

Colocaron mis manos en las de las hijas de Salomón y me colgaron al cuello una trenza tejida con cabellos. Una llama viva y pura que salió del trípode consumió en un instante todo lo que yo tenía de mortal. Fuimos conducidos a un lecho resplandeciente de gloria y abrasado de amor. Abrieron una gran ventana que comunicaba con el tercer cielo, y los conciertos de los ángeles acabaron de llevar mi arrobamiento a lo inaudito... Pero al día siguiente me desperté bajo la horca de Los Hermanos y acostado junto a sus infames cadáveres, así como el caballero que nos acompaña. He deducido que tuve que ver con espíritus muy astutos y cuya naturaleza no conozco bien. Mucho me temo que toda esta aventura no me haga mal en el concepto de las verdaderas hijas de Salomón, de quienes sólo he visto la punta de los pies.

—Desgraciado ciego —dijo entonces el ermitaño—, ¿por qué lo lamentáis? En vuestro arte todo es ilusión. Los malditos súcubos que se han burlado de vos hicieron padecer los más atroces tormentos al infortunado Pacheco, y no me cabe duda de que una suerte parecida aguarda a este joven caballero que, por un funesto endurecimiento, no quiere confesarnos sus pecados. Alfonso, hijo mío, arrepentíos; aún estáis a tiempo.

La obstinación del ermitaño en pedirme confesiones que no quería hacer me disgustó sobremanera. Respondí bastante fríamente diciéndole que respetaba sus santas exhortaciones, pero que me conducía de acuerdo con las leyes del honor. En seguida pasamos a hablar de otra cosa.

El cabalista me dijo:

—Señor Alfonso, puesto que os persigue la Inquisición y el rey os ordena pasar tres meses en este desierto, os ofrezco mi castillo. Allí veréis a mi hermana Rebeca, que es casi tan bella como sabia. Sí, venid. Descendéis de los Goméz, y esa sangre tiene derecho de interesarnos.

Miré al ermitaño para leer en sus *ojos* qué pensaba de esta proposición. El cabalista pareció adivinar mi pensamiento y, dirigiéndose al ermitaño, dijo:

—Padre mío, os conozco más de lo que pensáis. Podéis mucho por la fe. Mis caminos no son tan santos como los vuestros, pero no son diabólicos. Venid vos 1: también con Pacheco, cuya curación acabaré.

El ermitaño, antes de responder, se puso a rezar y, después de un instante de meditación, se llegó a nosotros con aire sonriente y dijo que estaba pronto a seguirnos. El cabalista se volvió a su derecha y ordenó que le trajeran caballos. Un instante después vimos dos a la puerta de la ermita, con dos mulas a las cuales subieron el ermitaño y el poseso. Aunque el castillo quedara a un día de viaje, según lo que nos había dicho Ben Mamún, llegamos en menos de una hora.

Durante el viaje, Ben Mamún me había hablado mucho de su hermana, y yo esperaba ver a una Medea de negra cabellera, con una varilla en la mano, y murmurando algunas palabras de grimorio, pero esta idea era por completo falsa. La amable Rebeca que nos recibió a la puerta del castillo era la rubia más fascinante y conmovedora que imaginarse pueda; sus hermosos cabellos dorados caían sin arreglo alguno sobre sus hombros. Un vestido blanco la cubría como al descuido, pero estaba cerrado con broches de un precio inestimable. Su exterior anunciaba a una persona que no se ocupa jamás de su apariencia, pero, aunque le prestara mayor atención, hubiera sido difícil que ofreciera un aspecto más

atractivo.

Rebeca saltó al cuello de su hermano y le dijo:

—¡Cuánto me habéis preocupado! Siempre tuve noticias vuestras, excepto la primera noche. ¿Qué os sucedió entonces?

—Ya os contaré todo —respondió Ben Mamún—. Por el momento, sólo pensad en recibir como se merecen a los huéspedes que os traigo: éste es el ermitaño del valle, y este joven es un Gomélez.

Rebeca miró al ermitaño con bastante indiferencia, pero cuando detuvo los *ojos* en mí pareció enrojecer y dijo con tristeza:

—Espero para vuestra dicha que no seáis de los nuestros.

Entramos, y el puente levadizo bajó tras nosotros. El castillo era vasto, y todo parecía muy ordenado en él. Sin embargo, sólo vimos a dos servidores: un joven mulato y una mulata de la misma edad. Ben Mamún nos condujo primero a su biblioteca; era una pequeña rotonda que servía también de comedor. La mulata vino a poner el mantel; trajo una *olla podrida* y cuatro cubiertos, porque la hermosa Rebeca no se sentó a la mesa con nosotros. El ermitaño comió más que de costumbre y también pareció humanizarse más. Pacheco, siempre tuerto, no pareció sufrir por los espíritus maléficos que lo dominaban. Se mostraba, únicamente, serio y silencioso. Ben Mamún comió con bastante apetito, pero no ocultaba su preocupación. La aventura de la víspera, nos confesó, le había dado mucho que pensar. Cuando nos levantamos de la mesa nos dijo:

—Mis queridos huéspedes, aquí tenéis libros con que entreteneros, y mi negro os dará todo lo que necesitéis. Ahora permitidme que me retire con mi hermana para hacer un trabajo importante. Nos veréis mañana, a la hora de comer.

Efectivamente, Ben Mamún se retiró dejándonos, por así decirlo, dueños de la casa.

El ermitaño cogió de la biblioteca una leyenda de los padres del desierto y ordenó a Pacheco que le leyera algunos capítulos. Yo pasé a la terraza que daba a un precipicio, al fondo del cual corría un torrente que no se veía, pero que oíamos rugir. Por triste que pareciera aquel paisaje, me puse a observarlo con extremado placer, o, mejor dicho, me entregué a los sentimientos que me inspiraba su vista. No era melancolía cuanto una especie de aniquilación de mis facultades producida por las crueles agitaciones que me habían amargado en los últimos días. A fuerza de reflexionar sobre lo que me había sucedido y de no comprender nada, ya no me atrevía a pensar en ello por miedo de perder la razón. La esperanza de pasar algunos días tranquilo en el castillo de Uzeda era, por el momento, lo que más me apetecía. De la terraza volví a la biblioteca. Después el joven mulato nos sirvió una pequeña colación de frutas secas y carnes frías, entre las cuales no había carnes impuras. En seguida nos separamos. El ermitaño y Pacheco fueron conducidos a un aposento, y yo a otro.

Me acosté y me dormí, pero poco después fui despertado por la hermosa Rebeca, que me dijo:

—Señor Alfonso, perdonad que me atreva a interrumpir vuestro sueño. Vengo de trabajar con mi hermano. Hemos hecho las más espantosas conjuraciones para conocer a los dos espíritus que tuvieron con él relación en la venta, pero ni uno ni otro hemos logrado nuestro propósito. Creemos que él fue burlado por los Baalim, sobre los cuales no

tenemos poder. Sin embargo, la mansión de Henoch era en verdad tal como él la vio. Todo esto es de gran consecuencia para nosotros, y os rogamos nos digáis qué sabéis de ello.

Después de hablarme así, Rebeca sentóse sobre mi lecho, pero parecía únicamente preocupada por los esclarecimientos que me pedía. No los obtuvo, sin embargo, y me contenté con decirle que había empeñado mi palabra de honor de no hablar jamás de lo sucedido.

—Pero señor Alfonso —replicó Rebeca—, ¿cómo podéis imaginar que una palabra de honor empeñada a dos demonios pueda comprometeros? Porque nosotros sabemos que son dos demonios hembras y que sus nombres son Emina y Zebedea. Pero no conocemos bien la naturaleza de esos demonios porque en nuestra ciencia, como en cualquiera de las otras, no podemos saberlo todo.

Me mantuve en la negativa y rogué a la bella que no habláramos más de lo que me pedía. Entonces me miró con una especie de benevolencia y me dijo:

—¡Cuán feliz sois de poseer ciertas virtudes que os señalan el camino que debéis seguir y os permiten mantener la paz de vuestra conciencia! Nuestra suerte es muy distinta. Hemos querido ver con nuestros ojos lo que no se concede a los hombres y enterarnos de lo que su razón no puede comprender. Ya no estaba hecha para esos conocimientos sublimes. ¡Qué me importa un vano imperio sobre los demonios! Me habría contentado con reinar sobre el corazón de un esposo. Pero mi padre no lo ha querido, y debo sufrir mi destino.

Al decir estas palabras, Rebeca sacó un pañuelo y pareció ocultar en él algunas lágrimas.

Después agregó:

—Señor Alfonso, permitidme que vuelva mañana a esta misma hora y haga todavía algunos esfuerzos para vencer vuestra obstinación o, como vos la llamáis, vuestra gran sujeción a la palabra empeñada. Muy pronto el sol entrará en el signo de Virgo y entonces, una vez pasado el momento, habrá de suceder lo que suceda.

Al decirme adiós, Rebeca me estrechó la mano muy amistosamente y pareció volver con pena a sus operaciones cabalísticas.

JORNADA DÉCIMA

Me desperté más temprano que de costumbre y fui a la terraza para respirar a mis anchas el aire de la mañana, antes de que el sol hubiese abrasado la atmósfera. El tiempo estaba apacible. El torrente mismo parecía rugir con menos furia y permitía oír el concierto de los pájaros. La paz de los elementos llegó a mi alma y pude reflexionar con alguna tranquilidad sobre lo que me había sucedido después de mi partida de Cádiz. Algunas palabras que se le escaparon a don Enrique de Sa, gobernador de aquella ciudad, me hicieron sospechar que él no era ajeno a la misteriosa existencia de los Goméz y que conocía también una parte de su secreto. Era él quien me había procurado a mis dos servidores, López y Mosquito, y yo imaginaba que era por su orden que éstos me habían abandonado a la entrada del desastroso valle de Los Hermanos. Mis primas me habían dado a entender que se quiso poner a prueba mi coraje. Pensé que me habían dado en la venta un brebaje para dormir y que, durante mi sueño, me habían transportado bajo la horca. Pacheco pudo quedar tuerto por un accidente que no fuera su vínculo amoroso con los dos ahorcados, y su atroz historia pudo ser un invento. El ermitaño, tratando siempre de que le confesara mi secreto, me parecía ser un agente de los Goméz que quería poner a prueba mi discreción. Me pareció, en fin, que empezaba a ver más claro en mi historia, y a explicármela sin tener que recurrir a seres sobrenaturales. De pronto, escuché a lo lejos una música muy alegre cuyos sonos parecían atravesar la montaña. Cuando se hicieron más nítidos, divisé una alegre banda de gitanos que avanzaba cadenciosamente, cantando y acompañándose con panderetas y castañuelas. Establecieron su campamento volante cerca de la terraza, cosa que me permitió observar la elegancia de sus vestiduras y de su porte. Imaginé que serían los mismos gitanos la I drones bajo cuya protección se había puesto el huésped de la venta de Cardeñas, según me dijo el ermitaño, pero me parecieron demasiado amables para ser bandidos. Mientras los contemplaba, levantaron sus tiendas, pusieron sus ollas al fuego, colgaron las cunas de sus niños de las ramas de los árboles vecinos. Y cuando terminaron todos estos preparativos se entregaron de nuevo a los placeres de su vida vagabunda, de los cuales, a sus ojos, el más precioso es la holgazanería.

El pabellón del jefe se distinguía de los otros, no sólo por el bastón de grueso puño de plata que estaba plantado a la entrada, sino también porque se hallaba mejor acondicionado, y hasta adornado con una rica franja, cosa que no suele verse, por lo común, en las tiendas de los gitanos. Pero cuál no sería mi sorpresa cuando se abrió el pabellón y salieron de él mis dos primas con esos elegantes vestidos que en España se llaman de majas gitanas. Avanzaron hasta la terraza, sin que parecieran advertir mi presencia. Después llamaron a sus compañeras y se pusieron a bailar una jota, acompañada por estas palabras:

Cuando Joselito alza las palmas para bailar se me pone el cuerpecito como hecho de mazapán.

Si la tierna Emina y la afectuosa Zebedeia me dieron vuelta la cabeza con sus cimarras moriscas, no me embelesaron menos con estas nuevas vestiduras. Pero les encontré una

expresión maliciosa y burlona, propia de dos gitanas que dicen la buenaventura, y tal vez indicio de alguna nueva mala pasada que estarían prontas a jugarme bajo esa metamorfosis imprevista.

Como el castillo del cabalista estaba cuidadosamente cerrado, y sólo él guardaba las llaves, no pude reunirme con las gitanas. Sin embargo, pasando por un subterráneo que conducía al torrente y estaba cerrado por una verja de hierro, podía observarlas de cerca y hasta hablarles sin que me vieran los habitantes del castillo. Llegué pues a la verja, y me encontré separado de las bailarinas por el lecho del torrente. No eran mis primas. Les encontré un aspecto bastante ordinario y conforme a su condición.

Avergonzado por mi tropiezo, volví lentamente a la terraza. Cuando llegué, miré de nuevo y reconocí a mis primas. Ellas también parecieron reconocermes, lanzaron grandes carcajadas y se retiraron a sus tiendas.

Yo estaba indignado. «¡Cielos! –me decía–, ¿es posible que esos dos seres tan amables y amantes no sean más que dos duendes, acostumbrados a encarnarse en toda suerte de formas para burlar a los mortales? ¿Es posible que no sean más que dos brujas o, cosa más execrable aún, dos vampiros a quienes les está permitido animar los cuerpos odiosos de los ahorcados del valle?» Hasta entonces me pareció que todo lo ocurrido podía explicarse naturalmente, pero ahora no sabía ya qué creer.

Mientras hacía estas reflexiones entré en la biblioteca, donde encontré sobre la mesa un grueso volumen escrito en caracteres góticos, cuyo título era *Curiosas relaciones de Hapelius*. El volumen estaba abierto y la página parecía deliberadamente plegada en el comienzo de un capítulo, donde leí la siguiente historia:

HISTORIA DE THIBAUD DE LA JACQUIÈRE

Había una vez en Lyon, ciudad francesa situada junto al Ródano, un rico mercader llamado Jacques de la Jacquièrre, aunque sólo tomó el nombre de La Jacquièrre cuando hubo abandonado el comercio y sus conciudadanos lo nombraron preboste de la ciudad, cargo que los lioneses confieren únicamente a los hombres que tienen gran fortuna y renombre sin tacha. Tal era el buen preboste de La Jacquièrre, caritativo con los pobres y benefactor de monjes y demás religiosos, que son los verdaderos pobres según el Señor.

Pero tal no era el hijo único del preboste, Thibaud de la Jacquièrre, guión de la compañía real, borracho, espadachín, mujeriego, jugador, alborotador, jactancioso, pendenciero, parlanchín y blasfemo, aficionado a detener al burgués en las calles para trocar su viejo manto por uno nuevo y su fieltro usado por uno mejor. De tal modo que sólo se hablaba de Thibaud de la Jacquièrre, ya en París, ya en Blois, ya en Fontainebleau, ya en otras moradas del rey. Ahora bien, sucedió que nuestro buen señor Francisco I, de santa memoria, hartó ya de la conducta libertina del joven de La Jacquièrre lo envió a que hiciera penitencia a Lyon, a casa de su padre, el buen preboste de La Jacquièrre, que vivía por entonces en la esquina de la plaza de Bellecour, a la entrada de la calle Saint Ramond.

El joven Thibaud fue recibido en casa de su padre con tanta alegría como si viniera cargado de todas las indulgencias de Roma. El buen preboste no sólo mató para él el

ternero cebado, sino que dio en su casa un banquete que costó más escudos de oro que convidados había. Hizo más. Bebió a la salud de su hijo, y cada cual le deseó sabiduría y arrepentimiento. Pero estos votos caritativos disgustaron al mozo. Llenando de vino una copa de oro, dijo: «¡Voto a vuestra merced el diablo, con este vino que voy a beber en vuestro honor estoy dispuesto a entregaros mi cuerpo y mi alma si alguna vez me hiciera yo más hombre de bien de lo que soy! ». Atroces palabras que pusieron los pelos de punta a los convidados. Todos se persignaron, y algunos se levantaron de la mesa.

Thibaud se levantó también y fue a tomar fresco a la plaza de Bellecour, donde encontró a unos antiguos camaradas, dos bellacos cortados por la misma tijera. Los abrazó, los llevó a su casa, y allí les hizo servir copa tras copa, sin preocuparse por su padre ni por los convidados.

Lo que Thibaud hizo el día de su llegada, lo hizo al día siguiente y los días después. El buen preboste, con el corazón traspasado, pensó en recomendarse al apóstol Santiago, su patrón, y llevó ante su imagen un cirio de diez libras. Lo había hecho fundir para otra ocasión, pero en ese momento, como nada le interesaba tanto como la conversión de su hijo, lo ofrendó de buena gana. Como quisiera colocar el cirio en el altar, lo hizo caer, y aquél volteó una lámpara de plata que ardía delante del apóstol. El cirio caído y la lámpara volcada le parecieron de mal augurio, y volvió tristemente a su casa.

Ese mismo día, Thibaud se divertía con sus amigos. Bebieron copa tras copa y después, como la noche avanzaba, una noche sombría, salieron a tomar fresco a la plaza de Bellecour. Y entonces se pasearon los tres del brazo, como hacen los guapos, creyendo atraer las miradas de las muchachas. Por esta vez nada obtuvieron, pues no pasaban muchachas, ni mujeres casadas, y ni siquiera podían verlos desde las ventanas porque la noche, como creo haberlo dicho, estaba sombría. De modo que el joven Thibaud, alzando la voz y lanzando su juramento de costumbre, dijo: «Voto a vuestra merced el diablo, estoy dispuesto a entregaros mi cuerpo y mi alma si la gran diablesa vuestra hija llegara a pasar, y entonces estoy dispuesto a requerirla de amores, hasta tal punto me siento enardecido por el vino».

Estas palabras disgustaron a los dos amigos de Thibaud, que no eran tan empedernidos pecadores como él. Y uno le dijo:

—Thibaud, amigo mío, piensa que el diablo es el eterno enemigo de los hombres, y que les hace bastante mal sin que lo incitemos a ello e invoquemos su nombre.

A lo cual Thibaud respondió:

—Como he dicho, lo haré.

Entretanto, los tres bellacos vieron salir de una calle vecina a una mujer velada, de bonito talle, y que aparentaba estar en su primera juventud. Un negrito, que corría tras ella, dio un paso en falso, cayó de narices y se le apagó la linterna. La muchacha pareció muy asustada, sin saber qué hacerse. Entonces Thibaud se llegó a ella y con el mayor comedimiento que pudo le ofreció su brazo para volver a conducirla a su casa. La muchacha aceptó, después de hacerse de rogar un poco, y Thibaud, volviéndose hacia sus amigos, les dijo a media voz:

—Aquel a quien he invocado no se ha hecho aguardar. Por eso os deseo buenas noches.

Los dos amigos comprendieron lo que quería y se despidieron de él, deseándole fiesta y regocijo.

Thibaud dio pues el brazo a la bella, y el negro, cuya linterna se había apagado, marchaba delante de ellos. La muchacha parecía al principio tan turbada que se sostenía dificultosamente, pero fue serenándose poco a poco y se apoyó francamente en el brazo de su caballero. A veces daba un paso en falso y le apretaba el brazo para no caer; entonces el caballero, queriendo retenerla, le oprimía el brazo contra su pecho, cosa que hacia, no obstante, con bastante discreción para no asustar a su presa.

Así caminaron y caminaron durante tanto tiempo que al fin le pareció a Thibaud que se habían extraviado por las calles de Lyon. Cosa que no dejó de alegrarlo, pues creyó que la hermosa descarriada estaría más en su poder. Sin embargo, queriendo saber quién era, le rogó que se sentaran en un banco de piedra que distinguieron junto a una puerta. Ella consintió. Entonces él, tomándole una mano galantemente, le dijo con harto ingenio:

—Hermosa estrella errante, puesto que mi estrella ha hecho que os encuentre en la noche, hacedme el favor de decirme quién sois y dónde vivís.

La muchacha pareció al principio muy intimidada, después se serenó y al final respondió en estos términos:

HISTORIA DE LA GRACIOSA MUCHACHA DEL CASTILLO DE SOMBRE

—Mi nombre es Orlandina, o a lo menos es así como me llamaban las pocas personas que habitaban conmigo el castillo de Sombre, en los Pirineos. Allí no he visto otros seres humanos que mi gobernanta, que era sorda, una sirvienta que tartamudeaba tanto que hubiéramos podido considerarla muda, y un viejo portero que era ciego.

Ese portero no tenía mucho que hacer, pues sólo abría la puerta una vez por año, y siempre a un caballero que venía a visitarnos para pellizcarme el mentón y hablarle a mi dueña en vizcaíno, lengua que no comprendo. A Dios gracias, yo sabía hablar cuando me encerraron en el castillo de Sombre, porque con toda seguridad no lo habría aprendido de mis dos compañeras de prisión. Al portero ciego no lo veía sino en el momento en que venía a pasarnos la comida a través de la reja de la única ventana que había. A decir verdad, a menudo mi sorda gobernanta me gritaba al oído no sé qué lecciones de moral, pero yo las comprendía tan poco como si hubiera sido tan sorda como ella, porque me hablaba de los deberes del matrimonio y no me decía qué era el matrimonio. A menudo, también, mi sirvienta tartamuda se esforzaba en contarme alguna historia, asegurándose que era muy graciosa, pero, no pudiendo nunca pasar de la segunda frase, estaba obligada a renunciar a contarla, y se iba tartamudeando excusas que expresaba con igual fortuna que su historia.

Os he dicho que no teníamos más que una ventana, es decir que sólo había una que daba al patio del castillo. Las demás daban a otro patio que tenía algunos árboles y podía pasar por jardín, y cuya única salida era la que conducía a mi aposento. Yo cultivaba en el jardín algunas flores, y ésa era mi única diversión. Digo mal, también tenía otra, e

igualmente inocente. Era un gran espejo en donde iba a contemplarme desde que estaba levantada, y aun saliendo de la cama. Mi gobernanta, en paños menores, también iba a contemplarse, y yo me divertía comparando mi imagen con la suya. También me entregaba a observarme en el espejo antes de acostarme, y cuando mi gobernanta estaba dormida ya. A veces imaginaba ver en el espejo a una compañera de mi edad que respondía a mis gestos y compartía mis sentimientos. Mientras más me entregaba a esta ilusión, más el juego me complacía.

Os he dicho que había un señor que venía una vez por año a pellizcarme el mentón y hablar en vizcaíno con mi gobernanta. En una ocasión, en vez de pellizcarme el mentón, el señor me tomó de la mano y me condujo a una carroza donde me encerró con mi gobernanta. Bien puedo decir que me encerró, porque las cortinas de la carroza estaban bajas. Sólo salimos de ella al tercer día, o mejor dicho a la tercera noche, a menos que la tarde estuviera muy avanzada ya. Un hombre abrió la portezuela y nos dijo:

—Aquí estáis en la plaza de Bellecour, a la entrada de la calle Saint-Ramond, y ésta es la casa del preboste de La Jacquière. ¿Adónde queréis que os conduzca?

—Entrad en la primera puerta cochera después de la del preboste —respondió mi gobernanta.

Aquí el joven Thibaud prestó gran atención porque era en verdad vecino de un gentilhombre llamado el señor de Sombre, que pasaba por tener un carácter celoso, y el tal señor de Sombre se había jactado muchas veces delante de Thibaud de ostentar un día una esposa fiel, y con ese objeto alimentaba en su castillo a una señorita que llegarla a ser su mujer y probaría su aserto. Pero el joven Thibaud ignoraba que ella estuviera en Lyon y ahora se regocijaba de tenerla en su poder.

Entre tanto, Orlandina continuó así:

—Entramos pues por una puerta cochera, y de allí pasamos por grandes y hermosos aposentos hasta llegar a una escalera de caracol; por allí subimos mi dueña y yo hasta una torrecilla desde la cual habría podido verse, si fuera de día, toda la ciudad de Lyon, pero aun de día nada podía verse porque las ventanas estaban cubiertas por un paño verde muy espeso. La torrecilla estaba iluminada por una hermosa araña de cristal, engarzada en esmalte. Mi dueña, haciéndome sentar en una silla, me dio su rosario para que me divirtiera y salió cerrando la puerta a doble llave. Cuando me vi sola, dejé el rosario, cogí un par de tijeras que colgaban de mi cintura e hice un agujero en el paño verde que cubría la ventana. Entonces vi otra ventana muy cerca de la mía y, por esta ventana, un aposento muy iluminado donde cenaban tres jóvenes caballeros y tres muchachas, más hermosas, más alegres que todo lo que imaginarse pueda. Cantaban, reían, bebían, se besaban. A veces se pellizcaban el mentón, pero de manera muy diferente de la del señor del castillo de Sombre, quien, sin embargo, sólo venía a visitarme para eso. Además, aquellos caballeros y aquellas muchachas se iban desnudando poco a poco como yo lo hacía delante de mi espejo y, contrariamente a lo que le sucedía a mi vieja dueña, la desnudez les sentaba de verdad.

Aquí Thibaud vio que se trataba de una cena que él había dado la víspera con sus dos amigos. Pasó su brazo alrededor del talle flexible y torneado de Orlandina y la estrechó contra su pecho.

—Sí —dijo ella—, es así justamente como hacían aquellos caballeros. Todos, en verdad, parecían amarse mucho. Sin embargo, uno de ellos dijo que él sabía amar mejor que los demás. «No, soy yo quien amo mejor», «soy yo quien amo mejor», exclamaron los otros dos. «Es éste», «es aquél», decían las muchachas. Entonces, el que se había jactado de amar mejor, para probar sus palabras recurrió a un hermoso invento.

Aquí, Thibaud, recordando lo que había sucedido en la cena, no pudo sofocar la risa.

—Pues bien, hermosa Orlandina —dijo—, ¿cuál era el invento a que recurrió el joven?

—¡Ah! —replicó Orlandina—, no riáis, señor, os aseguro que era un invento muy hermoso, y yo le prestaba gran atención cuando oí que abrían la puerta. Entonces volví a desgranar mi rosario y mi dueña entró. La dueña me tomó de nuevo de la mano, sin decir una palabra, y me hizo entrar en una carroza que no estaba cerrada, como la primera, y por cuyas ventanas hubiera podido ver la ciudad, pero era noche oscura y sólo vi que íbamos lejos, muy lejos, tan lejos que atravesamos la ciudad y llegamos por fin a la campiña. Nos detuvimos en la última casa del barrio. En apariencia era una cabaña, y hasta estaba blanqueada a la cal, pero por adentro era muy bonita, como podréis ver en seguida si el negrito sabe el camino, porque veo que ha encontrado un hombre y enciende nuevamente su linterna.

Orlandina terminó aquí su historia. Thibaud, besándole la mano, dijo:

—Bella extraviada, hacedme el favor de decirme si habitáis sola en esa bonita casa.

—Completamente sola —replicó la hermosa—, con este negrito y mi gobernanta. Pero no creo que ella pueda volver esta noche. El señor que me pellizcaba el mentón me ha hecho decir que vaya con mi gobernanta a reunirme con él en casa de una de sus hermanas, pero que no había de enviarnos su carroza porque iría con ella a buscar a un sacerdote. Íbamos pues a pie. Alguien nos detuvo para decir que yo era bonita. Mi dueña, que es sorda, creyó que nos injuriaba, y le respondió de igual manera. Otras personas se llegaron hasta nosotros, mezclándose a la querella. Tuve miedo y eché a correr. El negrito corrió tras de mí, tropezó, apagóse su linterna, y fue entonces, hermoso caballero, cuando para mi dicha os encontré.

Thibaud, encantado por la ingenuidad del relato, iba a responder con alguna galantería, cuando el negrito, que ahora tenía la linterna encendida, iluminó el rostro de Thibaud. Orlandina exclamó:

—¡Qué veo! ¡Sois el mismo caballero del hermoso invento!

—Soy yo mismo —dijo Thibaud—, y os aseguro que lo que hice entonces no es nada comparado con lo que podría esperar de mí una graciosa y honesta señorita. Porque aquellas con las cuales estaba eran todo menos eso.

—Sin embargo, parecíais amar a las tres —dijo Orlandina.

—Es que no amaba a ninguna —dijo Thibaud.

Y así caminando y conversando llegaron al extremo de la ciudad y después a una cabaña aislada, junto a la campiña. El negrito abrió la puerta con una llave que colgaba de su cintura.

Por adentro, qué duda cabe, la morada estaba lejos de ser una cabaña. Había ricos aposentos con artesones de marfil y ébano; del techo colgaban arañas de muchos brazos, cuya plata era fina y maciza a la vez, y de las paredes tapicerías de Flandes, cuyos

personajes parecían seres vivos. Uno de los aposentos estaba amueblado con sillones de terciopelo de Génova, guarnecido de franjas de oro, y con un lecho de muaré de Venecia. Pero nada interesaba a Thibaud, que no tenía *ojos* sino para Orlandina y ansiaba acabar su aventura.

El negrito vino a servir la mesa, y Thibaud advirtió que no era un niño, como creyó al principio, sino un viejo enano negro y con una cara atroz. Sin embargo, el hombrecillo traía provisiones en modo alguno feas, una fuente de oro en la cual humeaban cuatro perdices, apetitosas y bien adobadas, y bajo el brazo, un botellón de hipocrás. No bien Thibaud hubo comido y bebido, le pareció que un fuego líquido le corría por las venas. Orlandina, en cambio, comía poco y miraba mucho a su convidado, ya con una mirada tierna y candorosa, ya con *ojos* tan llenos de malicia que el joven estaba casi molesto.

Por ultimo, el negrito vino a levantar la mesa. Entonces Orlandina tomó a Thibaud de la mano y le preguntó:

—Hermoso caballero, ¿dónde queréis que pasemos la velada?

Thibaud no supo qué responder.

—Tengo una idea —dijo entonces Orlandina—. Contemplémonos en este gran espejo, como hacía yo en el castillo de Sombre. Allí me divertía en ver hasta qué punto mi gobernanta era distinta de mí. Ahora quisiera saber si soy distinta de vos.

Orlandina colocó dos sillas frente al espejo, después de lo cual deshizo la gorguera de Thibaud y le dijo:

—Tenéis el cuello más o menos como el mío, los hombros también, pero el pecho, ¡qué diferente! El año pasado, el mío se parecía al vuestro, pero este año he engordado tanto que no me reconozco ya. Quitaos el cinto, abríos el jubón. ¿Para qué todas esas agujetas?

Thibaud, fuera de sí, llevó en brazos a Orlandina al lecho de muaré negro de Venecia y se creyó el más dichoso de los hombres.

Pero muy pronto cambió de pensamiento porque sintió como garras que se hundían en su espalda.

—¡Orlandina, Orlandina! —exclamó—, ¿qué significa esto?

Orlandina no estaba más. En su lugar, Thibaud vio una aglomeración horrible de formas desconocidas y odiosas.

—No soy Orlandina —dijo el monstruo con una voz espantosa—, soy Belcebú.

Thibaud quiso invocar el nombre de Jesús, pero el monstruo, que adivinó su intención, le apretó la garganta con los dientes y le impidió pronunciar ese nombre santo.

Al día siguiente los campesinos que iban a vender sus legumbres al mercado de Lyon oyeron gemidos en una casucha abandonada que estaba cerca del camino y servía de muladar. Fueron a ver y encontraron a Thibaud acostado sobre una carroña. Lo alzaron y lo colocaron al través sobre sus cestas, y de tal modo lo llevaron a casa del preboste de Lyon. El desgraciado La Jacquiére reconoció a su hijo...

Acostaron al joven. Muy pronto, éste pareció volver un poco en sí, y dijo con voz débil y casi ininteligible:

—Abrid a ese santo ermitaño, abrid a ese santo ermitaño.

Al principio no comprendieron. Después abrieron la puerta y vieron entrar a un

venerable religioso que pidió lo dejaran solo con Thibaud. Obedecieron y cerraron la puerta tras de sí. Durante mucho tiempo escucharon las exhortaciones del ermitaño, a las cuales respondía Thibaud en alta voz:

—Sí, padre mío, me arrepiento y espero en la misericordia divina.

Por último, como nada escuchaban, creyeron que debían entrar. El ermitaño había desaparecido, y Thibaud fue encontrado muerto con un crucifijo entre las manos.

No bien había acabado esta historia cuando entró el cabalista y pareció querer leer en mis ojos la impresión que me había causado su lectura. La verdad es que me había causado gran impresión, pero no quise demostrárselo y me retiré a mi aposento. Allí reflexioné sobre todo lo que me había ocurrido y por poco llegué a creer que los demonios, para engañarme, habían animado los cuerpos de los ahorcados y que yo era un segundo La Jacquièrre. Llamaron para la cena, y el cabalista no acudió. Todos me parecieron preocupados, porque yo mismo lo estaba.

Después de la comida, volví a la terraza. Los gitanos habían tendido su campamento a cierta distancia del castillo. Las inexplicables gitanas no aparecieron. Llegó la noche, y me retiré a mi cuarto. Esperé mucho tiempo a Rebeca. Como no viniera, me dormí.

SEGUNDA PARTE

JORNADA UNDÉCIMA

Me despertó Rebeca. Cuando abrí los ojos, la dulce israelita estaba ya sentada al borde de mi lecho y tenía una de mis manos entre las suyas.

—Valeroso Alfonso —me dijo—, ayer habéis querido sorprender a las dos gitanas, pero la verja del torrente estaba cerrada. Aquí os traigo la llave. Si hoy se acercan al castillo, os ruego las sigáis, aun a su campamento. Os aseguro que daréis gran placer a mi hermano trayéndole noticias de esas dos mujeres. Ahora debo alejarme —agregó en tono melancólico—. Así lo quiere mi suerte, mi extraña suerte. ¡Ah, padre mío, por qué no me habréis deparado el destino de todos! Habría sabido amar en la realidad, y no a través de un espejo.

—¿Qué queréis decir con a través de un espejo?

—Nada, nada —replicó Rebeca—. Lo sabréis un día. Adiós, adiós.

La judía se alejó muy conmovida, y no pude menos de pensar que le sería difícil conservarse pura para los gemelos celestes cuya esposa debería ser, según me dijo su hermano.

Salí a la terraza. Los gitanos estaban aún más lejos que la víspera. Cogí un libro de la biblioteca, pero leí poco. Estaba distraído y preocupado. Por fin nos sentamos a la mesa. La conversación giró como de costumbre en torno a los espíritus, los espectros y los vampiros. Nuestro huésped dijo que la antigüedad tenía una idea confusa de las empusas, las larvas y las lamias, pero que a pesar de todo los cabalistas antiguos no eran inferiores a los modernos, aunque se los llamara filósofos, título que compartían con muchas personas que no tenían ningún conocimiento de las ciencias herméticas. El ermitaño habló de Simón el Mago, pero Uzeda sostuvo que Apolonio de Tiana debía ser considerado como el más grande cabalista de aquel tiempo, puesto que había adquirido un imperio extraordinario sobre todos los seres del mundo pandemoníaco. Entonces, levantándose de la mesa, fue a buscar un *Filostrato* de la edición de Morel, de 1608, echó una mirada al texto griego y después, al parecer sin el menor esfuerzo, fue leyendo en español lo que paso a contar.

HISTORIA DE MENIPO DE LICIA

Había en Corinto un licio llamado Menipo. Tenía veinticinco años, era espiritual y gallardo. Se contaba en la ciudad que era amado por una extranjera, mujer hermosa y rica, y que había conocido por casualidad. La había encontrado en el camino que lleva a Kenchrea. Ella lo abordó de una manera encantadora y le dijo:

—Oh Menipo, os amo desde hace mucho tiempo. Soy fenicia y vivo en el extremo del barrio de Corinto más cercano. Si venís a mi casa, me oiréis cantar. Beberéis un vino como no habréis bebido jamás. No habréis de temer a ningún rival, y hallaréis en mí tanta

fidelidad como probidad hay en vos.

El joven, que era sabio y prudente, no pudo resistir a esas hermosas palabras, proferidas por labios hermosos, y se apegó a su nueva amante.

Cuando Apolonio vio a Menipo por primera vez, lo miró con los ojos de un escultor que observase a un modelo para hacer un busto. Después le dijo:

—Oh hermoso joven, acariciáis a una serpiente y una serpiente os acaricia.

A Menipo lo sorprendió la frase, pero Apolonio agregó:

—Sois amado por una mujer que no puede ser vuestra esposa. ¿Creéis que ella os ama?

—Ciertamente —dijo el joven—. Me ama mucho.

—¿Os casaréis con ella?

—Me sería muy dulce —dijo el joven— casarme con la mujer que amo.

—¿Cuándo será la boda? —dijo Apolonio.

—Quizá mañana —replicó el joven.

Apolonio se hizo decir la hora del festín, y al día siguiente, cuando los convidados ya estaban reunidos, entró en la sala y dijo:

—¿Dónde está la hermosa que da este festín? Menipo respondió:

—No está lejos.

Después se levantó, un poco avergonzado. Apolonio continuó en estos términos:

—Este oro, esta plata y los demás adornos de esta sala, ¿son vuestros o de esta mujer?

Menipo respondió:

—Son de ella. Yo no poseo otra cosa que mi manto de filósofo.

Entonces Apolonio dijo:

—¿Habéis visto los jardines de Tántalo que son y no son?

Los convidados respondieron:

—Los hemos visto en Homero, porque no hemos descendido a los infiernos.

Entonces Apolonio les dijo:

—Todo lo que veis aquí es como esos jardines. Todo no es más que apariencia, sin ninguna realidad. Y para que reconozcáis la verdad de lo que digo, sabed que esa mujer es una de esas empusas, que se llaman comúnmente larvas o lamias. No están ávidas de los placeres del amor, sino de la carne humana. Y atraen con el anzuelo del placer a los que ellas quieren devorar.

La pretendida fenicia dijo entonces:

—Tratad de hablar mejor.

Y, mostrándose un poco irritada, declamó contra los filósofos y los llamó insensatos. Pero como Apolonio le contestara, la vajilla de oro y de plata desapareció. También desaparecieron los escanciadores, los cocineros. Entonces la empusa simuló llorar y rogó a Apolonio que no la atormentara. Pero como éste la acosara sin tregua, confesó por fin lo que era: había saciado de placeres a Menipo para devorarlo después, y le gustaba comer a los jóvenes porque su sangre le hacía mucho bien.

—Pienso —dijo el ermitaño— que más que el cuerpo de Menipo, quería devorar su alma, y que esta empusa no era sino el demonio de la concupiscencia. Pero no concibo qué palabras podían dar tan gran poder a Apolonio. Porque, no siendo cristiano, no podía usar

las armas terribles que la Iglesia pone en nuestras manos; además, los filósofos han podido usurpar algún poder sobre los demonios antes del nacimiento de Cristo, pero la cruz que ha hecho callar a los oráculos debe, con mayor razón, haber abolido cualquier otro poder de los idólatras. Y pienso que Apolonio, lejos de poder echar al más mínimo demonio, no habría logrado imponerse al último de los aparecidos, pues estos espíritus vuelven a la tierra con permiso divino, y siempre para pedir misas, razón por la cual no existían en tiempos del paganismo.

Uzeda era de otra opinión. Sostuvo que los paganos, tanto como los cristianos que vinieron después, estuvieron obsesionados por los aparecidos, aunque estos últimos se hicieran presentes por otros motivos. Y para probarlo, tomó un volumen de las cartas de Plinio, donde leyó lo que sigue:

HISTORIA DEL FILÓSOFO ATENÁGORAS

Había en Atenas una casa muy grande y muy cómoda, pero desacreditada y desierta. A menudo, en el silencio más profundo de la noche, se oía en ella el ruido del hierro que choca contra el hierro, y si se prestaba más atención, un ruido de cadenas que parecía venir de lejos y después aproximarse. Muy pronto aparecía el espectro de un anciano, flaco, abatido, de luenga barba, cabellos erizados, y en los pies y en las manos largas cadenas de hierro que sacudía de modo pavoroso. Esta horrible aparición quitaba el sueño, y los insomnios ocasionaban enfermedades que terminaban de la más triste manera. Porque aunque el espectro no apareciese durante el día, la impresión que causaba era tan fuerte que se lo tenía siempre ante los ojos, y el pavor continuaba con la misma intensidad aunque el objeto que lo motivaba hubiese desaparecido. Por último, la casa fue abandonada y dejada por entero al fantasma. Pusieron en la puerta un letrero diciendo que se alquilaba o vendía, con la intención de que alguno, poco instruido de tan terrible incomodidad, pudiese engañarse.

Entonces vino a Atenas el filósofo Atenágoras. Vio el cartel y preguntó el precio. Su modicidad lo hizo desconfiar. Se informó. Le contaron la verdad, y la verdad, lejos de hacerlo desistir, lo incitó a concluir el contrato. Se alojó en la casa y esa misma tarde dio orden de que le hicieran su lecho en el departamento delantero, que allí le trajeran luz y sus tablillas, y que sus servidores se retiraran al fondo de la casa. Aplicó su espíritu, sus ojos y su mano a escribir, temiendo que su imaginación demasiado libre no fuera, al capricho de un frívolo temor, a imaginar vanos fantasmas.

Al comenzar la noche, reinaba el silencio en la casa, como en la mayoría de las casas, pero después Atenágoras escuchó ruido de hierros y cadenas. No levantó los ojos de la tablilla, no abandonó su pluma, su tranquilidad y su esfuerzo, digámoslo así, por no oír.

El ruido aumentaba. Ahora había llegado a la puerta de su aposento. Por último, al aposento mismo. Atenágoras mira, y ve al fantasma tal como se lo habían descrito. El fantasma está de pie y lo llama con un dedo. Atenágoras le hace con la mano señas de esperar un poco y prosigue escribiendo como si nada fuera. El espectro empieza de nuevo con su estruendo de cadenas, que hace resonar en los oídos del filósofo.

Éste se vuelve y ve que una vez más lo llaman con el dedo. Se levanta, coge la lámpara y sigue al fantasma. El fantasma camina a paso lento, como si el peso de las cadenas lo agobiara. Después que llega al patio de la casa, se desvanece y deja allí a nuestro filósofo, que recoge hierbas y hojas y las amontona en el lugar donde el fantasma lo había dejado, para poder reconocer el sitio de su desaparición. Al día siguiente va a buscar a los magistrados y les suplica que ordenen cavar en ese lugar. Lo hacen. Descubren huesos descarnados, enlazados con cadenas. Sólo quedan huesos enlazados porque las carnes han sido consumidas por el tiempo y la humedad de la tierra. Juntan los huesos y la ciudad se encarga de darles sepultura. Y después que se le rinden al muerto los últimos tributos, éste deja de perturbar el orden de la casa.

El cabalista, después de acabar su lectura, agregó:

—Aparecidos los hubo en todas las épocas, mi reverendo padre, como podemos verlo por la historia de *Baltovia* de Endor, y los cabalistas tuvieron siempre el poder de hacerlos aparecer. Pero confieso que han acaecido grandes cambios en el mundo demonagórico. Y los vampiros, entre otros, son una invención nueva, si me atrevo a expresarme así. Distingo dos especies: los vampiros de Hungría y de Polonia, que son cuerpos muertos que salen por la noche de sus tumbas y van a chupar la sangre de los hombres, y los vampiros de España, que son espíritus inmundos, que animan el primer cuerpo que encuentran, le hacen adquirir toda suerte de formas...

Comprendiendo a dónde quería venir a parar el cabalista, me levanté de la mesa, quizá con demasiada brusquedad, y salí a la terraza. No hacía media hora que estaba allí cuando distinguí a mis dos gitanas, que parecían tomar el camino del castillo y que, a esa distancia, tenían gran semejanza con Emina y Zebedea. Entonces me propuse hacer uso de mi llave. Fui a mi aposento a buscar mi capa y mi espada, y bajé a la verja en menos de un minuto. Pero cuando la hube abierto me faltaba aún lo más engorroso, que era pasar el torrente. Para ello tenía que seguir el muro de la terraza, asiéndome de los hierros que habían colocado con ese propósito. Por último llegué a un lecho de piedras y, saltando de una en una, me encontré del otro lado del torrente y frente a frente a mis gitanas. Pero no eran de ningún modo mis primas. Tenían asimismo modales muy distintos, sin que fueran por ello los modales ordinarios y po pulares de las mujeres de su origen. Casi parecía que estaban representando el papel de gitanas. Desde el primer momento quisieron decirme la buenaventura. Una de ellas me abrió la mano y la otra, fingiendo ver en sus líneas todo mi porvenir, me dijo:

—Ah, caballero, ¿qué veo en vuestra mano? *Dirvanos kamela* («mucho amor»), pero ¿por quién? ¡Por demonios!

Se comprenderá que nunca habría adivinado que *dirvanos kamela* quería decir «mucho amor» en la jerga de los gitanos, pero ellas se tomaron el trabajo de explicármelo; después, asiéndome cada una por un brazo, me condujeron al campamento donde me presentaron a un anciano todavía rozagante, de buen aspecto, que me dijeron ser su padre. El anciano me dijo con aire un poco malicioso:

—¿Sabéis, señor caballero, que estáis en medio de una banda de la cual se habla bastante mal en la comarca? ¿No tenéis un poco de miedo de nosotros?

A la palabra miedo, así el puño de mi espada, pero el viejo jefe me tendió

afectuosamente la mano, diciéndome:

—Disculpad, señor caballero, no he querido ofenderos, y tan lejos estoy de ello que os ruego paséis algunos días con nosotros. Si un viaje por estas montañas puede interesaros, os prometo haceros ver los más hermosos valles como los más atroces, los sitios más risueños al lado de aquellos que se consideran aterradores; y si sois aficionado a la caza, tendréis el ocio necesario para satisfacer vuestro gusto.

Acepté el ofrecimiento con tanto más placer cuanto que comenzaban a fastidiarme un poco las disertaciones del cabalista y la soledad de su castillo. Entonces el viejo gitano me condujo a su tienda y me dijo:

—Señor caballero, este pabellón será vuestra morada durante todo el tiempo que queráis pasar con nosotros, y yo haré tender una cañonera junto a ella, en la cual dormiré, para poder velar mejor por vuestra seguridad.

Respondí al anciano que teniendo yo el honor de ser capitán en las guardias valonas, no debía contar con más protección que la de mi espada.

Esta respuesta lo hizo reír, y me dijo:

—Señor caballero, para los mosquetes de nuestros bandidos no hay diferencia entre un capitán de las guardias valonas y cualquier otro individuo; pero cuando estén advertidos, podréis alejaros de nuestra banda. Hasta entonces no sería prudente intentarlo.

El anciano tenía razón; y sentí vergüenza de mi bravuconada.

Pasamos la tarde rondando el campamento, conversando con las jóvenes gitanas, que me parecieron las mujeres más locas pero más dichosas del mundo. Después nos sirvieron de cenar. Pusieron los cubiertos al abrigo de un algarrobo, cerca de la tienda del jefe. Nos tendimos sobre pieles de ciervo, y nos sirvieron sobre una de búfalo, curtida como marloquí, que hacía las veces de mantel. La comida fue abundante, sobre todo en venado. Las hijas del jefe escanciaron el vino, pero yo preferí el agua de una vertiente que manaba de un peñasco a dos pasos de nosotros. El jefe mismo sostuvo agradablemente la conversación. Parecía conocer mis aventuras, y me presagió otras nuevas.

Por último hubo que acostarse. Me hicieron un lecho en la tienda del jefe y pusieron un guardia en la puerta. Pero hacia medianoche desperté sobresaltado. Después sentí que levantaban a la vez los dos extremos de mi manta y que dos cuerpos se apretaban contra mí. «Dios mío —me dije—, ¿habré de despertarme entre los dos ahorcados?» Sin embargo, no me detuve en la idea. Imaginé que esos modales eran propios de la hospitalidad gitana, y que un militar de mi edad debía prestarse a ellos de buena gana. En seguida me dormí con la firme persuasión de no estar entre los dos ahorcados.

JORNADA DUODÉCIMA

En efecto, no me desperté bajo la horca de Los Hermanos sino en mi lecho, al ruido que los gitanos hacían para levantar el campamento.

—Levantaos, señor caballero —me dijo el jefe—; tenemos un largo trecho que hacer. Pero montaréis una mula que no tiene igual en España, y ni siquiera os sentiréis andar.

Me vestí a prisa y monté la mula. Tomamos la delantera con cuatro gitanos, todos ellos bien armados. El resto de la banda nos seguía de lejos, llevando a la cabeza a las dos muchachas con las que creí haber pasado la noche. A veces los zigzag que hacían los senderos en las montañas me obligaban a pasar a unos cientos de pies por encima o por debajo de ellas. Entonces me detenía a observarlas, y me parecía que eran mis primas. El viejo jefe parecía divertirse con mi confusión.

Al cabo de cuatro horas de una marcha bastante precipitada, llegamos a una meseta, en lo alto de una montaña, y allí encontramos un gran número de bultos, cuyo inventario hizo en seguida el viejo jefe. Después de lo cual me dijo:

—Señor caballero, con estas mercaderías de Inglaterra y del Brasil hay para proveer a los cuatro reinos de Andalucía, Granada, Valencia y Cataluña. El rey padece un poco por nuestro pequeño comercio, pero sus resultados le llegan por otro lado, y un poco de contrabando divierte y consuela al pueblo. Por lo demás, en España todo el mundo se mezcla a nuestro comercio. Algunos de estos bultos serán depositados en los cuarteles de los soldados, otros en las celdas de los monjes, y hasta en las bóvedas de los muertos. Los bultos marcados con rojo están destinados a ser apresados por los alguaciles, que con ello harán méritos ante la aduana y protegerán todavía más nuestros intereses.

Después de hablar así, el jefe gitano hizo esconder las mercaderías en diversos agujeros de los peñascos. Luego hizo servir la comida en una gruta, desde la cual la vista se extendía mucho más allá del alcance de mis sentidos, es decir que el horizonte estaba tan alejado que parecía confundirse con el cielo. Como cada día era yo más sensible a las bellezas del paisaje, este aspecto me sumió en un verdadero éxtasis, del cual me sacaron las dos hijas del jefe que traían la comida. De cerca, como lo he dicho ya, no se parecían de ningún modo a mis primas. Sus miradas de soslayo parecían decirme que estaban contentas de mí, pero algo me advertía que no eran ellas quienes habían venido a encontrarme por la noche.

Las bellas trajeron una *olla* bien caliente que otros gitanos, enviados antes que nosotros, habían hecho cocer a fuego lento durante toda la mañana. El viejo jefe y yo comimos copiosamente, con la diferencia de que él interrumpía su comida para honrar con frecuencia un odre repleto de buen vino, mientras que yo me contentaba con el agua de una vertiente próxima.

Cuando hubimos satisfecho nuestro apetito, manifesté alguna curiosidad por conocerlo. El se hizo de rogar, yo insistí. Al final consintió en contarme su historia, que empezó en los siguientes términos:

HISTORIA DE PANDESONA, JEFE DE LOS GITANOS

—Todos los gitanos de España me conocen con el nombre de Pandesona. Así dan, en su jerga, mi nombre de familia que es Avadoro, porque yo no he nacido entre gitanos. Mi padre se llamaba don Felipe de Avadoro, y pasaba por ser el hombre más grave y metódico de su tiempo. Hasta tal punto que si os contara la historia de uno de sus días, sabríais al instante la de su vida entera, o a lo menos la de su vida durante todo el tiempo que transcurrió entre sus dos matrimonios: el primero, al cual debo ver la luz, Y el segundo que causó su muerte, por la irregularidad que introdujo en sus costumbres.

Mi padre, cuando vivía aún con los suyos, se acostumbró tiernamente a una parienta lejana, con la cual se casó no bien fue jefe de familia. Ella murió al darme a luz, y mi padre, inconsolable por la pérdida, se encerró durante muchos meses en su casa, sin querer recibir ni siquiera a sus parientes. El tiempo, que suaviza todas las penas, calmó también su dolor, y por fin lo vieron abrir la puerta de su balcón que daba a la calle de Toledo. Respiró el aire fresco durante un cuarto de hora, y en seguida fue a abrir una ventana que daba a una calle transversal. Vio a algunas personas conocidas en la casa del frente y las saludó con expresión bastante alegre. Las mismas cosas lo vieron hacer durante todos los días siguientes, y de este cambio en su manera de vivir se enteró por último Fray Jerónimo Santos, teatino y tío materno de mi madre.

Este religioso fue a casa de mi padre, lo cumplimentó por haber recuperado la salud, le habló poco de los consuelos que nos ofrece la religión, pero mucho, en cambio, de la necesidad que tenía de distraerse. Llevó su indulgencia hasta aconsejarle que fuera al teatro. Mi padre, que tenía la más grande confianza en Fray Jerónimo, fue desde esa misma noche al teatro de la Cruz.

Daban una pieza nueva, que estaba sostenida por el grupo de los Pollacos, en tan to que el de los Sorices trataba de hacerla fracasar. La lucha de esas dos facciones interesó tanto a mi padre que, desde ese día, no faltó jamás voluntariamente a un espectáculo. Se afilió sobre todo al partido de los Pollacos, y no iba al teatro del Príncipe sino cuando el de la Cruz estaba cerrado.

Después del espectáculo, se colocaba al final de la doble hilera que forman los hombres para obligar a las mujeres a que desfilen de una en una, pero no lo hacía como los demás para examinarlas a su antojo; por el contrario, se interesaba poco en ellas, y desde que la última mujer había pasado tomaba el camino de la Cruz de Malta, donde le servían una cena ligera antes de volver a su casa.

Por la mañana, el primer cuidado de mi padre era abrir el balcón que daba a la calle de Toledo. Allí respiraba el aire fresco durante un cuarto de hora. Después iba a abrir la ventana que daba a la callejuela transversal. Si había alguien asomado a la ventana vecina, lo saludaba comedidamente, diciéndole *buenos días*, y cerraba al instante la ventana. A veces, estas palabras *buenos días* eran las únicas que pronunciaba durante horas y horas, porque aunque se interesaba vivamente en el éxito de todas las comedias que representaban en el teatro de la Cruz, sólo manifestaba este interés batiendo palmas, y

jamás por palabras. Si no había nadie en la ventana vecina, esperaba pacientemente a que alguien apareciese para hacer su amable saludo.

Después iba a la misa de los teatinos. A su vuelta, encontraba su cuarto hecho por la criada de la casa, y ponía especial cuidado en volver a colocar cada objeto donde estuvo antes. Prestaba a este quehacer una atención extraordinaria y descubría inmediatamente la menor pajuela o mota de polvo que hubiera escapado a la escoba de la criada.

Cuando mi padre quedaba satisfecho del orden de su aposento, cogía un compás y un par de tijeras y cortaba veinticuatro pedazos de papel del mismo tamaño, los llenaba con un reguero de tabaco del Brasil y hacía veinticuatro pitillos tan bien armados, tan lisos, que podían considerarse los más perfectos pitillos de toda España. Fumaba seis de esas obras maestras contando las tejas del palacio de Alba, y seis contando las personas que entraban por la puerta de Toledo. Después miraba hacia la puerta de su cuarto esperando que llegara su comida.

Después de la comida, fumaba otros doce pitillos. Luego fijaba los ojos en el péndulo hasta que diera la hora del espectáculo y, si no había ninguno en ningún teatro, iba a la librería de Moreno, donde escuchaba hablar a los literatos que acostumbraban reunirse allí por aquellos días, pero sin mezclarse jamás en sus conversaciones. Si estaba enfermo, mandaba buscar a la librería de Moreno la pieza que representaban en el teatro de la Cruz, y cuando había llegado la hora del espectáculo empezaba a leer la pieza, sin olvidarse de aplaudir en todos los pasajes que gustaban sobremanera a la facción de los Pollacos.

Aunque llevara una vida muy inocente, mi padre no descuidaba sus deberes religiosos. Con ese objeto mandó pedir a los teatinos un confesor. Enviáronle a mi tío abuelo, Fray Jerónimo Santos, que aprovechó la ocasión para recordarle que yo había venido al mundo, y que vivía en casa de doña Felisa Dalanosa, hermana de mi difunta madre. Fuera porque mi padre temiese que mi presencia le recordase la persona querida cuya muerte había causado yo inocentemente, fuera porque no quisiera que mis gritos infantiles turbasen sus costumbres silenciosas, es el caso de que rogó a Fray Jerónimo que nunca más le hablara de mí, pero al mismo tiempo sobrevino a los gastos de mi subsistencia, asignándome la renta de una quinta, o alquería, que tenía en los alrededores de Madrid, y confió mi tutela al procurador de los teatinos.

¡Ay!, se diría que mi padre, al alejarme así de su lado, hubiese tenido algún presentimiento de la prodigiosa diferencia que la naturaleza había introducido en nuestros caracteres. Porque habéis visto hasta qué punto era él metódico y uniforme en su manera de vivir, y me atrevo a asegurar que sería imposible encontrar un hombre más inconstante de lo que yo siempre he sido. He sido inconstante hasta en mi inconstancia, porque la idea de una dicha tranquila y de una vida retirada me ha perseguido siempre en mi carrera vagabunda, y la afición al cambio me ha arrancado siempre del retiro. De modo que, conociéndome por último a mí mismo, he puesto fin a tan inquietas alternativas formando parte de esta banda de gitanos. Es una especie de retiro y de vida uniforme, pero a lo menos no conozco la desgracia de tener siempre ante los ojos los mismos árboles, los mismos peñascos o, lo que me sería aún más insoportable, las mismas calles, los mismos ; muros y los mismos techos.

Aquí tomé yo la palabra y le dije al narrador:

—Señor Avadoro, o Pandesona, creo que una vida tan errante ha debido ofreceros muy raras aventuras.

El gitano me respondió:

—Señor caballero, desde que vivo en este desierto he visto en verdad cosas bastante extraordinarias. Antes, mi existencia no ofrecía más que acaeceres bastante comunes; sólo es notable el capricho que sentí siempre por todas las etapas de mi vida, sin persistir nunca en ellas más de uno o dos años seguidos.

Después de responderme de tal modo, el gitano continuó en los siguientes términos:

—Os he dicho que vivía en casa de mi tía Dalanosa. Como ella no tenía hijos, desplegaba en mi favor toda la indulgencia de las tías y toda la ternura de las madres; en suma, fui un niño mimado. Lo fui todos los días más, porque a medida que crecía en fuerza e inteligencia, más tentado estaba de abusar de las bondades que tenían conmigo. Por otro lado, no sintiendo casi nunca oposición a mi voluntad, a menudo oponía poca resistencia a la de los otros, lo que me daba casi siempre la apariencia de la docilidad, y mi tía acompañaba sus órdenes con cierta sonrisa tierna y acariciadora a la cual yo no sabía resistir. En fin, tal como yo era, la buena tía Felisa se persuadió de que la naturaleza, ayudada por sus cuidados, había producido en mi persona una verdadera obra maestra. Pero un punto esencial faltaba para su dicha, y era no poder hacer a mi padre testigo de mis pretendidos progresos y convencerlo de mis perfecciones, porque éste se obstinaba siempre en no verme.

Pero ¿qué obstinación no llegará a vencer una mujer? Mi tía Felisa influyó con tanta determinación y energía en el ánimo de su tío Jerónimo, que éste decidió aprovechar la primera confesión de mi padre para plantearle como un caso de conciencia la cruel indiferencia que demostraba hacia un niño que nada malo había hecho contra él.

El padre Jerónimo procedió como se lo había prometido a mi tía. Pero mi padre no pudo, sin estremecerse de espanto, encarar la posibilidad de recibirme en el interior de su aposento. El padre Jerónimo propuso pues que la entrevista tuviese lugar en el jardín del Buen Retiro, pero este paseo no entraba en el plan metódico del cual mi padre no se apartaba jamás. Antes de modificarlo, prefirió recibirme en su casa, y el padre Jerónimo fue a anunciar la buena nueva a mi tía, que al oírlo pensó morir de alegría.

Debo decir que diez años de hipocondría habían aumentado las singularidades de la vida casera de mi padre. Entre otras manías, había tomado la de hacer tinta, y esta afición le vino del siguiente modo: una vez que se encontraba en la librería de Moreno, con muchos de los espíritus más cultos de España y varios hombres de leyes, la conversación giró en torno a la dificultad que había para procurarse buena tinta. Cada cual dijo que no tenía en su casa, o que había intentado vanamente fabricarla. Moreno dijo que poseía en su tienda un libro de recetas, entre las cuales habría una de ellas concerniente a la fabricación de tinta. Fue a buscar el volumen, que al principio no pudo encontrar, pero, después de dar con él y volver a la tertulia, la conversación había cambiado de tema; los ánimos se habían exaltado con motivo del éxito de una nueva pieza, y nadie quería ya oír hablar de tinta, ni escuchar ninguna lectura concerniente a ella. No le sucedió lo mismo a mi padre. Cogió el libro, encontró en seguida la receta sobre la fabricación de tinta y quedó muy sorprendido por haber comprendido tan bien algo que los espíritus más cultos de España

consideraban harto difícil. En efecto, no se trataba sino de mezclar tintura de agalla del Levante con una solución de vitriolo, y de agregarle goma. El autor, sin embargo, advertía que no podría obtenerse buena tinta sino haciendo una gran cantidad a la vez, que había que mantener la mezcla caliente y removerla a menudo, porque la goma, sin ninguna afinidad con las sustancias metálicas, tendía a separarse de ellas; que, además, la goma misma tendía a disolverse y pudrirse, lo que podía evitarse agregándole una pequeña dosis de alcohol.

Mi padre compró el libro y se procuró desde el día siguiente todos los ingredientes necesarios: una balanza para las dosis y el frasco más voluminoso que pudo conseguir en Madrid, porque el autor recomendaba hacer la tinta en grandes cantidades. La operación salió perfectamente. Mi padre llevó una botella de su tinta a los espíritus cultos que se reunían en la librería de Moreno. Todos la encontraron admirable, todos quisieron de aquella tinta.

Mi padre, en su vida silenciosa y retirada, no había tenido nunca la ocasión de favorecer a quien fuese, y menos aún la de recibir elogios. Encontró que era muy dulce el poder favorecer, y más dulce todavía el ser elogiado, y se apegó singularmente a la composición de la tinta que le deparaba goces tan agradables. Viendo que los espíritus más cultos de Madrid habían consumido en un instante el frasco más grande que pudo conseguir en toda la ciudad, hizo traer de Barcelona una damajuana, de esas en las cuales los marinos del Mediterráneo guardan su provisión de vino. De tal modo pudo hacer al mismo tiempo veinte botellas de tinta que los espíritus cultos de Madrid consumieron, como habían consumido otras, y siempre colmando a mi padre de elogios y palabras de gratitud.

Pero mientras más grandes eran los frascos de vidrio, más inconvenientes había. No se podía calentar la mezcla, y menos aún removerla bien, y sobre todo era difícil trasvasarla. Mi padre se decidió entonces a hacer venir del Toboso una de esas grandes tinajas de tierra cocida de las que se usan en la fabricación del salitre. Cuando llegó, la hizo pegar con cal sobre un hornillo, en el cual mantuvo constantemente un pequeño fuego de brasas. Una espita adaptada a la parte inferior de la tinaja permitía extraer de ella el líquido y, encaramándose sobre el horno, se podía remover bastante bien con un mazo el contenido de la jarra. Como esas tinajas son más altas que un hombre, puede suponerse la cantidad de tinta que mi padre hizo a la vez, y siempre tenía el cuidado de agregar a la tinaja tanto líquido como el que le extraía. Era para él un verdadero goce ver entrar a la criada o al criado de algún literato famoso que venía a pedirle tinta; y cuando este hombre publicaba alguna obra que tenía resonancia en el mundo literario y de la cual se hablaba en la tertulia de Moreno, mi padre sonreía complacido como habiendo de alguna manera contribuido a ella. En fin, para decirlo de una vez, no se hablaba de mi padre en toda la ciudad sino como de don Felipe del gran Tintero, Y muy pocas personas lo conocían por su verdadero nombre de Avadoro.

Yo no ignoraba estos hechos; había oído hablar del carácter singular de mi padre, del orden de su aposento, de su inmensa vasija de tinta, y ardía en deseos de darme cuenta de ello por mis propios ojos. Y mi tía no dudaba ni por un momento de que mi padre, no bien tuviera la dicha de verme, renunciaría a todas sus manías para sólo ocuparse de

admirarme de la mañana a la noche. Por fin se determinó el día de la presentación. Mi padre se confesaba con el padre jerónimo todos los últimos domingos de cada mes. El padre debía aún fortalecerlo en la resolución de verme, para anunciarle que yo lo esperaba, y que lo acompañaría hasta su morada. Cuando el padre Jerónimo nos comunicó este acuerdo, me recomendó que no tocara la menor cosa en el aposento de mi padre. Prometí todo lo que quiso, y mi tía prometió no perderme de vista.

Por último llegó el tan esperado domingo. Mi tía me hizo poner un traje de *majo* de color de rosa, realzado por franjas de plata, con botones que eran topacios del Brasil. Me aseguró que parecía yo el mismo Cupido, y que mi padre, al verme, habría de enloquecer de alegría. Llenos de esperanzas y de ideas halagadoras, nos encaminamos gozosamente por la calle de las Ursulinas y llegamos al Prado, donde varias mujeres se detuvieron para acariciarme. Después llegamos a la calle de Toledo, y por último a casa de mi padre. Nos abrieron la puerta de su aposento, y mi tía, temiendo mi vivacidad, me instaló en un sillón frente a ella y me cogió por una de las franjas de plata de mi chaqueta para impedir que me pusiera de pie y tocara algún objeto.

Al principio me resarcí de esta sujeción paseando la mirada por todos los rincones del aposento, cuyo orden y limpieza admiré. El destinado a la fabricación de tinta estaba tan limpio y cuidadosamente ordenado como todo lo demás: la gran tinaja del Toboso parecía un adorno; a su lado, en un gran armario con tapas de cristal, estaban dispuestos los ingredientes y utensilios necesarios.

La vista de ese armario alto y estrecho, colocado cerca del horno que sostenía la tinaja, me inspiró un deseo tan súbito como irresistible de subir a él, y me pareció que nada sería tan agradable como ver a mi padre buscarme en vano por todo el aposento hasta descubrirme de tal modo escondido encima de su cabeza. Mi ademán fue tan rápido como el pensamiento: librándome de la franja por la que mi tía me tenía sujeto, salté al horno, y del horno al armario.

Al principio mi tía no pudo menos de aplaudir mi agilidad, pero después me conjuró a bajar. En ese momento anunciaron que mi padre subía las escaleras. Mi tía se hincó de rodillas para suplicarme que abandonara mi puesto. No pude resistir a sus conmovedoras súplicas, pero, al querer bajar hasta el horno, sentí que mi pie se apoyaba en el borde de la tinaja; quise levantarlo, y sentí que arrastraba conmigo el armario; entonces solté las manos y caí en la vasija con tinta. Allí me habría ahogado, pero mi tía cogió el mazo que servía para remover la tinta y pegó con él un gran golpe en la tinaja, haciéndola trizas. Mi padre entró en aquel momento; vio un río de tinta que inundaba su aposento, y una figura negra que lanzaba los más atroces aullidos. Entonces se precipitó escaleras abajo, se dislocó un pie y cayó desvanecido.

Yo no aullé por mucho tiempo. La tinta que había tragado me causó un malestar horrible. Perdí el conocimiento y no lo recobré por completo sino después de una cruel enfermedad seguida por una convalecencia bastante larga. Lo que más contribuyó a mi curación fue el que mi tía anunciara que íbamos a abandonar Madrid y a establecernos en Burgos. La idea del viaje me transportó hasta el punto de que se temió por mi razón. El extremado placer que sentí fue sin embargo turbado por mi tía, que me preguntó si deseaba acompañarla en su carroza, o si quería que me llevaran en litera.

—Ni una cosa, ni otra, desde luego —respondí con el mayor arrebató—; no soy una mujer. Quiero viajar a caballo, o a lo menos en mula, con un buen fusil de Segovia colgado de mi silla, y de mi cintura dos pistolas y una espada. No partiré sino a condición de que me deis todas estas cosas, y está en vuestro interés dármelas porque seré yo quien os defienda.

Dije mil locuras semejantes que me parecían pruebas de gran sensatez, y que en verdad resultaban agradables en boca de un niño de once años.

Los preparativos del viaje me dieron la ocasión de desplegar una actividad extraordinaria. Iba, venía, subía al carruaje, ordenaba objetos, corría de un lado a otro, y tenía ciertamente mucho que hacer porque mi tía, que iba a establecerse en Burgos, llevaba consigo todo su moblaje. Por fin llegó el día bendito de la partida. Enviamos los bultos más grandes por la ruta de Aranda y nosotros tomamos la de Valladolid.

Mi tía, que había querido al principio hacer el viaje en carroza, resolvió hacer lo mismo que yo cuando me vio decidido a ir en mula. En vez de silla, le prepararon un pequeño asiento muy cómodo, colocado sobre unos bastos y coronado por una sombrilla. Un *zagal* marchaba adelante, para quitarle al viaje la menor apariencia de peligro. El resto de nuestro equipaje, que tiraban doce mulas, tenía muy noble aspecto. Y yo, que me consideraba el jefe de la caravana, andaba, ya a la cabeza, ya detrás de todos, y siempre con alguna de mis armas en la mano, especialmente en las vueltas del camino y en otros lugares peligrosos.

Es de imaginar que no se me presentó ocasión alguna de ejercitar mi valor, y llegamos felizmente a Alabajos, donde encontramos dos caravanas tan numerosas como la nuestra. Los animales estaban en el pesebre, y los viajeros en el otro extremo de la caballeriza, en la cocina, separada de aquélla por dos gradas de piedra. Así era por entonces en casi todas las ventas españolas. La casa estaba formada por una sola pieza muy larga, en la cual las mulas ocupaban la parte más vasta, y los hombres la más pequeña. No por eso había menos alegría. El *zagal*, mientras almohazaba las caballerías, lanzaba mil pullas a la ventera, que le replicaba con la vivacidad propia de su sexo y de su condición, hasta que el huésped, interponiendo su gravedad, interrumpía esos torneos de ingenio que sólo se suspendían para volver a empezar instantes después. Las mozas hacían resonar en la casa el ruido de sus castañuelas y bailaban al son de las broncas canciones del cabrero. Los viajeros entraban en relación y se convidaban recíprocamente a comer. Después se reunían en torno al brasero. Cada cual decía quién era, de dónde venía, y algunas veces contaba su historia. ¡Benditos tiempos! Hoy los albergues son mejores, pero la vida social y tumultuosa que se llevaba por entonces durante los viajes tenía encantos que no puedo describir. Todo lo que puedo deciros es que fui aquel día muy sensible a ellos y que decidí viajar durante toda mi existencia, cosa que no he dejado de cumplir.

Agregaré que una circunstancia particular me confirmó en mi resolución. Después de la cena, cuando todos los viajeros se hubieron reunido en torno al brasero y cada cual hubo contado algo sobre las comarcas que había atravesado, uno de ellos, que aún no había abierto la boca, dijo:

—Lo que os ha ocurrido durante vuestros viajes es muy interesante de escuchar y

recordar. Yo quisiera contaros algo parecido, pero la aventura que me ha acaecido al viajar por Calabria es tan extraordinaria, tan sorprendente, tan pavorosa, que no me la puedo quitar de la cabeza. Me persigue, me obsesiona, envenena todas las alegrías que pudiera tener, y la melancolía que me causa por poco me hace perder la razón.

Exordio semejante excitó vivamente la curiosidad del auditorio. Todos insistieron para que el viajero aliviara su corazón, haciéndonos el relato de lo que le sucedió. Él se hizo de rogar mucho tiempo y después empezó en los siguientes términos:

HISTORIA DE GIULIO ROMATI Y DE LA PRINCESA DE MONTE SALERNO

—Mi nombre es Giulio Romati, y mi padre, Pietro Romati, es el más ilustre hombre de leyes que hay en Palermo y aun en toda Sicilia. Como podéis imaginar, está muy apegado a una profesión que le depara una existencia honorable, pero la filosofía lo atrae todavía más, y le consagra todos los momentos que puede sustraer a sus negocios.

Puedo deciros sin jactancia que he seguido sus huellas en ambas carreras, porque ya era doctor en leyes a los veintidós años y después, habiéndome aplicado a las matemáticas y a la astronomía, me destaqué en ellas lo suficiente para poder comentar las obras de Copérnico y Galileo. No os cuento estas cosas por vanidad sino porque, habiendo resuelto hablaros de una aventura muy sorprendente, no quisiera que me tomarais por un hombre crédulo y supersticioso. De tal modo estoy lejos de incurrir en semejantes defectos, que tal vez la teología sea la única ciencia que he descuidado. A todas las otras, en cambio, me he consagrado con celo infatigable: alternar su estudio ha sido el único descanso que he conocido.

Tanta aplicación a la ciencia dañó mi salud, y mi padre, buscando un género de distracción que pudiese convenirme, me propuso viajar, y hasta exigió que diese la vuelta a Europa y que sólo volviera a Sicilia al cabo de cuatro años.

Sentí al principio mucha pena en depararme de mis libros, de mi gabinete, de mi observatorio. Pero mi padre lo exigía: había que obedecer. No bien me pude en camino de operó en mi organismo un cambio favorable. Recuperé mi apetito, mis fuerzas; en una palabra, la salud. Había viajado al principio en litera, pero desde el tercer día anduve en mula y me sentí cómodo en ella.

Muchas perdonad conocen el mundo entero, excepto su propia comarca. No quise que la mía pudiese reprocharme semejante extravío, y empecé mi viaje por el espectáculo de las maravillas que la naturaleza ha esparcido en nuestra isla con tanta profusión. En vez de seguir la costa de Palermo a Messina, pasé por Castro Novo, Caltanizata, y llegué, al pie del Etna, hasta una aldea cuyo nombre he olvidado. Allí me preparé a escalar la montaña, proponiéndome consagrarle un mes. En efecto, pasé todo ese tiempo principalmente ocupado en verificar algunos experimentos que últimamente de han hecho en el barómetro. Durante la noche observaba los astros, y tuve el placer de distinguir dos estrellas que no eran visibles desde el observatorio de Palermo porque de hallan por debajo de su horizonte.

Fue con verdadero pesar que abandoné aquellos lugares, donde creía por poco participar de las luces etéreas, así como de la armonía sublime de los cuerpos celestes, cuyas leyes había estudiado con tanto ahínco. Por lo demás, no cabe duda de que el aire rarificado de las altas montañas actúa sobre nuestro organismo de manera muy peculiar, acelerando nuestro pulso y el movimiento de nuestros pulmones. Por último, abandoné la montaña y descendí por el lado de Catania.

Esta ciudad está habitada por una nobleza tan ilustre y esclarecida como la de Palermo. No es que las ciencias exactas tengan muchos aficionados en Catania, como tampoco en el resto de nuestra isla, pero en ella de interesan sobre todo en las artes, en las antigüedades, en la historia antigua y moderna de todos los pueblos que han ocupado Sicilia. Las excavaciones, especialmente, y los hermosos objetos que se obtienen de ellas, eran el tema de todas las conversaciones.

Por entonces, precisamente, acababan de extraer del seno de la tierra un mármol muy hermoso, con una inscripción desconocida. Habiéndola examinado con atención, vi que estaba escrita en lengua púnica, y el hebreo, lengua que conozco bastante bien, me permitió descifrarla de una manera que satisfizo a todos. Este éxito me valió una acogida halagadora, y los conocedores más distinguidos de la ciudad quisieron retenerme, ofreciéndome remuneraciones bastante seductoras. Como había dejado yo a mi familia con otros propósitos, las rechacé y tomé el camino de Messina. Esta ciudad, famosa por su comercio, me retuvo una semana entera. Después de lo cual, pasé el estrecho y abordé Reggio.

Hasta entonces mi viaje había sido puramente de placer; pero en Reggio tropecé con un inconveniente. Un bandido, llamado Soto, desolaba Calabria, y el mar estaba infestado de piratas tripolitanos. Yo no sabía cómo hacer para llegar a Nápoles y de no retenerme un sentimiento de vergüenza, habría vuelto a Palermo.

Hacía ocho días que estaba en Reggio, librado a la incertidumbre, cuando cierta vez, después de haberme paseado largo rato por el puerto, me senté sobre las piedras, del lado de la playa en que había menos gente. Allí me abordó un hombre de gran estatura, cubierto por una capa roja. Sentóse a mi lado, sin pedirme autorización para ello, y me habló en los siguientes términos:

—¿Está el señor Romati preocupado por algún problema de álgebra o de astronomía?

—De ningún modo —respondí—. El señor Romati quisiera solamente ir de Reggio a Nápoles, y el problema que lo preocupa en este instante es el de saber cómo escapará a la banda del señor Soto.

El desconocido, entonces, me dijo con toda seriedad:

—Señor Romati, con vuestro talento honráis a vuestra comarca, y haréis más por ella, todavía, cuando los viajes que emprendáis hayan ampliado la esfera de vuestros conocimientos. Soto es hombre demasiado caballeresco para querer deteneros en tan noble empresa. Tomad estos penachos rojos; poned uno en vuestro sombrero; dad los otros a vuestros servidores y partid con la mayor tranquilidad. Yo soy ese Soto a quien tanto teméis, y para que no os quepa la menor duda os mostraré los instrumentos de mi profesión.

Al mismo tiempo, abriendo su capa, me hizo ver un cinturón del cual colgaban pistolas y puñales. Después me estrechó la mano y desapareció.

Aquí interrumpí al jefe de los gitanos para decirle que yo había oído hablar de ese Soto y que conocía a sus dos hermanos.

—Yo lo conozco también —replicó Pandesona—. Están, así como yo, al servicio del gran jeque de los Gomélez.

—¿Cómo? ¡Estáis también a su servicio! —exclamé con el mayor asombro.

En ese momento vino un gitano a hablar al oído de su jefe, que se levantó al instante y me dejó reflexionando sobre lo que acababa de enterarme. «¿En qué consiste —me dije a mí mismo—, en qué consiste esta poderosa asociación que parece no tener otro objetivo que ocultar no sé qué secreto, o deslumbrar mis ojos mediante prestigios que adivino en parte, en tanto que otras circunstancias no tardan de nuevo en hundirme en la duda? Está claro que yo también formo parte de la cadena invisible. Está claro que se quiere aferrarme a ella más estrechamente todavía. »Mis reflexiones fueron interrumpidas por las dos hijas del jefe, que vinieron a proponerme un paseo. Acepté y las seguí; esta vez hablaron en buen español, sin ninguna mezcla de *jerigonza* (o jerga gitana). Después del paseo, cenamos y nos fuimos a acostar. Aquella noche no hubo primas.

JORNADA DECIMOTERCERA

El jefe de los gitanos me hizo traer un succulento almuerzo y me dijo:

—Señor caballero, los enemigos se aproximan, es decir los guardas de la aduana. Justo es que les cedamos el campo de batalla. Aquí encontrarán los bultos que les están destinados; los demás han sido escondidos. Almorzad tranquilo, y después partiremos.

Como se veía ya a los guardas del otro lado del valle, almorcé a prisa, mientras el grueso de la banda tomaba la delantera. Erramos de montaña en montaña, hundiéndonos cada vez más en los desiertos de Sierra Morena. Por último nos detuvimos en un valle hondo donde nos esperaban ya y donde habían preparado nuestra cena. Cuando la hubimos acaba do, rogué al jefe que continuara la historia, lo que así hizo.

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE PANDESORA

Me habéis dejado escuchando con atención el admirable relato de Giulio Romati. He aquí, poco más o menos, cómo prosiguió:

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA DE ROMATI

El bien conocido carácter de Soto me hizo asignar absoluta confianza a sus garantías. Volví muy satisfecho a mi albergue e hice buscar a varios arrieros. Se ofrecieron muchos porque los bandidos no les hacían el menor daño, ni a ellos ni a sus mulas. Escogí al hombre, entre los arrieros, que gozaba de mejor reputación. Alquilé una mula para mí, otra para mi servidor y dos para mi equipaje. El jefe de los arrieros tenía también su mula, y dos lacayos nos seguían a pie.

Partí al día siguiente a la alborada y no bien estuve en camino comprobé que algunos miembros de la banda de Soto nos seguían a distancia, alternándose de tiempo en tiempo. Comprenderéis que de esta manera nada malo podía sucederme.

Durante el viaje, muy agradable, mi salud se vigorizaba de día en día. Estaba ya cerca de Nápoles cuando tuve la idea de hacer un rodeo para pasar por Salerno. Curiosidad muy natural. Estaba interesado en la historia del renacimiento de las artes, cuya cuna en Italia había sido la escuela de Salerno. En fin, no sé qué fatalidad me arrastró a ese funesto viaje.

Abandoné el gran camino de Monte Brugio, y, conducido por mi guía, me hundí en la comarca más salvaje que imaginarse pueda. A mediodía llegamos a una morada en ruinas que el guía me aseguró ser una venta, y que dejó de parecerme tal por la acogida que me hizo el huésped. Lejos de ofrecerme algunas provisiones, me pidió como gran favor que le cediera parte de las mías. Y yo traía, en efecto, algunos fiambres, que compartí con él, con mi guía y mi lacayo, porque los arrieros habían permanecido en Monte Brugio.

Abandoné ese mal albergue hacia las dos de la tarde, y poco después descubrí un

castillo muy vasto situado en lo alto de la montaña. Pregunté a mi guía cómo se llamaba ese lugar y si estaba habitado. Me respondió que en la comarca lo llamaban sencillamente *Il Monte*, o bien *Il Castello*; que el castillo estaba completamente desierto y en ruinas, pero que en su interior habían construido una capilla, con algunas celdas, donde los franciscanos de Salerno mantenían habitualmente cinco o seis religiosos. Agregó candorosamente:

—Se han inventado muchas historias acerca de ese castillo pero no puedo contaros ninguna porque, no bien empiezan a hablar de él, huyo de la cocina y me voy a casa de mi cuñada la Pepa, donde encuentro siempre a algún franciscano que me da su escapulario para que lo bese.

Pregunté al muchacho si pasaríamos cerca del castillo. Me respondió que pasaríamos por las inmediaciones de la montaña sobre la cual estaba construido.

Entre tanto, el cielo se cargó de nubes; hacia el atardecer, una espantosa tormenta cayó sobre nuestras cabezas. Estábamos en la cuesta de una montaña que no ofrecía el menor resguardo. El guía dijo que conocía una caverna donde podríamos refugiarnos, pero que el camino de acceso era difícil. Me aventuré; apenas comenzamos a andar entre los peñascos, una centella cayó cerca de nosotros. Mi mula se hincó sobre las patas delanteras, y yo rodé desde la altura de varias toesas. Me aferré a un árbol, y cuando sentí que estaba salvado llamé a mis compañeros de viaje. Ninguno me respondió.

Los relámpagos se sucedían con tanta rapidez que a su luz pude distinguir los objetos que me rodeaban y cambiar de lugar con alguna seguridad. Avancé, aferrándome a las ramas de los árboles, y por fin llegué a una pequeña caverna que, como no conducía a ningún camino transitado, tenía que ser por fuerza aquella a donde el guía quería llevarme.

Los chaparrones, las ráfagas, los relámpagos se sucedían sin interrupción. Temblaba yo dentro de mis ropas empapadas y tuve que permanecer varias horas en tan enojosa situación. De pronto, creo entrever luces errantes en el valle, oigo voces. Llamo, me responden.

Muy pronto veo llegar a un joven de buen aspecto seguido por algunos criados que llevaban hachones encendidos y paquetes de ropa. El joven, saludándome respetuosamente, me dijo:

—Señor Romati, venimos de parte de la señora princesa de Monte Salerno. El guía que tomasteis en Monte Brugio nos ha dicho que os habéis extraviado en estas montañas, y venimos a buscaros por orden de la princesa. Vestíos con estas ropas y seguidnos.

—¿Cómo? —le respondí—. ¿Queréis conducirme a ese castillo inhabitado que está en lo alto de la montaña?

—En modo alguno —respondió el joven—. Veréis un soberbio palacio, y sólo estamos a doscientos pasos de él.

Imaginé, en efecto, que alguna princesa del lugar vivía en los alrededores. Me vestí y seguí al joven. Muy pronto nos encontramos frente a un portal de mármol negro y, como los hachones no iluminaban el resto del edificio, no pude saber cómo era éste. Entramos. El joven me abandonó al pie de la escalera. No bien hube subido hasta el primer tramo, me salió al paso una dama de belleza poco común.

—Señor Romati —me dijo—, la señora princesa de Monte Salerno me ha encargado que os haga ver las bellezas de su morada.

Le respondí que a juzgar por sus damas de honor, uno se formaba una alta idea de la princesa.

En efecto, la dama que debía conducirme era, como ya lo dije, de una belleza perfecta y de un aspecto tan arrogante que al principio la tomé por la princesa misma. Estaba vestida como los personajes de los retratos de familia pintados en el siglo pasado. Imaginé que las damas de Nápoles usaban nuevamente esas antiguas modas.

Entramos primero a una sala donde todo era de plata maciza. Las baldosas del pavimento eran de plata, algunas mate, otras lustrosas. La tapicería, también de plata maciza, imitaba un damasco cuyo fondo era lustroso, y de plata, color mate, el follaje. El techo estaba cincelado como los artesonados de los castillos antiguos. Los zócalos, los bordes de la tapicería, las arañas, los cuadros, las mesas, todo era de un admirable trabajo de orfebrería.

—Señor Romati —me dijo la presunta dama de honor de la princesa—, no vale la pena que os detengáis a contemplar este aposento. No es sino la antecámara donde aguardan los lacayos de la señora princesa.

Nada respondí, y entramos a un aposento poco más o menos semejante, sólo que aquí todo era de oro cincelado, de ese oro lleno de matices que estuvo de moda hace cincuenta años.

—Este aposento —me dijo la dama— es la antecámara donde aguardan los caballeros de honor, el mayordomo y los demás criados de la casa. En los demás departamentos de la princesa no veréis plata ni oro. Sólo le place la simplicidad. Podéis juzgar por este comedor.

Abrió una puerta lateral y entramos a una sala cuyas paredes estaban revestidas de mármol de color; tenían por friso un magnífico bajo relieve de mármol blanco. Veíanse también magníficos aparadores cubiertos de vasos de cristal de roca y de tazas y platos de la más hermosa porcelana de la India.

Después volvimos a la antecámara de los criados y de allí pasamos a la sala.

—Ahora sí os permito que admiréis este aposento —dijo la dama.

Lo admiré, indudablemente. Mi primer asombro fue motivado por el pavimento. Era de lapislázuli incrustado de piedras duras que formaban un mosaico florentino, uno de esos mosaicos que adornan las mesas y que significan años de trabajo. El dibujo tenía una intención general y formaba un conjunto regularísimo. Pero cuando se examinaban sus diversas partes, se veía que los variadísimos detalles no disminuían en nada el efecto que producía la simetría. Aunque el dibujo fuera siempre el mismo, ofrecía, aquí, muchísimas flores admirablemente matizadas; allá, conchillas soberbiamente esmaltadas; más lejos, mariposas; más lejos aún, picaflores. En suma, las más hermosas piedras del mundo estaban empleadas en imitar lo que hay de más hermoso en la naturaleza. El centro de ese magnífico pavimento representaba un cofre compuesto por piedras de color y rodeado por hileras de gruesas perlas. Todo surgía en relieve y tan real como en los mosaicos florentinos.

—Señor Romati —me dijo la dama—, si contempláis tan largamente, no acabaremos

jamás.

Levanté los ojos y los detuve en un cuadro de Rafael, que parecía representar el original de su *Escuela de Atenas*, pero de un colorido más bello porque estaba pintado al óleo.

Después observé un *Hércules a los pies de Onfalia*.

La figura del Hércules era de Miguel Ángel, y en la figura de la mujer se reconocía el pincel de Guido. En resumen, cada uno de aquellos cuadros era más perfecto que todo lo que yo había visto hasta entonces. Las paredes, tapizadas de terciopelo verde liso, hacían resaltar las pinturas.

A los lados de cada puerta se veían estatuas de tamaño un poco menor que el natural. Había cuatro. Una de ellas era el célebre *Amor de Fidias*, cuyo sacrificio exigió Friné; la segunda, el *Fauno* del mismo artista; la tercera, la auténtica *Venus* de Praxíteles; la cuarta, un *Antinoo* de gran belleza. Había también grupos escultóricos en cada ventana.

Alrededor del salón se veían cómodas con los cajones abiertos; no estaban adornadas por bronces, sino por los más bellos trabajos de orfebrería que sirven para engarzar camafeos, como sólo se encuentran en los gabinetes de los reyes. En los cajones había series de medallas de oro, admirablemente cinceladas.

—Después de cenar —me dijo la dama—, la princesa pasa largas horas en esta sala; el examen de su colección de medallas motiva conversaciones tan instructivas como interesantes. Pero aún tenéis muchas cosas que ver. Seguidme.

Entonces entramos en el aposento de la princesa. Tenía cuatro alcobas y otros tantos lechos de un tamaño extraordinario. No se veían zócalos, ni tapicerías, ni cielos rasos. Todo estaba cubierto de muselinas de la India drapeadas con gusto maravilloso, bordadas con arte sorprendente, y de una textura cuya levedad hacía pensar en una niebla que Arácnida misma hubiese encontrado el medio de encerrar en tan precioso bordado.

—¿Por qué cuatro lechos? —pregunté a la dama.

—Cuando el que se ocupa está demasiado caliente y no se puede dormir en él, se pasa a otro más fresco —me respondió.

—Pero —agregué— ¿por qué lechos tan grandes?

—A veces —dijo la dama—, cuando la princesa quiere conversar antes de dormirse, admite en ellos a sus doncellas. Pero pasemos al cuarto de baño.

Era una rotonda cubierta de nácar con filetes de burgado. En vez de colgaduras, las paredes estaban revestidas por una red de perlas, todas del mismo tamaño y del mismo oriente. El techo era de cristal, y a través del cristal se veían nadar peces dorados de la China. Hacía las veces de bañera una fuente circular cuyo grueso borde estaba guarnecido de musgo artificial, sobre el cual habían ordenado las más hermosas conchillas del mar de las Indias.

Entonces, ya sin poder contener mi admiración, exclamé:

—¡Ah, señora, el paraíso no es una morada más bella que ésta!

—¡El paraíso! —replicó la dama con acento extraviado y desesperado—. ¿No ha hablado, acaso, del paraíso? Señor Romati, os lo ruego, no os expreséis de esa manera. Os lo ruego seriamente. Seguidme.

Pasamos entonces a una pajarera colmada de todos los pájaros del trópico y de todos

los amables cantores de nuestros climas. Allí encontramos una mesa servida para mí solamente.

—¡Ah señora! —dije a la hermosa dama—. ¿Cómo pensar en comer en una morada tan divina? Veo que no queréis sentaros a la mesa, y yo no me decido a ello, a menos que me habléis de la princesa que posee tantas maravillas.

La dama sonrió afablemente, me sirvió, sentóse a la mesa y comenzó en los siguientes términos:

—Soy hija del último príncipe de Monte Salerno.

—¿Quién? ¿Vos, señora?

—Quería decir la princesa de Monte Salerno. Pero no me interrumpáis.

HISTORIA DE LA PRINCESA DE SALERNO

—El príncipe de Monte Salerno, que descendía de los antiguos duques de Salerno, era grande de España, condestable, gran almirante, gran escudero, gran maestre y montero mayor. En fin, reunía en su persona todos los grandes títulos del reino de Nápoles. Aunque él mismo estuviera al servicio del rey, en su casa había una guarda de caballeros entre los cuales también figuraban muchos con grandes títulos. Entre éstos, el marqués de Spinaverde, primer gentilhombre del príncipe y merecedor de toda su confianza, que compartía sin embargo con su mujer, la marquesa de Spinaverde, primera azafata de la princesa.

Tenía yo diez años... Quería decir que la hija única del príncipe de Monte Salerno tenía diez años cuando murió su madre. En esta época, los Spinaverde abandonaron la casa del príncipe, el marido para administrar todos sus feudos, la mujer para cuidar de mi educación. Dejaron en Nápoles a su hija mayor, llamada Laura, que llevó junto al príncipe una existencia un poco equívoca. Su madre y la joven princesa fueron a residir a Monte Salerno.

Se ocupaban poco de la educación de Elfrida, pero mucho de la de aquellos que la rodeaban. Les enseñaban a satisfacer el menor de mis deseos.

—De vuestros deseos —dije a la dama.

—Os había rogado no interrumpirme —replicó ella con cierto fastidio.

Después de lo cual, prosiguió en estos términos:

—Yo me complacía en poner a prueba la sumisión de mis servidoras. Dábales órdenes contradictorias que no podían cumplir sino imperfectamente, y las castigaba pellizcándolas, o clavándoles alfileres en los brazos y muslos. Abandonaron mi servicio. La Spinaverde me procuró otras, que me abandonaron también.

Entre tanto, mi padre enfermó y nos fuimos a Nápoles. Yo lo veía poco, pero la Spinaverde no se apartaba un momento de su lado. Al fin murió, dejando un testamento en el cual nombraba a Spinaverde único tutor de su hija y administrador de sus feudos y otros bienes.

Los funerales duraron varias semanas, después de las cuales volvimos a Monte Salerno, donde comencé nuevamente a pellizcar a mis criadas. Cuatro años transcurrieron

mientras yo me entregaba a esas inocentes ocupaciones, que me eran tanto más dulces cuanto que la Spinaverde me aseguraba diariamente que yo tenía razón, y que aquellos que no me obedecían en seguida, o lo bastante bien, merecían toda suerte de castigos.

Una vez, sin embargo, todas mis criadas me dejaron, una detrás de la otra, y me vi reducida por la noche a desnudarme por mi cuenta. Lloré de rabia y corrí a casa de la Spinaverde, quien me dijo:

—Querida y dulce princesa, secad vuestros bellos ojos. Esta noche os desnudaré yo misma, y mañana os procuraré seis criadas, de las cuales quedaréis seguramente contenta.

Al día siguiente, al despertar, la Spinaverde me presentó seis muchachas muy hermosas, cuya vista me causó una especie de emoción. Ellas mismas parecían emocionadas. Fui la primera en sosegarlas. Salté de mi lecho en camisón, las besé una tras otra y les aseguré que nunca serían reprendidas ni pellizcadas. En efecto, ya cometieran alguna torpeza mientras me vestían, ya osaran contrariarme, yo no me enojaba jamás.

—Pero, señora —dije a la princesa—, esas muchachas eran quizá muchachos disfrazados.

La princesa, con gran dignidad, me dijo:

—Señor Romati, os había rogado no interrumpirme.

Después, retomando el hilo de su discurso:

—El día en que cumplí dieciséis años, me anunciaron a unos visitantes ilustres. Eran el secretario de Estado, el embajador de España y el duque de Guadarrama. Este venía a pedirme en matrimonio. Los otros dos los acompañaban para apoyar su pedido. El joven duque tenía el rostro más agradable que imaginarse pueda, y no niego que hizo en mí alguna impresión.

Por la tarde, propusieron dar un paseo por el parque. Apenas habíamos dado algunos pasos cuando un toro furioso surgió de un grupo de árboles y vino a precipitarse sobre nosotros. El duque corrió a su encuentro, con el manto en una mano y la espada en la otra. El toro se detuvo un instante, se lanzó sobre el duque, se arrojó él mismo sobre la espada de éste y cayó a sus pies. Creí deber mi vida al valor y a la pericia del duque. Pero al día siguiente supe que el toro había sido apostado adrede por el escudero del duque, y que su amo había preparado la ocasión de brindarme un homenaje a la manera de su país. Entonces, lejos de aplaudir y agradecer su hazaña, no pude perdonarle el temor que me había inspirado, y me negué a casarme con él.

La Spinaverde quedó satisfecha de mi negativa. Aprovechó la ocasión para instruirme de todas mis ventajas y señalar hasta qué punto perdería yo cambiando de estado y dándome un dueño y señor. Algún tiempo después, el mismo secretario de Estado vino a verme, acompañado esta vez por otro embajador y por el príncipe reinante de Nudel Hansberg. Este soberano, un hombre alto, gordo, rubio, blanco, descolorido, quería conversar conmigo de los mayorazgos que poseía en sus Estados hereditarios; hablaba italiano con acento tirolés. Me puse a hablar como él y, mientras lo imitaba, le aseguré que su presencia era muy necesaria en los mayorazgos de sus Estados hereditarios. Se fue un poco amoscado. La Spinaverde me comió a besos y, para retenerme más seguramente en Monte Salerno, hizo llevar a cabo en el palacio todas las bellezas que acabáis de admirar.

—¡Ah! —exclamé—, pues lo ha logrado. Este hermoso lugar puede considerarse un paraíso en la tierra.

Al oír estas palabras, la princesa se puso de pie con indignación y me dijo:

—Romati, os había rogado no emplear nunca esa expresión.

Después, lanzando una carcajada convulsa y atroz, repitió una y otra vez:

—¡Sí, el paraíso, el paraíso! ¡Tiene la manía de hablar del paraíso!

La escena era penosa. La princesa dejó por fin de reír, me miró con severidad y me ordenó que la siguiera.

Entonces abrió una puerta, y nos encontramos en bóvedas subterráneas, más allá de las cuales se divisaba como un lago de plata, y que efectivamente era de plata líquida. La princesa golpeó las manos, y apareció una barca conducida por un enano amarillo. Subimos a la barca, y advertí que el enano tenía el rostro de oro, los ojos de diamantes y la boca de coral. En suma, era un autómatas que, mediante pequeños remos, hendía la plata viva con mucha habilidad y hacía avanzar la barca. Este cochero de rara especie nos condujo al pie de una roca que abrió, y entramos entonces en un subterráneo donde mil autómatas nos ofrecieron el espectáculo más singular: pavos reales desplegaron su cola esmaltada y cubierta de pedrerías; loros, cuyo plumaje era color esmeralda, volaron sobre nuestras cabezas; negros de ébano nos presentaron fuentes de oro llenas de cerezas de rubíes y de uvas de zafiros. Mil otros objetos sorprendentes colmaban aquellas bóvedas maravillosas, cuyo límite no alcanzábamos a distinguir.

Entonces, no sé por qué, sentí la tentación de repetir la palabra paraíso para ver el efecto que haría sobre la princesa. Cediendo a esa fatal curiosidad, le dije:

—Efectivamente, señora, podría decirse que tenéis aquí el paraíso en la tierra.

La princesa, sonriéndome de la manera más agradable del mundo, dijo:

—Para que os deis mejor cuenta de los encantos de esta morada, os presentaré a mis seis criadas.

Cogió una llave de oro que colgaba de su cintura y abrió con ella un gran cofre cubierto de terciopelo negro y con guarniciones de plata maciza.

Cuando se abrió el cofre, vi salir de él un esqueleto que avanzó hacia mí en forma amenazadora. Saqué mi espada. El esqueleto, arrancándose a sí mismo el brazo izquierdo, lo blandió como un arma y me asaltó enfurecido. Me defendí bastante bien, pero otro esqueleto salió del cofre, arrancó una costilla al primer esqueleto y me dio con ella un golpe en la cabeza. Lo aferré por la garganta, pero él me rodeó con sus brazos descarnados y quiso hacerme caer. Me libré lo mejor que pude, pero un tercer esqueleto salió del cofre y se unió a los dos primeros. Tres otros aparecieron también. Comprendiendo que no podría luchar en combate tan desigual, me eché a los pies de la princesa y le pedí que me salvara.

La princesa ordenó a los esqueletos que volvieran al cofre. Después me dijo:

—Romati, acordaos toda vuestra vida de lo que habéis visto aquí.

Al mismo tiempo, me apretó el brazo, y lo sentí quemarse hasta el hueso. Entonces me desvanecí.

No sé por cuánto tiempo permanecí en aquel estado. Por fin me desperté y oí que salmodiaban cerca de mí. Abrí los ojos y vi que estaba en medio de vastas ruinas.

Quise salir y llegué hasta un patio interior, donde distinguí una capilla y monjes que

cantaban maitines. Cuando hubo acabado el servicio, el superior me invitó a entrar en su celda. Lo seguí; después, tratando de juntar energías, le conté lo que me había sucedido. Cuando hube acabado mi relato, el superior me dijo:

—Hijo mío, ¿no lleváis ninguna marca en el brazo de donde la princesa os ha aferrado?

Me arremangué y vi, efectivamente, que tenía el brazo quemado y que la princesa había dejado en él la marca de sus cinco dedos.

Entonces el superior abrió un cofre que estaba junto a su lecho, y sacó de él un viejo pergamino.

—He aquí —me dijo— la bula de nuestra fundación. Ella podrá esclarecernos acerca de lo que habéis visto.

Desenrollé el pergamino y leí en él lo que sigue:

En el año del Señor 1503, noveno año de Federico, Rey de Nápoles y de Sicilia, Elfrida de Monte Salerno, llevando la impiedad hasta el exceso, se jactaba ante todos de poseer el verdadero paraíso y de renunciar voluntariamente al que aguardamos en la vida eterna. Pero, en la noche del jueves al viernes santo, un temblor de tierra arruinó su palacio, cuyas ruinas se han convertido en una morada de Satán, donde el enemigo del género humano ha establecido muchos y muchos demonios que por largo tiempo obsesionaron y obsesionan todavía, mediante mil fascinaciones, a quienes se atreven a aproximarse a Monte Salerno, y hasta a los buenos cristianos que habitan en los alrededores. Por eso Nosotros, Pío III, servidor de los servidores, etc., autorizamos la fundación de una capilla en el recinto mismo de las ruinas, etc.

No recuerdo el resto de la bula. Lo que recuerdo es que el superior me aseguró que las obsesiones se habían vuelto mucho menos frecuentes, pero que sin embargo se repetían algunas veces, y sobre todo en la noche del jueves al viernes santo. Al mismo tiempo me aconsejó hacer decir misas por el descanso de la princesa y asistir yo mismo a ellas. Seguí su consejo, y después partí para continuar mis viajes. Pero lo que he visto en esa noche fatal me ha dejado una impresión melancólica que nada puede borrar, y por añadidura sufro mucho de mi brazo.

Al decir esto, Romati se arremangó y nos mostró su brazo, donde se distinguían la forma de los dedos de la princesa y como marcas de quemaduras.

Aquí yo interrumpí al jefe para decirle que había hojeado en casa del cabalista las relaciones de Hapeliús, donde había encontrado una historia parecida.

—Quizá —replicó el jefe—, quizá Romati haya tomado su historia de ese libro. Quizá la haya inventado. De todos modos, su historia contribuyó mucho a darme afición a los viajes, y también me dio la vaga esperanza de encontrar aventuras maravillosas que nunca me salieron al paso. Pero tal es la fuerza de las impresiones que recibimos en la infancia, que esa esperanza extravagante perturbó durante mucho tiempo mi cabeza, y hasta el día de hoy no me he curado de ella.

—Señor Pandesona —dije entonces al jefe de los gitanos—, ¿acaso no me hicisteis comprender que desde que habitáis en estas montañas habéis visto cosas que podrían llamarse maravillosas?

—Es verdad —me respondió—, he visto cosas que me han recordado la historia de Romati...

En ese momento, un gitano vino a interrumpirnos. Después que habló en privado con su jefe, éste me dijo:

—No conviene quedarse aquí. Mañana muy temprano abandonaremos estos lugares.

Nos separamos para volver a nuestras tiendas. Contrariamente a lo que me sucedió la noche anterior, nadie interrumpió mi sueño.

JORNADA DECIMOCUARTA

Montamos a caballo mucho antes que despuntara el día, y nos hundimos en los valles desiertos de Sierra Morena. Al levantarse el sol, nos encontramos en una cumbre muy elevada, desde la cual descubrí el curso del Guadalquivir y, un poco más lejos, la horca de Los Hermanos. Su vista me hizo estremecer, recordándome una noche deliciosa y los horrores que habían seguido a mi despertar. Descendimos de esa cumbre hasta un valle bastante sonriente pero muy solitario, donde debíamos detenernos. Acampamos, comimos aprisa, y después, no sé por qué, yo quise ver de cerca la horca, y saber si allí estaban los hermanos de Soto. Cogí mi fusil. La costumbre que tenía de orientarme me permitió encontrar fácilmente el camino, y en poco tiempo llegué a la morada patibularia. La puerta estaba abierta; se veían los dos cadáveres extendidos en la tierra: entre ellos, una muchacha en quien reconocí a Rebeca.

La desperté lo más suavemente que pude; sin embargo, no pude evitarle por completo una sorpresa que le deparó un momento cruel; padeció convulsiones, lloró y se desvaneció. La tomé en brazos y la conduje hasta un arroyo vecino. Le salpiqué con agua la cara y poco a poco logré que volviera en sí. No me hubiera atrevido a preguntarle cómo fue a parar bajo la horca, pero ella fue la primera en decírmelo.

—¡Bien lo había previsto! —exclamó—. Vuestra discreción me sería funesta. No habéis querido contarnos vuestra aventura, y yo, como vos, he sido víctima de esos malditos vampiros cuyos detestables ardides han aniquilado, en un abrir y cerrar de ojos, las largas precauciones que había tomado mi padre para asegurarme la inmortalidad. Me cuesta persuadirme de los horrores de anoche: trataré sin embargo de recordarlos; pero, para que me comprendáis mejor, tomaré desde un poco antes la historia de mi vida.

HISTORIA DE REBECA

—Mi hermano, al contaros su historia, os ha dicho una parte de la mía. Le destinaban por esposas a las dos hijas de la reina de Saba, y pretendían hacerme casar con los dos genios que presiden la constelación de Géminis. Halagado por tan noble alianza, mi hermano redobló su ardor por el estudio de las ciencias cabalísticas. A mí me sucedió lo contrario: casarme con dos genios me pareció algo aterrador; no pude decidirme a comprender dos líneas de cábala. Cada día, dejaba el trabajo de hoy para mañana, y casi terminé por olvidar ese arte tan difícil como peligroso.

Mi hermano no tardó en advertir mi negligencia; me hizo por ello amargos reproches, me amenazó con quejarse a mi padre; lo conjuré a que me perdonara. Prometió esperar hasta el sábado siguiente, pero ese día, como aún no había yo hecho nada, entró en mi aposento a medianoche, y me dijo que iba a evocar la sombra terrible de Mamún. Me eché a sus pies; fue inexorable. Lo escuché proferir la fórmula, antaño inventada por Baltuava de Endor. Inmediatamente apareció mi padre sentado en un trono de marfil; su

mirada amenazadora me inspiró terror: temí no poder sobrevivir a la primera palabra que saliera de su boca. Lo oí, sin embargo: ¡hablaba del dios de Abraham! Lanzó imprecaciones espantosas. No os repetiré lo que me dijo...

Aquí la joven israelita se cubrió el rostro con ambas manos y pareció estremecerse ante el solo recuerdo de aquella escena cruel. Se tranquilizó, sin embargo, y continuó en los siguientes términos:

—No escuché el final del discurso de mi padre; estaba desvanecida antes de que él hubiese acabado. Vuelta en mí, pude ver a mi hermano que me presentaba el Sefiroth. Creí desvanecerme de nuevo; pero había que sobreponerse. Mi hermano, que sospechaba que conmigo sería necesario volver a los primeros elementos, tuvo la paciencia de traérmelos poco a poco a la memoria. Empecé por la composición de las sílabas; pasé a la de las palabras y las fórmulas. Al fin acabé por aficionarme a esa ciencia sublime. Pasaba las noches en el gabinete que había servido de observatorio a mi padre, y me acostaba cuando la aurora venía a turbar mis operaciones. Entonces caía de sueño. Mi mulata Zulica me desnudaba sin que yo casi lo advirtiera. Dormía algunas horas, y luego volvía a ocuparme en cosas para las cuales no estaba hecha, como veréis.

Conocéis a Zulica, y habréis podido reparar en sus encantos: son muchos; sus *ojos* tienen una expresión tierna; la sonrisa embellece su boca; tiene un cuerpo de formas perfectas. Volvía yo una mañana del observatorio. Llamé para que me desnudaran, y ella no me oyó. Fui a su aposento, que está al lado del mío. La vi en la ventana, inclinada hacia fuera, semidesnuda, y soplando sobre su mano besos que su alma toda parecía seguir. Yo no tenía ninguna idea del amor: la expresión de ese sentimiento encontró por vez primera mis miradas. Quedé hasta tal punto conmovida y sorprendida que permanecí inmóvil como una estatua. Zulica se volvió: un encarnado vivo se abrió paso a través del color avellana de su seno, y se esparcía en toda su persona. Yo estaba a punto de desfallecer. Zulica me recibió en sus brazos, y su corazón, cuyas palpitaciones sentí, hizo pasar al mío el desorden que reinaba en sus sentidos.

Zulica me desnudó a toda prisa. Cuando yo estuve acostada, pareció retirarse con placer y cerrar la puerta tras de sí con más placer aún. Muy pronto oí los pasos de alguien que entraba a su aposento. Un impulso tan rápido como involuntario me llevó a correr a su puerta y mirar por el *ojo* de la cerradura. Vi al joven mulato Tanzai; traía una canasta llena de flores que había recogido en la campiña. Zulica corrió a su encuentro, cogió puñados de flores y las apretó contra su seno. Tanzai se aproximó para respirar el perfume que se mezclaba a los suspiros de su amante. Me pareció sentir con Zulica el estremecimiento que recorría su cuerpo todo. Cayó en brazos de Tanzai, y yo fui a esconder mi debilidad y mi vergüenza en el lecho.

Inundé el lecho con mis lágrimas. Los sollozos me ahogaban, y, en el exceso de mi dolor, exclamé:

—¡Oh mi centesimadoce abuela, cuyo nombre llevo, dulce y tierna esposa de Isaac, si desde el seno de vuestro suegro, desde el seno de Abraham, veis el estado en que estoy, apaciguad a la sombra de Mamún y decidle que su hija es indigna de los honores que le destina!

Mis gritos habían despertado a mi hermano. Entró en mi aposento y, creyéndome

enferma, me hizo beber un calmante. Volvió a mediodía, me encontró el pulso agitado, y se ofreció a continuar por mí mis operaciones cabalísticas. Acepté, porque me hubiera sido imposible trabajar. Me dormí hacia la tarde, y tuve sueños muy diferentes de los que había tenido hasta entonces. Al día siguiente soñaba despierta, o a lo menos padecía distracciones que hubiesen podido hacer creer que soñaba. Las miradas de mi hermano me hacían ruborizar sin motivo.

Ocho días pasaron así.

Una noche, mi hermano entró en mi aposento. Tenía bajo el brazo el libro de Sefiroth, y en la mano una cinta constelada donde estaban escritos los setenta y dos nombres que Zoroastro ha dado a la constelación de Géminis.

—Rebeca —me dijo—, Rebeca, salid de un estado que os deshonra. Ya es tiempo que ensayéis vuestro poder sobre los pueblos elementales. Y esta cinta constelada os garantizará de su petulancia. Elegid entre los montes de los alrededores el lugar que creáis más apropiado para vuestra operación. Pensad que de ella depende vuestra suerte.

Después de hablar de tal modo, mi hermano me arrastró fuera del castillo y cerró la puerta tras de mí.

Librada a mis propias fuerzas, traté de armarme de coraje. La noche era sombría. Yo estaba en camisa, con los pies desnudos y los cabellos sueltos, mi libro en una mano y mi cinta mágica en la otra. Dirigí mis pasos hacia la montaña más próxima. Un pastor quiso abusar de mí, pero lo empujé con el libro que tenía y cayó muerto a mis pies. No os sorprenderá cuando sepáis que la cubierta del libro estaba hecha con la madera del arca, que tiene la propiedad de matar a todo aquel que la toca.

Apareció el sol cuando llegué a la cumbre que había elegido para mis experimentos. No podía comenzarlos sino al día siguiente a medianoche. Me retiré a una caverna, donde encontré a una osa con sus cachorros. Me atacó, pero la cubierta de mi libro produjo su efecto, y el furioso animal cayó a mis pies. Sus telas hinchadas me recordaron que yo moría de inanición, y que aún no tenía ningún genio a mis órdenes, ni siquiera el menor duendecillo. Tomé el partido de echarme al lado de la osa, y de mamar su leche. Un resto de calor que el animal conservaba aún hacía menos repugnante aquella comida, pero los ositos vinieron a disputármela. Imaginad, Alfonso, a una muchacha de dieciséis años, que hasta entonces no había abandonado nunca su casa, en esa situación. Tenía en la mano armas terribles, que jamás había usado todavía, y la menor inatención podía volverlas contra mí.

Sin embargo, la hierba se secaba bajo mis pies, el aire se cargaba de un vapor inflamado, y los pájaros espiraban en medio de su vuelo. Juzgué que los demonios, estando sobre aviso, comenzaban a reunirse. Un árbol se incendió por sí mismo y de él salieron torbellinos de humo que, en vez de elevarse, rodearon mi caverna y me hundieron en las tinieblas. La osa caída a mis pies pareció reanimarse. Sus ojos lanzaron chispas que, por un instante, disiparon la oscuridad. Un espíritu maligno salió de su boca en forma de serpiente alada. Era Nemrael, demonio de la más baja especie, que destinaban a servirme. Pero poco después oí hablar la lengua de los Egregores, los más ilustres de los ángeles caídos. Comprendí que me habían otorgado el honor de asistir a mi recepción en el mundo de los seres intermedios. Esta lengua es la misma que nosotros tenemos en el libro de

Henoch, obra que he estudiado muy especialmente.

Por último, Semiaras, príncipe de los Egregores, tuvo a bien advertirme que era ya tiempo de comenzar. Salí de mi caverna, extendí en forma de círculo mi cinta constelada, abrí mi libro y pronuncié en voz alta las terribles fórmulas que hasta entonces no había osado leer sino con los ojos... Bien comprenderéis, señor Alfonso, que no puedo deciros lo que ocurrió en esta ocasión, y vos tampoco lo entenderíais. Os diré solamente que adquirí un gran poder sobre los espíritus, y que me enseñaron los medios de hacerme conocer por los gemelos celestes. Por ese tiempo, mi hermano percibió la punta de los pies de las hijas de Salomón. Yo esperé a que el sol entrara en el signo de Géminis, y obré a mi vez. Nada descuidé para obtener el éxito completo y, con el fin de no perder el hilo de mis combinaciones, prolongué mi trabajo hasta horas tan avanzadas que por último, vencida por el sueño, tuve que rendirme.

Al día siguiente, ante el espejo, advertí dos figuras humanas que parecían estar detrás de mí. Me volví, y no encontré a nadie. Miré en el espejo, y las vi de nuevo. Debo decir que la aparición no tenía nada de aterradora. Eran dos jóvenes de una estatura un poco mayor que la humana. También sus hombros eran más anchos, y de una redondez un poco femenina. Sus pechos palpitaban como los de las mujeres, pero eran lisos como los de los hombres. Extendían sobre los flancos sus brazos perfectamente torneados, en la actitud de las estatuas egipcias. Sus cabellos, en cuyo color se mezclaban el oro y el azul, caían en gruesos bucles sobre sus hombros. Nada os digo de sus rostros. Podréis imaginar si los semidioses son hermosos, porque eran, en fin, los gemelos celestes. Los reconocí por las llamitas que brillaban sobre sus cabezas.

—¿Cómo estaban vestidos esos semidioses? —pregunté a Rebeca.

—No lo estaban —contestó ella—. Cada uno tenía cuatro alas, dos de las cuales estaban plegadas sobre sus hombros, y las otras dos cruzadas en la cintura. Esas alas eran en verdad tan transparentes como alas de mosca, pero partículas de púrpura y oro, mezcladas a su diáfano tejido, ocultaban todo aquello que hubiese podido alarmar al pudor.

He aquí, me dije a mí misma, los esposos celestes a los cuales estoy destinada. No pude menos de compararlos en mi fuero interno al joven mulato que adoraba Zulica. Me avergoncé de esta comparación. Miré en el espejo y creí ver que los semidioses me lanzaban una mirada llena de amargura, como si hubiesen leído en mi alma y estuviesen ofendidos por ese impulso involuntario.

Durante muchos días no me atreví a mirar en el espejo. Por fin me aventuré a ello. Los divinos gemelos habían cruzado las manos sobre el pecho, y su expresión de dulzura me quitó la timidez. Sin embargo, no sabía qué decirles. Para salir de mi perplejidad, fui a buscar un volumen de las obras de Edris, que vosotros llamáis Atlas: en materia de poesía, es lo más hermoso que tenemos. La armonía de los versos de Edris se parece en algo a la de los cuerpos celestes. Como la lengua de este autor no me es del todo familiar, temiendo haber leído mal miré de soslayo en el espejo para ver el efecto que había producido: me sobraron motivos para estar contenta. Los Thamim se miraban el uno al otro y parecían aprobarme, y a veces lanzaban miradas al espejo que yo no podía recoger sin emoción.

Entró mi hermano, y la visión se desvaneció. Me habló de las hijas de Salomón, de las

cuales había visto la punta de los pies. Estaba alegre: yo compartí su alegría. Me sentía traspasada por un sentir desconocido. El estremecimiento interior que nos causan las operaciones cabalísticas cedía su lugar a no sé qué dulce abandono cuyos encantos había ignorado hasta entonces.

Mi hermano hizo abrir la puerta del castillo; había permanecido cerrada desde mi viaje a la montaña. Gustamos el placer del paseo; la campiña me pareció esmaltada con los más bellos colores. Encontré también en los *ojos* de mi hermano no sé qué brillo muy diferente del ardor que nos inspira el estudio. Nos hundimos en un bosquecillo de naranjos. Me fui a soñar por mi lado, él por el suyo, y nos volvimos a encontrar abstraídos en nuestros ensueños.

Zulica, para acostarme, me trajo un espejo: vi que yo no estaba sola. Hice que se llevara el espejo, persuadiéndome, como el avestruz, de que no me verían desde que yo no viera. Me acosté y me dormí, pero sueños extravagantes se apoderaron muy pronto de mi imaginación. En el abismo de los cielos me pareció ver dos astros brillantes que avanzaban majestuosamente en el zodiaco. Se apartaron de golpe, y después volvieron trayendo consigo la pequeña nebulosa del pie de Auriga.

Aquellos tres cuerpos celestes continuaron juntos su ruta etérea, y después se detuvieron y tomaron la apariencia de un meteoro ígneo. En seguida se me aparecieron en forma de tres anillos luminosos que, después de girar algún tiempo, se fijaron en un mismo centro. Entonces se transformaron en una suerte de gloria o de aureola que rodeaba un trono de zafiro. Vi a los gemelos tenderme los brazos y mostrarme el lugar que debía ocupar entre ellos. Quise lanzarme, pero en ese momento creí ver al mulato Tanzai que me detenía aferrándose por la cintura. Quedé sobrecogida, y me desperté sobresaltada.

Mi aposento estaba a oscuras y vi, por la rendija de la puerta, que Zulica tenía luz en el de ella. La oí quejarse y la creí enferma; hubiese debido llamarla; no lo hice. No sé qué aturdimiento me llevó de nuevo a espiar por el agujero de la cerradura. Vi al mulato Tanzai tomándose con Zulica libertades que me helaron de horror. Cerré los *ojos* y caí desvanecida.

Cuando recuperé el sentido, mi hermano y Zulica estaban junto a mi lecho. Lancé a la mulata una mirada fulminante y le ordené que no se presentara jamás ante mi vista. Mi hermano me preguntó por el motivo de mi severidad. Le conté, ruborizada, lo que me había ocurrido por la noche. Me respondió que los había casado la víspera, pero que ahora lo lamentaba por lo que acababa de ocurrir. Aunque sólo mis ojos, en verdad, habían sido profanados, lo inquietaba la extremada delicadeza de los hermanos Thamim. Pero todo sentimiento había desaparecido de mí, salvo el de la vergüenza, y habría muerto antes que mirar un espejo.

Mi hermano ignoraba el género de mis relaciones con los Thamim, pero sabía que no les era ya desconocida; al ver que me dejaba arrastrar a una suerte de melancolía, temió que descuidase las operaciones que había comenzado. El sol estaba próximo a salir del signo de Géminis, y creyó su deber advertírmelo. Me desperté como de un sueño. Temblaba ante la posibilidad de no ver de nuevo a los Thamim y de separarme de ellos sin saber qué idea tenían de mí, y hasta temblaba ante la posibilidad de ser ahora

completamente indigna de su atención.

Tomé la resolución de ir a un aposento situado en el piso segundo del castillo, adornado con un espejo de Venecia de doce pies de alto. Para presentarme como era debido, llevé el volumen de Edris, donde se encuentra un poema sobre la creación del mundo. Me senté muy lejos del espejo y comencé a leer en alta voz. Después, interrumpiéndome y alzando todavía más la voz, osé preguntar a los Thamim si habían sido testigos de aquellas maravillas. Entonces el espejo de Venecia abandonó el muro y se colocó frente a mí. Vi a los gemelos sonreírme con expresión satisfecha y bajar ambos la cabeza para indicarme que habían asistido verdaderamente a la creación del mundo y que todo había ocurrido como dice Edris; entonces fui más allá: cerrando el libro, confundí mis miradas con las de mis divinos amantes. Creí que aquel instante de abandono habría de costarme caro. Estaba aún demasiado ligada a la humanidad para poder sostener una comunicación tan íntima. La llama que brillaba en sus *ojos* pareció devorarme. Bajé los míos y, habiéndome serenado un poco, continué mi lectura. Caí precisamente en el segundo canto de Edris, donde este poeta primero entre los poetas describe los amores de los hijos de Elohim con las hijas de los hombres. Hoy es imposible hacerse una idea de cómo se amaba en aquella primera edad del mundo. Las exageraciones que yo misma no comprendía bien me hacían frecuentemente vacilar. En tales momentos, mis *ojos* se volvían involuntariamente hacia el espejo, y me parecía que los Thamim sentían al oírme un placer cada vez más vivo. Me tendían los brazos, se aproximaban a mi silla. Los vi desplegar las brillantes alas que tenían en los hombros; hasta distinguí que flotaban levemente aquellas que les servían de cinturón. Creí que iban también a desplegarlas, y me cubrí los *ojos* con la mano. En el mismo instante, la sentí bajar, así como aquella con la que asía el libro. Y también en el mismo instante oí que el espejo se rompía en mil pedazos. Comprendí que el sol había salido del signo de Géminis, y que era el modo con que los hermanos se despedían de mí.

Al día siguiente, en otro espejo, distinguí como dos sombras, o más bien como el leve diseño de dos formas celestes. Al otro día, ya nada vi. Entonces, para engañar el tedio de la ausencia, pasaba las noches en el observatorio y, con el *ojo* pegado al telescopio, seguía a mis amantes hasta el poniente. Estaban ya bajo el horizonte, y creía verlos aún. Por fin, cuando la cola del Cáncer desaparecía de mi vista, me retiraba, y a menudo mi lecho estaba bañado de lágrimas involuntarias, y que nada motivaba.

Sin embargo, lleno de amor y de esperanza, mi hermano se entregaba más que nunca al estudio de las ciencias ocultas. Una vez vino a mi aposento y me dijo que consideraba, a juzgar por ciertos signos que había distinguido en el cielo, que un famoso adepto debía pasar por Córdoba el 23 de nuestro mes de Thybes, a las doce y cuarenta y cinco minutos de la noche. Este célebre cabalista vivía desde hacía doscientos años en la pirámide de Saofis, y tenía la intención de embarcarse para América. Al atardecer fui al observatorio. Encontré que mi hermano tenía razón, pero mi cálculo me dio un resultado un poco diferente del suyo. Mi hermano insistió en que el suyo era justo y, como se aferra mucho a sus opiniones, quiso ir él mismo a Córdoba para probarme que la razón estaba de su lado. Habría podido hacer su viaje en tan poco tiempo como el que yo pongo en contároslo, pero quiso gozar del placer del paseo y seguir la cuesta de las cuchillas, eligiendo aquella

ruta cuyos hermosos panoramas contribuyeran a divertirlo y distraerlo mejor. Así llegó a Venta Quemada. Se había hecho acompañar por el pequeño Nemrael, ese espíritu travieso que se me había aparecido en la caverna. Le ordenó que nos trajera de cenar, y Nemrael arrebató la cena de un prior de benedictinos y la trajo a la venta. Después, cuando no lo necesitaba ya, mi hermano me envió a Nemrael. Yo estaba en aquel instante en el observatorio y vi ciertas cosas en el cielo que me hicieron temblar por mi hermano. Ordené a Nemrael que volviera a la *venta* y no abandonara un instante a su señor. Fue y volvió en seguida para decirme que un poder superior al suyo le había impedido entrar en el albergue. Mi inquietud llegó al colmo. Por último os vi llegar con mi hermano. Discerní en vuestros rasgos una entereza y una serenidad que me probaron que no erais cabalista. Mi padre me había predicho que sería muy desgraciada por un mortal, y temí que fuerais aquel mortal. Muy pronto otros cuidados me ocuparon. Mi hermano me contó la historia de Pacheco, y lo que a él mismo le había ocurrido, pero, ante mi gran sorpresa, agregó que ignoraba con qué suerte de demonios tenía que habérselas. Esperamos la noche con extremada impaciencia, e hicimos las más espantosas conjuraciones. Vanamente: nada pudimos saber sobre la naturaleza de los dos seres, e ignoramos si mi hermano había realmente perdido con ellos su derecho a la inmortalidad. Creí que vos podríais iluminarme en cierto modo. Pero fiel a no sé qué palabra de honor, nada quisisteis decirnos.

Entonces, para servir y tranquilizar a mi hermano, resolví pasar yo misma una noche en Venta Quemada. Partí ayer, y ya estaba avanzada la noche cuando llegué a la entrada del valle. Reuní algunos vapores con los cuales compuse un fuego fatuo y le ordené que me condujera a la venta. Es éste un secreto que se ha conservado en nuestra familia, y, por un medio semejante, Moisés, hermano de mi septuagesimotercer antepasado, compuso la columna de fuego que condujo a los israelitas al desierto.

Muy bien se encendió mi fuego fatuo y empezó a caminar delante de mí. Pero no tomó por el camino más corto. Aunque advertí su infidelidad, no le presté mayor atención.

Llegué a medianoche. Al entrar al patio de la venta vi que había luz en el aposento del medio y oí una música muy armoniosa. Me senté en un banco de piedra. Hice algunas operaciones cabalísticas que no produjeron el menor efecto. Es verdad que aquella música me fascinaba y me distraía de tal modo que hasta la hora de hoy no puedo decir si mis operaciones estaban bien hechas, y sospecho haberme equivocado en algún punto esencial. Pero entonces creí haber procedido regularmente y, juzgando que no había en el albergue demonios ni espíritus, deduje que no había más que hombres, y me entregué al placer de escucharlos cantar. Eran dos voces, sostenidas por un instrumento de cuerdas, pero dos voces tan melodiosas, tan bien concertadas, que ninguna música en la tierra podía comparársele.

Las melodías que aquellas voces hacían oír inspiraban una ternura tan voluptuosa como no puedo daros idea. Largo tiempo las escuché, sentada en mi banco, pero al fin decidí entrar, puesto que no había venido sino a eso. Subí pues y encontré, en el aposento del medio, a dos jóvenes altos, gallardos, sentados a la mesa, comiendo, bebiendo y cantando de todo corazón. Tocados por turbantes, llevaban pantalones orientales; tenían el pecho y los brazos desnudos, y ricas armas colgaban de sus cintos.

Los dos desconocidos, que tomé por turcos, se levantaron, me acercaron una silla, llenaron mi plato y mi vaso, y cantaron de nuevo, acompañados por una toerba, que tocaban alternativamente.

En la libertad de sus maneras había algo comunicativo. No se hacían de rogar, y yo tampoco me hice: tenía hambre y comí; como no había agua, bebí vino. Me dieron ganas de cantar con los jóvenes turcos, que parecieron deseosos de oírme. Canté una seguidilla española. Respondieron con otra. Les pregunté dónde habían aprendido el español.

Uno de ellos me respondió:

—Hemos nacido en Morea. Como somos de profesión marinos, hemos aprendido fácilmente la lengua de los puertos que frecuentamos. Pero basta de seguidillas. Escuchad las canciones de nuestro país.

En la melodía de sus cantos pasaba el alma por todos los matices del sentimiento y, cuando la ternura había llegado al exceso, acentos inesperados os llevaban a la más loca alegría.

No era yo inocente de todos aquellos manejos. Observé con atención a los pretendidos marineros, y me pareció discernir en uno y otro una extremada semejanza con mis divinos gemelos.

—¿Sois turcos –les dije– y nacidos en Morea?

—De ningún modo –me respondió el que no había hablado aún–. Somos griegos, nacidos en Esparta. ¡Ah!, divina Rebeca, ¿es posible que nos confundáis? ¡Yo soy Pólux, y éste es mi hermano!

El terror me quitó el uso de la voz. Los pretendidos gemelos desplegaron sus alas y me sentí alzar por los aires. Una feliz inspiración me llevó a pronunciar un nombre sagrado, del cual yo y mi hermano somos los únicos depositarios. En el mismo instante fui precipitada a tierra, y quedé completamente aturdida por la caída. Vos, Alfonso, me habéis devuelto el uso de los sentidos. Algo me advierte en mi fuero interno que nada he perdido de lo que me importa conservar. Pero estoy cansada de tantas maravillas; siento que he nacido para ser una simple mortal.

Aquí terminó Rebeca su relato. Pero éste no hizo sobre mí el efecto que ella esperaba. Todo lo que había visto y oído de extraordinario durante los diez días que acababan de transcurrir, no me impidió creer que había querido burlarse de mí. La dejé con bastante brusquedad, y poniéndome a reflexionar sobre lo que me había sucedido después de mi partida de Cádiz, recordé entonces algunas palabras que se le habían escapado a don Enrique de Sa, gobernador de aquella ciudad, y que me hicieron pensar que no era ajeno a la misteriosa existencia de los Goméz. Era él quien me había procurado mis dos servidores, López y Mosquito. Se me metió en la cabeza que por su orden éstos me habían abandonado en la entrada desastrosa de Los Hermanos. Mis primas, y Rebeca misma, me habían dado a menudo a entender que se me quería poner a prueba. Quizá me hubieran dado, en la venta, un brebaje para dormir, y nada era más fácil que transportarme, después, durante mi sueño, bajo la horca fatal. Pacheco bien pudo haber perdido su ojo por algún accidente que no fuera necesariamente su relación amorosa con los dos ahorcados, y su atroz historia podía ser un cuento. El ermitaño, que había tratado siempre de averiguar mi secreto, era sin duda un agente de los Goméz, que querían probar mi

discreción. Por último, Rebeca, su hermano, Soto y el jefe de los gitanos, todos ellos se entendían para hacer flaquear mi valor.

Estas reflexiones, como habrá de comprenderse, me decidieron a esperar, con firmeza, la continuación de las aventuras a las cuales estaba destinado, y que el lector conocerá si acoge favorablemente la primera parte de mi historia.¹

RELATOS TOMADOS DE AVADORO, HISTORIA ESPAÑOLA

I. HISTORIA DEL TERRIBLE PEREGRINO HERVAS Y DE SU PADRE, EL OMNISCIENTE IMPÍO

Parecería que un profundo conocimiento enciclopédico supera las fuerzas concedidas a un cerebro humano: sobre cada ciencia, sin embargo, Hervás escribió un volumen que comenzaba por su historia y acababa por opiniones extraordinariamente sagaces acerca de los medios de ampliar y, por así decirlo, de hacer retroceder en todo sentido los límites del saber.

Economizando su tiempo y distribuyéndolo con gran regularidad, Hervás pudo realizar esta obra. Se levantaba antes de la salida del sol y se preparaba para el trabajo de su oficina mediante reflexiones análogas a las operaciones que debía efectuar en ella. Llegaba al ministerio media hora antes que los demás y, teniendo la pluma en la mano y la cabeza libre de toda idea relativa a su obra de escritor, esperaba a que sonase la hora de la oficina. En ese mismo instante empezaba sus cálculos, realizándolos con sorprendente celeridad. Después de lo cual pasaba por la librería Moreno, de cuyo dueño supo ganarse la confianza, buscaba allí los libros que le eran necesarios y los llevaba a su casa. Salía de nuevo para comer frugalmente, volvía antes de la una y trabajaba hasta las ocho de la noche. Luego jugaba a la *pelota* con algunos muchachos del barrio, volvía, bebía una taza de chocolate, y se acostaba. Los domingos pasaba todo el día en su casa, meditando en el trabajo de la semana siguiente. Hervás pudo así consagrar alrededor de tres mil horas anuales a la confección de su enciclopedia. Al cabo de quince años, habiéndole dedicado cuarenta y cinco mil horas, acabó de verdad esta sorprendente composición sin que nadie en Madrid lo sospechara. Porque Hervás, en modo alguno comunicativo, no hablaba a nadie de su obra. Quería asombrar al mundo mostrándole, íntegramente terminado, ese vasto cúmulo de ciencia. Lo terminó, en efecto, cuando él mismo terminó sus treinta y nueve años, y se felicitó de entrar en los cuarenta con una gran reputación pronta a despuntar. Pero no dejaba de ensombrecer su alma una suerte de tristeza, porque el hábito del trabajo, sostenido por la esperanza, había sido para él como una amable sociedad que llenaba su vigilia. Ahora había perdido esa sociedad. Y el tedio, que no había conocido nunca, empezaba a hacerse sentir. Un estado de ánimo tan nuevo para Hervás modificó por completo su carácter. Ya no buscaba la soledad; lejos de ello, se lo veía en todos los

1 Va de suyo que «por la primera parte de mi historia» se alude aquí a las *Diez jornadas de la vida de Alfonso van Worden*, es decir, a las jornadas 1 a 10 y a la jornada 14 de la obra completa.

lugares públicos, donde parecía deseoso de abordar a la gente. Sin embargo, como no conocía a nadie y no tenía, por añadidura, el hábito de conversar, pasaba de largo sin abrir la boca. Pensaba, no obstante, que muy pronto todo Madrid lo conocería, y que su nombre estaría en los labios de todo el mundo.

Atormentado por la necesidad de distraerse, Hervás tuvo la idea de ver nuevamente el lugar en que nació, oscuro caserío que esperaba hacer ilustre gracias a su inminente fama. Desde hacía quince años no se había permitido otra diversión que jugar a la *pelota* con los muchachos del barrio, y se prometía un delicioso placer jugando a ella en los lugares donde había pasado su primera infancia.

Antes de partir quiso gozar del espectáculo de sus cien volúmenes ordenados sobre un solo anaquel. Entregó sus manuscritos a un encuadernador, recomendándole especialmente que el lomo de cada volumen llevase, a lo largo, el nombre de la ciencia y el número del tomo, desde el primero, que era la Gramática universal, hasta el Análisis, que era el centésimo. El encuadernador trajo la obra al cabo de tres semanas. El anaquel que debía recibirla estaba ya preparado. Hervás colocó en él aquella imponente serie, e hizo una fogata con todos los borradores y copias parciales. Después de lo cual cerró con doble llave la puerta de su aposento, la selló, y partió para Asturias.

El aspecto de los lugares en que había nacido dieron realmente a Hervás todo el placer que se prometió. Mil recuerdos, inocentes y dulces, le arrancaron lágrimas de alegría, cuya fuente habían secado, por así decirlo, veinte años de las más áridas concepciones. Nuestro polígrafo hubiera pasado de buena gana el resto de sus días en aquel caserío nativo; pero los cien volúmenes lo llamaban a Madrid. Toma de vuelta el camino de la capital, llega a su casa, encuentra intacto el sello colocado sobre la puerta. Abre la puerta... ¡y ve los cien volúmenes hechos pedazos, despojados de su encuadernación, con las hojas sueltas y confundidas sobre el piso! Este aspecto atroz turba sus sentidos; cae en medio de los despojos de sus libros y pierde hasta el sentimiento de su propia existencia.

¡Ay! Ésta era la causa del desastre: Hervás no comía nunca en casa; las ratas, tan abundantes en todas las viviendas de Madrid, se cuidaban muy bien de frecuentar la suya; sólo hubieran encontrado algunas plumas para roer; pero no sucedió lo mismo cuando cien volúmenes, cargados de cola fresca, fueron traídos al aposento, y cuando este aposento, desde aquel mismo día, fue abandonado por su dueño. Las ratas, atraídas por el olor de la cola, alentadas por la soledad, se reunieron en tropel, embistieron, empezaron a roer, devoraron... Hervás, cuando volvió en sí, vio a uno de esos monstruos arrancando, en un rincón, las últimas hojas de su Análisis. Quizá la cólera no había entrado nunca en el alma de Hervás: ahora, sintiendo su primer acceso, se precipitó sobre el raptor de su geometría trascendente, dio con la cabeza en la pared y cayó de nuevo desvanecido.

Hervás volvió en sí por segunda vez, reunió los jirones que cubrían el piso de su aposento y los guardó en un cofre. Después, sentado sobre el cofre, se entregó a los más tristes pensamientos. Muy pronto le dio un escalofrío que desde el día siguiente degeneró en una fiebre biliar, comatosa y maligna.

Privado de su gloria por las ratas, abandonado por los médicos, no lo desamparó su enfermera. Esta continuó cuidándolo y muy pronto una crisis feliz lo salvó. La enfermera

era una mujer de treinta años llamada Marica; venía a cuidarlo por amistad, porque Hervás conversaba algunas tardes con el padre de ella, que era un zapatero del barrio. Hervás, convaleciente, sintió todo lo que debía a esta buena mujer.

—Marica —le dijo—, no sólo me habéis salvado; habéis endulzado también mi vuelta a la vida. ¿Qué puedo hacer por vos?

—Señor —le respondió—, podríais hacer mi dicha. Pero no sé cómo decíroslo.

—Decídmelo, decídmelo, y tened la certeza de que si ello está en mi poder, lo haré.

—¿Pero si os pidiera casaros conmigo?

—Lo quiero, y de todo corazón. Me daréis de comer cuando esté sano, me cuidaréis cuando esté enfermo, y me defenderéis de las ratas cuando esté ausente. Sí, Marica, nos casaremos cuando queráis, y mientras más pronto mejor.

Hervás, no bien curado aún, abrió el cofre que guardaba los despojos de su polimatesis. Trató de juntar las hojas y tuvo una recaída que lo debilitó mucho. Cuando estuvo en condiciones de salir, fue a ver al ministro de finanzas; argumentó que había trabajado quince años y formado alumnos en situación de reemplazarlo; que su salud estaba destruida, y pidió su retiro con una pensión equivalente a la mitad de su sueldo. Esa suerte de beneficios no son muy difíciles de obtener en España; se le acordó a Hervás lo que pedía, y se casó con Marica.

Entonces nuestro sabio cambió su manera de vivir. Alquiló una casa en un barrio solitario y se propuso no salir hasta no haber restablecido el manuscrito de sus cien volúmenes. Las ratas habían roído todo el papel próximo al lomo de los libros y no habían dejado subsistir sino la mitad de cada hoja, y aun esas mitades estaban desgarradas. Sin embargo, servían a Hervás para recordarle el texto entero. Fue así como se puso a rehacer toda la obra. Al mismo tiempo, produjo otra de muy diferente género. Marica me dio a luz. ¡A mí, pecador y réprobo! Ah, el día de mi nacimiento fue sin duda una fiesta en los infiernos. Los fuegos eternos de esa morada brillaron con nuevo resplandor, y los demonios aumentaron los suplicios de los condenados para mejor gozar con sus aullidos.

Vine al mundo, y mi madre sólo me sobrevivió pocas horas. Hervás no había conocido el amor y la amistad sino por una definición de esos sentimientos que había colocado en su volumen sesenta y siete. La pérdida de su esposa, al probarle que había sido hecho para sentir amistad y amor, lo abrumó más que la pérdida de sus cien tomos in octavo devorados por las ratas. La casa de Hervás era pequeña, y a cada uno de mis gritos resonaba entera: era pues imposible que yo siguiera viviendo allí. Fui recogido por mi abuelo, el zapatero Maraño, que pareció muy halagado de tener en su casa a su nieto, hijo de un contador y gentilhombre.

Mi abuelo, a pesar de su humilde condición, vivía con desahogo. Me envió a colegios desde que estuve en edad de frecuentarlos. Cuando cumplí dieciséis años me vistió con elegancia y me procuró los medios de pasear mis ocios por Madrid. Se creía bien pagado de esos gastos cuando podía decir: *Mi nieto, el hijo del contador*. Pero volvamos a mi padre y a su triste destino, hartos conocidos: ¡pueda él servir de lección y de espanto a los impíos!

Diego Hervás pasó ocho años en reparar el daño que le habían causado las ratas. Su obra estaba casi rehecha cuando algunos periódicos extranjeros, que cayeron en sus manos, le probaron que las ciencias habían hecho, sin que él lo supiera, notables

progresos. Hervás suspiró ante ese acrecentamiento de sus infortunios; sin embargo, no queriendo que su obra quedara imperfecta, agregó a cada ciencia los nuevos descubrimientos que se habían hecho en sus respectivos dominios. Esto le tomó cuatro años más. Fueron pues doce años enteros que pasó sin salir de su casa, y siempre inclinado sobre su labor. Esta vida sedentaria acabó de arruinar su salud. Padeció una ciática obstinada, mal en los riñones, arenilla en la vejiga, y todos los síntomas promisorios de la gota. Pero, al fin, la polimatesis, en cien volúmenes, estuvo acabada. Hervás llamó al librero Moreno, hijo de aquel que le prestó los libros para escribir su obra.

—Señor —le dijo—, aquí hay cien volúmenes que encierran todo lo que hoy saben los hombres. Esta polimatesis hará honor a vuestras prensas y, si me atrevo a decirlo, a España. Nada pido para mí: sólo quiero que tengáis la bondad de imprimirlos para que mi memorable fatiga no sea enteramente vana.

Moreno abrió todos los volúmenes, los examinó con atención, y le dijo:

—Señor, acepto vuestra obra, pero debéis deciros a reducirla a veinticinco volúmenes.

—Dejadme —le respondió Hervás con la indignación más profunda—, dejadme; volved a vuestra tienda a imprimir los fárragos novelescos o pedantescos que son la vergüenza de España. Dejadme, señor, con mi arenilla y mi genio, que, de haber sido mejor comprendido, me habría conferido la estima general. Pero ya nada tengo que pedir a los hombres y, menos aún, a los libreros. Dejadme.

Moreno se retiró, y Hervás cayó en la más negra melancolía. Tenía sin tregua ante los ojos sus cien volúmenes, hijos de su genio, concebidos con delicia, alumbrados con un dolor no exento asimismo de placer, y ahora hundidos en el olvido. Contemplaba su vida perdida por completo, su existencia aniquilada en el presente y también en el porvenir. Entonces su espíritu, adiestrado en penetrar todos los misterios de la naturaleza, se volvió desgraciadamente hacia el abismo de las miserias humanas. A fuerza de medir su profundidad, vio el mal en todas partes, no vio sino el mal, y se dijo desde el fondo de su corazón:

—Autor del mal, ¿quién sois?

Él mismo tuvo horror de esta idea y quiso examinar si el mal, para ser, debía necesariamente haber sido creado. Después examinó la misma cuestión desde un punto de vista más vasto. Se aferró a las fuerzas de la naturaleza, atribuyendo a la materia una energía que le pareció apropiada para explicarlo todo sin tener que recurrir a la creación.

Según él, tanto el hombre como los animales debían su existencia a un ácido generador que hacía fermentar la materia y le daba formas constantes, más o menos como los ácidos cristalizan las bases alcalinas y terrosas en poliedros siempre semejantes. Miraba las sustancias fungosas que produce la madera húmeda como el eslabón que une la cristalización de los fósiles a la reproducción de los vegetales y de los animales y que indica, si no la identidad, al menos la analogía.

Sabio como era, Hervás no tuvo el menor trabajo en apuntalar su falso sistema con pruebas sofisticadas adecuadas para extraviar los espíritus. Le parecía, por ejemplo, que los mulos, que provienen de dos especies, podían compararse a las sales de base mezclada cuya cristalización es confusa. La efervescencia de algunas tierras con los ácidos le pareció

que se aproximaba a la fermentación de los vegetales mucosos, y ésta le pareció un comienzo de vida que no había podido desarrollarse por falta de circunstancias favorables.

Hervás había observado que los cristales, al formarse, se amontonan en las partes más claras del vaso, y que se forman difícilmente en la oscuridad; y como la luz es igualmente favorable a la vegetación, consideró el fluido luminoso como uno de los elementos de los cuales se compone el ácido universal que animaba la naturaleza; por otro lado, había visto que la luz, a la larga, enrojece los papeles teñidos de azul, y éste era también un motivo para considerarla un ácido.

Hervás sabía que en las altas latitudes, en la vecindad del Polo, la sangre, falta de calor suficiente, estaba expuesta a una alcalinescencia que sólo podía detenerse mediante el uso interior de ácidos. Dedujo pues que si el calor podía, en ocasiones, ser suplido por un ácido, aquél debía ser también una especie de ácido, o, a lo menos, uno de los elementos del ácido universal.

Hervás sabía que se ha visto al trueno agriar y fermentar los vinos. Había leído en Sanconiatón que, al comienzo del mundo, los seres destinados a vivir fueron como despertados a la vida por violentos truenos, y nuestro infortunado sabio no temió en apoyarse en esta cosmogonía pagana para afirmar que la materia del rayo pudo haber dado un primer desarrollo al ácido generador, infinitamente variado, pero constante en la reproducción de las mismas formas.

Hervás, cuando trató de ahondar en los misterios de la creación, debía de atribuir su gloria al creador. ¡Y pluguiese a Dios que lo hubiese hecho! Pero su ángel de la guarda lo había dejado de la mano, y su espíritu, extraviado por el orgullo del saber, lo entregó sin defensa a la fascinación de los espíritus soberbios, cuya caída arrastró la del mundo. ¡Ay!, mientras Hervás elevaba sus culpables pensamientos más allá de las esferas de la inteligencia humana, sus despojos mortales estaban amenazados de una próxima disolución. Para agobiarlo, muchos males agudos se sumaron a sus enfermedades crónicas. Su ciática, ya muy dolorosa, lo había privado del uso de la pierna derecha; la arenilla de sus riñones, convertida en cálculos, desgarraba su vejiga; el humor artrítico había curvado los dedos de su mano izquierda y amenazaba las coyunturas de la derecha; por último, la más sombría hipocondría destruía las fuerzas de su alma al mismo tiempo que las de su cuerpo. Como temía a los testigos de su abatimiento, acabó por rechazar mis cuidados y se negó a verme.

Como único criado tenía a un viejo inválido, que utilizaba el resto de sus fuerzas en servirlo. Pero este mismo criado cayó enfermo, y entonces mi padre se vio obligado a soportarme junto a él. Muy pronto a mi abuelo Marañón le dieron intensas calenturas. Sólo estuvo enfermo cinco días. Sintiendo su fin próximo, me mandó llamar y me dijo:

—Blas, querido Blas, recibe mi última bendición. ¡Has nacido de un padre sabio, y pluguiera al cielo que lo fuese menos! Felizmente para ti, tu abuelo es un hombre simple en su fe y en sus obras, y te ha educado en la misma simplicidad: no te dejes arrastrar por tu padre. Desde hace algunos años se ha alejado de las prácticas religiosas, y sus opiniones avergonzarían a los mismos heréticos. Blas, desconfía de la sabiduría humana. Dentro de algunos instantes, sabré más que todos los filósofos. Blas, Blas, te bendigo. Expiro.

En efecto, murió. Después de tributarle mis últimos deberes, volví a casa de mi padre

donde no había estado desde hacía cuatro días. Durante ese tiempo, el viejo inválido había muerto también, y los hermanos de la caridad se habían encargado de amortajarlo. Como sabía que mi padre estaba solo, quise consagrarme a servirlo, pero, al entrar en sus aposentos, contemplé un espectáculo extraordinario y permanecí en el primer cuarto, erizado de horror.

Mi padre se había quitado la ropa y estaba envuelto en una sábana a modo de mortaja. Sentado, miraba el sol poniente. Después de contemplarlo largamente, dijo:

—Astro cuyos últimos rayos hieren mis *ojos* por última vez, ¿por qué habéis iluminado el día de mi nacimiento? ¿Pedí yo nacer? ¿Y por qué he nacido? Los hombres me dijeron que tenía un alma, y me he ocupado de ella a expensas de mi cuerpo. He cultivado mi espíritu, pero las ratas lo han devorado; los libreros lo han desdeñado. Nada quedará de mí; muero por completo, tan oscuro como si no hubiera nacido. Vacío, recibe pues tu presa.

Hervás permaneció algunos instantes entregado a sombrías reflexiones; después tomó un cubilete, que me pareció lleno de vino añejo, alzó los *ojos* al cielo y dijo:

—Oh Dios mío, si es que existís tened piedad de mi alma, si es que la tengo.

En seguida vació el cubilete y lo posó sobre la mesa; después se llevó la mano al corazón, como si en él sintiera alguna angustia. Hervás había preparado otra mesa, sobre la que puso almohadones: se acostó encima, cruzó las manos sobre el pecho y no profirió ya una palabra.

Os sorprenderá que yo, viendo todos aquellos preparativos de suicidio, no me haya lanzado sobre el vaso, o no haya pedido socorro; yo mismo me sorprendo, o más bien estoy seguro de que un poder sobrenatural me retenía en mi sitio, impidiéndome hacer el menor movimiento; mis cabellos se erizaron.

Los hermanos de la caridad, que habían enterrado a nuestro inválido, me encontraron en esa actitud. Vieron a mi padre extendido sobre la mesa, cubierto por una mortaja, y me preguntaron si estaba muerto. Respondí que nada sabía. Me preguntaron quién le había puesto esa mortaja. Respondí que él mismo se había envuelto en ella. Examinaron el cuerpo y lo encontraron sin vida. Vieron el vaso con unas gotas de líquido y lo llevaron para examinarlo. Después se fueron dando señales de descontento, y me dejaron en un extremado desaliento. Después vinieron las gentes de la parroquia. Me hicieron las mismas preguntas y se fueron diciendo:

—Ha muerto como ha vivido. No es a nosotros a quienes toca enterrarlo.

Quedé solo con el muerto. Mi abatimiento llegó hasta el punto de que perdí la facultad de obrar y aun de pensar. Me eché en el sillón donde había visto a mi padre y recaí en mi inmovilidad.

Llegó la noche; el cielo se cargó de nubes: un torbellino súbito abrió mi ventana; un resplandor azulado pareció recorrer el aposento y dejarlo después más sombrío que antes. En medio de la oscuridad creí distinguir algunas formas fantásticas; luego me pareció oír a mi padre lanzar un largo quejido, que los ecos lejanos repitieron en el vasto espacio de la noche. Quise ponerme de pie, pero estaba retenido en mi sitio, y en la imposibilidad de hacer ningún movimiento. Un frío glacial traspasó mis miembros; sentí el escalofrío de la fiebre: mis visiones se convirtieron en ensueños, y por último quedé dormido.

Me desperté sobresaltado: vi seis grandes cirios amarillentos, encendidos junto al cuerpo de mi padre, y a un hombre, sentado frente a mí, que parecía acechar el instante de mi despertar. Tenía una figura majestuosa e imponente, alta talla, cabellos negros, un poco rizados, caídos sobre la frente, mirada viva y penetrante, pero a la vez dulce y seductora; por lo demás, llevaba gorguera y capa gris, como se visten los caballeros en el campo.

Cuando el desconocido vio que yo estaba despierto, me sonrió afablemente y me dijo:

—Hijo mío (os llamo así porque os considero como si me pertenecierais ya), estáis abandonado de Dios y de los hombres, y la tierra se ha cerrado sobre los despojos de ese sabio que os dio la vida, pero nosotros nunca os abandonaremos.

—Señor —le respondí—, habéis dicho, creo, que estoy abandonado por Dios y por los hombres. Eso es verdad en cuanto a los hombres, pero no creo que Dios pueda abandonar jamás a una de sus criaturas.

—Vuestra observación —dijo el desconocido— es justa bajo ciertos aspectos; otro día os lo explicaré. Sin embargo, para convencerlos del interés que nos inspiráis, os ofrezco esta bolsa; encontraréis en ella mil pistolas: un joven debe tener pasiones y medios de satisfacerlas. No escatiméis el oro que os entrego, y contad siempre con nosotros.

En seguida el desconocido golpeó las manos. Seis hombres aparecieron y se llevaron el cuerpo de Hervás; los cirios se apagaron y la oscuridad se hizo profunda. No permanecí mucho tiempo en mi sitio. Tomé a tientas el camino de la puerta, llegué a la calle, y cuando vi el cielo estrellado me pareció que respiraba más libremente. Las mil pistolas que sentía en el bolsillo contribuían también a darme ánimo. Atravesé Madrid, llegué al extremo del Prado, al lugar donde han colocado, después, una estatua colosal de Cibeles; allí me acosté sobre un banco y no tardé en dormirme.

El sol estaba alto cuando desperté, y lo que me despertó fue, creo, la leve caricia de un pañuelo que recibí en la cara; porque al despertarme vi a una muchacha que, utilizando su pañuelo como espantamoscas, apartaba a aquellas que hubiesen podido turbar mi sueño. Pero lo que me pareció más singular fue el que mi cabeza reposara muy blandamente sobre las rodillas de otra muchacha, cuyo suave aliento yo sentía en el nacimiento del pelo. Al despertarme, no había hecho yo ningún movimiento: estaba en libertad de prolongar esta situación fingiendo dormir todavía. Cerré pues los *ojos*, y casi en seguida oí una voz un poco gruñona, pero sin acritud, que se dirigió a las dos muchachas que velaban mi sueño.

—Celia, Zorita —les dijo—, ¿qué hacéis aquí? Os creía en la iglesia, y os encuentro entregadas a una extraña devoción.

—Pero mamá —respondió la muchacha que me servía de almohada—, muchas veces nos habéis dicho que las buenas obras tienen tanto mérito como la plegaria. ¿Y no es acaso una buena obra prolongar el sueño de este pobre joven que debe de haber pasado muy mala noche?

—No cabe duda —replicó la voz más risueña que gruñona—, no cabe duda de que es una acción muy meritoria, y esa idea prueba, si no vuestra devoción, a lo menos vuestra inocencia; pero ahora, mi querida Zorita, posad muy suavemente la cabeza de ese joven, y volvamos.

—Ah, querida mamá —replicó la joven—, mirad cuán dulcemente duerme; en vez de despertarlo, deberías desprenderle la gorguera que lo sofoca.

—Ya lo creo —dijo la mamá—, me dais un bonito cometido; pero veamos un poco: en verdad, tiene muy dulce apariencia.

Al decir estas palabras, la mano de la mamá pasó suavemente por debajo de mi mentón y desprendió mi gorguera.

—Así está mucho mejor —dijo Celia, que no había hablado todavía—, y respira más libremente: veo que es muy agradable hacer buenas acciones.

—Esta reflexión —dijo la madre—, demuestra vuestro buen criterio; pero no hay que llevar la caridad demasiado lejos. Ahora, Zorita, posad suavemente la cabeza de este joven sobre el banco y vámonos.

Zorita pasó suavemente sus dos manos bajo mi cabeza y retiró sus rodillas. Creí entonces que era inútil seguir fingiendo que dormía; me incorporé y abrí *los ojos*: la madre lanzó un grito; las hijas quisieron huir. Yo las retuve.

—¡Celia, Zorita! —les dije—. Sois tan hermosas como inocentes, y vos, señora, que sólo parecéis madre de ellas porque vuestros encantos están más formados, permitidme que antes de que os vayáis pueda entregarme durante algunos instantes a la admiración que me inspiráis las tres.

Todo lo que les decía era cierto. Celia y Zorita habrían sido bellezas perfectas de no ser por su extremada juventud, que no les había dado tiempo de desarrollarse, y su madre, que apenas llegaba a los treinta años, ni siquiera representaba veinticinco.

—Señor caballero —me dijo ésta—, si fingisteis dormir, estaréis convencido de la inocencia de mis hijas y tendréis una buena opinión de su madre. No temo pues dañarme ante vuestros *ojos si os* ruego que nos acompañéis a casa. Una relación que comienza de manera tan singular parece destinada a prolongarse.

Las seguí. Llegamos a la casa, que daba al Prado.

Las hijas fueron a hacer chocolate. La madre, haciéndome sentar junto a ella, me dijo:

—Veis una casa mejor alhajada de lo que conviene a nuestra presente situación. La alquilé en tiempos más dichosos. Hoy quisiera realquilar los cuartos que dan al Prado, pero no me atrevo a hacerlo. Las circunstancias en que me encuentro exigen una severa reclusión.

—Señora —le respondí—, yo también tengo buenas razones para vivir retirado y, si ello os acomodara, alquilaría esos cuartos de buena gana.

Al decir estas palabras saqué mi bolsa, y la vista del oro dispuso todas las objeciones que la dama hubiera podido hacerme. Pagué tres meses de alquiler adelantado y otros tantos de pensión. Se convino en que traerían la comida a mi aposento, y que sería servido por un criado fiel, que habría también de encargarse de mis comisiones. Zorita y Celia, que reaparecieron con el chocolate, fueron informadas de las condiciones del convenio, y sus miradas parecieron apoderarse de mi persona; pero los ojos de la madre daban la impresión de disputársela. No se me escapó este pequeño combate de coquetería; remití su victoria al destino y sólo pensé en arreglarme en mi nuevo domicilio; no tardó en hallarse provisto de todo lo que podía contribuir a que me fuera agradable y cómodo. Ya era Zorita quien me traía una escribanía, ya era Celia quien colocaba sobre mi mesa una lámpara o

unos libros. Nada olvidaban. Las dos bellas venían cada una por su lado y, cuando se encontraban en mi aposento, todo eran risas de nunca acabar. También venía la madre: se ocupaba especialmente de mi lecho en el cual hizo poner sábanas de hilo de Holanda, un hermoso cobertor de seda y una pila de almohadones. Estos arreglos ocuparon la mañana. Llegó mediodía: pusieron la mesa en mi aposento, cosa que me encantó: me gustaba ver a tres personas encantadoras tratando de complacerme y solicitando de algún modo mi benevolencia. Pero habría tiempo para todo. Estaba muy satisfecho de poder entregarme a mi apetito sin que nada me turbara ni me distrajera.

Comí. Después, cogiendo la capa y la espada, fui a pasearme por la ciudad. Nunca lo había hecho con tanto placer. Era independiente, no me faltaba oro en los bolsillos, estaba lleno de salud, de vigor y, gracias a los cumplidos de las tres damas, tenía una alta opinión de mí mismo, porque los jóvenes se estiman cuando el bello sexo los aprecia.

Entré en una joyería y compré varias alhajas. Después fui al teatro y acabé por volver a mi nueva casa. Encontré a las tres damas sentadas a la puerta. Zorita cantaba, acompañándose con la guitarra, y las otras dos hacían trabajos de aguja.

—Señor caballero —me dijo la madre—, estáis alojado en nuestra casa y nos habéis otorgado vuestra confianza sin saber siquiera quiénes somos. Me parece conveniente informaros de ello. Sabed pues, señor caballero, que me llamo Inés Santáñez, viuda de don Juan Santáñez, corregidor de La Habana. Casó conmigo sin que yo tuviera bienes, me dejó de igual manera, pero con las dos hijas que veis. Impedida por mi pobreza y mi viudez recibí inopinadamente una carta de mi padre. Me permitiréis callar su nombre. ¡Ay!, también él había luchado toda su vida contra el infortunio, pero al fin, como lo informaba su carta, desempeñaba un cargo brillante, habiendo logrado que lo nombrasen tesorero de guerra. Su carta contenía una letra por dos mil pistolas y la orden de venir a Madrid. Vine, en efecto, y fue para enterarme de que mi padre estaba acusado de concusión, hasta de alta traición, y detenido en el castillo de Segovia. Sin embargo, había alquilado esta casa para nosotras. Me alojé pues en ella y vivo en el mayor retiro, sin recibir a nadie, con excepción de un joven empleado en el ministerio de guerra: viene a contarme todo lo que logra saber acerca del proceso de mi padre. Él es el único que conoce nuestras relaciones con el infortunado detenido.

Al terminar estas palabras, la señora Santáñez derramó algunas lágrimas.

—No lloréis, mamá —le dijo Celia—, hay un término para todo, y sin duda lo habrá para nuestras penas. Por de pronto, ahora vive con nosotras este joven caballero, que tiene una fisonomía dichosa, y su encuentro me parece de buen augurio.

—En verdad —dijo Zorita—, desde que vive aquí, nuestra soledad no tiene nada de triste.

La señora Santáñez me lanzó una mirada en la cual discerní tristeza y ternura. Las hijas me miraron también, después bajaron los ojos, enrojecieron, se turbaron y quedaron pensativas. Gustaban de mí, pues, tres personas encantadoras. Esta situación me pareció deliciosa.

Entre tanto, un joven alto y gallardo se llegó a nosotros, cogió a la señora Santáñez de la mano; ambos se apartaron algunos pasos y sostuvieron una larga conversación; después ella me llamó y me dijo:

—Señor caballero, éste es don Cristóbal Esparados, de quien os he hablado, y el único hombre a quien vemos en Madrid. Quisiera también procuraros vuestra relación, que no podrá sino favorecerlo; pero, aunque vivimos en la misma casa, ignoro vuestro nombre.

—Señora –le dije–, soy noble y asturiano. Me llamo Legáñez.

—Pensé que debía callar el nombre de Hervás, que podía conocerse.

El joven Esparados me miró de arriba abajo y hasta pareció querer negarme el saludo. Entramos en la casa, y la señora Santáñez hizo servir una colación de frutas y pasteles. Aún era yo el centro de atracción de las tres bellas; advertí, sin embargo, miradas y gestos que se dirigían al nuevo convidado. Como sufriera mi amor propio por ello, traté de llamar exclusivamente la atención, y estuve lo más amable y brillante posible.

En medio de mi triunfo, don Cristóbal cruzó el pie derecho sobre la rodilla izquierda y, mirándose la suela del zapato, dijo:

—En verdad, desde la muerte del zapatero Marañón, no es posible encontrar en Madrid un zapato bien hecho.

Después me miró con expresión chocarrera y despreciativa.

El zapatero Marañón era precisamente mi abuelo materno, que me había educado y con quien tenía tantas obligaciones, pero deslucía grandemente mi árbol genealógico, o a lo menos así me pareció. Y me pareció también que perdería mucho en el concepto de las tres damas si llegaban a saber que tenía un abuelo zapatero. Toda mi alegría desapareció: lancé a don Cristóbal miradas, ya coléricas, ya orgullosas y despreciativas. Decidí prohibirle que pusiera los pies en la casa. Se fue: lo seguí con la intención de hacérselo saber; lo alcancé cuando dobló la calle y le dije una frase descomedida que había preparado. Creí que iba a enojarse, pero simuló tomarla a broma y me cogió por debajo del mentón como para acariciarme; después me dio un puntapié, de esos que llaman zancadillas, y me hizo caer de narices en el arroyo. Aturdido por el golpe, me levanté cubierto de fango, y volví a mi casa lleno de rabia. Las damas se habían acostado. Yo también me acosté, pero no pude dormir: dos pasiones, el amor y el odio, me mantenían despierto; esta última estaba concentrada en don Cristóbal; no sucedía lo mismo con el amor, que colmaba mi corazón, y que sentía alternativamente por Celia, Zorita y su madre; sus halagadoras imágenes, confundiéndose en mis sueños, me obsesionaron durante el resto de la noche.

Me desperté muy tarde. Al abrir los *ojos*, vi a la señora Santáñez sentada al pie de mi lecho. Parecía haber llorado.

—Mi joven caballero –me dijo–, he venido a refugiarme a vuestro aposento, porque arriba hay gente que me pide dinero, y no lo tengo. Le debo, ¡ay!, pero ¿no era menester que vistiera y alimentara a esas pobres niñas? Demasiadas privaciones sufren.

Aquí la señora Santáñez se echó a sollozar, y sus *ojos*, llenos de lágrimas, se volvían involuntariamente hacia mi bolsa que yo había colocado junto a mí, sobre la mesa de noche. Comprendí aquel lenguaje mudo. Volqué el oro sobre la mesa; hice aproximadamente dos montones iguales y ofrecí uno de ellos a la señora Santáñez: no esperaba de mi parte tanta generosidad. Al principio pareció como inmovilizada por la sorpresa; después me cogió las manos, las besó efusivamente, las apretó contra su corazón, recogió el oro y se fue murmurando:

—¡Oh mis hijas, mis queridas hijas!

Las muchachas vinieron después y también me besaron las manos. Todos estos testimonios de gratitud acabaron de hacerme arder la sangre, ya demasiado encendida por mis sueños.

Me vestí de prisa y quise tomar el fresco en una terraza de la casa; al pasar frente al aposento de las muchachas las oí sollozar y abrazarse llorando. Presté oídos un instante y en seguida entré. Celia me dijo:

—Escuchadme, huésped demasiado querido y demasiado amable, nos encontráis en la más extremada agitación; desde que vinimos al mundo, ninguna nube había turbado el cariño que sentimos la una por la otra y, más aún que por la sangre, estábamos unidas por la ternura. No sucede lo mismo desde que estáis aquí: los celos se han insinuado en nuestras almas, y quizá habríamos llegado a odiarnos; el buen natural de Zorita ha evitado esa desgracia atroz. Se ha echado en mis brazos, nuestras lágrimas se han confundido y nuestros corazones se han acercado. Ahora, querido huésped, a vos os toca reconciliarnos del todo; prometednos no amar a una más que a la otra; y si tenéis algunas caricias que hacernos, repartidlas por igual.

¿Qué podía yo responder a una invitación tan apremiante? Estreché en mis brazos a una después de la otra; enjuagué sus lágrimas, y la tristeza cedió su lugar a la más tierna pasión.

Pasamos juntos por la terraza, y la señora Santáñez vino a reunirse con nosotros. La dicha de haber pagado sus deudas la embriagaba de alegría. Me pidió que comiera con ellas y les concediera el día entero. Comimos en la mayor confianza e intimidad. Se dio licencia a los criados, y las dos muchachas, alternativamente, sirvieron la mesa. La señora Santáñez, agotada por las emociones de la mañana, bebió dos copas de vino de Alicante. Sus *ojos*, un poco turbados, brillaron más que de costumbre. Se animó mucho, y las dos muchachas habrían podido sentirse celosas, pero respetaban demasiado a su madre para ello. Ésta, sin embargo, aunque traicionada por una sangre que el vino exaltaba, estaba muy lejos de todo libertinaje.

Por mi parte, no se me ocurría hacer proyectos de seducción. El sexo y la edad eran los seductores. Los dulces impulsos de la naturaleza esparcían sobre nuestra relación un encanto inexpresable; nos costaba separarnos. El sol poniente nos habría separado por fin, pero yo había encargado refrescos a una botillería vecina, y su aparición nos causó placer porque era un pretexto para continuar juntos. Todo iba bien hasta entonces. Pero apenas nos sentamos a la mesa, se presentó Cristóbal Esparados. Su aspecto me produjo una sensación enojosa; mi corazón se había posesionado en cierta manera de aquellas damas, y mis derechos comprometidos me causaban verdadero dolor.

Ni a ello, ni a mi persona, prestó atención don Cristóbal. Saludó a las damas, condujo a la señora Santáñez hasta el extremo de la terraza, sostuvo con ella una larga conversación y después vino a sentarse a la mesa sin que nadie lo invitara. Comía, bebía, y no decía una palabra; pero como la conversación recayera sobre las peleas de toros, empujó su plato, dio un puñetazo sobre la mesa, y exclamó:

—¡Ah, por San Cristóbal, mi patrón! ¿Por qué estaré empleado en las oficinas de un ministerio? Preferiría ser el último torero de Madrid que presidente de todas las Cortes de

España.

Al mismo tiempo, estirando el brazo como para atravesar un toro, nos hizo admirar el espesor de sus músculos. En seguida, para demostrar su fuerza, hizo sentar a las tres damas en un sillón, pasó la mano bajo el asiento y lo paseó por todo el cuarto. Esos juegos le procuraban tanto placer que los prolongó lo más que pudo. Por fin tomó su capa y su espada para irse. Pero entonces, dirigiéndome la palabra, dijo:

—Mi amigo el gentilhombre, ¿quién hace los mejores zapatos después de la muerte del zapatero Marañón?

Estas palabras no parecieron a las damas sino uno de los tantos absurdos que don Cristóbal profería a menudo. Pero yo quedé muy irritado. Fui a buscar mi espada y corrí detrás de don Cristóbal. Lo alcancé en el extremo de una calle transversal. Le salí al paso y, sacando mi espada, le dije:

—Insolente, ahora vas a pagarme tantas cobardes afrentas.

Don Cristóbal empuñó su espada, pero después, recogiendo un palo del suelo dio con él un golpe seco en la hoja de mi espada y me la hizo saltar de la mano, en seguida se acercó a mí, me cogió por la cerviz, me llevó hasta el arroyo y me echó en él como había hecho la víspera, pero esta vez con tanta fuerza que estuve largo rato aturdido.

Alguien me dio la mano para levantarme; reconocí al caballero que había hecho retirar el cuerpo de mi padre y me había dado mil pistolas. Me eché a sus pies. Me alzó bondadosamente y me dijo que lo siguiera. Caminamos en silencio y llegamos al puente del Manzanares, donde encontramos dos caballos negros sobre los cuales galopamos media hora a lo largo de la orilla. Llegamos a una casa solitaria, cuyas puertas se abrieron solas; el aposento en que entramos estaba tapizado de sarga pardusca y adornado con antorchas de plata y un brasero del mismo metal. Después de sentarnos en unos sillones, el desconocido me dijo:

—Señor Hervás, así va el mundo, cuyo orden, tan admirado, no brilla por su justicia distributiva; algunos han recibido de la naturaleza una fuerza de ochocientas libras; otros de sesenta. Es verdad que se ha inventado la traición, que las nivela un poco.

Al mismo tiempo, el desconocido abrió un cajón, sacó de él un puñal y me dijo:

—Ved este instrumento; su extremo, contorneado de olivo, termina en una punta más afilada que un pelo; llevadlo en la cintura. Adiós, joven caballero. Acordaos siempre de vuestro buen amigo, don Belial de Gehenna. Cuando tengáis necesidad de mí, venid, después de medianoche, al puente del Manzanares; golpead tres veces las manos y veréis llegar los caballos negros. A propósito, olvidaba lo esencial; aquí tenéis una segunda bolsa; no os abstengáis de usarla.

Di las gracias al generoso don Belial; volví a subir a mi caballo negro; un negro montó el otro; llegamos al puente donde había que bajar, y fui caminando hasta mi casa.

Allí me acosté y me dormí, pero tuve sueños penosos. Había colocado el puñal a mi cabecera; me pareció que salía de su lugar y me entraba en el corazón. Veía también a don Cristóbal que raptaba a las tres damas de la casa.

Por la mañana estaba de humor sombrío; la presencia de las muchachas no me calmó. Los esfuerzos que hicieron por distraerme produjeron un efecto diferente, y mis caricias fueron menos inocentes. Cuando estaba solo, empuñaba el puñal y amenazaba con

él a don Cristóbal, a quien creía ver frente a mí.

Este personaje temible apareció aún por la tarde y no me prestó la menor atención, pero se mostró apremiante con las mujeres. Travesé con una después de otra, las hizo enojar y después las hizo reír. Sus patochadas acabaron por gustar más que mi gentileza.

Yo había hecho traer una cena más elegante que copiosa. Don Cristóbal se la comió casi solo; después cogió la capa para irse. Antes de partir, volviéndose bruscamente hacia mí me dijo:

—Caballero mío, ¿qué es ese puñal que veo en vuestra cintura? Haríais mejor en colgaros una lezna de zapatero.

Entonces lanzó una carcajada y nos dejó. Lo seguí, y alcanzándolo en la esquina de una calle, pasé a su izquierda y le asesté una puñalada con toda la fuerza de mi brazo. Pero me sentí rechazado con tanta fuerza como la que había puesto en golpear. Y don Cristóbal, volviéndose con mucha sangre fría, me dijo:

—Bribón, ¿no sabes que llevo coraza?

En seguida me cogió por la cerviz y me tiró al arroyo. Pero, por esta vez, quedé encantado de que me hubiese impedido cometer un crimen. Este sentimiento me acompañó hasta mi lecho, y pasé una noche más tranquila que la precedente.

Durante el día las damas me encontraron más calmo que la víspera y me cumplieron por ello; pero no me atreví a pasar la tarde con ellas; temía al hombre que había querido asesinar y pensaba que no osaría mirarlo a la cara. Pasé la tarde paseándome por las calles y rabiando de todo corazón cuando pensaba en el lobo que se había introducido en mi rebaño.

A medianoche fui al puente; golpeé las manos; los caballos negros aparecieron. Monté el que me estaba destinado y seguí a mi guía hasta la casa de don Belial. Mi protector vino a mi encuentro y me condujo junto al brasero donde habíamos estado sentados la víspera.

—Y bien —me dijo en tono un poco burlón—, y bien, joven amigo, el asesinato no ha prosperado; no importa, se os tendrá en cuenta la intención. Por añadidura, hemos pensado libraros de un rival tan enojoso. Se han denunciado las indiscreciones de que se hacía culpable, y hoy está en la misma prisión que el padre de la señora Santáñez. Sólo dependerá de vos sacar provecho de vuestra conquista, y con un poco más de maña de la que habéis usado hasta ahora. Aceptad el regalo de esta bombonera; contiene pastillas de una excelente composición; ofrecedlas a las damas y comed vos mismo.

Acepté la bombonera, que esparcía un agradable perfume, y después dije a don Belial:

—No sé qué entendéis por *sacar provecho de mi conquista*. Sería un monstruo si abusara de la confianza de una madre y de la inocencia de sus hijas: no soy de ningún modo tan perverso como parecéis suponer.

—No os supongo —dijo don Belial— ni más ni menos malo que todos los hijos de Adán. Tienen escrúpulos antes de cometer un crimen, y remordimientos después; por ello se jactan de tener aún apego a la virtud; pero podrían ahorrarse ese enojoso sentimiento si analizaran qué es la virtud, cualidad ideal cuya existencia admiten sin examen; y eso mismo bastaría para situarla entre los prejuicios, que son opiniones admitidas sin juicio

previo.

—Señor don Belial –respondí a mi protector–, mi padre puso entre mis manos su volumen sesenta y siete, que trata de la moral. El prejuicio, según él, no era una opinión admitida sin juicio previo, sino una opinión ya juzgada antes que viniéramos al mundo y transmitida como por herencia. Esas costumbres de la infancia echan en nuestra alma la primera simiente, el ejemplo la desarrolla, el conocimiento de las leyes la fortifica; conformándonos a ellas, somos hombres de bien; haciendo más de lo que las leyes no ordenan, somos hombres virtuosos.

—Esta definición –dijo don Belial– no es mala y hace honor a vuestro padre; escribía bien y pensaba aún mejor, y quizá vos haréis como él. Convengo en que los prejuicios son opiniones ya juzgadas, pero ésa no es razón para no seguir juzgándolas cuando el juicio está formado. Un espíritu curioso de ahondar las cosas someterá los prejuicios a examen y hasta examinará si las leyes son igualmente obligatorias para todo el mundo. Observaréis, en efecto, que el orden legal parece haber sido imaginado para la sola ventaja de aquellos caracteres fríos y perezosos que aguardan sus placeres del himeneo, y su bienestar de la economía y del trabajo. Pero ¿qué hace el orden social en favor de los hermosos genios, de los caracteres ardientes, ávidos de oro y de goces, que quisieran devorar sus propias almas? Pasarían su vida en los calabozos y la acabarían en los suplicios. Afortunadamente, las instituciones humanas no son en realidad lo que parecen. Las leyes son barreras; bastan para detener a los caminantes. Pero aquellos que de verdad tienen ganas de franquearlas, pasan por arriba o por abajo. Este tema me llevaría lejos. Se hace tarde. Adiós, joven amigo; usad mi bombonera y contad siempre con mi protección.

Me despedí del señor Belial y volví a mi casa. Me abrieron la puerta; me acosté y traté de dormir. La bombonera estaba sobre la mesa de noche, y esparcía un perfume delicioso. No pude resistir a la tentación: comí dos pastillas, me dormí y pasé una noche muy agitada.

Mis jóvenes amigas vinieron a la hora acostumbrada. Me encontraron algo extraordinario en la mirada, y en verdad que yo las veía con otros ojos; sus movimientos me parecían coqueterías hechas con la deliberada intención de seducirme; igual sentido presté a sus palabras más casuales; todo en ellas atraía mi atención y me hacía imaginar cosas en las que antes no había pensado.

Zorita encontró mi bombonera, comió dos pastillas y convidó a su hermana. Muy pronto, lo que yo había creído ver se convirtió en realidad; un sentimiento interior pareció dominar a las hermanas, y a él se entregaron sin conocerlo; hasta llegó a asustarlas, y entonces me dejaron con un resto de timidez en la que había algo huraño.

Entró su madre: desde que la había salvado de los acreedores, me trataba con singular afecto; sus caricias me calmaban durante algunos instantes, pero en seguida la vi con los mismos ojos que a sus hijas. Ella lo advirtió y pareció confusa. Sus miradas, evitando las mías, cayeron en la bombonera fatal; comió algunas pastillas y se fue. Luego volvió, me acarició de nuevo, me llamó su hijo y me estrechó en sus brazos. Me dejó con tristeza y haciendo grandes esfuerzos. La turbación de mis sentidos llegó al arrebató; por mis venas circulaba fuego, apenas podía distinguir los objetos que me rodeaban, una nube cubría mi vista.

Tomé el camino de la terraza: la puerta del aposento de las muchachas estaba abierta y no pude menos de entrar en él. El desorden de sus sentidos, aun mayor que el mío, me espantó. Quise arrancarme de sus brazos, pero no tuve fuerzas para ello. Entró la madre; los reproches expiraron en sus labios; muy pronto no tuvo derecho de hacerlos.

Mi bombonera estaba vacía; se habían acabado las pastillas: pero nuestras miradas y nuestros suspiros parecían querer reanimar todavía nuestros ardores apagados. Recuerdos criminales alimentaban nuestros pensamientos y en nuestra languidez había una culpable delicia.

Propio es del crimen sofocar los sentimientos de la naturaleza. La señora Santáñez, entregada a deseos desenfrenados, olvidaba que su padre languidecía en un calabozo y que tal vez ya se había pronunciado su sentencia de muerte. Y si ella no pensaba en él, yo pensaba aun menos.

Pero una tarde vi entrar en mi casa a un hombre embozado en una capa, y no me tranquilicé demasiado cuando vi que, para ocultar mejor su rostro, llevaba una máscara. El misterioso personaje me hizo señas para que me sentara, él mismo se sentó, y me dijo:

—Señor Hervás, entiendo que estáis ligado a la señora Santáñez, y quiero hablaros sobre un asunto que le concierne. Como es un asunto serio, me sería penoso tratarlo con una mujer. La señora Santáñez había prodigado su confianza a un aturdido que se llama Cristóbal Esperados. Éste se halla hoy en la misma prisión en que se encuentra el señor Goráñez, padre de la señora Santáñez. El loco de Esperados creía conocer el secreto de ciertos hombres poderosos, pero yo soy el depositario de ese secreto, y os lo diré en pocas palabras. De hoy en ocho días, media hora antes de que se ponga el sol, pasaré delante de vuestra puerta y diré tres veces el nombre del detenido: *Goráñez, Goráñez, Goráñez*. A la tercera vez me entregaréis un saco con tres mil pistolas. El señor Goráñez no está más en Segovia, sino en una prisión de Madrid. Su suerte se decidirá antes de la medianoche de ese mismo día. Esto es lo que tenía que deciros; ya he cumplido mi misión.

El hombre enmascarado se puso de pie y se fue.

Yo sabía o creía saber que la señora Santáñez no tenía medios pecuniarios de ninguna especie. Me propuse pues recurrir a don Belial, y le dije a mi encantadora huésped que don Cristóbal no iba más a su casa porque se había hecho sospechoso a sus superiores, pero que yo mismo estaba en contacto con el ministerio y tenía sobradas razones para esperar un completo buen éxito. La esperanza de salvar a su padre llenó de la más viva alegría a la señora Santáñez. Agregó un nuevo motivo de gratitud a todos los sentimientos que yo le inspiraba ya. La entrega de su persona le pareció menos criminal: un beneficio tan grande debía absolverla. Nuevas delicias ocuparon aún todos nuestros momentos. Una noche me arranqué a ellas para ir a ver a don Belial.

—Os esperaba —me dijo—. Bien sabía yo que vuestros escrúpulos no habrían de durar mucho, y vuestros remordimientos menos aún. Todos los hijos de Adán están hechos de la misma pasta. Pero no esperaba que os cansarais tan pronto de placeres semejantes, como no han gustado jamás los reyes de este pequeño globo que no poseían mi bombonera.

—¡Ay!, señor Belial —respondí—. Una parte de lo que decís es hartos cierta. Pero no es cierto que mi condición me fatigue; temo, por el contrario, que si llegara a cambiar, la vida no tendría ya encantos para mí.

—Sin embargo, habéis venido a pedirme tres mil pistolas para salvar al señor Goráñez, y, desde que éste sea absuelto, se llevará consigo a su hija y a sus dos nietas. Ya ha prometido la mano de estas últimas a dos empleados de su oficina. En los brazos de sus felices esposos veréis a dos personas encantadoras cuya inocencia habéis sacrificado y que, como precio a semejante ofrenda, sólo os pedían participar en los placeres de los que sois el centro. Más inspiradas por la emulación que por los celos, cada una de ellas era feliz con la dicha que os había dado y gozaba sin envidia de la que debíais a la otra. La madre, más sabia pero no menos apasionada, podía, gracias a mi bombonera, ver sin mal humor la dicha de sus hijas. Después de haber conocido momentos tales, ¿qué haréis durante el resto de vuestra vida? ¿Iréis a buscar los legítimos placeres del himeneo o a suspirar detrás de una coqueta que ni siquiera podrá prometeros la sombra de las voluptuosidades que ningún mortal ha conocido antes que vos?

En seguida, cambiando de tono, don Belial me dijo:

—No, me equivoco; el padre de la señora Santáñez es realmente inocente; el placer de hacer una buena acción debe prevalecer sobre todos los demás.

—Señor, habláis muy fríamente de las buenas acciones y con mucho calor de los placeres que son, después de todo, los placeres del pecado. Se diría que buscáis mi eterna perdición. Estoy tentado de creer que sois...

Don Belial no me dejó acabar.

—Soy —me dijo— uno de los principales miembros de una poderosa asociación cuyo objetivo es hacer dichosos a los hombres, curándolos de los vanos prejuicios que beben junto con la leche de su nodriza y que después ponen traba a todos sus deseos. Hemos publicado muy buenos libros en los que demostramos admirablemente que el amor propio es el principio de todas las acciones humanas, y que la dulce piedad, la piedad filial, el amor ardiente y tierno, la clemencia en los reyes son otros tantos refinamientos del egoísmo. Ahora bien, si el amor propio es el móvil de todas nuestras acciones, la realización de nuestros propios deseos debe ser su objetivo natural. Bien lo han comprendido los legisladores. Han creado las leyes de modo que puedan ser eludidas, y los interesados no dejan de hacerlo.

—¡Cómo pues, señor Belial —le dije—, no consideráis que lo justo y lo injusto son cualidades reales!

—Son cualidades relativas. Os lo haré comprender con el auxilio de un apólogo. Unos insectos muy pequeños se arrastraban por las puntas de unas altas hierbas. Uno de ellos dijo a los otros: «Ved ese tigre acostado cerca de nosotros; es el más dulce de los animales, nunca nos hace mal. El cordero, en cambio, es un animal feroz; si llegara uno, nos devoraría con la hierba que nos sirve de asilo: pero el tigre es justo; él nos vengaría». Podéis deducir de ello, señor Hervás, que todas las ideas de lo justo y lo injusto, del bien y del mal, son relativas y en modo alguno absolutas o generales. Convengo con vos en que hay una especie de necia satisfacción, apegada a lo que se llama buenas acciones. La encontraréis, sin duda, al salvar al bueno del señor Goráñez, que está acusado injustamente. No debéis vacilar en hacerlo si estáis cansado de vivir con su familia. Reflexionad sobre ello, tenéis tiempo suficiente. El dinero debe ser entregado el sábado, media hora antes de que se ponga el sol. Venid a verme en la noche del viernes al sábado,

y las tres mil pistolas estarán prontas en el minuto preciso. Adiós, recibid otra bombonera más.

Volví a mi casa y, en el camino, comí algunas pastillas. La señora Santáñez y sus hijas no se habían acostado. Quise hablarles del prisionero: no me dieron tiempo... Pero ¿por qué revelar tantas felonías? Os bastará saber que, librados a deseos desenfrenados, no estaba en nuestro poder medir el tiempo ni contar los días: nos olvidamos por completo del prisionero.

Iba a terminar la tarde del sábado: el sol poniente, detrás de las nubes, parecía lanzar en el cielo reflejos sangrientos. Súbitos resplandores me hicieron estremecer: traté de recordar mi última conversación con don Belial. De pronto, oigo una voz hueca y sepulcral repetir tres veces: *Goráñez, Goráñez, Goráñez*.

—¡Dios santo! —exclamó la señora Santáñez—. Es un espíritu del cielo o del infierno; me anuncia que mi padre ya no existe.

Yo había perdido el conocimiento: cuando lo recobré, tomé el camino del Manzanares para hacer mi última tentativa ante don Belial. Alguaciles me detuvieron y me condujeron a una casa desconocida en un barrio desconocido; muy pronto comprendí que era una prisión. Allí me encadenaron y me hicieron entrar en un oscuro calabozo.

Oí cerca de mí un ruido de cadenas.

—¿Eres el joven Hervás? —me preguntó mi compañero de infortunio.

—Sí —le dije—. Soy Hervás, y reconozco por tu voz que eres Cristóbal Esparados. ¿Tienes noticias de Goráñez? ¿Era inocente?

—Era inocente —dijo don Cristóbal—; pero su acusador urdió una trama con tanto arte que puso en sus manos su pérdida o su salvación. Le exigía tres mil pistolas: Goráñez no pudo procurárselas y acaba de estrangularse en la prisión. A mí también me han permitido elegir entre pasar el resto de mis días en el castillo de Larroche, en la costa de África, o estrangularme. Elegí lo primero, y me propongo escapar desde que pueda y hacerme mahometano. A ti, amigo mío, te someterán a torturas para hacerte confesar muchas cosas de las cuales no tienes la menor idea, pero tu relación con la señora Santáñez hace suponer que las conoces y que eres cómplice de su padre.

Representaos a un hombre cuyo cuerpo y alma estaban igualmente relajados por la voluptuosidad, y a quien amenazan los horrores de un suplicio cruelmente prolongado. Creí ya sentir los dolores de la tortura, y los cabellos se me erizaron; el estremecimiento del terror recorrió mis miembros; no obedecieron ya a mi voluntad, sino a súbitos impulsos convulsivos.

Un carcelero entró en el calabozo y vino a buscar a Esparados. Éste, al irse, me arrojó un puñal; no tuve fuerzas de asirlo, y menos aún de apuñalarme. Mi desesperación era de tal naturaleza que la muerte misma no podía tranquilizarme.

—¡Oh Belial! —exclamé—. ¡Belial, bien sé quién eres, y sin embargo te invoco!

—Heme aquí —exclamó el espíritu inmundo—. Toma este puñal; haz correr tu sangre y con ella firma el papel que te presento.

—¡Ángel de la guarda! —exclamé entonces—. ¿Me habéis abandonado por completo?

—Lo invocas demasiado tarde —exclamó Satán, rechinando los dientes y vomitando llamas.

Al mismo tiempo, imprimió su garra en mi frente. Sentí un dolor lacerante y me desvanecí, o mejor dicho caí en éxtasis. Una súbita luz iluminó la prisión; un querubín, de alas brillantes, me presentó un espejo y me dijo:

—Mira sobre tu frente el *Thau* invertido; es el signo de los réprobos, lo verás en otros pecadores y encaminarás a doce por la vía de la salvación, salvándote tú mismo. Ponte este hábito de peregrino y sígueme.

Me desperté, o creí despertarme, y en verdad no estaba preso, sino en el camino real que va a Galicia, y vestido de peregrino.

Poco después, un grupo de peregrinos pasó por allí. Iban a Santiago de Compostela: me uní a ellos, y recorrí todos los lugares santos de España. Quería pasar a Italia y visitar Loreto. Estaba en Asturias y tomé la ruta de Madrid. Al llegar a esta ciudad, fui al Prado y busqué la casa de la señora Santáñez. No pude encontrarla, aunque reconocí todas las de la vecindad. Esa fascinación me probó que todavía estaba bajo el poder de Satán. No me atreví a llevar mi busca más allá.

Visité algunas iglesias, después fui al Buen Retiro. Estaba ese jardín absolutamente desierto. No vi más que a un hombre, sentado en un banco. La gran cruz de Malta, bordada sobre su manto, me probó que era uno de los principales miembros de la orden. Parecía soñar, y estaba como inmóvil a fuerza de hallarse hundido en su ensueño.

Al acercarme me pareció ver bajo sus pies un abismo en el cual su figura se pintaba invertida como en el agua; pero era un abismo colmado de fuego.

Me fue fácil comprender que veía en él a uno de los doce pecadores a quienes debía conducir por el camino de la salvación. Traté de conquistar su confianza: lo conseguí cuando se persuadió de que no me guiaba la vana curiosidad. Era menester que me contara su historia. Se lo pedí, y comenzó a hablar.

II. HISTORIA DEL COMENDADOR DE TORALVA

Entré en la orden de Malta antes de haber salido de la niñez, pues pertenecía a la Escuela de Pajes. A los veintiséis años, gracias a las protecciones que tenía en la corte, el gran maestre me confirió la mejor comendadoría de la lengua de Aragón. Podía pues, y puedo aún, aspirar a las primeras dignidades de la orden. Pero como sólo se las alcanza a una edad avanzada, y hasta tanto llegan yo no tenía absolutamente nada que hacer, seguí el ejemplo de nuestros primeros bailíos, que tal vez hubieran debido darme uno mejor. En suma, sólo me ocuparon las aventuras galantes, lo cual me parecía por entonces un pecado sobremanera venial. ¡Y pluguiera al cielo que no hubiese cometido otro más grave! El que me reprocho es un arrebatado culpable, que me ha llevado a desafiar lo que nuestra religión tiene de más sagrado. Me estremezco al pensar en ello. Pero no quiero adelantarme a los acontecimientos.

Sabréis que existen en Malta algunas familias nobles de la isla que no entran en la orden y no tienen tampoco ninguna relación con los caballeros, sea cual fuere su rango, reconociendo únicamente al gran maestre, que es su soberano, y al capítulo, que es su consejo.

Inmediatamente después de esta clase viene una intermedia, que ejerce empleos y busca la protección de los caballeros. Las damas de esta clase se llaman a sí mismas «honorate», que en italiano quiere decir honradas, y son designadas por este título. No cabe duda de que lo merecen por la decencia de su conducta y, si debo decíroslo todo, por el misterio con que encubren sus amores.

Una larga experiencia ha demostrado a las damas «honorate» que el misterio es incompatible con el carácter de los caballeros franceses, o que a lo menos es infinitamente raro verlos sumar la discreción a todas las bellas cualidades que los distinguen. Resulta de ello que los jóvenes franceses, acostumbrados en los demás países a tener éxitos brillantes con el bello sexo, deben limitarse en Malta a las prostitutas.

Los caballeros alemanes, por otra parte poco numerosos, son los que más gustan a las «honorate», y creo que ello se debe a su tez blanca y sonrosada. Después de los alemanes vienen los españoles, y creo que lo debemos a nuestro carácter, que pasa con razón por recto y leal.

Los caballeros franceses, pero especialmente los caravanistas, se vengan de las «honorate» ridiculizándolas de cuanta manera es posible, sobre todo descubriendo sus intrigas amorosas. Pero como hacen bando aparte y no tratan de aprender el italiano, la lengua del país, lo que dicen no causa gran impresión.

Vivíamos pues en paz, así como nuestras «honorate», cuando un barco francés nos trajo al comendador de Foulequière, de la antigua casa de senescales de Poitou, descendientes de los condes de Angulema. Había estado en otro tiempo en Malta, donde sostuvo siempre lances de honor. En la actualidad venía a solicitar el generalato de las galeras. Tenía más de treinta y cinco años; en consecuencia, se esperaba encontrarlo más sosegado. En efecto, el comendador no era ya pendenciero y alborotador como antes, pero continuaba siendo altivo, imperioso, burlón, y hasta exigía que se lo tratase con más miramientos que al mismo gran maestro.

El comendador abrió su casa: los caballeros franceses acudieron en masa. Nosotros íbamos poco a ella, y acabamos por no ir, pues la conversación giraba en torno de temas que nos eran desagradables, entre otros las «honorate», a quienes amábamos y respetábamos.

Cuando el comendador salía, lo veíamos rodeado de jóvenes caravanistas. A menudo los llevaba a la «Calle estrecha», mostrándoles los lugares donde había batido y contándoles todas las circunstancias de sus duelos. Bueno es que sepáis que, según nuestras costumbres, el duelo está prohibido en Malta, excepto en la «Calle estrecha», que es una callejuela a la que no da ninguna ventana. Sólo tiene el ancho necesario para que dos hombres puedan ponerse en guardia y cruzar sus espadas. No pueden retroceder. Los adversarios se enfrentan a lo largo de la calle: sus amigos impiden que se los perturbe, deteniendo a los transeúntes. Esta costumbre fue introducida en otra época para evitar los asesinatos, porque el hombre que cree tener un enemigo no pasa por la «Calle estrecha», y si el asesinato se ha cometido en otra parte, no vale ya la excusa de haberse batido en duelo. Por lo demás, el que fuere a la «Calle estrecha» con un puñal tiene pena de muerte. El duelo, pues, no sólo está tolerado en Malta, sino permitido. No obstante, este permiso es por así decirlo tácito y, lejos de abusar de él, se habla con cierta vergüenza de haber tenido

un lance de honor, como de algo contrario a la caridad cristiana, e impropio en el señorío de una orden monástica.

Los paseos del comendador por la «Calle estrecha», eran pues inconvenientes y tuvieron la mala consecuencia de hacer muy pendencieros a los caravanistas franceses, defecto al que eran de por sí harto propensos.

Este mal tono iba en aumento. Aumentó también la reserva de los caballeros españoles; por último se agruparon en torno de mí, preguntándome qué podía hacerse para poner coto a una petulancia que había llegado a ser intolerable. Agradecí a mis compatriotas la honrosa confianza que me acordaban y les prometí hablar al comendador, señalándole la conducta de los jóvenes franceses como una suerte de abuso cuyo progreso sólo él podía detener en virtud de la consideración y el respeto que inspiraba a las tres lenguas de su nación. Me preparaba a pedirle esta explicación con los mayores miramientos, pero no esperaba que pudiese terminar sin un duelo. No obstante, como la causa de ese combate singular me honraba, no me disgustaba sostenerlo. Creo, asimismo, que me dejaba llevar por la indudable antipatía que me inspiraba el comendador.

Estábamos por entonces en semana santa, y se convino en que mi entrevista con el comendador se efectuaría dentro de una quincena. Yo creo que a él le llegaron rumores de lo que se había tratado en mi casa, y que quiso prevenirme buscándome pelea.

Llegamos al viernes santo. Sabéis que, según la usanza española, uno sigue de iglesia en iglesia a la mujer por quien se interesa para ofrecerle agua bendita. Se lo hace un poco por celos, temiendo que otro se la ofrezca y aproveche la ocasión para iniciar amistad con ella. Esta usanza española se ha introducido en Malta. Seguí pues a una joven «honorata» con quien mantenía relaciones desde hacía muchos años; pero, en cuanto entró en la primera iglesia, fue abordada por el comendador, quien se colocó entre nosotros, dándome la espalda y retrocediendo algunas veces para pisarme, cosa que fue advertida por todos.

Al salir de la iglesia, me llegué al comendador con expresión indiferente, como para hablar de bueyes perdidos; le pregunté después a qué iglesia pensaba dirigirse: me dijo a cuál; entonces me ofrecí para acompañarlo, indicándole el camino más corto, y sin que él advirtiera lo llevé a la «Calle estrecha». Cuando estuvimos allí saqué la espada, bien seguro de que nadie nos perturbaría en un día como aquél, pues todos llenaban las iglesias.

El comendador sacó también la espada, pero me dijo, bajando la punta:

—¡Cómo! ¿En un viernes santo?

No quise saber nada.

—Escuchad —me dijo—, hace más de seis años que no cumplo con los principios de la Iglesia, y me espanta el estado de mi conciencia. Dentro de tres días... Soy de natural apacible, y vos sabéis que las personas de ese carácter, una vez irritadas, no escuchan razones. Obligué al comendador a ponerse en guardia, pero no sé qué terror se pintaba en sus rasgos. Se adosó contra la pared, como si previera que iba a ser derribado y buscara un apoyo. En efecto, desde el primer golpe, lo atravesé con mi espada. Bajó la punta de la suya, se apoyó contra la pared, y me dijo con voz moribunda:

—Os perdono. ¡Pueda el cielo perdonaros! Llevad mi espada a Tête-Foulque, y haced

decir cien misas en la capilla del castillo.

Expiró. De momento no presté gran atención a sus palabras, y si las he retenido es porque se las he oído decir después. Hice mi declaración en la forma acostumbrada. No puedo decir que ante los hombres mi duelo me perjudicara: Foulequière era aborrecido, y se consideró que había merecido su muerte. Pero me pareció que, ante Dios, mi acción era muy culpable, sobre todo a causa de la omisión de los sacramentos, y mi conciencia me hacía crueles reproches. Esto duró ocho días.

En la noche del viernes al sábado, me desperté sobresaltado y, al mirar a mi alrededor, me pareció que no estaba en mi aposento sino en la «Calle estrecha», y tendido en el suelo. Me sorprendí de hallarme allí, cuando vi distintamente al comendador apoyado contra la pared. El espectro pareció hacer un esfuerzo para hablar y me dijo:

—Llevad mi espada a Tête-Foulque y haced decir cien misas en la capilla del castillo.

Apenas hube oído estas palabras, caí en un sueño letárgico. Al día siguiente me desperté en mi aposento y en mi lecho, pero había conservado perfectamente el recuerdo de mi visión.

La noche siguiente hice acostar a un lacayo en mi aposento, pero nada vi. Lo mismo sucedió las noches sucesivas. Pero en la noche del viernes al sábado tuve la misma visión, con la diferencia de que mi lacayo estaba acostado en el suelo a algunos pasos de mí. El espectro del comendador se me apareció y me dijo lo mismo, y la misma visión se repitió después todos los viernes. Mi lacayo también soñaba que estaba acostado en la «Calle estrecha», pero no veía ni escuchaba al comendador.

No sabía al principio qué era Tête-Foulque, adonde el comendador quería que llevase su espada: algunos caballeros puatervinos me informaron de que era un castillo situado a tres leguas de Poitiers, en medio de un bosque; que en la comarca se contaban del castillo muchas cosas extraordinarias y que en él se veían muchos objetos curiosos, tales como la armadura de Foulque-Taillefer y las armas de los caballeros que había matado; y que hasta era costumbre, en la casa de los Foulequière, depositar allí las armas con que se habían servido, ya en la guerra, ya en combates singulares. Todo esto me interesaba, pero tenía que pensar en mi conciencia.

Fui a Roma y me confesé con el penitenciario mayor. No le oculté la visión que me obsedía, ni él me negó la absolución, pero me la dio condicionalmente después que hiciera penitencia. Ésta consistía en las cien misas que habría de mandar decir en el castillo de Tête-Foulque. El cielo aceptó la ofrenda, y, desde el momento de la confesión, dejó de obsesionarme el espectro del comendador. Yo había llevado de Malta su espada y tomé, cuando pude, el camino de Francia.

Llegado a Poitiers, supe que estaban informados de la muerte del comendador, y que allí éste no era más lamentado que en Malta. Dejé mi equipaje en la ciudad; me vestí con un hábito de peregrino y tomé un guía; era conveniente que yo fuese a pie a Tête-Foulque; por lo demás, el camino no permitía que se llegara en coche.

Encontramos la puerta del torreón cerrada. Durante mucho tiempo hicimos sonar la campana de la torre de atalaya. Por último apareció el castellano: era el único habitante de Tête-Foulque, con un ermitaño que servía en la capilla y que encontramos diciendo sus oraciones. Cuando hubo acabado, le comuniqué que venía a pedirle que dijera cien misas.

Al mismo tiempo, deposité mi ofrenda. Quise dejar allí la espada del comendador, pero el castellano me dijo que había que colocarla en la «armería», o sala de armas, junto a todas las espadas de los Foulequière muertos en duelo, y las de los caballeros que aquéllos habían matado; que tal era la usanza. Seguí al castellano a la «armería» donde encontré, en efecto, espadas de todos tamaños, así como retratos, comenzando por el retrato de Foulque-Taillefer, conde de Angulema, quien hizo construir Tête-Foulque por un hijo bastardo, que fue senescal de Poitou y antepasado de los Foulequière de Tête-Foulque.

Los retratos del senescal y de su mujer estaban a cada lado de una gran chimenea, colocada en el ángulo de la «armería». Eran de un gran realismo. Los demás retratos estaban igualmente bien pintados, aunque en el estilo de la época. Pero ninguno de un parecido tan asombroso como el de Foulque-Taillefer. Estaba pintado con la espada en una mano; con la otra, sostenía la rodela que le presentaba un escudero. La mayoría de las espadas estaban al pie del retrato, formando una especie de haz.

Rogué al castellano que encendiera la chimenea de aquella sala y allí me hiciera traer la cena.

—Mi querido peregrino —me respondió—, no hay inconveniente en que os traigan la cena, pero os pido muy encarecidamente que os acostéis en mi aposento.

Le pregunté por el motivo de esta precaución.

—Yo sé por qué —respondió el castellano—, y os haré poner un lecho junto al mío.

Acepté su proposición con tanto más placer cuanto que era viernes, y temía que volviera mi visión.

Cuando el castellano fue a ocuparse de mi cena, me puse a observar las armas y los retratos. Éstos, como he dicho, estaban pintados con mucha verdad. A medida que caía la tarde, los ropajes, de color sombrío, se confundieron en la sombra con el fondo oscuro del cuadro; y el fuego de la chimenea sólo permitía distinguir los rostros: lo cual tenía algo aterrador, o que a lo menos me pareció tal, porque el estado de mi conciencia me estremecía como de costumbre.

El castellano trajo mi cena, que consistía en un plato de truchas pescadas en un arroyo vecino. Trajo también una botella de vino bastante bueno. Yo quería que el ermitaño cenase también con nosotros, pero no comía sino hierbas hervidas en agua.

He sido siempre puntual en leer mi breviario, cosa obligatoria para los caballeros profesos, a lo menos en España. Lo saqué pues del bolsillo, así como el rosario, y le dije al castellano que, como aún no tenía sueño, me quedaría a rezar hasta que avanzara un poco más la noche, y que él sólo tenía que indicarme el camino de mi aposento.

—Enhorabuena —me respondió—. A medianoche vendrá el ermitaño a rezar en la capilla contigua; entonces bajaréis por esta escalerita y no dejaréis de encontrar vuestro aposento, cuya puerta dejaré abierta. No os quedéis aquí después de medianoche.

El castellano se fue. Empecé a rezar y, de tiempo en tiempo, echaba un leño al fuego. Pero no me atrevía a pasear los ojos por la sala, pues los retratos parecían animarse. Si los miraba durante algunos instantes, se hubiese dicho que hacían guiños y torcían la boca, sobre todo los del senescal y su mujer, que estaban a cada lado de la chimenea. Me pareció que me lanzaban miradas llenas de amargura y que después se miraban el uno al otro. Una ráfaga aumentó mis terrores, pues no sólo hizo sacudir las ventanas sino que también

agitó el haz de armas, que se entrechocaron estremeciéndome. Sin embargo, recé fervorosamente.

Por último oí salmodiar al ermitaño y, cuando éste hubo terminado, bajé por la escalera para llegar al aposento del castellano. Tenía en la mano el resto de una vela, pero el viento la apagó y subí para encenderla nuevamente. Cuál no sería mi sorpresa cuando vi al senescal y a su mujer que habían bajado de sus marcos y estaban sentados junto al fuego. Hablaban familiarmente, y podían oírse sus palabras:

—Amiga mía —decía el senescal—, ¿qué os parece el español que ha matado al comendador sin otorgarle confesión?

—Me parece —respondió el espectro femenino—, me parece, amigo mío, que ha cometido felonía y perversidad. Y yo, mi señor Taillefer, no dejaría partir al español del castillo sin arrojarle el guante.

Quedé aterrorizado y me precipité por la escalera; busqué la puerta del castellano y no pude encontrarla a ciegas. Tenía siempre en la mano mi candela apagada. Pensé en encenderla y me tranquilicé un poco; traté de persuadirme a mí mismo de que las dos figuras que había visto junto a la chimenea sólo existieron en mi imaginación. Volví a subir la escalera y, deteniéndome frente a la puerta de la «armería», observé que las dos figuras no estaban junto al fuego, como había creído verlas. Entré pues audazmente, pero apenas había dado algunos pasos cuando vi en el medio de la sala al señor Taillefer en guardia y presentándome la punta de su espada. Quise volver a la escalera, pero la puerta estaba ocupada por la figura de un escudero, que me arrojó un guantelete. No sabiendo qué hacer, me apoderé de una de las tantas espadas que formaban un haz de armas y caí sobre mi adversario. Me pareció haberlo partido en dos, pero inmediatamente recibí una estocada, debajo del corazón, que me quemó como lo hubiera hecho un hierro al rojo. Mi sangre inundó la sala y me desvanecí.

Me desperté por la mañana en el aposento del castellano. No viéndome llegar, se había provisto de agua bendita y había acudido a buscarme. Me había encontrado en el suelo, sin conocimiento, pero sin herida alguna. La que yo había creído recibir era un hechizo. El castellano no me hizo preguntas y me aconsejó que dejara el castillo.

Partí y tomé el camino de España. Pasé ocho días en Bayona. Llegué un viernes y me alojé en un albergue. En medio de la noche me desperté sobresaltado y vi frente a mi lecho al señor Taillefer, que me amenazaba con su espada. Hice la señal de la cruz, y el espectro pareció deshacerse en humo. Pero sentí la misma estocada que había creído recibir en el castillo de Tête-Foulque. Me pareció que estaba bañado en sangre. Quise llamar y levantarme, pero una y otra cosa me fueron imposibles. Esta angustia indecible duró hasta el primer canto del gallo. Entonces me volví a dormir, pero al día siguiente estuve enfermo y en un lamentable estado. Tuve la misma visión todos los viernes. Las prácticas devotas no han podido librarme de ella. La melancolía me conducirá a la tumba, y allí descenderé antes de haber podido librarme de las potencias de Satán. Un resto de esperanza en la misericordia divina me sostiene aún y me permite soportar mis males.

El comendador de Toralva era un hombre religioso. Aunque hubiese faltado a la religión batiéndose sin permitir a su adversario que pusiera orden en su conciencia, logré hacerle comprender que, si quería en realidad librarse de las obsesiones de Satán, debía

visitar aquellos santos lugares a los que el pecador nunca va sin encontrar en ellos el consuelo de la gracia.

Toralva se dejó fácilmente persuadir. Hemos visitado juntos los santos lugares de España. Después hemos pasado a Italia. Hemos ido a Loreto y a Roma. El penitenciario mayor le ha dado, no sólo la absolución condicional, sino la general, y acompañada de la indulgencia papal. Toralva, completamente librado ya de su obsesión, se ha vuelto a Malta, y yo he venido a Salamanca.

III. HISTORIA DE LEONOR Y DE LA DUQUESA DE ÁVILA

El caballero de Toledo, que fue nombrado gran bailío y segundo prior de Castilla, abandonó Malta revestido de estos nuevos honores, y me convidó a que hiciera con él una excursión por toda Italia. Acepté de buena gana. Nos embarcamos para Nápoles, a donde llegamos sin novedad. Partir no habría sido sencillo si el amable Toledo se hubiese dejado retener con la misma facilidad con que se dejaba encadenar por las damas; pero poseía el arte supremo de abandonar a las bellas sin que éstas tuviesen el coraje de enojarse con él. Se despidió pues de sus amores de Nápoles para ensayar nuevas y sucesivas cadenas en Florencia, Milán, Venecia y Génova. Sólo al año siguiente llegamos a Madrid.

Toledo, desde el día de su llegada, se hizo presente en la corte; después montó el más hermoso caballo de la cuadra de su hermano, el duque de Lerna, me facilitó otro no menos hermoso, y fuimos a mezclarnos con el grupo de caballeros que caracoleaban en el Prado junto a los coches de las damas.

Nos llamó la atención una soberbia carroza abierta, ocupada por dos damas de medio luto. Toledo reconoció en ella a la altiva duquesa de Ávila, y se apresuró a saludarla. La otra dama se volvió; Toledo no la conocía y quedó sorprendido por su belleza.

Esta desconocida no era otra que la hermosa duquesa de Sidonia, que acababa de abandonar su retiro para entrar nuevamente en el mundo: ella reconoció a su antiguo prisionero y se puso un dedo en los labios para recomendarme silencio. Después volvió los ojos hacia Toledo, que demostró en los suyos no sé qué expresión entre severa y tímida que yo no le había visto jamás junto a ninguna mujer. La duquesa de Sidonia había declarado que no se volvería a casar; la duquesa de Ávila que nunca se casaría: un caballero de Malta era precisamente el hombre cuyo trato les convenía alternar: le manifestaron simpatía, y Toledo respondió a sus primeros pasos con la mayor amabilidad del mundo. La duquesa de Sidonia, sin hacer ver que me conocía, supo hacerme aceptar por su amiga: así formamos una suerte de contradanza, que se encontraba siempre en medio del tumulto de las fiestas. Toledo, amado en su vida por centésima vez, amaba por primera vez. Yo intenté ofrecer mi respetuoso homenaje a la duquesa de Ávila. Pero antes de hablaros de mis relaciones con esta dama, debo deciros algunas palabras acerca de la situación en que se hallaba por entonces.

El duque de Ávila, su padre, había muerto mientras nosotros estábamos en Malta. El fin de un ambicioso, causa siempre un gran efecto entre los hombres: es una gran caída, y

quedan por ello sorprendidos y conmovidos. En Madrid se recordó a la infanta Beatriz y a su unión secreta con el duque; volvió a hablarse de un hijo, sobre el cual descansaban los destinos de aquella casa. Se esperaba que el testamento del difunto sacaría a los curiosos de su expectativa. La espera fue infundada: el testamento nada aclaró. En la corte no se habló más del asunto, pero la altiva duquesa de Ávila volvió a frecuentar el mundo más orgullosa, más desdeñosa y más alejada del matrimonio de lo que siempre estuvo.

Pertenezco a una muy buena familia. Sin embargo, dadas las ideas de España, ninguna especie de igualdad podía existir entre la duquesa y yo; si se dignaba aceptar que me acercara a ella, sólo podía ser a título de protegido a cuya fortuna quería contribuir. Toledo era el caballero de la dulce Sidonia; yo era como el escudero de su amiga.

Esta servidumbre no me disgustaba: sin traicionar mi pasión, yo podía adelantarme a los deseos de Beatriz, ejecutar sus órdenes y consagrarme a cumplir todos sus caprichos. Mientras servía a mi soberana, me cuidaba de que ninguna palabra, ninguna mirada, ningún suspiro traicionasen los sentimientos de mi corazón. El temor de ofender y, más aún, el de ser excluido de su trato me daban la fuerza suficiente para contener mi pasión. Durante el curso de aquella dulce esclavitud, la duquesa de Sidonia no dejó pasar ninguna oportunidad de hacerme valer ante los ojos de su amiga; pero los favores que obtenía para mí llegaban, a lo sumo, a alguna sonrisa afable que sólo expresaba protección.

Todo esto duró más de un año: yo veía a la duquesa en la iglesia, en el Prado; recibía órdenes de ella para el empleo del día, pero no iba a su casa. Una vez me hizo llamar: estaba rodeada por sus servidoras y trabajaba a la par de ellas. Me hizo sentar y me dijo con expresión altiva:

—Señor Avadoro, haría poco honor a mi sangre si no empleara el crédito de mi familia para recompensar las atenciones que me dispensáis todos los días; mi tío Sorrento me lo ha observado él mismo y os ofrece el título de coronel en el regimiento que lleva su nombre. ¿Le haríais el honor de aceptar? Reflexionad sobre ello.

—Señora —le respondí—, he unido mi suerte a la del amable Toledo y sólo acepto los beneficios que él obtenga para mí. La más dulce recompensa a las atenciones que tengo la dicha de dispensaros todos los días, es que me permitáis continuarlas.

La duquesa no respondió. Inclinando levemente la cabeza, me hizo señas de retirarme.

Ocho días después, la altiva duquesa me llamó nuevamente. Me recibió como la primera vez y me dijo:

—Señor Avadoro, no puedo soportar que pretendáis emular en generosidad a los Ávila, los Sorrento y a todos los grandes cuya sangre corre por mis venas; quiero haceros nuevas proposiciones, que favorecerán vuestra suerte; un gentilhombre, cuya familia nos está muy apegada, ha hecho una gran fortuna en México; sólo tiene una hija, cuya dote es de un millón...

No dejé a la duquesa terminar su frase y, levantándome con cierta indignación, le dije:

—Señora, aunque la sangre de los Ávila y los Sorrento no corre por mis venas, el corazón que éstas alimentan está colocado demasiado arriba para que un millón pueda alcanzarlo.

Iba a retirarme cuando la duquesa me pidió que me volviera a sentar; en seguida ordenó a sus servidoras que pasaran al aposento contiguo y dejaran la puerta abierta. Después me dijo:

—Señor Avadoro, no me queda sino ofreceros una sola recompensa, y vuestro celo por mis intereses me hace esperar que no la rechazaréis: es la de hacerme un servicio esencial.

—En efecto —le respondí—, la dicha de serviros es la única recompensa que os pediré por mis servicios.

—Acercaos —me dijo la duquesa—, porque podrían oírnos del otro aposento. Avadoro, sabéis sin duda que mi padre ha sido, en secreto, el esposo de la infanta Beatriz, y quizá os hayan dicho, en gran secreto, que había tenido de ella un hijo; efectivamente, mi padre hizo correr este rumor, pero fue para desorientar mejor a los cortesanos. La verdad es que tuvieron una hija, y que vive aún; la han educado en un convento cerca de Madrid; mi padre, al morir, me reveló el secreto de su nacimiento, que ella misma ignora; me explicó también los proyectos que había hecho para ella; pero su muerte lo ha destruido todo. Hoy sería imposible reanudar el hilo de las ambiciosas intrigas que había urdido a ese respecto; sería imposible, creo, obtener la completa legitimación de mi hermana, y la primera gestión que hiciéramos traería consigo, quizá, la eterna reclusión de esta infortunada. Yo he ido a verla: Leonor es una buena muchacha, sencilla, alegre, y he sentido por ella una verdadera ternura; pero tanto ha dicho la abadesa que se parecía a mí, que no me he atrevido a volver. Sin embargo, me he declarado su protectora, y he dejado a entender que era ella uno de los frutos de los innumerables amores que mi padre tuvo en su juventud. Desde hace poco, la corte ha pedido al convento informaciones que me inquietan, y he resuelto que mi hermana venga a Madrid. Tengo, en la calle del Retiro, una casa de apariencia modesta: he hecho alquilar la casa de enfrente; os ruego que os alojéis allí y vigiléis el depósito que os confío: aquí tenéis la dirección de vuestro nuevo alojamiento, y aquí una carta que presentaréis a la abadesa de las ursulinas del Peñón; iréis con cuatro hombres a caballo y un coche con dos mulas; una dueña vendrá con mi hermana y permanecerá junto a ella. Trataréis solamente con la dueña. No tendréis entrada en la casa: la reputación de la hija de mi padre y de una infanta debe ser intachable.

Después de haber hablado así, la duquesa hizo esa leve inclinación de cabeza que en ella era siempre señal de que me retirara; la dejé, pues, y fui a ver mi nueva morada. Era cómoda y estaba bien amueblada: dejé en ella a dos criados fieles, y guardé mi alojamiento en casa de Toledo.

Después visité la casa de Leonor: había dos mujeres destinadas a servirla y un antiguo criado de la casa de Ávila, que no usaba librea. La casa estaba abundante y elegantemente provista de todo lo que es necesario a una familia burguesa.

Al otro día, acompañado por cuatro jinetes, fui al convento del Peñón. Me introdujeron en el locutorio de la abadesa. Leyó mi carta, sonrió y suspiró.

—¡Jesús! —dijo—. Muchos pecados se cometen en el mundo: me felicito de haberlo abandonado. Por ejemplo, señor caballero, la señorita que venís a buscar se parece a la duquesa de Ávila. Más no se parecerían dos imágenes del niño Dios. ¿Y quiénes son los padres de la señorita? Nada se sabe. El difunto duque de Ávila, Dios tenga su alma en la

santa...

Es probable que la abadesa no hubiera concluido tan pronto su charla, pero le hice presente que tenía prisa en acabar mi misión. La abadesa sacudió la cabeza, profirió varios ¡Ay! y después me dijo que fuera a hablar con la hermana tornera.

Lo hice: la puerta del claustro se abrió; de él salieron dos damas veladas de igual manera; subieron al coche sin decirme una palabra; monté a caballo y las seguí en silencio. Cuando llegamos cerca de Madrid, tomé la delantera y recibí a las damas a la puerta de su alojamiento; yo fui a la casa de enfrente, desde la cual las vi tomar posesión de la suya.

Por la noche, fui a visitar a la duquesa y le di cuentas de mi cometido.

—Señor Avadoro —me dijo—, Leonor está destinada al matrimonio. De acuerdo con nuestras costumbres, no podéis ser admitido en su casa; sin embargo, le diré a la dueña que deje abierta una celosía del lado que da a vuestras ventanas; pero exijo que vuestras celosías estén cerradas. Debéis darme cuenta de qué hace Leonor. Sería peligroso para ella conoceros, sobre todo si sentís por el matrimonio el alejamiento que me habéis demostrado los otros días.

—Señora —le respondí—, os decía solamente que el interés no me determinaría a casarme; sin embargo, tenéis razón: no pienso hacerlo.

Me despedí de la duquesa. Fui a casa de Toledo, a quien no le confié mis secretos, y después entré en mi morada de la calle del Retiro. Las celosías de la casa de enfrente, y aun las ventanas, estaban abiertas. El viejo lacayo Andrés tocaba la guitarra; Leonor bailaba el *bolero* con una vivacidad y una gracia que no se hubiesen esperado de una pupila de las carmelitas, porque allí había sido educada y sólo entró en las ursulinas después de la muerte del duque. Leonor hizo mil locuras, pretendiendo que la dueña bailara con Andrés. Harto sorprendido estaba yo de que la severa duquesa de Ávila tuviese una hermana de tan buen humor. Por otro lado, el parecido era asombroso; yo estaba muy enamorado de la duquesa, y su viva imagen no podía menos de interesarme mucho; me dejé arrastrar por el placer de la contemplación hasta que la dueña cerró la celosía.

Al día siguiente fui a ver a la duquesa y le rendí cuentas de mi cometido. No le oculté el extremado placer que me habían causado los inocentes entretenimientos de su hermana. Hasta osé atribuir el exceso de mi arrobamiento a su gran aire de familia.

Como estas palabras se parecían de lejos a una especie de declaración, la duquesa dio la impresión de enojarse: su severidad se acentuó.

—Señor Avadoro —me dijo—, sea cual fuere el parecido entre las dos hermanas, os ruego no confundirlas en los elogios que queráis hacerles; sin embargo, venid mañana; debo salir de viaje y deseo veros antes de partir.

—Señora —le dije—, deba vuestra cólera aniquilarme, vuestros rasgos están grabados en mi alma como la imagen de una divinidad: estáis muy por encima de mí para que me atreva a elevar hasta vos un pensamiento amoroso; pero hoy encuentro vuestros rasgos divinos en una joven alegre, franca, sencilla, natural, que me preservará de amaros en ella.

Á medida que yo hablaba, el rostro de la duquesa acentuaba su severidad: yo esperaba que me echaría de su lado. No lo hizo. Me repitió simplemente que volviera al día siguiente.

Cené en casa de Toledo, y después volví a mi puesto. Las celosías de la casa de enfrente estaban abiertas, y yo veía hasta el fondo de las habitaciones. Leonor, entre grandes carcajadas, tendía ella misma en la mesa un mantel muy blanco y ponía dos cubiertos; estaba en justillo, y se había remangado la camisa hasta los hombros.

Cerraron las celosías y las ventanas, pero lo que yo había visto me hizo una fuerte impresión. ¡Y qué joven puede observar con sangre fría la vida íntima de una muchacha!

No sé demasiado lo que balbuceé al día siguiente a la duquesa. Ella pareció temer que fuese una declaración de amor y, apresurándose en tomar la palabra, me dijo:

—Señor Avadoro, como os lo he dicho ayer, debo partir. Voy a pasar algún tiempo en mi ducado de Ávila: he permitido a mi hermana pasearse después que se ponga el sol, pero sin apartarse demasiado de su casa; si entonces queréis acercaros a ella, la dueña está prevenida y os dejará conversar cuanto deseéis. Tratad de conocer el espíritu y el carácter de esa muchacha: me informaréis a mi vuelta.

Acto seguido, inclinando la cabeza, me hizo señas para que me despidiera. Me costóirme. Estaba realmente enamorado de la duquesa. Su extremada altanería no me desanimaba; pensaba, por el contrario, que si resolvía tomar un amante, lo elegiría de una clase inferior a la de ella, cosa que no es rara en España; en fin, algo me decía que la duquesa podría amarme un día, pero no sé, en verdad, de dónde me venía ese presentimiento; en todo caso, su conducta conmigo no había podido motivarlo. Pensé en la duquesa durante todo aquel día; pero, hacia la tarde volví a pensar en su hermana: fui a la calle del Retiro. Había un hermoso claro de luna. Reconocí a Leonor y su dueña sentadas en un banco junto a la puerta. La dueña me reconoció también, se llegó a mí y me invitó a sentarme al lado de su pupila. Después se alejó.

Al cabo de un momento de silencio, Leonor me dijo:

—¿Vos sois pues ese joven a quien me está permitido ver? ¿Llegaréis a ser amigo mío?

Le contesté que ya sentía gran amistad por ella.

—Y bien, hacedme el favor de decirme cómo me llamo.

—Os llamáis Leonor.

—No es eso lo que os pregunto. Debo tener otro nombre. Ya no soy tan simple como lo era en el convento de las carmelitas: creía entonces que el mundo no estaba poblado sino por religiosas y confesores; pero ahora sé que hay maridos y mujeres que no se dejan ni de día ni de noche, y que los niños llevan el nombre de su padre; es por eso que quiero saber mi nombre.

Como las carmelitas, sobre todo en algunos conventos, tienen una regla muy severa, no me sorprendió que Leonor se hubiera mantenido tan ignorante hasta los veinte años; le respondí que no la conocía sino por el nombre de Leonor. Le dije después que la había visto bailar en su cuarto, y que con toda seguridad no había aprendido a bailar en el convento de las carmelitas.

—No —me respondió— fue el duque de Ávila quien me hizo entrar al convento. Después de su muerte, pasé al de las ursulinas, donde una interna me enseñó a bailar, otra a cantar; en lo que respecta a la manera en que los maridos viven con sus mujeres, todas las internas me han hablado de ello, y no es un secreto entre las muchachas. Yo también

quisiera tener un nombre, y para eso es menester casarse.

Después Leonor me habló de comedia, de paseos, de corridas de toros, y manifestó gran deseo de ver todas esas cosas. Tuve aún algunas entrevistas con ella, siempre de noche. Al cabo de ocho días, recibí la siguiente carta de la duquesa:

Al pedirlos que os acercarais a Leonor, esperaba que ella os tomaría afecto. La dueña me asegura que mis deseos se han realizado. Si la devoción que sentís por mí es verdadera, os casaréis con Leonor Pensad que una negativa de vuestra parte me ofendería.

Respondí en estos términos:

Mi devoción por vuestra señoría es el único sentimiento que puede ocupar mi alma: el que se debe a una esposa, quizá no encontrase lugar en ella. Leonor merece un esposo que sólo se ocupe de ella.

Recibí la siguiente respuesta:

Es inútil que os lo oculte más tiempo: sois peligroso para mí, y vuestra negativa a aceptar la mano de Leonor me ha dado el más vivo placer que he sentido en mi vida; pero es toy resuelta a vencer mi inclinación. Debéis elegir entre casaros con Leonor, o ser excluido para siempre de mi presencia, y quizá de las Españas. Usaré hasta ese extremo mi crédito en la corte. No me escribáis. La dueña está encargada de mis órdenes.

Por enamorado que estuviese de la duquesa, tanta altanería me disgustó. Por un momento estuve tentado de confesárselo todo a Toledo y de ponerme bajo su protección; pero Toledo, siempre enamorado de la duquesa de Sidonia, estaba muy apegado a la amiga de ésta y no me hubiera nunca protegido contra ella; tomé pues el partido de callarme y por la tarde me aposté en la ventana para ver a mi futura esposa.

Como las celosías estaban abiertas, podía ver hasta el fondo del cuarto. Leonor estaba en medio de cuatro mujeres, ocupadas en adornarla. Llevaba un hábito de raso blanco, una corona de flores, un collar de diamantes. Por encima de todo ello le habían puesto un velo blanco que la cubría de la cabeza a los pies.

Todo esto me sorprendió un poco. Muy pronto mi sorpresa aumentó. Llevaron una mesa desde el fondo del cuarto y la adornaron como un altar. Pusieron cirios sobre ella, apareció un sacerdote, acompañado de dos caballeros que parecían no estar allí sino como testigos; el marido faltaba todavía. Llamaron a mi puerta. Entró la dueña.

—Os esperan —me dijo—. ¿Pensaréis resistiros a la voluntad de la duquesa?

Seguí a la dueña. La novia no se quitó el velo; pusieron su mano en la mía: en suma, nos casaron.

Los testigos me felicitaron, así como a la recién casada cuyo rostro yo no había visto todavía, y se retiraron. La dueña nos condujo a un cuarto débilmente iluminado por los rayos de la luna, se fue y cerró la puerta tras de sí.

La manera en que viví con mi mujer estuvo de acuerdo con ese matrimonio

extravagante.

Después de ponerse el sol, abría las celosías, y yo veía todo el interior del departamento; ya ella no salía por la noche, y yo no tenía ocasión de abordarla. Hacia medianoche, la dueña venía a buscarme y me conducía a mi casa antes de que despuntara el día.

Al cabo de ocho días, la duquesa volvió a Madrid, y la vi de nuevo con una suerte de confusión: yo había profanado su culto y me lo reprochaba. Ella, por el contrario, me trataba con extremada amistad. Su altivez desaparecía cuando estábamos a solas: yo era su hermano y su amigo.

Una tarde que volvía a mi casa, como estuviera a punto de cerrar la puerta, me tiraron del faldón de la casaca. Me volví y reconocí a Busqueros.

—¡Ah, ah, te he pescado! —me dijo—. Monseñor de Toledo me ha dicho que ya no te veía y que andabas en asuntos misteriosos de los cuales él no estaba informado. Sólo le he pedido veinticuatro horas para descubrirlos, y he vencido. Pues bien, muchacho, me debes respeto, porque me he casado con tu madrastra.

Estas pocas palabras me recordaron hasta qué punto Busqueros había contribuido a la muerte de mi padre. No pude menos de mostrarle mi mala voluntad y me libré de él cuanto antes.

Al día siguiente fui a ver a la duquesa y le hablé de este enojoso encuentro. Ella pareció muy afectada.

—Busqueros —me dijo— es un hurón al que nada se le escapa: hay que sustraer a Leonor de su curiosidad. Desde hoy la haré partir para Ávila. No me tengáis rencor, Avadoro, lo hago para asegurar vuestra felicidad.

—Señora —le dije—, la idea de felicidad supone la de realización de nuestros deseos, y nunca he deseado ser el marido de Leonor. Es verdad, sin embargo, que ahora me he apegado a ella, y que todos los días la amo más, si es que la expresión se me permite, porque nunca la veo de día.

Aquella misma noche fui a la calle del Retiro, pero no encontré a nadie. La puerta y las celosías estaban cerradas.

Algunos días después, Toledo me hizo llamar a su gabinete y me dijo:

—Avadoro, he hablado de vos al rey. Su majestad os da una comisión para Nápoles. Temple, ese amable inglés, me ha insinuado que quiere verme en Nápoles y, si yo no pudiera ir, quiere que vayáis vos. El rey no juzga adecuado que yo haga ese viaje y quiere enviaros. Pero —agregó Toledo— el proyecto no parece halagaros demasiado.

—Me halagan mucho las bondades de su majestad, pero tengo una protectora y no quisiera hacer nada sin su aprobación.

Toledo sonrió y me dijo:

—He hablado con la duquesa; id a verla esta mañana.

Fui. La duquesa me dijo:

—Mi querido Avadoro, conocéis la posición actual de la monarquía española. El rey está próximo a su fin, y con él termina la línea austríaca; en circunstancias tan críticas, todo buen español debe olvidarse a sí mismo y no desperdiciar las ocasiones de servir a su país. Vuestra mujer está segura. No os escribiré. Yo le serviré de secretaria. De creerle a la

dueña, será el caso de anunciaros muy pronto alguna nueva que os apegará aún más a Leonor.

Al decir estas palabras, la duquesa bajó los ojos, enrojeció, y después me hizo señas de retirarme. Fui a pedir instrucciones al ministro. Concernían a la política exterior y se extendían también a la administración del reino de Nápoles, que se quería, más que nunca, unir a España. Partí al día siguiente e hice el viaje con la mayor diligencia posible.

Puse, en llevar a cabo mi comisión, el celo que se despliega en un primer trabajo. Pero, en los intervalos de mis ocupaciones, los recuerdos de Madrid adquirían de nuevo un gran imperio sobre mi alma. La duquesa me amaba a pesar suyo: así me lo había confesado. Convertida en mi cuñada, se había curado de lo que aquel sentimiento podía tener de apasionado; pero me conservaba un apego del cual me daba mil pruebas. Leonor, misteriosa diosa de mis noches, me había, por las manos del himeneo, ofrecido la copa de la voluptuosidad; su recuerdo reinaba tanto sobre mis sentidos como sobre mi corazón; la echaba de menos desesperadamente; con excepción de aquellas dos mujeres, el bello sexo me era indiferente.

Las cartas de la duquesa me llegaban con la correspondencia del ministro. No llevaban firma y la letra estaba desfigurada. Supe por ellas que el embarazo de Leonor avanzaba, pero que estaba enferma y sobre todo muy lánguida. Después supe que yo había sido padre y que Leonor había sufrido mucho. Las noticias que me dieron de su salud parecían concebidas para preparar otras más tristes.

Por último vi llegar a Toledo cuando menos lo esperaba. Se echó en mis brazos.

—Vengo —me dijo— por los intereses del rey. Pero son las duquesas quienes me envían.

Al mismo tiempo me entregó una carta; presentí su contenido. La abrí temblando. La duquesa me anunciaba en ella el fin de Leonor y me ofrecía todos los consuelos de una tierna amistad.

Toledo, que desde hacía mucho tiempo tenía sobre mí el más grande ascendiente, lo usó para calmar mi estado de ánimo. Yo no había, por así decirlo, conocido a Leonor; sin embargo, ella era mi esposa, y su idea se identificaba con el recuerdo de las delicias de nuestra corta unión. Mi dolor me dejó mucha melancolía y un gran abatimiento.

Toledo se encargó de la marcha de los asuntos y, cuando éstos estuvieron acabados, volvimos a Madrid. Cerca de las puertas de la capital me hizo bajar y, tomando caminos desviados, me condujo al cementerio de las carmelitas: allí me hizo ver una urna de mármol negro; en su base podía leerse: *Leonor Avadoro*. Bañé el monumento con mis lágrimas y volví muchas veces antes de ver a la duquesa. No se enojó por ello: antes bien, la primera vez que fui a visitarla, me dio muestras de un afecto que se confundía con la ternura. Por último me condujo al interior de su casa y me hizo ver a un niño en una cuna: mi emoción llegó al colmo. Puse una rodilla en tierra; la duquesa me tendió la mano para que me incorporara. Se la besé: me hizo señas de retirarme.

Al día siguiente fui a casa del ministro y, en su compañía, a ver al rey. Toledo, al enviarme a Nápoles, había buscado un pretexto para que me acordaran ciertas gracias; me hicieron caballero de Calatrava. Esta condecoración, sin ponerme a igual nivel que las personas de primer rango, me acercaba no obstante a ellas. Estuve, respecto a Toledo y a

las dos duquesas, en una posición que no era en modo alguno inferior; por lo demás, yo era su propia obra, y ellos parecían complacerse en hacerme subir en la escala social.

Poco después, la duquesa me encargó que vigilara un asunto que tenía en el consejo de Castilla; puse en él el celo que puede imaginarse y una prudencia que aumentó la estima que inspiraba a mi protectora. La veía todos los días y se mostraba siempre más afectuosa. Aquí comienza lo maravilloso de mi historia.

A mi regreso de Italia, había vuelto yo a vivir en casa de Toledo; pero continuaba manteniendo la casa que tenía en la calle del Retiro. Allí iba a dormir uno de mis criados que se llamaba Ambrosio. La casa de enfrente, que era aquella en que me había casado, pertenecía a la duquesa. Estaba cerrada, y nadie vivía en ella. Una mañana, Ambrosio vino a pedirme que lo reemplazara por otro criado, sobre todo por alguien valiente, dado que después de medianoche no pasaba nada bueno, ni en mi casa ni en la de enfrente.

Quise hacerme explicar de qué naturaleza eran las apariciones que inspiraban temor a Ambrosio. Éste me confesó que el temor mismo le había impedido discernirlas; además, estaba decidido a no acostarse más en la casa de la calle del Retiro, ni solo ni acompañado. Estas palabras despertaron mi curiosidad. Esa misma noche decidí tentar la aventura. La casa contenía aún algunos muebles. Me trasladé a ella después de cenar. Hice acostar a un lacayo en la escalera y ocupé el aposento que daba a la calle y quedaba enfrente de la antigua casa de Leonor. Tomé algunas tazas de café para no dormirme y oí dar las doce. Ambrosio me había dicho que ésa era la hora del aparecido. Para que nada lo espantara, apagué mi bujía. Muy pronto vi luz en la casa de enfrente. Pasaba de un cuarto y de un piso al otro; las celosías me impedían ver de dónde provenía la luz. Al día siguiente le hice pedir a la duquesa las llaves de la casa y me trasladé a ella. La encontré completamente vacía y tuve la certeza de que no estaba habitada. Arranqué una celosía de cada piso y después fui a ocuparme de mis asuntos.

A la noche siguiente volví a ocupar mi puesto y, cuando dieron las doce, vi la misma luz. Pero esta vez supe de dónde provenía. Una mujer, vestida de blanco y con una lámpara en la mano, atravesó lentamente todos los cuartos del primer piso, pasó al segundo y desapareció. La lámpara la iluminaba demasiado débilmente para que yo pudiese distinguir sus rasgos, pero por su rubia cabellera reconocí en ella a Leonor.

A la mañana siguiente, muy temprano, fui a ver a la duquesa. No la encontré; me hice conducir a donde estaba el niño. Había agitación e inquietud entre las criadas. Al principio, no quisieron explicarme nada. Por último la nodriza me dijo que una mujer, vestida de blanco, había entrado durante la noche, con una lámpara en la mano, que había mirado largo rato al niño, lo había bendecido y se había ido.

Volvió la duquesa. Me hizo llamar y me dijo:

—Tengo razones para desear que vuestro hijo no esté más aquí. He dado órdenes para que se prepare para él la casa de la calle del Retiro: allí vivirá con su nodriza y la mujer que pasa por ser su madre. También os propondría vivir con él, pero podría traer inconvenientes.

Le contesté que conservaría la casa de enfrente, donde algunas veces dormiría.

Nos conformamos a las disposiciones de la duquesa. Di orden para que el niño durmiera en el cuarto que daba a la calle y para que no se colocara de nuevo la celosía.

Dieron las doce. Me aposté en la ventana. Vi, en el cuarto de enfrente, al niño y a la nodriza dormidos. La mujer, vestida de blanco, apareció con la lámpara en la mano. Se acercó a la cuna, miró largo rato al niño y lo bendijo. Después se llegó a la ventana y miró largo rato hacia mi casa. Después salió del cuarto y vi luz en el segundo piso. Por último la misma mujer apareció en el techo, y caminó rápidamente por la cornisa; de allí pasó a una casa vecina y desapareció.

Quedé desconcertado, lo confieso. Dormí poco; al día siguiente esperé la medianoche con impaciencia. Dieron las doce; fui hasta la ventana. Muy pronto vi entrar, no a la mujer vestida de blanco, sino a una especie de enano que tenía el rostro azulado, una pierna de palo, y una linterna en la mano. Se aproximó al niño, lo miró atentamente; después fue hasta la ventana, se sentó sobre ella, con las piernas cruzadas, y me observó largo rato. Después saltó desde la ventana hasta la calle, o, mejor dicho, pareció resbalar hasta ella y vino a llamar a mi puerta. Desde la ventana le pregunté quién era. En vez de responderme, me ordenó:

—Juan Avadoro, busca tu capa y tu espada y ven conmigo.

Hice lo que me decía, bajé a la calle y vi al enano a una veintena de pasos, cojeando sobre su pierna de madera y mostrándome el camino con su linterna. Después de haber andado unos cien pasos, tomó a la izquierda y me condujo a un barrio desierto que se extiende entre la calle del Retiro y el Manzanares. Pasamos bajo una bóveda y entramos en un *patio* con algunos árboles. En el extremo del patio había una pequeña fachada gótica que parecía ser el portal de una iglesia. De allí salió la mujer vestida de blanco. El enano iluminó mi rostro con su linterna.

—¡Es él —exclamó ella—, es él mismo, esposo mío, mi querido esposo!

—Señora —le dije—, os creía muerta.

—¡Estoy viva!

Y, efectivamente, era ella. La reconocí por el sonido de su voz y, más aún, por el ardor de sus legítimos transportes. Su agitación no me dejó tiempo para hacerle preguntas sobre lo que había de maravilloso en nuestra situación. Leonor se escapó de mis brazos y se perdió en la oscuridad. El enano cojo me ofreció el auxilio de su pequeña linterna. Lo seguí a través de ruinas y de barrios completamente desiertos. De pronto se apagó la linterna. El enano, a quien llamé, no respondió a mis gritos; la noche era completamente oscura. Tomé el partido de tenderme por tierra y esperar de tal modo el día. Me dormí. Cuando desperté, era completamente de día. Estaba acostado junto a una urna de mármol negro. Leí en ella, en letras de oro: *Leonor Avadoro*. En suma, estaba junto a la tumba de mi mujer. Recordé entonces los acontecimientos de la noche y su recuerdo me turbó. Desde hacía mucho que no me había acercado al tribunal de la penitencia. Fui a los teatinos y pregunté por mi tío abuelo, el padre jerónimo. Estaba enfermo. Se presentó otro confesor. Le pregunté si era posible que los demonios revistiesen formas humanas.

—Sin duda —me dijo—, los súcubos son mencionados formalmente en la *Suma de Santo Tomás*, y es un caso reservado. Cuando un hombre deja pasar mucho tiempo sin participar de los sacramentos, los demonios adquieren sobre él cierto imperio. Se hacen ver con los rasgos de una mujer y lo inducen en tentación. Si creéis, hijo mío, haber sucumbido a súcubos, recurrid al gran penitenciario. Daos prisa. No perdáis el tiempo.

Respondí que me había ocurrido una singular aventura, en la cual me habían engañado meras ilusiones. Le pedí permiso para interrumpir mi confesión.

Fui a casa de Toledo. Me dijo que me llevaría a cenar a casa de la duquesa de Ávila, y que allí encontraría también a la duquesa Sidonia. Le parecí preocupado y me preguntó el motivo. Yo estaba efectivamente soñador y no podía fijar mis ideas en nada razonable. Durante la cena con las duquesas me mostré triste; pero su alegría era tan viva, y Toledo respondía tan bien a ella, que terminé por compartirla.

Durante la cena, observé señales de inteligencia y risas que parecían relacionarse conmigo. Nos levantamos de la mesa y mis compañeros, en vez de dirigirse a la sala, tomaron el camino de los departamentos interiores. Cuando estuvimos allí, Toledo cerró la puerta con llave y me dijo:

—Ilustre caballero de Calatrava, poned de rodillas ante la duquesa. Es vuestra mujer desde hace un año. No vayáis a decirnos que lo sospechabais. Quizá lo adivinarán las personas a quienes contaréis vuestra historia, pero el gran arte es impedir que la sospecha nazca. En realidad, los misterios del ambicioso Ávila nos han beneficiado. Tenía de verdad un hijo que pensaba hacer reconocer. Ese hijo murió, y entonces exigió de su hija que no se casara para que sus feudos volviesen a los Sorrento, que son una rama de los Ávila. La altivez de la duquesa le hacía desear no darse ningún señor. Pero, después de nuestra vuelta de Malta, esta altivez no sabía bien qué objeto tenía y corría el peligro de arrastrarla a un gran naufragio. Felizmente, la duquesa de Ávila tiene una amiga, que también es la vuestra, mi querido Ávadoro. Como goza de su absoluta confianza, nos hemos concertado para salvar intereses que nos son preciosos. Inventamos entonces una Leonor, hija del duque y de la infanta, que no era sino la duquesa, tocada con una peluca rubia y con ligeros afeites. Pero vos no pensasteis en reconocer a vuestra altiva soberana en la candorosa pupila de las carmelitas. He asistido a algunos ensayos de ese papel, y os aseguro que también habría sucumbido al engaño. La duquesa, viendo que rechazabais los más brillantes partidos por el solo deseo de permanecer unido a ella, se decidió a casarse con vos. Estáis casado ante Dios y la Iglesia, pero no ante los hombres, o a lo menos buscaríais en vano las pruebas de vuestro matrimonio. Pero la duquesa no falta nunca a los compromisos contraídos. Estabais pues casados, y la consecuencia fue que la duquesa tuvo que ir a pasar algunos meses a sus tierras para sustraerse a las miradas de los curiosos. Busqueros acababa de llegar a Madrid. Lo puse sobre vuestra pista y, con el pretexto de desconcertar al hurón, hicimos partir a Leonor a la campiña. Después convinimos en haceros partir a Nápoles, porque ya no sabíamos qué deciros a propósito de Leonor, y la duquesa no quería hacerse reconocer ante vos hasta que una prueba viva de vuestros amores aumentara los derechos que tenéis sobre ella. Aquí, mi querido Ávadoro, imploro que me perdonéis. He hundido el puñal en vuestro pecho al anunciaros la muerte de una persona que no ha existido jamás. Pero vuestra sensibilidad no ha sido inútil. La duquesa está conmovida de pensar que la habéis amado tan perfectamente bajo dos formas tan diferentes. Desde hace ocho días, arde por declararse a vos. También aquí la culpa es mía: me obstiné en hacer volver a Leonor del otro mundo. La duquesa ha tenido a bien representar el papel de la mujer vestida de blanco, pero no es ella quien ha corrido tan ágilmente por la cornisa de la casa vecina: esa Leonor no era sino un pequeño

deshollinador disfrazado.

El mismo chiquillo ha reaparecido la noche siguiente, disfrazado de diablo cojuelo. Se ha sentado en la ventana y se ha deslizado a la calle por una cuerda atada con anticipación. Ignoro lo que sucedió en el patio del viejo convento de las carmelitas; pero esta mañana os he hecho seguir y sé que os habéis confesado largamente. No me gusta tener que habérmelas con la Iglesia, y temo las consecuencias de una broma que llevaríamos demasiado lejos. No me he opuesto, pues, a los deseos de la duquesa, y hoy hemos decidido confesaros toda la verdad.

Tal fue, poco más o menos, el discurso del amable Toledo. Pero yo no lo escuchaba: estaba a los pies de Beatriz. Una amable confusión se pintaba en sus rasgos. Expresaba la plena confesión de su derrota. Mi victoria no tenía y no tuvo nunca más que dos testigos: no por ello me fue menos cara.